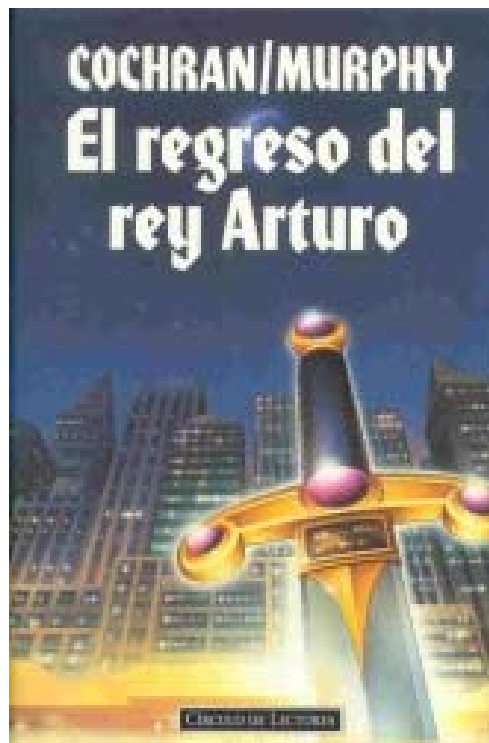


MOLLY COCHRAN Y WARREN MURPHY

EL REGRESO DEL REY ARTURO



REX QUONDAM ET REX FUTURUS

INDICE

PRÓLOGO	3
EL NIÑO	4
LA COPA	121
EL REY	220

PRÓLOGO

El rey había muerto, no cabía duda alguna.

El anciano había ido hasta el castillo y había visto a los caballeros, vestidos con armadura de ceremonia, portando el cuerpo de su soberano hasta el lago, donde lo subieron a una barca funeraria y lanzaron ésta a la deriva.

Luego, cuando los caballeros se hubieron marchado, el viejo fue hasta el lago y recuperó de las aguas la espada adornada con piedras preciosas del rey de donde la habían arrojado los caballeros. Se la llevó consigo a la cueva donde ahora pasaba casi todo el tiempo solo.

Durante muchas noches, a la luz vacilante de una hoguera, contempló la espada. Y, en más de una ocasión, lloró por el muchacho que había sido su alumno y su amigo, respecto al cual había abrigado tantas esperanzas. Una vez, incluso se había atrevido a imaginar que el joven reinaría eternamente.

Pero esta esperanza había muerto. Todo moría con el tiempo, pensó el viejo lleno de amargura.

Guardó luto hasta que volvió a ser luna nueva, y entonces se dirigió de nuevo al campo que rodeaba el castillo. Al llegar allí, mezcló arena y piedra caliza pulverizada con agua.

Cavó un hoyo en el suelo, colocó amorosamente la espada en él y a continuación echó el mortero hasta llenar el hoyo.

Jamás encontrarían la espada. Con el tiempo, también el castillo caería en ruinas. No quedarían canciones ni historias escritas que hablaran del rey muerto. Sería como si nunca hubiera existido, como si nada hubiera ocurrido. Y quizá fuera mejor así. Quizá fuera mejor dejar que los sueños de justicia murieran.

¿Por qué entonces el afligido anciano se detuvo por un instante mirando cómo se secaba rápidamente el mortero en el que estaba encerrada la espada y, con el dedo, grabó un mensaje en él?

Porque no era más que un viejo tonto y supersticioso, se dijo a sí mismo. Luego se alejó a grandes pasos, dio la espalda al gigantesco castillo y volvió a su pequeña cueva donde se envolvió en pieles de animales y se echó en el suelo dispuesto a morir.

Pero sólo durmió. ... y soñó. ... y esperó.

EL NIÑO

Aquí estaba él de nuevo.

En el calor de la tarde de julio, el luminoso fuego anaranjado era sofocante, abrasador. En medio del estrépito de los maderos crujientes y el silbar de las furiosas y altísimas llamas provocadas por la gasolina, que sorbían el aire, las voces frenéticas de los bomberos sonaban débiles y apagadas.

Hal Woczniak tragó saliva. Sus manos subían y bajaban espamódicamente. Tenía los rasgos de la cara contorsionados, todavía con la expresión de sorpresa que había seguido a la explosión. Cerca de él, sudorosos e impotentes, había un pequeño ejército de hombres sin poder hacer nada, formado por seis miembros del FBI, un equipo de operaciones especiales armado hasta los dientes y la policía local. Un hombre robusto, con una calvicie incipiente, desenvolvió un trozo de chicle y se lo echó a la boca.

-Olvídalo, Hal -dijo éste a Woczniak.

En medio del calor, el edificio se nublaba y estremecía. Dos bomberos sacaron a rastras por la puerta un cuerpo, o lo que quedaba de él.

-¡Dejadlo! -gritó Woczniak.

El hombre macizo, en un gesto de imposición, colocó la mano sobre el pecho de Woczniak

-Jefe, ¡hay un niño ahí dentro! -protestó Woczniak.

-Lo saben -señaló el jefe con aire conciliador-. Pero acaban de llegar. Tienen que sacar ese cuerpo. Dales una oportunidad.

-Y ¿qué oportunidad le damos al crío? -rezongó Woczniak. Apartó la mano del jefe y echó a correr hacia la casa. En medio de la densa humareda que salía del edificio, sus piernas subían y bajaban como impelidas por un motor mientras el humo negro hacía que le dolieran los pulmones.

-¡Woczniak! ¡Hal! -gritó el jefe-. ¡Por el amor de Dios, que alguien detenga a ese hombre!

Dos bomberos se lanzaron sobre él, pero Woczniak se zafó de ellos sin esfuerzo y se precipitó de cabeza en el infierno.

Dentro reinaba la más negra oscuridad, rota tan sólo por las altas lenguas de llama anaranjada que no arrojaban luz alguna en medio de la espesa humareda. Tosiendo, Woczniak se arrancó la camisa y se envolvió con ella la cabeza al tiempo que subía a cuatro patas como una araña, los escalones de madera, frágiles y recalentados. Con un

crujido ensordecedor, un madero se partió y cayó hacia él. Woczniak, al lanzarse adelante, chocó contra la pared situada delante de la escalera. A ciegas en la oscuridad, un fragmento de cristal procedente de un espejo roto se le clavó profundamente en la mejilla. Woczniak no sintió más que un mortecino dolor cuando lo arrancó de sus carnes.

-¡Jeff!

Semiagachado y a tientas, halló una puerta y la abrió de un tirón.

El chico estará ahí, atado a la silla. El chico estará ahí; esta vez llegaré hasta él. Esta vez Jeffábrirá sus ojos azules y sonreirá; yo le desordenare el pelo de panocha y el crío volverá con los suyos. Este escapará. Esta vez.

Pero lo que encontró no fue el niño del pelo de panocha atado a la silla. En su lugar había un monstruo, un dragón salido de un cuento de hadas que escupía fuego, con los ojos del color de la sangre y escamas que se erizaban al retorcerse su cuerpo. La bestia abrió la boca, y con el fétido aliento salieron estas palabras:

-Eres el mejor, chico. No hay otro como tú.

Y a continuación la criatura, la temible bestia que, de algún modo, Hal Woczniak sabía en todo momento que se iba a encontrar en esta estancia, soltó una carcajada cuyo sonido parecía el del cristal al romperse.

Chillando, Woczniak se lanzó sobre el saurio y atenazó el delgado cuello. La bestia le sonrió con una maliciosa expresión de triunfo. Luego, como si estuviera hecho de nubes, el animal se desvaneció y Woczniak volvió a la realidad de su vida. En el lugar del monstruo estaba ahora el niño pelirrojo, atado a la silla... muerto como lo había estado siempre, muerto como lo estaba siempre en estos sueños.

Woczniak siguió chillando sin poder parar.

Y chillando despertó.

-Cielo. Eh, señor.-Hal abría y cerraba la boca buscando aire. Estaba cubierto de un sudor frío y pegajoso-. Debes haber tenido una pesadilla.

Era una voz de mujer. La miró, tendida a su lado. Tardó un momento en orientarse y reconocer dónde estaba. Estaba tendido en una cama, en una destartada habitación que de mala gana reconoció como la suya. La mujer se hallaba a su lado. Ambos estaban desnudos.

-¿Te conozco? -preguntó semiatontado, pasándose las manos por el rostro.

La mujer sonrió. Era casi bonita.

-Claro, nene. Desde anoche, al menos -dijo, acurrucándose contra el cuerpo de Hal y rodeándole el pecho con los brazos.

-Vete, vete de aquí -respondió Hal al tiempo que la empujaba.

-¿Qué pasa?

Ni siquiera está enfadada, pensó Hal. *Está acostumbrada*. Apartó las mantas que los cubrían y vio ahora las magulladuras de la mujer.

-¿Te lo he hecho yo?

Ella paseó la mirada por su cuerpo, los brazos extendidos para verse mejor.

-Oh, no. No, cielo, has estado muy amable. Aunque un poco borracho.-Le sonrió-. Seguro que quieres que me vaya, ¿verdad?

Sin esperar respuesta, se puso un vestido barato de color amarillo.

-¿Qué... bueno... qué te debo? -preguntó Hal, pensando si tendría dinero. Recordaba que le había pedido prestados veinte a Zellie Moscowitz, quien acababa de traficar unos diamantes para un ladrón de pisos de Queens. Esto había sido ayer. O anteayer. Se presionó los ojos con los dedos. Demonios, quizá había sido la semana pasada, en realidad.

-¿Qué día es hoy?

-Jueves -contestó la mujer. Ya no sonreía. Tenía los hombros caídos sobre el busto bajo de su vestido-. Y no soy una buscona.

-Perdona.

-Séee. -Se subió la cremallera del vestido-. Pero, ya que lo has mencionado, no me vendría mal que me pagaras el taxi.

-Claro.

Hal se sentó desmadejadamente en el borde de la cama y alargó el brazo para coger los pantalones colgados sobre el respaldo de una silla. Olían a bebida rancia y a tabaco, y con toda probabilidad a orina.

Había cuatro billetes de un dólar en su cartera y se los entregó a la mujer.

-No tengo más.

-Vale -dijo ella-. Me llamo Rhonda. Vivo en Jersey. En Union City.

-Encantado de conocerte -respondió Hal.

-Y tú, ¿cómo te llamas?

Mientras colocaba de nuevo la cartera en su sitio, Hal pudo ver su propio reflejo en el triángulo del espejo roto situado encima del fregadero. Un par de ojos acuosos, inyectados en sangre, le miraban fija y estúpidamente; debajo, podían verse unas mejillas abotargadas cubiertas de una barba grisácea de tres días.

-Digo que quién eres tú.

Hal permanecía inmóvil, transfigurado por la visión.

-Nadie -contestó quedamente-. Nadie en absoluto.

No oyó salir a la mujer.

Eres el mejor, chico. No hay otro como tú.

Esto fue lo que dijo el jefe cuando Hal presentó su dimisión del FBI. No hay nadie mejor que tú.

Abrió el grifo del fregadero. El delgado chorro de agua fría importunó a dos cucarachas que por lo visto habían pasado la noche en un envoltorio de Twinkies¹ metido en un envase de café de plástico manchado de oscuro.

Hal se echó agua a la cara. Con las manos todavía goteando, se tocó la cicatriz de la mejilla, la que le había dejado el corte producido durante el incendio.

Éste era el problema: una buena parte del sueño era real. Si se tratara sólo de dragones que se esfumaban al tocarlos, todo sería más fácil. Pero, en su mayor parte, las cosas eran exactamente como habían ocurrido en la realidad. El fuego, el niño, la risa... aquel maldito loco riendo...

-Mira, Wozniak, ni tú ni nadie habríais podido salvar al crío. Por el amor de Dios, te metiste en el edificio en llamas. Ni siquiera el cuerpo de bomberos podía meterse en un incendio producido por gasolina. El SWAT² tampoco. Acabas de pasar cinco meses en el hospital por aquella broma. ¿Qué quieres, magia?

-Tal vez.

-Pues bueno, bienvenido al mundo de la realidad. Un mundo en el que hay psicópatas que a veces matan a niños. No es que nosotros lo queramos así, sino que es así. Te digo que hiciste un buen trabajo. Vas a recibir una mención honorífica en cuanto salgas de aquí.

-Una mención hononfica.

-Exacto. Y la mereces.

-El niño está muerto, jefe.

-El psicópata también . Y lo encontraste tú, después de cuatro meses. Tú fuiste el que descubrió por qué se dedicaba a los niños.

¹ Bollos dulces muy populares en Estados Unidos. (N. del T.)

² Cuerpo de operaciones especiales. (N. del T.)

-Yo fui el que permitió que matara al último.

-¿Quién podía esperar que volara la casa con él dentro de la misma?

-Yo habría podido parar aquello.

-¿Cómo?

-Habría podido dispararle y cubrir la granada.

-¿Con qué? ¿Con tu cuerpo? ¡Santo cielo! ¿Cuánto tiempo llevas en la Oficina, Hal? ¿Quince años?

-Dieciséis.

-Eso es mucho tiempo. No lo tires por la borda sólo por haber intimado tanto con la familia de un niño. Créeme, yo sé lo que es eso. Ves fotografías, películas caseras, íntimas, cenas con los padres porque no tienes nada que hacer por la noche...

-Me voy, jefe.

-Escúchame. Búscate una chica, incluso podrías casarte. Las cosas se ven de otro modo cuando se tiene una mujer.

-He dicho que me voy.

Hal Woczniak abandonó el hospital cinco meses y medio después del incendio en el que murieron JeffáBrown y su secuestrador. Salió de él sin futuro y con un pasado que sólo deseaba olvidar.

Curioso, pensó mientras caminaba por la resplandeciente acera del hospital camino de la parada del autobús. Había pasado medio año en el mismo hospital donde el asesino había encontrado a Jeff.

Recordaba su nombre, Louie Rubel. Trabajaba como enfermero en la Unidad de Traumatología y Quemados de la que acababan de dar de alta a Hal. Mirando los nombres del registro de visitas, Rubel escogía de entre los visitantes a los niños de la edad adecuada y luego los acechaba en su terreno. Antes de encontrar a JeffáBrown, había matado y mutilado ya a otros cuatro niños de diez años. Cada uno de estos asesinatos era una repetición del primero, el de su hermano menor predilecto.

Woczniak encabezaba el equipo del FBI que localizó a Rubel en el preciso momento en que éste estaba a punto de matar al pequeño Brown. Parecía que iba a ser un éxito total, pruebas flagrantes, el niño con vida y una confesión.

Nadie contaba con que el asesino tuviera tal sentido del drama.

Cuando las autoridades se acercaban a la casa, Luoie Rubel anunció que había rociado el lugar con gasolina. Hal ordenó a todos los presentes que no movieran ni un dedo.

Éstos obedecieron, y Rubel sacó una granada del bolsillo de su chaqueta y tiró del seguro con los dientes.

Los cinco segundos siguientes fueron un infierno, pero Hal no recordaba más que el silencio, un silencio que fue roto y llenado poco a poco por la risa fuerte y monstruosa de Rubel, como un alarido. Siguió riendo hasta que la granada hizo explosión. Saltó hecho pedazos delante de los ojos de la policía, el FBI, los agentes de operaciones especiales y el personal de la ambulancia.

Un instante después la casa ardía como una antorcha, pero Hal seguía oyendo la risa.

Se introdujo de cabeza en el fuego, corrió para salvar al niño pelirrojo, siguió corriendo aun después de que el fragmento de cristal le partiera la mejilla en dos y las llamas le quemaran el pelo de los brazos, el pecho y la cabeza, e irrumpió en la estancia superior donde el niño estaba sentado atado a una silla. *Estás a salvo, Jeff. Sólo un segundo, tengo que quitarte estas cuerdas... Jeff..*

Y sacó al pequeño JeffáBrown por la ventana y probó a hacerle el boca a boca allí mismo en el tejado, mientras los chicos de operaciones especiales casi se asaban al acercar una lona a la pared, justo debajo de ellos. Pero era demasiado tarde.

Una semana después, Hal volvió en sí en el hospital. Lo primero que le vino a la mente fue el recuerdo de los labios del niño, todavía calientes.

Eres el mejor, chico, bienvenido al mundo de la realidad, recibirás una mención honorífica por esto, ¿qué esperabas?

¿Magia?

Había pasado casi un año desde el incidente.

Aquel rostro que lo miraba desde el espejo roto de encima del fregadero, aquel rostro de perdedor, se agitó como movido por un motor sobrecalentado. Su mirada -la mirada de un extraño- era vidriosa y fija, extraña. Y enseñaba los dientes.

Cerró el grifo y volvieron las cucarachas.

-A la mierda -dijo. Era hora de tomar un trago. Siempre era hora de tomar un trago.

En la parte occidental de Hampshire, en lo alto de una colina ennegrecida después de ciento cincuenta años de exposición al hollín vomitado por las fábricas y a los humos de las refinerías de petróleo de la Inglaterra industrial, se alzaba un asilo para asesinos dementes.

Desde comienzos de los setenta se llamaba Maplebrook Hospital, pero nadie de los alrededores confundía jamás el imponente edificio victoriano con un lugar de curación. Para los lugareños de Lymington aquello era Las Torres, una prisión cuyos gruesos muros rezumaban dolor y locura.

Los cuatro pisos de Las Torres, sin contar el sótano, albergaban a cincuenta y ocho pacientes. En ese sótano, en un calabozo reservado a locos de disposición especialmente nefanda, vivía un solo recluso. No tenía nombre.

Esto, al menos, era lo que él pretendía. Uno de los puntos que habían irritado al personal judicial que participó en su proceso fue la aparente inexistencia de documento legal alguno en relación con la identidad del hombre. Finalmente, el fiscal alegó que el acusado había dedicado toda su vida a confundir de tal modo la constancia de su identidad, que nadie en toda la red judicial de Gran Bretaña, incluido su propio abogado defensor, había podido encontrar un solo hecho referente a él que otro hecho no contradijera.

El hombre era una especie de artista, creador de grotescas esculturas que mostraban a seres humanos retorcidos en los dolores de una muerte violenta. Si bien nunca habían sido expuestas conjuntamente, varias de estas obras se habían vendido a coleccionistas privados de todo el mundo. Una de ellas estaba expuesta de manera permanente en el Museo de Arte Moderno de la ciudad de Nueva York. Ninguna había sido jamás firmada por el artista.

Fue cuando una de estas obras, una estatua espantosamente realista titulada La lavandera que representaba a una mujer regordeta y de mediana edad con un hacha clavada en el pecho, iba camino de un comprador de Berlín que empezó la búsqueda del artista sin nombre.

La camioneta de reparto que transportaba la pieza patinó en una curva mojada de la Autobahn y se estrelló contra la barandilla protectora. El conductor de la camioneta fue despedido del vehículo, al igual que la estatua. A pesar de ir bien embalada, La lavandera se abrió en sentido longitudinal a partir de la hoja del hacha.

Resultó que el hacha era de verdad, y también la sangre que podía verse a los lados de la hoja. El cadáver que había en el interior estaba casi perfectamente conservado.

Cuando arrestaron al artista, éste dijo tan sólo: El punto de entrada siempre fue un problema en esa pieza.

Después de la consiguiente publicidad en torno a La lavandera, el museo de Nueva York donó su escultura a la Interpol para que hiciera con ella lo que quisiera. Aparecieron otros dos propietarios que exigían la devolución de lo pagado por sus estatuas.

Cuando se le preguntó cuántas piezas había, el señor X -así se le llamaba ahora en Scotland Yard- sonrió y dijo: Veintitrés.

Fue acusado y convicto de cuatro asesinatos y condenado a vivir el resto de sus días en el asilo psiquiátrico de Lymington.

Nunca se consiguió recuperar las otras diecinueve esculturas. En los círculos artísticos underground, el precio de un X subió como una exhalación hasta alcanzar los centenares de miles de dólares.

Ahora, cuatro años después de su encarcelamiento, el escultor estaba sentado ante una mesa en su celda del sótano, con una raída manta sobre los hombros para protegerse del perpetuo y húmedo frío del lugar, leyendo un texto en idioma urdu. Había sido un preso

modelo casi desde el principio, y una importante librería cercana, en Bournemouth, había aceptado proporcionarle lo que quisiera siempre que todos y cada uno de sus pedidos contaran primero con la aprobación del director de Maplebrook, el doctor Mark Coles.

El doctor Coles no había puesto en ningún momento objeciones a las lecturas del preso. De hecho, era para él una constante sorpresa la sofisticación literaria de su paciente. Según había observado Coles, el solitario recluso relegado al sótano era evidentemente un hombre brillante y también amable y civilizado, con modales impecables en la mesa, un habla elegante y bien modulada y un porte que sólo cabía describir como regio. De no ser porque el antiguo director había dejado instrucciones por escrito de que se mantuviera al hombre permanentemente en reclusión solitaria, Coles lo habría trasladado hacía tiempo a una sala para pacientes con trastornos menos graves.

Era esto algo en lo que Coles pensaba día tras día. Ciertamente, el hombre supuestamente había matado a un celador con sus solas manos el día de su ingreso en Maplebrook, pero aun los pacientes más violentos podían cambiar. Además, pensaba a menudo Coles, los métodos del antiguo director no eran para nada favorables a la rehabilitación. Ante la perspectiva de pasar el resto de sus días en un lugar como Las Torres, cualquiera podía haber atacado a su carcelero de manera parecida. El cuello del celador muerto estaba roto. Habría muy bien podido ocurrir por accidente durante el pánico producido en una reyerta.

A sus treinta y seis años, Mark Coles era el doctor más joven que había tenido al frente Maplebrook en su siglo y medio de historia. En los tres meses transcurridos desde su nombramiento como director había hecho pintar todas las paredes interiores, contratado a un dietista, introducido música y televisión, aumentado la potencia de iluminación, instituido deportes recreativos de equipo e instalado un generador auxiliar a fin de que los reclusos no pasaran frío durante el invierno cada vez que una tormenta producía un cortocircuito, y también había visitado diariamente a cada uno de sus cincuenta y nueve pacientes. Pero el solitario prisionero del sótano era con mucho el más interesante de los pupilos del doctor Coles. De hecho, quizá fuera el hombre más interesante que había conocido jamás Coles. De casi dos metros de estatura, con una cabellera negra que le llegaba hasta más abajo de los hombros y una perilla isabelina, su físico había resultado imponente aunque tuviera una mente corriente.

Pero la mente de este hombre no tenía nada de corriente. Por un lado, era un fenómeno psicológico, un asesino confeso que no sentía ni remordimiento ni necesidad de justificar sus crímenes; y, sin embargo, era en todo momento encantador, el tipo de persona que, en otras circunstancias, el doctor Coles habría cultivado como amigo personal.

Si bien no hablaba de sus crímenes ni de su pasado, este hombre se mostraba muy dispuesto a hablar de otros temas. Poseía unos prodigiosos conocimientos acerca de historia, geografía, biología, anatomía esto era lógico, pensaba Coles, teniendo en cuenta el tipo de labor artística a la que se había dedicado, meteorología, religión comparada, física, química, literatura inglesa, matemáticas, medicina y arte, tanto oriental como occidental.

Hablaba a la perfección ocho idiomas, se defendía bastante bien en otros doce y leía en quince, entre ellos el griego antiguo, el inglés viejo y medio, el celta tardío y los jeroglíficos egipcios.

Sin embargo, no sentía el menor interés por las cosas mecánicas. Coles se agitó divertido al recordar el primer encuentro del paciente con la tapa de un bote de cola. Se explicó diciendo que siempre le habían abierto y cerrado los envases.

Jamás había conducido un coche ni manejado una lavadora. Jamás había adquirido nada en una máquina expendedora. Sabía utilizar el teléfono, pero solía dejar el receptor colgando una vez terminada la conversación. No sabía escribir a máquina. Su caligrafía era fluida y elegante.

De vez en cuando, jugaba al ajedrez con el doctor Coles. Ganaba siempre, generalmente en cosa de pocos minutos, pero a veces dejaba pasar a propósito un fallo de Coles a fin de llevar el juego a un final sorprendente. Era en estas ocasiones cuando Coles sentía que estaba avanzando de verdad con el paciente, aunque a menudo se preguntaba después de estas sesiones por qué él, el doctor, se sentía invadido por una sensación de privilegio después de ser derrotado en una partida de ajedrez por un psicópata declarado.

Las partidas eran de todos modos fascinantes, y Coles veía en ellas una puerta a la personalidad extraordinariamente compleja del hombre. Con el enfoque adecuado y la guía sensible de un terapeuta capacitado, podría todavía sacarse buen partido de este genio, el doctor estaba seguro de ello.

Coles silbaba una cancioncilla para anunciar su llegada mientras iba por el pasillo del sótano con una mesita plegable de cartas en la mano. El artista, sentado recto como un palo en su silla, no dio la menor señal de haberle oído.

-¿Está usted casado? -preguntó Coles alegremente.

El hombre levantó la mirada del libro y sonrió. Aun sentado, su estatura era tal que sus ojos quedaban casi a la altura de los del doctor.

Coles se encogió de hombros al tiempo que instalaba la mesita delante de las rejas de la celda y colocaba encima de ella un tablero de ajedrez así como las piezas. Siempre empezaba así sus visitas, con una pregunta inesperada que difícilmente iba a contestar el paciente.

¿Cuál es su verdadero nombre? ¿Quiénes fueron sus padres? ¿Cómo se ganaba la vida? ¿A qué jugaba cuando era niño? ¿Cuál es su comida favorita? ¿Con cuántas mujeres ha hecho el amor? Cualquiera cosa, lo que fuera con tal de abrir la puerta que llevaba a aquella persona vulnerable oculta detrás de un intelecto prodigioso y un bestial instinto asesino.

El hombre había hecho desde el principio caso omiso a todas sus preguntas, y Coles casi había abandonado toda esperanza de que algún día contestara. Pero bueno, quizás algún día....

-Sí -dijo el hombre.

Coles levantó los ojos y una pieza de ajedrez cayó de su mano.

-¿Cómo dice?

-Preguntaba usted si estoy casado. Lo he estado. Al menos cien veces. Pero no recuerdo el nombre de ninguna de ellas.

Coles pestañeó. Era mentira, naturalmente, pero ¿por qué? ¿Para asombrarle? Seguro que a un hombre que había matado a veintitrés personas y luego cubierto sus cuerpos todavía calientes de yeso podía ocurrírsele algo más espectacular.

Se inclinó despacio para recoger del suelo la pieza caída, un peón. Sabía que la declaración del hombre, fuera cierta o falsa, tenía una enorme importancia. Era la primera fisura en la coraza psicológica del paciente. Estaba empezando a confiar en el doctor.

-¿Cuándo fue la última vez? -preguntó Coles como si nada mientras se sacaba un pequeño bloc de notas del bolsillo de la camisa.

No le asustes ahora, se dijo a sí mismo. Deja que hable.

-Creo que fue en México. Era una criatura encantadora, aunque bastante tonta. Pero fecunda.

-¿Vive? -preguntó Coles.

-Oh, no, qué va.

Claro que no. Está en una caja de cristal en el recibidor de algún coleccionista de arte.

-¿La mató usted?

Aquel hombre alto entrecerró los ojos al pensar.

-No. Creo que no. Pero sí maté a sus padres. Una gente fastidiosa. -Salió de su ensoñación con una sonrisa-. De eso hace ya algún tiempo, comprenda.

Coles asintió vagamente con la cabeza.

-Dice que su esposa era... -Comprobó sus notas-. ...fecunda. ¿Tiene usted hijos, entonces?

-Descendientes.

-Como prefiera. ¿Cuántos descendientes tiene?

-Miles, supongo -contestó el paciente con un ligero encogimiento de hombros.

Coles resopló. A veces, casi olvidaba que estos reclusos estaban locos.

-¿Los ve?

-Por supuesto. Me están obligados por sangre.

-Pero no ha recibido visitas.

-Todavía no los he convocado -dijo el hombre, casi cerrando los ojos.

-Ya -dijo Coles.

-A propósito, yo tengo nombre.

Coles sorbió una bocanada de aire.

-¿Cuál? -preguntó quedamente.

-Saladino. -Pronunció el nombre despacio, consciente de que estaba haciéndole un regalo al doctor.

-¿Saladino es su nombre de pila?

-Es mi nombre entero.

Coles miró un largo instante a su paciente a los ojos, y a continuación tomó nota del nombre.

-¿Por qué se ha decidido a hablarme? -preguntó finalmente

-Quiero otra celda.

Coles se llevó los dedos a la barbilla, pensativo, y movió la cabeza en señal de asentimiento.

-He dicho que quiero otra celda. Aquí hay ratas. No me gustan los roedores.

-¿Le dan a usted miedo en algún sentido...?

-Deje de hacer de psiquiatra, so asno. -Los largos dedos de Saladino se extendieron sólo una vez como dando el primer paso preliminar antes de alcanzar el cuello del doctor y estrangularle.

Coles se recostó pesadamente contra el respaldo de la silla. Era un movimiento instintivo, una reacción ante la fulgurante intensidad del hombre que estaba al otro lado de las rejas.

-Mi nombre es importante para usted, doctor Coles -habló de nuevo Saladino, ahora con voz tranquila.

El doctor recogió el bloc que había caído al suelo al tiempo que adoptaba una postura más casual e intentaba borrar la imagen de claro temor que había dado un momento antes.

-¿Qué?... -carraspeó-. ¿Qué quiere decir?

-¿Publica usted?

-Verá, yo....

-Seguro que no -contestó Saladino por él-. No puede estar muy bien considerado en su profesión cuando ésta lo ha traído hasta aquí. -Observó cómo enrojecía el doctor-. Escúcheme, yo voy a pasar aquí el resto de mi vida, pero usted no tiene por qué. Cooperaré con usted. Le contaré todo de mi vida... mi pasado, mi infancia, los asesinatos cualquier cosa que desee saber. Permitiré cualquier tipo de prueba, si desea estudiarme. Mi nombre por sí solo hará que salga usted en los periódicos. Una monografía sobre mi caso le hará famoso. Después de eso, le ofrecerán puestos en las mejores universidades y tendrá además una consulta privada lucrativa. -Cruzó los brazos sobre el pecho-. Despídase del manicomio, doctor -dijo en un susurro, con los ojos brillantes.

Coles rechinó los dientes. ¿Cómo era posible que este paciente psiquiátrico pudiera ver lo que había en el fondo

-El nivel inferior de este edificio ha sido designado como ala de máxima seguridad -dijo Coles, consciente del tono pomposo de su propia voz.

-A su modo de ver, ¿ha habido algo en mi conducta que justifique el que se me mantenga en máxima seguridad?

-De acuerdo con su ficha....

-Le he pedido su opinión, doctor, basada en sus propias observaciones, y no que me recite los prejuicios del curandero que había aquí antes. -Coles no contestó-. ¿Ha leído usted algo, lo que sea, en los informes que su personal ha redactado sobre mí durante los últimos cuatro años que indique que yo no he sido en todos los sentidos un recluso ejemplar?

Silencio. Coles estaba pensando. Una monografía sobre Saladino -y, naturalmente, insistiría en conocer el nombre real del hombre- haría que el nombre de Mark Coles entrara en los anales de la psiquiatría. Un rectorado en Oxford. Una consulta en Harley Street.

-No tiene otra posibilidad, doctor Coles -dijo Saladino-. Una habitación caliente en un piso superior. Es todo lo que pido a cambio de mi información.

-Tendré que...

-Si me dice que tiene que hablar de esto con una junta o lo que sea, jamás le diré nada más con respecto a mí. Se lo juro.

-Saladino...

-Lo dicho, doctor Coles. -Los ojos negros del hombre, fijos y sin pestañear, parecían los de un muñeco.

-Yo...-Coles suspiró-. De acuerdo. Se hará así.

-Mañana.

-Sí. Mañana.

Saladino sonrió. Tendió por entre las rejas su mano larga y delgada y movió el peón del rey blanco.

-Mueve usted, doctor -dijo suavemente.

A los diez minutos había ganado la partida.

A las 2.45 de la madrugada, mucho después de que el doctor se hubiera ido, un celador de noche se paseaba por el edificio haciendo la ronda de vigilancia de las celdas.

Se llamaba Hafiz Chagla. Llevaba ocho meses trabajando en Maplebrook. Antes había sido electricista. Chagla era un hombre achaparrado y joven, de menos de treinta años, con los pies planos y un rodillo de grasa en torno a la cintura. Su rostro no era especialmente digno de recordar, pero había en él algo, una cosa que habría pasado inadvertida a cualquiera que no fuera un observador experto y perspicaz.

Sus ojos eran exactamente iguales a los de Saladino.

Nadie en el asilo se había dado cuenta. Cuando Chagla llegó al sótano, se detuvo ante la celda de Saladino y miró a su interior con deferencia, como buscando una puerta o un timbre a los que llamar.

Saladino levantó la mirada del volumen en urdu. En la bolsita del interior de la tapa delantera había un sello con una fecha: 1/6. En la página sesenta y uno del texto había varios puntos esparcidos hechos a lápiz. Uno de los ayudantes de la biblioteca de Bournemouth, un argelino llamado Hamid Laghouat, los había puesto allí.

El señor Laghouat trabajaba en la biblioteca desde hacía casi cuatro años, el mismo tiempo que Saladino llevaba en Las Torres. Antes de esto, era lingüista en la Universidad de

Tenía también los ojos de Saladino.

Cada punto marcado con lápiz en la página sesenta y uno, las letras marcadas formaban un mensaje

Saladino no necesitó anotar nada. Escudriñó la página con la mirada y vio al instante el mensaje que, traducido, decía

*Todo está en su sitio
Bendito sea tu nombre*

Cuatro años. Habían hecho falta cuatro años para recibir ese mensaje.

Saladino asintió con la cabeza. El vigilante devolvió el gesto, pero en su caso parecía más bien una reverencia.

El vaporoso aire del centro de la ciudad tenía un cierto olor a carne, tal vez procedente de los puestos de comida de la acera, que le revolvió el estómago. Hal caminaba de manera frenética, sin dirección, con el único deseo de alejarse, primero de la terrorífica imagen del

espejo de aquella mugrienta habitación que él llamaba su hogar, y después de los terribles olores pútridos de la ciudad que tenía a su alrededor.

Sentía un golpeteo en la cabeza. Si hubiera tenido un dólar y medio, se habría metido en el Benny's, delante de la casa de huéspedes donde vivía, y habría pedido un trago de whisky. Pero no le quedaba ni un centavo, y los tiempos en que Benny habría estado dispuesto a servirle la bebida de balde habían pasado a la historia. Benny pesaba ciento cincuenta kilos, y no hacía falta que te metiera cada dos por tres en los cubos de basura del pasaje para entender que no eras bienvenido a su local si no llevabas dinero en el bolsillo.

La mejor posibilidad era, de hecho, el O'Kay's, un reducto para yuppies muy lejos del centro y con los suficientes helechos como para asfixiar a Alan Alda. Allí no le fiaban, por supuesto, pero a veces, a eso de las dos o las tres de la tarde, se pasaba por allí a almorzar un macarra griego de nombre Dimitri Soskapolis que tal vez le prestara unos pavos. Hal le había arreglado a Soskapolis el Jaguar un par de veces y el griego juraba que no permitiría a ningún otro mecánico ponerle las manos encima.

O sea que le debía algo, opinaba Hal. Al menos un billete de diez, por unos días.

A medida que iba andando, el escenario de Broadway pasó de las sex-shops y pocilgas de beneficencia de su propio barrio, a los majestuosos edificios de oficinas del Manhattan respetable, por donde se movían en manadas los ejecutivos, jóvenes con cortes de cabello caros y las mujeres que llevaban bambas con los sofisticados trajes de seda de Arman.

Era la hora del almuerzo. Las calles estaban atestadas de gente apresurada que andaba a largos pasos y sin ninguna curiosidad por entre un revoltijo de exóticos vendedores callejeros, hombres de aspecto andrajoso golpeándose los muslos con folletos que anunciaban salones de masaje, mujeres decididas que entregaban panfletos de color rosa con EMBARAZADA en la portada, charlatanes luciendo paraguas en miniatura en la cabeza mientras lanzaban sus discursos, exhibicionistas corriéndose de gusto en medio del gentío, tintineo de llaves y calderilla, y carteristas tan diestros que sólo un ojo entrenado sería capaz de identificarlos.

Mientras andaba, Hal observó a uno de ellos en acción. El ladronzuelo era un muchacho asiático de unos quince o dieciséis años. Buenas manos. A juzgar por su técnica, debía de haber sido entrenado por un experto, quizá el mismísimo Johnny Chan. Chan, quien se había iniciado en el robo de carteras en Hong Kong a finales de los cuarenta era un maestro de la profesión. Ahora, rico y retirado en Nueva York, suplementaba sus ingresos haciendo currar para él por las calles a toda una tribu de pilluelos inmigrantes.

El chico giraba en círculos detrás de él. Hal siguió andando, pero sentía la presencia intensa y casi eléctrica del chico, su miedo, al acercarse a él.

Por el amor de Dios, ¿es que va a probar conmigo? pensó con fastidio.

Sintió entonces cómo la mano entraba en el bolsillo de su pantalón, rápida como un pájaro en vuelo. Le dio un manotazo en la muñeca.

El chico dejó caer la cartera, la mano cubierta de restos del interior del bolsillo de Woczniaak. Una guinda confitada y aplastada espolvoreada con tabaco suelto de cigarrillo colgaba de su dedo pulgar.

-¡Zhulo! -dijo el chico, al tiempo que la expresión de su rostro pasaba al instante de la sorpresa por su captura

-No juegues conmigo a la luz del día -dijo Hal.

El crío soltó una airada y fluida cantinela vietnamita mientras luchaba por zafarse. Hal recogió la cartera. Luego, cogiendo al crío del cuello de la camisa, hizo entrar en contacto el rostro del chico con su propia mano pegajosa y se la restregó por la cara.

-¡Dang lai! ¡Dang lai! -gritó el chico.

¡Para! ¡Para! Hal se dio cuenta de que era survietnamita. El muchacho había pronunciado Dang lai. Los norvietnamitas dicen Zang lai.

-Di mau -espetó Hal-. Lárgate. -El empujón que propinó al chico impulsó a éste acera adelante-. Y le das recuerdos a Johnny Chan -le grito.

El muchacho se volvió el tiempo suficiente como para enviarle a la mierda con el dedo. Al hacerlo, choco con todo su ímpetu contra un caballero de edad avanzada que andaba con bastón. Los pies del viejo parecieron salir deslizándose de debajo de él. Cayó de espaldas, lanzando una exhalación, mientras el ladronzuelo desaparecía por la escalera del metro.

Hal dio un respingo. Seguro que, con una caída así, el viejo se habría roto todos los huesos del cuerpo. Se inclinó sobre él para ver si daba señales de vida.

-¿Está bien, abuelo? -preguntó en voz baja. Los ojos del viejo se abrieron con un parpadeo-. Tranquilo. Voy a pedir una ambulancia.

-Es totalmente innecesario -dijo el viejo con una sonrisa al tiempo que se enderezaba.

-Oiga, ¿no sería mejor que esperara...?

-Tonterías. ¿Dónde está mi bastón? -exigió el hombre en un impecable inglés.

Hal fue por el bastón. Un instante después, cuando estuvo de nuevo al lado del viejo, un hombre gordo que se estaba comiendo un perrito caliente se inclinaba sobre el anciano caballero.

-Daños corporales generales, ¿verdad? -dijo el gordo limpiándose la mostaza de la barbilla con una servilleta de papel.

-¿Cómo dice?

-Mire, tome. -Le entregó una tarjeta de visita- LaCosta y LaCosta. Representación legal, cómodos plazos de pago. Tiene usted que denunciar esto.

-Lárguese, bola de sebo -dijo Hal.

LaCosta dio otro mordisco al perrito caliente.

-Que le dé su nombre este sujeto -masculló, sacudiendo la cabeza en dirección a Hal y lanzando una rociada de migajas antes de alejarse con andares de pato-. Es un testigo.

-Cuánto lo siento -se disculpó Hal mientras ayudaba al viejo a ponerse en pie-. Ese crío corría huyendo de mí no he sido yo quien le ha hecho caer a usted. -Miró la figura del abogado LaCosta, que se alejaba por la calle- Además, no le serviría de nada denunciarme a mí.

-No pensaba hacerlo en absoluto. -El viejo se puso en pie de un salto, con sorprendente agilidad-. ¡Mire! -dijo, con una amplia sonrisa-. Adiós, muy buenas.

La tarjeta de LaCosta voló por los aires y se perdió en el humo del tubo de escape de un autobús en marcha.

-Bertram Taliesin. -El viejo se tocó el sombrero flexible con la punta de los dedos.

Hal se frotó las manos, temeroso de manchar a este caballero exquisitamente limpio si le tocaba.

-Yo soy Hal Woczniak. Mire, si quiere, le llevo hasta un hospital para que le echen un vistazo. Tiene usted buen aspecto, pero nunca se sabe.

-Oh, de verdad que tengo demasiada prisa y no puedo entretenerme. -Se sacó del bolsillo del chaleco un reloj de oro con cadena-. De hecho, me temo que voy a llegar de todos modos tarde a mi cita, y no estoy seguro de dónde es. ¿Conoce usted por casualidad el edificio de la CBS, señor?

--¿La CBS? Claro, está en Rockefeller Center. Vaya hacia el este hasta la Sexta, pone Avenida de las Américas en los letreros; luego siga hasta la Cincuenta y Dos. Un gran edificio negro. No tiene pérdida.

-Hasta la Avenida Americana... -Taliesin frunció el ceño.

-Avenida de las Américas. A dos manzanas largas.

-¿Manzanas largas?

-Manzanas. Las manzanas de siempre, sólo que son más largas que las otras. Luego gire a la izquierda, alejándose del centro.

-Hacia el este, ¿no?

-No, hacia el norte. Tiene que alejarse del centro.

-Pero ha dicho hacia el este.

-Estará en el este -dijo Hal, sintiendo que volvía su dolor de cabeza.

Taliesin negaba con la cabeza.

-No, no, no. Recuerdo con toda claridad que la carta decía Manhattan Central, no Manhattan Este ni Manhattan Norte. Manhattan Central, el Corazón de la Gran Manzana.

El dolor de cabeza había vuelto ya con toda intensidad.

-Esto es el centro -explicó Hal-. El centro es pequeño. Está dispuesto en cuadrícula... Ah, es igual, ya le llevo hasta allí.

-Vaya, muy amable por su parte.

-No lo tenga en cuenta. -Hal escupió en la acera.

El viejo cruzó casi brincando Broadway mientras Hal luchaba por mantener el paso.

-Voy a uno de esos programas de televisión -decía cordialmente-. ¡Vete a pescar!

-¿Cómo?

-¡Vete a pescar! Así es cómo se llama el programa. ¿Lo ha visto?

-No tengo televisor -contestó Hal.

Y si lo tuviera me lo vendía ahora mismo para tomar un trago, añadió en silencio.

-Ah, es una maravilla. -El viejo rió entre dientes-. Lo vi la última vez que estuve en este país, visitando unas ruinas indias de Nuevo México. Me desternillaba de risa. Así que cuando supe que venía a Nueva York, lo primero que hice fue escribir pidiendo una entrada. Llevo aquí una carta personal del realizador -añadió dándose una palmadita en el bolsillo delantero de la americana de corte impecable.

-Vaya -dijo Hal, los ojos posados sobre un puesto de comidas rápidas.

Con el aire se había disipado la náusea y su estómago, si no su cerebro, era consciente de que no había habido en él nada sólido o no alcohólico desde hacía días.

-¡Oiga! -Taliesin giró en redondo de repente, dándole la cara-. A lo mejor podríamos conseguir dos asientos. -Le brillaban los ojos.

Hal no podía imaginar nada peor que asistir a una sesión de un programa que se llamaba ¡Vete a pescar!

-No, no, gracias -musitó-. Además, seguramente está todo vendido.

-¿Usted cree?

-Oh, sí -Hal movió la cabeza enfáticamente-. Para un espectáculo tan fuerte como ese... seguro que hay que reservar los asientos con mucha anticipación.

Cogió al viejo del brazo, alejándole de la esquina de la calle donde dos muchachos en edad de escuela preparatoria ofrecían sin mucho éxito entradas gratis para diversos espectáculos de mediodía.

-Señor -llamó uno de los chicos.

-Corta, niño -dijo Hal. Miró a Taliesin y sonrió-. Seguramente asaltantes.

-Pero, no parecían... -protestó el viejo, confuso y mirando hacia atrás.

-Ahí está el edificio de la CBS, ahí mismo.

-Oh, cuánto me gustaría que pudiera acompañarme -dijo Taliesin-. Le debo algo por ayudarme después del accidente.

¿Acaso me ha oído rechazar dinero?, pensó Hal. Pero lo que dijo fue:

-Olvídelo y disfrute del espectáculo.

Acompañó al viejo hasta la entrada principal. En un soporte portátil del vestíbulo, un cartel anunciaba: ¡VETE A PESCAR! UTILIZA EL ASCENSOR EXPRÉS. Debajo, había un añadido escrito a mano: 1/6 ALMUERZO GRATIS HOY.

-Eh, fijese en esto -dijo Hal, oyendo cómo gruñía su estómago-. Está de suerte. Almuerzo y todo.

-¡Oh, santo cielo! -Taliesin retrocedió apresuradamente y se tambaleó hacia atrás.

Hal entró corriendo para evitar que cayera.

-¿Qué? ¿Qué tiene? Échese. Cielos, yo sabía que tenía que llevarle al hospital...

-No, no, no es mi salud -dijo el viejo, zafándose de Hal-. Hoy es el primero de junio.

-¿Sí? Bueno, ¿y qué?

-Tengo una cita con el conservador del Museo de Historia Natural el primero de junio a las doce y media. -Volvió a sacar su reloj de bolsillo-. Oh, santo cielo, ya es la media.

-El Museo de Historia Natural está lejos, en la Setenta Oeste -aclaró Hal.

-Entonces, lo mejor será que coja un taxi.

Hal miró por la calle de un solo sentido. El tráfico se movía a paso de tortuga.

-No va a ser fácil a esta hora -dijo.

El viejo musitó algo ininteligible y pareció contener la respiración. El rostro se le puso de color remolacha.

-Bueno, bueno, tranquilo -aconsejó Hal-. Busque un teléfono, llame a ese tío...

Taliesin profirió un sonoro chasquido con la boca.

-Con eso todo arreglado -añadió.

-¿Se encuentra bien?

En ese momento, el carril contiguo a la acera se despejó con la excepción de un taxi amarillo que venía a toda velocidad hacia ellos. Taliesin levantó el bastón y el taxi paró.

-Es infalible -dijo con una sonrisa cuando abrió la portezuela.

-¡Demonios! -susurró Hal-. ¡Vaya chamba!

-Ah, señor Woczniak -añadió Taliesin sacándose algo de la americana y metiéndolo en la mano de Hal. Era de papel... papel delgado. Delgado y enrollado. Oh, síii.- Por las molestias. Por favor.

-Oh, no, no puedo.

-Insisto.

Sentía la llamada de Benny.

-Bueno....

-Ha sido un placer conocerle. -gritó el viejo al tiempo que cerraba la portezuela.

El taxi se alejó velozmente. A los pocos segundos, el carril estaba de nuevo atascado por los coches.

Hal sacudió la cabeza, rió, y recordó entonces el billete que el viejo le había puesto en la mano.

A la mierda Dimitri Soskapolis. A la mierda Benny. Iría al Gallagher's a comer un bistec y echarse un buen trago. Habían vuelto los días felices.

Echó un vistazo al papelito. No era dinero. Era una entrada para ¡Vete a pescar!, arrugada y gastada después de meses de amorosos cuidados.

-¡Puaf! -musitó Hal, comprendiendo, esta vez de verdad, el significado de la palabra desespero.

Estaba a punto de tirarla cuando una súbita y fuerte brisa volcó el cartel del vestíbulo, que cayó al suelo de mármol con un estrépito ensordecedor.

ALMUERZO GRATIS HOY, decía.

Hal suspiró. Bueno, qué demonios. Nadie más iba a ofrecerle un almuerzo gratis.

Hal tomó el ascensor hasta el último piso, donde un guardia de seguridad comprobaba con expresión atormentada las entradas de los asistentes que llegaban en el último minuto, presurosos por ocupar sus asientos, antes de que empezara el espectáculo.

Hal enseñó la entrada al guardia.

-¿Dónde está la comida? -preguntó.

-Después del programa -dijo el guardia, escudriñando a Hal con cara de asco.

-Bromea usted. ¿Quiere decir que tengo que aguantar toda la sesión?

El guardia arrugó la nariz.

-Sí. Y otra persona va a tener que aguantarla sentada al lado de usted. Muévase.

Hal miró el reloj de la pared. Faltaba una hora y media para que el macarra griego se presentara en el O'Kay's. Si es que se presentaba.

Pasó revista a las posibilidades. Cierto, ¡Vete a pescar! sería probablemente tan divertido como andar detrás de un caballo flatulento, pero la sala tenía aire acondicionado, los asientos que podía ver desde la puerta eran cómodos y nadie había dicho que tuviera que permanecer despierto. Además, la perspectiva de una comida caliente en la cafetería de la CBS le parecía más atractiva por momentos. Encogiéndose de hombros, entró en el estudio y se escurrió hasta un asiento de las últimas filas mientras se alzaba el telón y dejaba ver un escenario decorado para que pareciera una ruinosa granja de la sierra.

En realidad, Hal había oído hablar de este espectáculo, como casi cualquier ciudadano del país. ¡Vete a pescar! constituía un fenómeno de la industria televisiva, un programa-concurso increíblemente banal con un tema campesino, preguntas terriblemente difíciles y crueles pruebas de destreza destinadas a humillar a los concursantes que no acertaban con la respuesta correcta.

Evidentemente, estas muestras de destreza eran el punto clave del programa y la razón de su éxito arrollador. Desde sus comienzos como programa local en Birmingham, Alabama, el público televisivo se extasiaba ante esas mujeres de mediana edad y esos señores viejos y animosos que luchaban con vacas de goma o chapoteaban en tinajas llenas de barro como castigo por no haber sabido cuáles eran los principales puntos débiles de la república de Weimar. Cuando el espectáculo pasó al plano nacional, los juegos se volvieron más variados aunque no menos sádicos, y el presentador regional fue sustituido por un veterano del espectáculo, ingenioso y dicharachero, cuidadosamente vestido y maquillado de tal modo que pareciera un montañés.

La mezcla de elementos que componían el espectáculo era extraña pero fascinante, y el hecho de que ¡Vete a pescar! se emitiera en directo, le daba un atractivo morboso que lo había lanzado casi inmediatamente a la cumbre de las listas de audiencia diurna. Ahora,

dos años después de su debut en la televisión nacional, era ya tan popular que las repeticiones grabadas en cinta del programa salían al aire varias veces al día.

Hal había tenido que verlo aun sin querer. A las doce treinta del mediodía todos los televisores de todos los bares de Manhattan sintonizaban ¡Vete a pescar! Y ahora, pensó Hal con un suspiro, su degradación le había finalmente reducido a verse sentado asistiendo al espectáculo en vivo. Cerró los ojos e intentó dormir.

Segundos después, era despertado por el estrépito de los banjos cuyo rasgueo resonaba por los altavoces acompañando la salida al escenario del presentador del programa, un tal Joe Starr, un sofisticado urbanita con sonrisa de pasta dentífrica cuyos modales desentonaban marcadamente con el mono y el ajado sombrero de paja que llevaba puestos. A pesar de que el público le había visto durante años en otros muchos programas, Starr imitaba el gangoso hablar del sur mientras explicaba las reglas del juego.

Los participantes, decía la voz nasal, eran escogidos de entre el público al azar después de haber sido colocados los números de sus asientos en un dispositivo conocido como el Barril de la Lluvia, situado en el centro del escenario. Cuando salían sus números, los concursantes tenían la posibilidad de ganar fabulosos premios respondiendo a algunas preguntitas de nada que cualquiera puede contestar. El auditorio rió.

-Y si la respuesta no es correcta, entonces... -Joe Starr se encogió de hombros de manera exagerada al tiempo que la música de banjo era sustituida por un cacareo de gallinas- . Ya sabéis lo que eso significa, chicos y chicas.

Un subalterno trajeado cruzó volando el escenario detrás de Starr. El cacareo de las gallinas fue apagado por el chapoteo del agua cuando el subalterno aterrizó fuera del escenario. El público aplaudía a rabiar. Starr hizo como que se sacaba algo del ojo.

Ninguno de los tres primeros concursantes contestó una sola pregunta correctamente, por lo que se les cubrió inmediatamente de tarta de nata, se les obligó a perseguir un cerdo por una cuba de gelatina o a zambullirse mutuamente en tinas repletas de uvas en una lucha por una nevera sin escarcha nueva y cincuenta metros cuadrados de parquet.

Hal se recostó en su asiento, dobló los brazos sobre el pecho y sintió que iba a la deriva. La música al menos había parado y, en su estado, el ruido del auditorio no representaba un fastidio excesivo.

-No parece que tengamos demasiados genios entre el público hoy -decía Joe Starr sacudiendo una cabeza que parecía encaramada a lo alto de un palo-. Bueno, vamos a buscar un nuevo concursante en el Barril de la Lluvia, ¿de acuerdo?

Hal entreoó el aplauso del público y el rotar de una especie de dispositivo mecánico sobre el escenario. Sentía su propio olor, una combinación de bebida rancia y sudor de hacía días. Dentro de su cabeza, parecía haber un bombardeo. Hacía semanas, pensó fugazmente, que no se cortaba el pelo, de hecho ni siquiera se peinaba. Su aliento parecía estar a punto de entrar en ignición.

-¡Dos cincuenta y uno!

Benny's. Ahí es donde pasaría la velada. Unas horas de tranquilidad; y tal vez viera los Mets, su programa favorito, por televisión. Nada de mujeres. Cuando se enrollaba con una mujer, a la mañana siguiente se encontraba hecho un asco.

-¡Asiento número dos cincuenta y uno!

Soskapolis estaba en deuda con él. Nada más y nada menos. ¡Dimitri, griego rico y cabrón!

Sintió una mano sobre el hombro. Abrió un ojo de color sangre. Una fantástica pelirroja con un rebosante sostén Daisy Mae y un minúsculo pantaloncito corto vaquero le miraba encandilada.

-Han dicho su número, señor -dijo, sin abandonar aquella sonrisa inmóvil.

-¿Qué?

-¡Está aquí! -gritó alegremente la pelirroja, meneando los brazos y dando saltitos.

Hal siguió con interés el movimiento de sus senos. Al instante, una rubia igualmente esplendorosa estaba también en el pasillo a su lado.

-No, no, gracias -dijo Hal.

Sin hacerle el menor caso, se pusieron a tirar de él y a empujarle con la pericia de unos matones barriobajeros hasta que Hal estuvo en pie.

-¡Ven acá, hombre! -llamó Joe Starr. El público aplaudió y se oyó un profuso rasgueo de banjos.

-Mierda -musitó Hal.

Como si su vida no fuera ya lo bastante desdichada, ahora iba a ser objeto de terrorismo por la televisión nacional. Una vez sobre el escenario, Joe Starr le dio una palmada en la espalda.

-Qué tal, colega -rugió al oído de Hal-. ¿Cómo te llamas?

-Woczniak.

-Eso sí que está bien. ¿Y si me dices un nombre que el viejo Joe pueda pronunciar?

-Hal -añadió.

-Eso está mejor. ¿De dónde eres, Hal?

-Del WestáSide.

-Vaya, un neoyorquino de pura cepa, ¿eh?

-Exacto.

-Veo que tenemos delante a un hombre de pocas palabras -prosiguió Starr-. ¿Listo para jugar a ¡Vete a pescar!?

-Preferiría volver a mi asiento.

Joe Starr dirigió el coro de risas.

-Parece que este caballero ha pasado una noche de las que dejan huella, damas y caballeros. -La cabeza de Joe Starr oscilaba precariamente-. Muy bien, Hal, no te me enfades. ¿Sabes cómo se juega a esto? Cien dólares por cada respuesta coo-rrrecta. Cinco respuestas coo-rrrectas y te llevas el Gran Premio. ¿Quieres saber en qué consiste ese Gran Premio?

En este momento, al acompañamiento de los ¡oohs! del público, se descorrió una cortina y pudo verse una gigantesca ampliación del Big Ben con la catedral de San Esteban.

-¡Un fabuloso viaje de dos semanas, con todos los gastos pagados, aaa Londres! -bramó Starr-. ¿Qué te parece, Hal?

-Perfecto. -Se sacó una legaña del ojo.

-Tu entusiasmo no me pasa desapercibido.

-Bien -rezongó Hal. *A ver cuándo acaba esto*, pensó.

-¿Te parece que vas a contestar las cinco preguntas?

-No sé.

-Si no las contestas te va a tocar triscar de lo lindo por aquí, ¿lo sabías?

-Ah.

-¿Quieres comprobar si todavía te late el corazón, Hal? -Carcajada del público-. Va a despertar de un momento a otro, damas y caballeros.

Mas risas.

-¿Podemos empezar de una vez? -dijo Hal.

-¡Está vivo!

Aplausos.

-Muy bien, Hal, eres un tío la mar de divertido. ¿Listo para la primera pregunta?

-Supongo que sí.

-Pues muy bien.-Starr alzó las manos como dirigiendo una orquesta.

-¡Vete a pescar! -aulló el público al unísono al tiempo que las dos bellezas que le habían obligado a alzarse de su asiento salían danzando a escena. Empujaban algo que parecía un pozo. El artilugio era de estiroespuma, pintada de modo que pareciera madera estropeada por la intemperie, y tenía las palabras Viejo Agujero de la Pesca garabateadas en letras de paleta. Dentro había un cesto de malla de alambre lleno hasta la mitad de pececitos de plástico de colores pastel.

Joe Starr entregó a Hal una especie de caña de pescar. El asa tenía una palanca que movía una grapa colocada en el extremo de un largo tubo de acero, y éste hacía las veces de caña propiamente dicha.

-Ahora mete esto en el Viejo Agujero de la Pesca, Hal, por donde quieras, y sácanos un pescado. ¿Entendido?

Obediente, Hal extrajo un pececito rosado. Joe Starr lo arrancó de la grapa, lo abrió y dejó a la vista un pequeño sobre blanco.

-Ésta es la pregunta, chicos y chicas -dijo sacando una tarjeta del sobre. La leyó en silencio, rió y puso en un gesto de conmiseración la mano sobre el hombro de Hal-. Bueno, antes de que lea esto en voz alta, quiero que sepas que estas cosas no las escribo yo, ¿de acuerdo?

Más risas del público.

-¿Listo, Hal?

-Sí, sí -repuso Hal poniendo cara de fastidio-. Bien. Adelante.-Inconscientemente, contrajo los ojos en una mueca.

Starr carraspeó y leyó:

-Según Malory, ¿quién era el legendario caballero de la Tabla Redonda responsable del hallazgo del Santo Grial y que murió con él en su poder? -Sacudió la cabeza como si ésta fuera el badajo de una campana.- Bueno, debo decir que esto no es algo que se lea en el Nacional Enquirer todos los días. ¿Deseas que repita la pregunta?

-Re... no -contestó Hal, con voz ronca de asombro. Por extraño que pareciera, conocía la respuesta a la pregunta-. Galahad.

-¡Galahad! ¡Coo-rrrecto! -gritó Joe Starr, dando de nuevo a Hal una palmadita en la espalda.

La música de banjo subió hasta un volumen capaz de romper los tímpanos. Las dos chicas pechugonas se apresuraron a salir a escena para besar a Hal. El público estalló en vítores.

-En nombre de Dios, Hal, ¿cómo es que tú sabías eso? -preguntó Starr cuando la música se apagó. Encogimiento de hombros por parte de Hal-. Bueno, pues acabas de ganar cien pavos, viejo. -Encajó un billete en la mano de Hal.

No era un billete de cien dólares de verdad. Era un certificado con un formulario en el dorso.

-Hostia -rezongó Hal, pero su comentario se vio ahogado por una nueva andanada musical.

-Bueno, chicos y chicas, se nos ha acabado el tiempo por hoy. Pero Hal va a volver mañana, así que no olvidéis estar en sintonía para ver...

-¡Vete a pescar! -aulló el público.

Joe Starr saludó con la mano a la cámara.

-¿Qué quiere decir eso de que tengo que volver mañana? -preguntó Hal irritado.

-Quieres los cien, ¿no? -dijo Starr por la comisura de la boca, sin dejar de saludar y sonreír.

-Sée...

La lucecita roja de la cámara se apagó.

-No se te da el dinero hasta que acabe la tanda de preguntas -dijo Starr sin el menor rastro de acento del sur.

Se dirigió hacia los bastidores. Hal fue tras él.

-¿Cuánto va a durar eso?

-Mañana -contestó Starr volviéndose hacia él-. Cuenta con ello. Y, por el amor de Dios, dúchate. -Hizo una vivaz seña con el pulgar a un muchacho que llevaba una cola de caballo-. Dile a nuestro concursante las normas para salir el segundo día.

El chico olfateó.

-Tiene que cambiarse de camisa -dijo.

-De acuerdo, de acuerdo -contestó Hal.

Cuando salía del estudio, alguien le entregó una bolsa de papel. Contenía un sandwich de pollo con un trozo de lechuga mustia y un vasito de plástico lleno hasta la mitad de Ponche Hawaiano.

-Que le aproveche -dijo el guardia de seguridad.

Hal revivió su pequeño triunfo mientras se zampaba el parco almuerzo sentado en un banco del Rockefeller Center. ¿Quién iba a pensar que ese tontorrón fuera a hacerle una pregunta acerca de los Caballeros de la Tabla³ Redonda?

³ Aunque la traducción de la palabra table es mesa, se ha conservado tabla porque, aunque incorrecta, es la más usada en este caso. (N. del E.)

Casi rió en voz alta. Ellos habían sido su primer amor. Desde que la fractura de ambas piernas, cuando cursaba el cuarto grado, había obligado a Hal a leer por placer, su universo alternativo estuvo poblado por las figuras de sir Lancelot y Gawain, el Caballero Verde, y el joven Perceval. Llegaron a ser sus amigos. Mucho más que eso: ellos fueron los hombres que le educaron, con su código de caballería y sus ideales de valor y fe.

Su madre había muerto en el accidente que le causó a Hal las fracturas. En la calle 115 Este, un coche les atropelló a los dos y se dio a la fuga. La mujer quería invertir el dinero del sustento en una consulta a una adivina del Spanish Harlem y, a pesar de las protestas de Hal, le había arrastrado hasta allí.

-¿No te lo decía yo? ¿No te he dicho que esa mujer veía ese halo sobre tu cabeza, igual que yo? -le preguntó su madre cuando estuvieron en la calle.

-Por Dios, mamá -susurró Hal, sonrojándose hasta lo indecible cuando dos lindas muchachas cruzaron la calle por su lado hablando en castellano

Su madre se echó a reír y le rodeó el cuello con el rollizo brazo, aumentando aún más su mortificación.

-Lo vengo viendo desde que eras un bebé, Harold, y siempre he sabido que era algo m gico. Tu vida no va a ser nada corriente, creeme.

-¿Quieres dejar eso ya? -Hal se zafó de su abrazo-. Es una farsante, mamá. Le dice lo mismo a todo el mundo. Así es como consigues que le den el dinero.

-¿Qué sabes tú? Tú no sabes nada -respondió su madre propinándole un manotazo-. Cuando seas mayor serás presidente. O millonario. Algo... lo sé desde que eras...

-¡Mamá!

Pero el coche venía ya lanzado hacia ellos, a demasiada velocidad para que uno y otro pudieran apartarse. Hal recibió un golpe de costado que le rompió las piernas, pero a su madre el coche le dio de lleno. Hal soltó un grito mientras veía cómo el cuerpo flácido de su madre, metido en el grueso abrigo negro, volaba describiendo un arco hasta el otro lado de la calle.

El conductor aminoró la marcha por un instante, pero en seguida aceleró de nuevo. Nunca fue identificado.

En los meses que siguieron, Hal pasó casi todo el tiempo solo en el cuchitril de Inwood que llamaba su casa, mientras el padre, Mike el de Hierro para los compinches, se pasaba las veladas peleando en antros del barrio.

Mike Woczniak no era mal tío, admitiría Hal a regañadientes años más tarde. A veces, cuando se acordaba, traía perritos calientes para el chico, o un sandwich de queso, o un cartón de botellines de soda. Y cuando tenía el día bueno y no andaba refunfuñando en

plena resaca, se llevaba a veces a Hal con él en taxi hasta el garaje donde trabajaba. Entorpecido por el yeso de las dos piernas, Hal se sentaba en un par de cajas puestas una encima de la otra y observaba a Mike trabajar en el motor de un coche con la habilidad y precisión de un cirujano, oyéndole al tiempo describir los detalles del motor de combustión interna.

Si Hal no se hubiera graduado en la escuela superior, si no hubiera ido a la universidad ni ingresado en el FBI, si no hubiera conseguido ninguna de las hazañas que tan asombrados tenían a sus parientes comecoles, probablemente habría sido un mecánico de primera. De hecho, la habilidad de Hal con los automóviles era en la actualidad lo único que se interponía entre él y la inanición.

Pero lo mejor que le aportaron los tristes meses que siguieron a la muerte de su madre fueron los libros. El primero fue *The Once and Future King*, de T. H. White, que le recomendó la bibliotecaria de la escuela. Al principio Hal se quejó del tamaño del volumen, pero cuando los días fueron pasando uno igual al otro y las imágenes del borroso televisor en blanco y negro del apartamento se hicieron cada vez menos visibles, se puso a leer.

Fue una revelación. He aquí un mundo de honor, de magia, de misterio, de lealtad y valentía, y ese mundo era real. Hal creyó desde la primera página en la extravagante magia de Merlín y en el especial destino de Arturo, elegido para unir el mundo.

Naturalmente, con el tiempo fue descartando las leyendas más rebuscadas, pero nunca perdió el interés por los castillos y la pompa heráldica de la Edad Media y por el sistema feudal que había salvado a Europa del caos después de la retirada de los romanos ocupantes. Y siguió leyendo las historias de la Tabla Redonda cuando ya los otros chicos de su edad se fijaban hacía tiempo en otras cosas. Gawain y Gaheris, Lucan y Bohort y Lionel, Tristán el enamorado, y Lancelot, el más noble y, en fin de cuentas, el más humano de todos...Éstos eran los hombres que habían modelado la vida de Hal, y que nunca dejaron de ser reales para él. Te hago caballero; sé valiente, caballero, y leal.

Recordaba todavía las palabras de la ceremonia de iniciación que tanto le habían fascinado al leer esos libros en su juventud. ¡Haber vivido en aquellos tiempos! ¡Haber luchado con aquellos grandes hombres a los que la historia había convertido en leyenda!

Hal sonrió. Qué ironía que el Viejo Pozo de la Pesca hubiera soltado la única pregunta que él estaba cualificado para contestar.

-Sé valiente, caballero y leal -dijo en voz alta.

-¿Cómo dice, señor?

Un niño se detuvo en plena carrera delante de él.

-Nada. -Hal dio otro mordisco a su sandwich.

-¡Mire, míreme!

Al instante, con la despreocupada arrogancia que sólo se puede poseer a los cinco años, el niño dio una voltereta sobre el suelo de cemento. Hal aplaudió mientras el niño lanzaba los brazos al cielo, con un trozo de chicle pegado al cabello.

-¡Tyler! ¡Tyler, ven aquí ahora mismo!

La joven madre vino corriendo hasta el niño, le cepilló sin piedad y a continuación se lo llevó a rastras, riñéndole a voz en grito.

-¡No vuelvas a hacerlo, ¿me oyes? Habrías podido caer al hielo de la pista de patinaje. Y te he dicho mil veces que no hables con desconocidos.

-Pero si...

-Es un degenerado, eso es lo que es. Estas cosas suceden cuando menos se piensan, Tyler...

Su voz desapareció en medio de la gente.

Hal terminó su sandwich. Bueno, ¿acaso no está en lo cierto?

Valiente y leal... No eran más que palabras, leídas hacía tiempo por un niño que jamás había llegado a caballero.

Ahora no era más que un degenerado.

Hizo una pelota con el envoltorio de celofán del sandwich y la lanzó al aire.

-¿Qué nombre inglés se daba a Escocia en la Edad Media?

-Albania -dijo Hal.

Joe Starr no reaccionó a la primera. Miró por dos veces la tarjeta que tenía en la mano.

-Coo-rrrecto. -Levantó la tarjeta para que el público la viera y se encogió de hombros-. Ha acertado, damas y caballeros.

Sonó la ruidosa música del banjo. Daisy y Mae, como llamaba ahora Hal a las dos generosamente provistas azafatas de ¡Vete a pescar!, se deslizaron al escenario para abrazarle. El público aplaudía, aunque no tan estruendosamente como antes. Habían venido a ver juegos visuales y simplones, no un programa intelectual de preguntas y respuestas. Joe Starr dirigió a Hal una cautelosa mirada por el rabillo del ojo.

Una vez el estrépito hubo disminuido, Starr llevó a Hal de nuevo hasta el Viejo Agujero de la Pesca.

-A ver esta vez -dijo.

-¡Vete a pescar! -canturreó el público, obediente.

Una vez Hal hubo seguido los pasos necesarios para extraer el sobre del pozo de estiroespuma, Joe Starr lo abrió y frunció por un instante el ceño antes de volver a asumir el personaje de granjero sureño para la cámara.

-Bueno, que me aspen -dijo arrastrando las palabras-. Parece otra pregunta sobre historia medieval inglesa.

-Fenómeno -añadió Hal.

Se oyó un ligero murmullo procedente del auditorio.

-Bueno, he de deciros, chicos y chicas, que esto es una coincidencia muy gorda, en serio. Tenemos en el Viejo Agujero de la Pesca preguntas sobre todo tipo de temas habidos y por haber, creedme, y para que el mismo tema salga tres veces seguidas...-Miró a su realizador, oculto fuera del escenario-. Bueno, sólo para que veamos que el rayo puede golpear dos veces. Allí de donde yo vengo, tenemos las destilerías que lo demuestran. Muy bien, Hal, viejo amigo -añadió cuando el realizador le hizo señas de que siguiera-. Esta es la pregunta: Antes de la aparición de la Peste Negra que devastó Europa, Gran Bretaña fue violentamente sacudida por otra epidemia. ¿Cuál era?

Se oyó el tictac de un ruidoso reloj.

-La Peste Amarilla -respondió Hal

Joe Starr hizo una señal para que pararan el reloj.

-¿Puedes repetir eso, Hal?

-La Peste Amarilla.

-¡Válgame Dios!, pues sí que es.

-Vino de Persia... -empezó a decir Hal, pero la ronca música de banjos ahogó su voz.

-Vuelvo en seguida, tengo que hablar un momento con nuestros patrocinadores -gritó Joe, extendiendo la mano en dirección a Hal

La dejó caer en cuanto se apagó la lucecita roja de la cámara.

-¿Qué demonios está pasando aquí? -exigió.

-Mira, no es mi programa -dijo Hal-. Vosotros hacéis las preguntas y yo las contesto.

-Si has estado jugando con las tarjetas, tío

-Mira, majadero

-¡Estáis en el aire! -bramó ásperamente el realizador desde bastidores.

Starr se prendió una sonrisa a la cara y dio a Hal una fuerte palmada en la espalda.

-Bueno, chicos y chicas, parece que a este Hal no hay quien le pare, ¿qué me decís? -Hubo un vago batir de palmas desde el público. Se oyeron algunos abucheos-. Tienes tres respuestas coo-rrrectas. Dos más, ¡y tuyo es el viaje a Londres, Inglaterra, todos los gastos pagados! -Esperó a oír la respuesta del público, pero no la hubo-. ¿Qué me dices entonces, Hal? Introduce esa caña en el Viejo Agujero de la Pesca y... -Esperó.

-Vete a pescar -dijeron algunos espectadores con pocas ganas.

Hal metió la caña de pescar en el receptáculo, sacando un pescadito verde. Esperó a que Joe Starr se hiciera cargo de él.

-Me gustaría saber una cosa, Hal... -preguntó Starr mientras acariciaba el sobre- ¿y si ésta es una pregunta sobre ciencia espacial?

-Supongo que me ganaré una tarta en la cara.

El público vitoreó.

-Oh, ¡mucho peorrr! -dijo Starr con una sonrisita-. Ya lo creo que sí. -Rasgó y abrió el sobre y sacó la tarjeta-. ¿Qué...? -Intentó sonreír-. Otra pregunta sobre historia medieval inglesa.

El público se puso en pie profiriendo silbidos y rechiflas.

-¡Este programa está amañado! -gritó alguien.

Joe Starr hacía cuanto podía para calmar a la gente.

-Bueno, bueno -dijo con un falso tono campechano-. Esperad a oír ésta, amigos y vecinos. Ésta sí que es buena. ¿Listo, Hal?

-Dispara.

-¡Tongo! -vociferó otro.

La cabeza de Starr se cimbreaba en lo alto, confiadamente.

-La primera tragedia del mundo occidental, Gorboduc...-Starr pronunció Gor-bou-dac-. Caramba, parece la versión rusa del pato Donald. -Esperó a oír la carcajada, pero no hubo el menor sonido procedente del público-. ¿Creéis que debe de conocer al ratón Mijail? -Silencio. Starr carraspeó-. Bueno, Hal, esta obra, Gorboduc, contaba la historia de un destino aciago. ¿Cómo se llamaban los protagonistas?

Hal sonrió, incómodo. Había leído Gorboduc en el primer año de universidad.

-Ferrex y Porrex.

-¡Otra! -dijo Starr sin fuerzas.

Los técnicos de sonido hicieron subir el volumen de la música de banjo en lata hasta el máximo en un esfuerzo por sofocar los gritos del público, pero fue en vano. Los espectadores abandonaban sus asientos y desfilaban hacia el escenario en protesta. Daisy y Mae, camino del concursante para el beso ritual, dieron media vuelta y salieron corriendo del escenario, alejándose del hosco ejército de espectadores y espectadoras en marcha mantenidos a raya por el equipo de escena. El realizador del programa, teléfono en mano, hizo señas a Starr desde bastidores.

-Vamos a hacer un pequeño descanso ahora, chicos y chicas, y cuando volvamos, vamos a...-Joe Starr se llevó la mano al oído, indicando al público que gritara el nombre del programa-... ir a... -instó.

-¡Vete a cagar en tu sombrero! -propuso alguien.

El realizador se precipitó al escenario y consultó frenéticamente con Starr. A continuación, se acercó a Hal.

-Hola, Hal. Frank Morton. Soy el realizador. -Tendió una mano pegajosa de sudor-. Mira, vamos a pasar a otro concursante -dijo, el sudor visible en su frente-. Los de la CFC vienen hacia aquí.

-Oh, cielo santo -gimió Joe Starr.

Morton no le hizo caso.

-Tenemos una sala donde puede esperarles -dijo tranquilamente a Hal.

-¿Para qué?

-Porque creen que el concurso está amañado, so memo -barbotó Starr-. Oh, Dios mío, Dios mío.

-Tranquilo, Joe -dijo Morton.

-¿Tranquilo? Pero, ¿no te das cuenta? ¡La misma historia de La Pregunta de los Sesenta y Cuatro Mil Dólares!

-No, no. -El realizador se esforzaba por hablar en voz baja-. Este programa está asegurado al cien por cien, Joe, lo sabes tan bien como yo.

-Entonces, ¿cómo es que este tío ha contestado todas esas preguntas?

Ambos miraron a Hal.

-Porque las sabía -dijo éste encogiéndose ligeramente de hombros.

-¿Las sabías? ¿Cuatro seguidas?

-Bueno, el juego es el juego, Jack. Alguien tiene que ganar algún día.

-Bueno, ya está bien. -Morton se quitó las gafas y se limpió la cara con la mano-. Estoy seguro de que no hay por que preocuparse. Lo que ocurre es que esto es un programa en directo, y tiene que haber algún fallo de vez en cuando...

-¡Algún fallo! ¿Y mi carrera, Frank?

-Hablaemos más tarde -concluyó Morton.

Hizo señas al tipo alto de la cola de caballo para que viniera a llevarse a Hal.

-La has cagado, chico -musitó Joe Starr.

-Pues a ti no parece que te vaya muy bien -dijo Hal riendo. Meneo la cabeza parodiando al presentador del programa-. Viejo.

De algún modo, Starr había conseguido hacer que el público se sentara. Por la pantalla de control, Hal vio cómo una grúa volcaba a un hombre en una tina llena de globos de agua. El público rugía de placer. El concursante había fallado una pregunta que trataba de astrofísica.

Curioso, pensó Hal. En ese pozo debía de haber tres o cuatro mil tarjetas. Las posibilidades de que salieran cuatro preguntas seguidas sobre el mismo tema eran reducidísimas.

Y sin embargo, había ocurrido. Cuatro preguntas sobre el único tema del que él sabía algo.

-Eso no es cierto -dijo en voz alta.

Sabía de otras cosas. Sabía de motores de automóvil. Sabía de armas de fuego, de procedimientos policiales, algo de leyes....

No presumas. Si alguien te hubiera hecho esas preguntas hace una semana no habrías sabido contestarlas.

Esto era cierto. Había leído Gorboduc, sí, pero de ello hacía más de veinte años. ¿Ferrex y Porrex? Estos nombres llevaban enterrados dos décadas. ¿Albania? ¿A quién quería engañar? Ni siquiera había estudiado nunca nada acerca de la antigua Escocia. Quizá se tratara de un pie de página en un libro que había leído en algún momento, algo que había buscado para un ensayo de la escuela secundaria, tal vez...

Nunca has oído hablar de ninguna Albania que no sea la de Europa Oriental, cabeza de chorlito.

Se mesaba los cabellos.

¿Qué le había hecho decir Albania?

Y si has de ser sincero hasta el fin, Hal, no te olvides de mencionar que no sabes un carajo acerca de ninguna Plaga Amarilla.

Alargó el brazo y apagó el monitor en el preciso instante en que entraban en la estancia dos hombres trajeados. Se identificaron como investigadores de la Comisión Federal sobre Comunicaciones.

-Sólo unas preguntas, señor...

-Woczniak.

-Muy bien. ¿Se da cuenta de que participar de algún modo en la manipulación de los resultados de un concurso de este tipo constituye un delito federal?

Estaban inclinados sobre él.

-Sí -respondió Hal-. EL FBI me explicó todo eso una vez.

Cuatro horas más tarde, cuando los dos hombres de la CFC no supieron ya qué más preguntar, se permitió a Hal abandonar los estudios. Joe Starr y el realizador de ¡Vete a pescar! estaban en el escenario con otro par de inspectores, y el contenido del Viejo Agujero de la Pesca esparcido sobre una mesa delante de ellos.

-Anoche nos leímos todas las preguntas del barril -decía el realizador, con la mirada turbia. a Hal al día siguiente-. En total había siete preguntas sobre la Inglaterra medieval. Cuatro las sacó usted. -Se encogió de hombros-. Ha sido una terrible coincidencia, pero nada más.

-Eso creo yo -dijo Hal.

-Los chicos de la CFC quieren supervisar la extracción final, pero ahí se acaba todo. -Sonrió de manera cansada, de circunstancias-. Lamento que le hayamos causado molestias. Se trata de un programa en vivo, comprenderá...

-Ya, ya -respondió Hal.

-Buena suerte.

Hal hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Morton tenía razón, se dijo a sí mismo. Una coincidencia. Eso y nada más que eso. Una curiosa coincidencia.

Y lo más curioso del caso es que tú no sabías las respuestas hasta que salieron de tus labios. Pero eso no se lo has contado a los chicos de la CFC, ¿verdad, viejo?

Apartó este pensamiento de su mente. Cuando un hombre bebía tanto como él, razonaba Hal, era imposible saber lo que sabía y lo que no sabía. El cerebro reacciona de manera extraña. Oyes cosas, lees cosas... Que él supiera, podía haberse pasado todo el último año leyendo sobre historia medieval después de haberse emborrachado hasta caer redondo en Benny's.

Hablando de todo esto, Hal imaginaba que algunos de los chicos del grupo probablemente se habrían enterado ya de su éxito en televisión. Un trozo de grabación del programa de

ayer había aparecido en las noticias de la noche. Se veía en él al genio airado abandonando el estudio. Un hombre declaraba, sonriente y convencido, que había camelo. Una mujer enfurecida acusaba al gobierno. En la misma grabación aparecía Hal, con más aspecto de maleante de lo que él creía tener, pronunciando los nombres de Ferrex y Porrex.

No es de extrañar que crean que el programa está apañado, pensó, evaluando su propia imagen. Aunque esto no cambiaba para nada las cosas en su círculo de amistades: los chicos del Benny's estarían encantados de que Hal hubiera encontrado un nuevo modo de robar dinero.

Casi podía oírles a todos riendo junto a la barra, discutiendo el relativo endeudamiento de Hal con cada uno de ellos y cómo harían para cobrar. Anoche no habría puesto los pies en el Benny's; ni convertido en hombre invisible.

Al menos, ésta era la excusa que se daba a sí mismo para no ir a tomar un trago. Llevaba dos días seco.

-¿Listo, Hal?

El tipo de la cola de caballo le escoltó hasta bastidores al ritmo de los banjos. Mientras Hal aguardaba su salida a escena, Joe Starr explicaba la presencia de los hombres de la CFC en el programa, aunque todos los ciudadanos del país sabían ya a estas alturas que este episodio de ¡Vete a pescar! iba a ser supervisado celosamente.

-Los Coontroladores -llamó Joe a los dos hombres que permanecían de pie tras él, intimidadores, como dos figuras de decorado.

Al principio, Starr se había opuesto con firmeza al control de los federales en directo, pero, cuando supo que la audiencia televisiva de ¡Vete a pescar! iba ser la más nutrida en la historia del programa, se avino a su presencia. Había que tener en cuenta, le dijo Frank Morton, que la noticia del conato de rebelión del día anterior había hecho subir la popularidad del programa un mil por cien.

-¿Estáis preparados para recibir a Hal? -gritó Starr.

Desde el punto de vista auditivo, el público parecía haberse congregado para presenciar un partido de rugby. Había vítores y abucheos, bocinas neumáticas, silbatos, pancartas en las que se elevaba a Hal a la categoría de genio y otras que pedían su detención.

-¡Ven acá, viejo!

Los hombres de la CFC fruncieron el ceño cuando Hal pasó de largo por su lado. Siguiendo sus instrucciones, éste lucía una camisa de manga corta y pantalones sencillos sin cinturón.

-¿Qué creen que voy a hacer, colgarme delante de las cámaras? -había protestado él. Los federales ni siquiera habían esbozado una sonrisa.

Tampoco Joe Starr se esforzó mucho por disimular su desagrado ante este impresentable concursante que había puesto en peligro su programa y su carrera con un extraño golpe de suerte.

-Bueno, Hal -dijo con pachorra de granjero-, dime, ¿cómo es que un tipo como tú se interesa tanto por la época medieval?

-Me gustaba -respondió Hal encogiéndose una vez más de hombros.

Detrás de él, los dos federales se miraron.

-Bueno, he de ser franco contigo, Hal. Nuestros amigos los Controladores han revisado toditas las preguntas del Viejo Agujero de la Pesca, y dicen que sólo quedan tres tarjetas que tengan algo que ver con historia de la Inglaterra medieval. O sea, que es poco probable que vuelvas a sacar otra, ¿verdad?

-Supongo.

-¿Te crees capaz de contestar una pregunta sobre otro tema?

-Mecánica de automóviles, tal vez.

Joe Starr soltó una risita socarrona.

-Si es así espero de todo corazón que salga una pregunta sobre mecánica de automóviles, Hal. -Encima de unas oscuras ojeras, sus ojos relucieron maliciosamente-. Porque si no me das ahora la respuesta coo-rrrecta, tengo un regalito muy especial para tí aquí en el programa. -El público aplaudió-. Ah, otra cosa, Hal. -Daisy y Mae salieron al escenario portando una faja de seda negra entre las dos. Starr las recibió con una floreada reverencia- Esto es una venda. ¿Quieren comprobarla, caballeros? -Uno de los hombres de la CFC pasó las manos por la tela, la levantó entre él y la luz para ver si era lo bastante opaca y luego la devolvió con un movimiento de cabeza-. Para que nuestros amigos los Controladores y el público presente en este estudio vean que no hay modo en la Tierra de que puedas leer las preguntas, queremos que te pongas esto, Hal. ¿Te parece bien?

-Creo que sí.

Las dos chicas taparon los ojos de Hal con la venda y se la ataron detrás de la nuca.

-¿Ves algo?

-No.

-Magnífico. ¿Estás listo, Hal? -berreó Starr.

Hal asintió en silencio.

-¡VETE A PESCAR! -La orden dada por el público fue estruendosa.

Mientras Hal metía a ciegas el extremo de la caña de pescar en el recipiente, los hombres de la CFC se acercaron y se pusieron cada uno a un lado de él. El pececito de plástico que seleccionó fue ípso facto arrancado de su mano por uno de los Controladores, quien abrió el sobre y leyó la tarjeta que había dentro antes de entregársela con aire inseguro a Joe Starr.

-¿Listo para la pregunta, Hal?

-Creo que sí.

Starr cogió la tarjeta de manos del federal, cuyo rostro se había vuelto de un color extrañamente ceniciento.

-En los tiempos medievales... -Starr dejó caer el brazo y cerró los ojos-. Esto no es posible -dijo quedamente, olvidando su acento.

El público explotó. Los hombres de la CFC se miraron. Uno de ellos hizo un gesto de impotencia y derrota.

-¿Quieren que lea esto? -les preguntó Starr.

-Sí, señor -dijo uno de ellos tranquilamente después de un momento de vacilación.

Hicieron falta dos minutos, más una pausa publicitaria, para que el auditorio se calmara.

-Bueno, chicos y chicas, escuchad. Los Controladores me dicen que la extracción ha sido limpia, y yo estoy aquí para deciros que no se equivocan.

Los federales fueron abucheados de lo lindo. Joe Starr meneaba la cabeza con ferocidad.

-Hombre, Hal, tío, lo único que puedo decir es que eres un afortunado sinvergüenza.

-Tú lee la pregunta. -Hal se empezaba a impacientar.

Había espuma en las comisuras de la boca de Starr cuando dijo:

-Sí, sí, claro que voy a leerla, claro. Pero, luego, tú... tienes que contestarla.

Un amenazador clamor se alzó del patio de butacas.

-En los tiempos medievales, las leyendas hablaban de una sustancia sedosa que a menudo aparecía en circunstancias mágicas en relación con acontecimientos extraordinarios. ¿Qué nombre se daba a esta tela rara y en la actualidad desaparecida?

El tictac del reloj era ensordecedor. Hal respiró hondo. Tenía la mente en blanco.

En cierto modo, era un alivio no saber la respuesta. Durante los últimos tres días había estado torturado por la incertidumbre, sabiendo cosas sin saberlas, preguntándose de qué modo se habrían introducido en su cerebro, como por arte de magia, información totalmente extraña a él. Al menos, ahora estaba convencido de que no estaba loco. Y tenía

cuatrocientos dólares más que antes de empezar todo esto. Cuatrocientos dólares, más una tarta en la cara, y la tarta estaba rellena de faisán, tarta de faisán con pan...

Los olores del faisán al horno llenaban la gran sala, junto con la música del cantante y el ladrido de los perros. Era extraño oír en ese momento el ave, por encima de cualquier otro sonido, pero su canción era tan dulce y tan pura que Hal alzó los ojos, y entonces el pájaro voló por el aire... Dios mío, este recuerdo... la salvaje canción salía de ella a borbotones, y vino a posarse en... es el recuerdo de otra persona, no el mío... vino a posarse en el dedo de un hombre, alguien cuyo rostro Hal no podía ver ahora, un hombre que daba al ave un pedacito de pan. Y entonces apareció la copa. flotando por encima de la mesa.

Hal boqueó. *¡Basta ya! ¡No es un recuerdo mío! Yo jamás he visto copa alguna.*

Todos la vieron. La copa flotando en el aire, recordando a los caballeros que su labor estaba aún por terminar. El cuchillo de Hal cayó ruidosamente sobre la mesa al verla, pero el ave no se movió del largo dedo que le servía ahora de rama. También ella observaba cómo la copa, el Grial, aparecía cual un arco iris envuelto en nieblas, envuelto en jamete, reluciente como el agua...

-¿Nos das una respuesta? -ladró Joe Starr.

La visión se vino abajo como una pared demolida.

-Cubierta de jamete -susurró Hal.

-¿Cómo dices?

-Jamete -repitió Hal sintiéndose, inexplicablemente, al borde de las lágrimas.

-¡Coo-rrrecto! ¡Has ganado un viaje a Londres!

El público gritó. Los banjos empezaron a sonar. Hal sólo pudo oír unas notas antes de desmayarse.

El hombre que se llamaba a sí mismo Saladino bizqueó al darle de pleno en los ojos el luminoso sol de la tarde que entraba a raudales por las ventanas del despacho del doctor Coles. Desde que el doctor Coles estaba al frente de Maplebrook, era la primera vez que el prisionero salía de detrás de las rejas de su celda subterránea.

-Siéntese, por favor -dijo Coles indicando un sillón tapizado de piel de imitación.

El recluso olfateó con desdén. Levantó su noble cabeza, haciendo que la camisa de fuerza que le constreñía resultara una barbarie innecesaria.

-¿Están preparados mis nuevos aposentos? -dijo suavemente.

-Sí. -El doctor sonrió-. No había espacio vacío, pero en el curso de la noche uno de los otros pacientes ha muerto mientras dormía. Una curiosa coincidencia -dijo Coles.

-No me interesa -respondió Saladino-. Desearía trasladarme a mi habitación.

-He pensado que primero podríamos hablar un rato.

-Una sesión para profundizar en mi alma antes de permitirme entrar en la celda, ¿exacto?

Coles se agitó inquieto.

-Algo así.

A pesar de haber una distancia de un par de metros entre ambos, el cuello del doctor se resentía del efecto de estar mirando fijamente el rostro de Saladino, con su imponente estatura.

-Esta vestimenta es humillante. Le ruego me la quite.

-No puedo hacerlo.

-Haga venir a un celador. Si intento algo inconveniente, puede hacer que me rocíen con aerosol, me golpeen y luego enviarme al sótano

Coles estaba al corriente del procedimiento. Su predecesor le había asegurado que el spray químico combinado con el bastón era el método más eficaz para el tratamiento de los locos criminales. Desde entonces, Coles aborreció a aquel hombre.

-Yo he abolido el empleo del aerosol aquí -dijo.

-Muy humano, doctor Coles.-Había un brillo de diversión en los ojos de aquel hombre.

-La crueldad es innecesaria.

-¿Incluso si un paciente intentara matarle a usted?

-No creo que usted vaya a hacerlo.

-Entonces, quíteme la camisa de fuerza. -Coles, pensativo, soltó un ruidoso resoplido-. Esa manera de actuar suya, tan correcta, no es más que pura fachada, ¿no es así, doctor? Diga lo que diga, me tiene un miedo espantoso.

-Tonterías. ¿Por qué no hablamos de otra cosa?

Saladino rió con una carcajada profunda y prolongada que tenía algo de musical. Le vino a la mente la imagen del doctor Howard Keel en Kiss me Kate.

-Claro. -Elegantemente, Saladino se arrebujó en el sillón-. ¿Qué desea saber?

Coles cogió una tablilla amarilla y la dejó en equilibrio sobre su rodilla al tiempo que se apoyaba en la mesa de despacho. Ahora el paciente estaba más bajo que él, por lo que el doctor dominaba físicamente la situación.

-Oh, cualquier cosa que se le ocurra. Su nombre, quizás.

-Ya sabe cómo me llamo.

-Me refiero al nombre completo.

-Saladino es el único nombre que he tenido en mi vida.

-¿Su madre le llamaba Saladino?

Con un gesto del rostro, aquel hombre alto mostró que no le interesaba el tema.

-Tal vez no. Pero no he visto a mi madre desde los cinco años.

-Y, ¿dónde?

Saladino pensaba. Podía deducirse por su expresión que se trataba de una experiencia agradable que, mentalmente, llegaba a espacios de la realidad olvidados hacía tiempo.

-Un lugar cálido -dijo finalmente-. Los pechos de la mujer estaban al aire. Había un alto cañizal junto al río.

-¿Qué río?

Saladino se concentró por un momento y luego, con una sonrisa de disculpa, desistió.

-Han pasado muchos años, doctor Coles.

-Perfecto. ¿Recuerda en qué país nació?

-No. Tan sólo hay algunas imágenes en mi mente. Ya le he dicho que han pasado...

-Sí, sí. ¿Qué edad tiene usted exactamente, Saladino?

-No tengo ni idea.

Extraordinario, pensó Coles. Ha negado toda su personalidad. Sea quien sea Saladino, este hombre lo ha inventado desde el principio hasta el final.

-¿Hay grandes partes de su pasado que no recuerde?

Los ojos del paciente pestañearon perezosamente.

-Yo sé lo que sé -respondió-. Y eso, supongo, es lo que necesito saber en estos momentos.

-Entiendo.

-¿Doctor Coles?

-¿Sí?

-La camisa de fuerza -dijo el hombre en voz baja.

-Ya le he dicho que no puedo...

-Por favor. -Saladino miró el espantoso artilugio y luego sus ojos se encontraron con los del doctor-. Un poco de dignidad.

La boca de Coles sufrió una contracción. Siempre había aborrecido las camisas de fuerza. Había visto en otras instituciones psiquiátricas la mirada de hombres obligados a llevarlas un día tras otro, degradados, sin esperanza ante su impotencia. Casi encolerizado, cogió el teléfono.

-Haga venir a un celador -ordenó.

Unos minutos más tarde, un hombre con una bata blanca de hospital entró en el despacho y se quedó junto a la puerta para no molestar. Después de hacer un gesto con la cabeza dirigido al doctor, cruzó los brazos sobre el pecho.

Coles fue hasta Saladino y desató las correas, luego regresó rápidamente a su sitio detrás de la mesa.

-Ah, mucho mejor -dijo Saladino al tiempo que se desembarazaba de la prenda. Estiró los largos dedos y se quedó mirándolos-. Gracias, doctor Coles.

A continuación, con un movimiento convulsivo, se abalanzó por encima de la mesa y agarró con los dedos el lazo de la corbata de Coles. Antes de que el doctor pudiera proferir un gemido de protesta, Saladino golpeó su cabeza contra el borde de la mesa.

Coles gorgoteaba, los ojos desorbitados. Manaba sangre de la herida horizontal que le cruzaba la frente, por donde rezumaban grumos de espumoso tejido cerebral de color gris. Tenía los dedos crispados.

Levantó los ojos y miró a su atacante. Saladino le observaba con intenso interés y cierta impaciencia. Detrás de Saladino, de pie, permanecía el celador con los brazos todavía cruzados sobre el pecho.

El último pensamiento del doctor Coles, un pensamiento casi sin forma, fue el de que ambos hombres tenían los mismos ojos.

La nariz de Saladino se ensanchaba. Siguió por un instante aferrado al lazo de la corbata, saboreando la vista de aquel objeto cálido y moribundo que había debajo de ella.

-Haz venir a la secretaria -espetó finalmente.

El celador se asomó al exterior.

-El doctor desea verla -dijo.

La secretaria de Coles, una mujer joven con una larga melena rubia y cuidadosamente estilizada, se puso en pie con viveza y entró en el despacho pasando por delante del celador.

-¿Sí, doctor Coles?

Apenas tuvo tiempo de ver la sangre que manaba a torrentes del cuerpo del doctor, atravesado sobre la mesa de despacho, antes de que Saladino la cogiera por los cabellos.

La mujer chilló. Fue un sonido bonito, un sonido agudo y dulce, pero de tan corta duración que, oído desde fuera del despacho, habría podido ser una risa. Porque, justo cuando el grito salía de su garganta, Saladino tomó la pequeña cabeza rubia con sus largas manos y la retorció; entrecerró los ojos al oír el satisfactorio crujido que hacían las pequeñas vértebras cervicales al partirse.

La saliva que salía de la boca de la mujer formó un charquito en el costado de su mano. La soltó con una exclamación de repugnancia.

El celador observó la escena sin apasionamiento y marcó un número en el teléfono. Al mismo tiempo, cogió una camisa y unos pantalones muy largos de un paquete oculto detrás de una estantería de libros del despacho.

Detrás del paquete había un cubo de plástico del cual salían dos pequeños hilos que iban hasta un enchufe de corriente, al que se había acoplado un temporizador. Por todo Maplebrook, en todos los pisos y en todas las alas, había dispositivos idénticos conectados finalmente al nuevo generador auxiliar.

El hombre que había supervisado la instalación del generador tenía también los ojos de Saladino.

-Límpiame esto -dijo Saladino.

Tendió la mano como esperando que la besaran.

Obediente, el celador dejó el teléfono y limpió el esputo de la secretaria muerta de la mano de Saladino con un pañuelo de papel. Luego, cogió de nuevo el aparato y habló por él.

-Cinco minutos.

Las luces se apagaron por un instante antes de que se pusiera en marcha el generador auxiliar. Una voz al otro extremo de la línea contestó:

-Ya está.

Saladino extendió los brazos y alzó la barbilla, señal de que estaba dispuesto para que le vistieran. Mientras el celador desabrochaba la camisa azul de presidiario, un coche paraba delante de la puerta del asilo. Otro venía tras él.

La última prenda que el celador entregó a Saladino fue un anillo de oro con un enorme ópalo en el centro. Tallada en la piedra había una efigie de Saladino.

Tres hombres salieron de los automóviles y entraron en el edificio portando en volandas a un hombre alto, delgado como un cadáver y vestido con harapos de mendigo. El hombre miraba a su alrededor sin comprender, como si estuviera drogado.

En el vestíbulo, uno de los hombres se encaminó hacia el mostrador de seguridad, instalado en un doble ángulo en forma de T donde se encontraban los pasillos este y oeste. Detrás del mostrador estaban las puertas de los dos ascensores.

-¿Nombre, por favor? -preguntó el guardia.

El recién llegado sacó una Beeman P-08 automática con un largo silenciador roscado de debajo de la americana y golpeó con ella al guardia en la frente. El crujido del golpe resonó por todo el pasillo vacío con su suelo de mármol. El guardia se desplomó hacia delante inconsciente, la cabeza abierta y sangrando. Parecía que estuviera dormitando.

Los otros hombres controlaban ambos pasillos mientras los indicadores situados encima de las dos puertas indicaban que el ascensor estaba bajando. Sonó una campanilla cuando el ascensor llegó al nivel del vestíbulo. Los dos hombres se convirtieron en estatuas, las armas apuntadas y listas para disparar.

Se abrió la puerta y salió una pareja, evidentemente visitantes. La mujer llevaba un vestido azul de escuela dominical con las mangas abombadas. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Olfateó una vez, con bravura, antes de ver al guardia sangrando sobre la mesa.

-Darryl -susurró, aferrando el brazo del hombre que la acompañaba.

Esto fue todo lo que pudo decir antes de que también a ella la aporrearan en la cabeza. Como en un reflejo, su boca se abrió y cerró como la de un pez mientras las piernas se doblaban.

Su compañero no perdió tiempo alguno en conmisericordias Arrancó los dedos contraídos de la mujer de su manga, se lanzó hacia la puerta de la calle y casi estaba sobre la entrada. cuando uno de los hombres le dio alcance y le derribó al suelo después de propinarle unos potentes puñetazos en la cabeza.

Lo dos hombres acompañaron al vagabundo alto hasta la cabina del ascensor que esperaba. La puerta se cerró y el ascensor bajó hasta la planta del sótano del edificio.

El pistolero que se había quedado echó un vistazo a su reloj. El segundo ascensor se detuvo en el vestíbulo, se abrió la puerta y salieron Saladino y el celador.

El pistolero se inclinó ante Saladino. Justo entonces regresó el otro ascensor del sótano. Esta vez salieron de él los dos pistoleros solos. El hombre alto y enjuto no estaba ya con ellos. También ellos se inclinaron ante Saladino

A continuación, se dirigieron los cinco hacia la puerta. Sólo Saladino, a pesar de sus largas piernas, no corría.

Los automóviles acababan de cruzar la verja de entrada de Maplebrook cuando el edificio se encendió como una bola de fuego.

Cinco meses antes de que el hospital de Maplebrook quedara reducido a cenizas, justo antes de que Hal Woczniiak se retirara prematuramente del FBI y empezara a beber como un poseo, dos adictos al crack robaban las cajas de un depósito de seguridad del Riverside National Bank en un suburbio de Chicago.

Los ladrones abandonaron el banco con casi diez millones de dólares en metálico y joyas, pero fueron apresados a pocas manzanas de la escena del crimen. El botín, metido en bolsas de basura de plástico, se desparramó y cayó del coche en fuga a la calle cuando la policía los detuvo. Se recuperó todo menos una pieza, un trozo ahuecado de metal de color verde gris ceo que parecía un cenicero de bronce art-deco.

Nadie observó cómo la pieza vagamente esférica iba a parar debajo del coche y luego al arroyo, donde cobró ímpetu al rodar cuesta abajo, se deslizó a lo largo de media manzana por un riachuelo de nieve derretida y, finalmente, vino a quedar estancada junto a un montón de colillas de cigarrillo justo en una rejilla de desagüe.

Fue aquí donde la encontró un niño de diez años llamado Arthur Blessing. Arthur le quitó el barro con sus mitones y descubrió que la bola era en realidad más bien una copa, con una cavidad vaciada y abierta por su parte superior. Se parecía mucho a las tacitas sin asa del juego de té que tenía su tía Emily.

La copa estaba caliente. Aun cuando podía ver su propio aliento en el frío aire de enero, Arthur sintió el calor del metal a través de los mitones empapados. Se la llevó a la mejilla y experimentó algo que no habría podido explicar, algo parecido a la sensación que tenía cuando conseguía la carrera casera que decidía el partido de béisbol en el campamento de verano. Aquella cosa parecía ser suya.

-¡Emily! ¡Emily! -gritaba mientras subía de dos en dos la escalera del edificio de apartamentos donde vivía.

-¿Ha oído usted hablar de los ascensores, señor Patas de Elefante?

Un viejo estaba de pie en el umbral de una puerta del primer rellano. Vestía una camisa a cuadros escoceses y la chaqueta de punto amarilla que había llevado puesta todos y cada uno de los días desde que Arthur guardaba memoria. El cabello cano se alzaba en mechadas en torno a la reluciente calvicie central de su cabeza. Tenía manchas en las manos, que pendían a los lados y se estremecían con un ritmo propio. A través de los cristales de culo de botella de sus gafas, los ojos parecían enormes.

-Lo siento, señor Goldberg. Espero que no estuviera durmiendo o algo así.

-¿Dormir, tú crees que se puede dormir en este apartamento? Siempre están hablando en la escalera. A medio metro de la puerta está el cubo de la basura. Se pasan día y noche vaciando la basura en el cubo, y se paran a charlar. En plena noche, como si tal cosa. ¿Quieres un pastelito?

-No, gracias, señor Goldberg.

El viejo extrajo del bolsillo un pastelito de harina de avena y mantequilla de cacahuete envuelto en celofán.

-Toma, para ti. Me he llevado dos de la charcutería. Hay que comprar dos, aunque sólo quieras uno. -Le tendió de nuevo el regalo-. Venga.

-Gracias -dijo Arthur. El viejo sonrió.- ¿Quiere ver lo que he encontrado? -dijo Arthur sacando su bola de metal del bolsillo de la chaqueta de lana de béisbol.

El señor Goldberg la examinó, bajándose las gafas para mirar por encima de los cristales mientras se llevaba la bola a la nariz.

-¿Qué es, un cenicero?

-No sé. La he encontrado en la calle.

-Sí que es un cenicero -dijo el señor Goldberg pronunciando bien las palabras-. Tú no lo necesitas. -Se lo devolvió-. ¿Cómo está tu tía?

-Bien, creo.

-No sale de noche.

-No mucho.

El señor Goldberg hizo un expresivo gesto de impotencia.

-¿Quién puede culparla? Con el sindicato...-Se inclinó acercando su rostro al de Arthur-. Antes o después, van a venir aquí y nos matarán a tiros mientras estamos en la cama -gritó en honor del portero, quien ignoró su comentario-. Estamos desprotegidos. Lo que necesitamos son guardias de seguridad.

El portero sacudió la cabeza y sonrió.

-Yo sabría proteger este edificio mejor que muchos de esos.

Según la tía Emily, el señor Goldberg y el portero estaban peleados desde hacía nueve años, desde que este último había dejado que la nuera del señor Goldberg entrara en el departamento del viejo para limpiar mientras él estaba en el hospital.

-Será mejor que me vaya, señor Goldberg -dijo Arthur.

-Muy bien. Saluda a tu tía. Es una buena chica. Y muy guapa. Tiene que buscarse un novio adecuado.

-Sí -respondió Arthur, poniendo los ojos en blanco. El no utilizaría la palabra guapa para describir a su tía Emily. Se puso a subir de nuevo la escalera.

-No hablo de mí, claro.

-No, señor.

-Ha de buscarse un hombre joven. Y que tenga un buen empleo.

-Sí, señor.

-Dile que tengo un sobrino de treinta y seis años, abogado. Se acaba de divorciar. Es lo mejor que podía hacer, créeme. -Estaba ahora apoyado sobre la barandilla, gritando en dirección a la figura del chico que se alejaba-. Dile que se pase por aquí a hablar conmigo.

-Lo haré, señor Goldberg -mintió Arthur. En modo alguno iba a incitar a tía Emily a enrollarse con un tipo ingenuo que buscaba salir con una mujer normal-. Hasta mañana por la mañana -gritó desde arriba.

El viejo le saludó de manera abstracta con la mano al tiempo que iniciaba un nuevo discurso contra el portero.

-Ya estoy aquí, Emily -dijo Arthur.

Su tía estaba de espaldas, sentada al ordenador. Movi6 la cabeza en se6al de haberle oído.

-He encontrado una cosa....

Emily levant6 la mano derecha con el dedo índice se6alando hacia lo alto, indicaci6n de que había que guardar silencio.

Arthur se quit6 la gorra y los mitones y los dej6 sobre el radiador. Sali6 de ellos vapor y un ligero y aceitoso olor a lana. Se dirigi6 hacia la nevera, donde estaba la cena en dos platos de papel lista para el microondas. Esta noche había judías verdes e hinojo rehogado con unos pocos fideos esparcidos.

Arthur gimi6. Emily Blessing se había vuelto vegetariana hacía a6os, pero, como no cocinaba, no había impuesto sus h6bitos alimentarios al sobrino hasta que abrieron un restaurante de comida vegetariana para llevar a dos puertas de su edificio. Ahora, en lugar de la familiar cena con televisi6n y el rico estofado con el que se había sustentado Arthur durante toda su infancia mientras Emily se alimentaba de lechuga y zanahorias crudas detr6s del peri6dico, se veía obligado a comer montones de arroz con cilantro, rutabaga con nuez moscada y otras exquisiteces cuyo sabor era a6n peor que su aspecto.

Se llen6 un vaso de leche e hizo ruido al cerrar la puerta de la nevera. Emily alz6 de nuevo el dedo.

-Perdona -musit6 Arthur.

Llev6 la leche hasta la mesa situada en el otro extremo de la estancia, al otro lado del ordenador de Emily. Sobre la mesa había una bolsita de papel junto al mont6n de hojas de ejercicios de matem6ticas y un l6piz reci6n afilado. Arthur sabía lo que contenía la bolsita. Cada ma6ana a las siete, Emily compraba una galleta del carrito del t6 del trabajo y la

guardaba en el bolso todo el día para dársela a Arthur por la tarde. Formaba parte de una rutina. Para tía Emily todo formaba parte de una rutina.

El chico se levantaba todos los días laborables a las 5.30 de la mañana, copos de maíz para desayunar, y bajaba al apartamento del señor Goldberg a las 6.30, cuando Emily salía camino del trabajo. Después de pasar una hora viendo las noticias por televisión (con gran satisfacción de Arthur, el viejo había decretado desde un principio que la televisión tenía cualidades redentoras a pesar de que tía Emily la desaprobaba), el señor Goldberg le acompañaba hasta la parada del autobús a las 7.30, y de aquí a la escuela. Emily pagaba al señor Goldberg una pequeña cantidad de dinero por estos servicios.

Cuando Arthur regresaba por la tarde, su tía estaba siempre esperándole. Es decir, estaba en el apartamento. Solía trabajar al ordenador hasta las cinco o las seis. Hasta esa hora, rara vez prestaba atención alguna a Arthur.

Arthur descartó la galleta de sabor agrio en favor del pastelito del señor Goldberg y se bebió la leche mientras examinaba su nuevo hallazgo. No se había equivocado en cuanto a la sensación producida por la esfera ahuecada. Estaba caliente. Incluso en el apartamento, estaba caliente.

-Em...

Emily sacudió la cabeza con fuerza mientras los dedos volaban sobre las teclas.

Arthur dejó su tesoro sobre la mesa con un sonoro y desafiante golpe. Qué le importaba a Emily, pensó sombríamente. Ella nunca había querido criar a un niño. Cuando estaba enfadada le recordaba a menudo que el dormitorio de Arthur era antes el despacho de ella, como si hubiera hecho un enorme sacrificio.

Y en el fondo lo había hecho, Arthur lo sabía. Emily Blessing era una mujer brillante cuya labor había ayudado a ganar dos premios Nobel a los científicos con los que colaboraba en el Instituto Katzenbaum, un banco de ingenios dedicados a la exploración de las ciencias puras. Si Emily no hubiera tenido que interrumpir sus estudios para poder criar a un niño huérfano desde la infancia, estos premios habrían podido ser suyos.

Paseó los dedos por la superficie de la esfera. Era un calor peculiar, reconfortante. Intentó ponerla en equilibrio sobre su cabeza, pero la esfera cayó y fue a parar al suelo.

-¡Arthur, haz el favor! -gritó ella, dando un salto.

-Vale, vale.

-Te he dejado trabajo.

-Sí. Ya lo veo.

-¿Cómo?

-Quiero decir que sí, que gracias.

-Eso está mejor. -Los dedos de Emily reanudaron su tecleo.

Con un suspiro, Arthur cogió la primera hoja de ejercicios de matemáticas. Eran raíces cúbicas. Arthur las resolvió mentalmente, y luego pasó a los logaritmos y a las funciones binarias. Sólo utilizó el lápiz para algunas de las ecuaciones de la última hoja.

-Ya está -dijo con voz monótona, sabiendo que Emily no le haría caso.

Dio vuelta a la última hoja de ejercicios y la puso sobre las otras. Debajo había un sobre de correo aéreo, con un sello de Gran Bretaña, dirigido a él.

Arthur lo abrió, ansioso. No tenía más parientes que Emily y casi nunca recibía cartas, desde luego no del extranjero. La carta decía:

Estimado señor Blessing,

Tenemos el triste deber de informarle del fallecimiento de sir Bradford Welles Abbott...

Arthur frunció el ceño. ¿Sir qué?

De acuerdo con la última voluntad y el testamento de nuestro cliente, deja un trozo de terreno de aproximadamente trescientos metros cuadrados a la señora Dilys Blessing o a sus descendientes aún con vida. Como sea que usted, que nosotros sepamos, es el único descendiente con vida de la difunta señora Blessing, esta propiedad pasa con todo derecho a su haber.

La finca arriba mencionada, conocida tradicionalmente como Lakeshire Tor, se halla situada aproximadamente a tres (3) kilómetros al sudoeste de Wickesbury, en el límite meridional del condado de Somerset. Se trata de terrenos cultivables, aunque muy pedregosos debido a la presencia de las ruinas de una fortificación postromana en la colina...

-¡Emily!

Las manos de Emily se alzaron frenéticas desde el teclado.

-Arthur, te tengo dicho...

-¡Lee esto! ¡He heredado un castillo!

-Para ya de gritar.

-Vale. Mira -dijo Arthur tranquilamente, ondeando la carta en la mano mientras iba corriendo hacia ella-. Alguien ha muerto y me ha dejado un castillo. Un fuerte en una colina, pero es prácticamente lo mismo. Se llamaba sir Bradford Welles Abbott. ¡Qué nombre tan majo!, ¿verdad?

El rostro de Emily quedó petrificado en una expresión de severidad y sorpresa.

-¿Tú le conocías? -preguntó Arthur.

Sin contestar, su tía cogió la carta y la leyó en silencio. Tuvo que aclararse la garganta antes de hablar.

-Dice aquí que esos abogados pueden vender la propiedad y enviarte el producto de la venta aquí. -Intentó una sonrisa forzada-. Podemos destinarlo a tu fondo para la universidad.

-Pero, Emily...-La voz de Arthur era un susurro-. Es mi castillo...

-No será para tanto, seguro. Ruinas postromanas, dice aquí. Probablemente no son más que unas cuantas piedras.

-Yo quiero verlo.

-Eso está descartado. Mi trabajo...

-Podrías tomarte unas vacaciones. Nunca haces vacaciones Podríamos ir a Inglaterra.

-¿Y la escuela?

-Podríamos ir en verano, cuando no haya escuela.

-No tenemos suficiente dinero.

-Sí, sí lo tenemos. He visto el saldo del banco en el ordenador.

-¡No discutas más conmigo! -gritó ella. Tenía las mejillas de un rojo encendido. Se quitó las desmesuradas gafas y se llevó la mano temblorosa a la frente-. No quiero hablar más de este asunto -dijo despacio.

Pero retuvo la carta y la leyó una y otra vez.

-¿Emily? -preguntó finalmente Arthur. Emily alzó los ojos, como sobresaltada por su voz-. ¿Por qué no me habías hablado nunca de mi madre?

-Porque nunca ha surgido el tema, supongo -espetó Emily-. Yo nunca... nunca...

De repente, inexplicablemente, dos lágrimas cayeron sobre la carta en rápida sucesión. A continuación, Emily hizo una pelota con la carta y la arrojó al otro lado de la estancia.

-Quédate con él si quieres -dijo-. La propiedad es tuya, no mía.

-Tía Emily...

-Tengo trabajo que hacer.

Apartó a Arthur de su lado con una mano encogida y temblorosa, se puso las gafas y volvió a su ordenador.

Como Emily se había negado de plano a hablar de la herencia de Arthur, la carta de los abogados de sir Bradford Welles Abbott quedó sin contestar durante todo el invierno y la primavera. Sin embargo, la noticia del castillo del niño se extendió poco a poco por todo el edificio de apartamentos y eventualmente pasó a las páginas del Riverside Shopper, de donde la sacó el Chicago Tribune.

El fotógrafo del Tribune hizo una foto a Arthur delante de su trofeo del concurso interestatal de ortografía. Apareció en la edición del sábado, al lado de un artículo que hablaba de platos con piñones.

Cinco días más tarde, Arthur y Emily Blessing luchaban por salvar sus vidas.

Era la copa, naturalmente. Arthur sabía que había algo inusitado en la bola desde el momento en que la tuvo en sus manos aquel frío día de enero en que la recogió del arroyo. Pero Emily no dedicó la menor atención al objeto hasta el Día de las Bacterias, como acabaron llamándolo.

Era por la noche. Emily estaba leyendo uno de los tratados de los físicos del Katzenbaum acerca de la conducta de los neutrinos en las suspensiones radioactivas. Arthur jugaba con el microscopio que Emily le había comprado para Navidad. Preparaba platinas con todo lo imaginable: un trocito de brécol de la cena, una gota de nieve derretida, grasa de su propia nariz, una mancha del pintalabios rosa de Emily, un cabello de la cabeza. Luego las miraba a través de la lente, maravillado ante la vida contenida en esas sustancias inocuas, ante la movilidad de aquellos organismos unicelulares que vivían una vida invisible en su propia mano.

Debajo del microscopio parecían bailar con movimientos rápidos y agitados, como judías mexicanas saltando sobre un hornillo caliente.

Todas menos una. En esta platina, las bacterias se alineaban del principio al fin en hileras paralelas exactas y se movían lentamente adelante y atrás en un despliegue de movimiento totalmente apacible.

-¡Córcholis! -gritó Arthur-. Tienes que ver esto Emily.

-¿De qué se trata? -dijo su tía, poniéndose en pie con un suspiro.

El se apartó del microscopio y Emily miró por el ocular.

-Dios santo -susurró.

-¡Dem-monios! -dijo Arthur, imitando a algunos de los chicos de la escuela, seguidores de un cantante de rap muy bailón al que él nunca había visto.

-¿Qué es esto?

-Agua del grifo. -Arthur rió entre dientes.

-¿Cuál era su entorno? El recipiente -añadió ella con impaciencia-. ¿La tenías en un recipiente limpio?

Arthur le mostró la bola metálica. El centro ahuecado estaba lleno de agua hasta la mitad.

-He utilizado esto. -Emily puso los ojos en blanco-. Pero primero lo he lavado.

Emily cogió un cuentagotas para los ojos, lo lavó con esmero en el fregadero y lo llenó de agua del grifo. Con destreza, preparó una nueva platina y la colocó debajo del microscopio. Miró por el ocular y movió la cabeza afirmativamente.

-Mira -dijo-. El agua es totalmente normal.

Arthur miró. Las bacterias hacían lo que hacen siempre las bacterias: saltaban y bailaban por la platina en movimientos totalmente al azar.

-Ya veo. Pero, ¿y la otra platina? ¿Has visto alguna vez algo parecido?

-No -contestó Emily con franqueza. Dio unos desdeñosos golpecitos a la bola con las uñas- Esto debe de estar sucio.

-He utilizado el detergente -afirmó Arthur-. Y además, la he hervido

Una de las cejas de Emily se alzó bruscamente.

-¿Cómo la has secado?

-La he secado por aire. He utilizado el mismo sistema con todos los recipientes.

Lentamente, los dedos de Emily se cerraron en torno a la copa esférica. Una clara sensación de bienestar se extendió por su cuerpo.

-Está caliente -dijo-. ¿Has utilizado agua caliente?

Arthur negó con la cabeza.

Emily insertó de nuevo la platina original de Arthur en el portador del microscopio y, después de observarla fijamente un buen rato, meneó la cabeza y exclamó:

-No lo entiendo. Bacterias vivas, en movimiento uniforme.

Alargó el brazo por encima del microscopio hasta la caja de lápices de Arthur y sacó un compás de acero.

-¿Te importa?

-No, que va -respondió Arthur de mala gana.

Con la punta del compás, Emily raspó el fondo del objeto. No había raspadura en el fondo de la bola.

Arthur tocó la punta del compás y vio que el metal de la copa la había mellado.

-Demonios -susurró.

Emily vació el contenido de la bola en el fregadero de la cocina, volvió a llenarla de agua del grifo, preparó una nueva platina y la puso también bajo el microscopio.

Respiró hondo al ver de nuevo las bacterias alineadas en perfectas hileras uniformes.

Se puso en pie, sosteniendo la esfera en la mano como si fuera un ser vivo.

-Qué extraño -dijo-. ¿De dónde has sacado esto?

-Lo encontré en la calle.

-Quiero que lo analicen.

-No -objetó Arthur, arrancándole la bola de la mano- Se la quedarán.

-Quizá se trate de alguna especie de aleación experimental. Es posible que tenga propiedades muy especiales.

-¡Me da igual! El Instituto no se la va a quedar.

Hubo un largo silencio antes de que Emily hablara.

-¿Y si la analizo yo misma? -propuso-. Puedo ir temprano y traerla a casa mañana.

-Y ¿no se lo dirás a nadie?

-Podría ser algo muy importante... -Emily vaciló.

-Es mía. Éste es el trato.

Tenía a Emily en sus manos, Arthur lo sabía. La curiosidad de su tía era tal que tendría que analizar la copa de metal aún cuando ello representara tener que robársela a su sobrino. Pero no mentiría; no sabía mentir.

-De acuerdo -dijo finalmente-. No se lo diré a nadie.

-Ni se la enseñarás.

-Ni se la enseñaré.

Cuando Arthur volvió a casa de la escuela al día siguiente, Emily no estaba delante del ordenador, sino sentada a la mesa del comedor, sosteniendo la esfera con una mano y escribiendo febrilmente con la otra. Un mechón de cabello oscuro se había escapado del severo moño con que se peinaba y le tapaba un ojo. No parecía haberse dado cuenta. El montón de papeles que tenía al lado estaba cubierto de dibujos y ecuaciones.

-Se parte en una curva -dijo al instante-. Eso creo, al menos. Sólo he podido sacar un fragmento de la unidad con el láser... -Movi6 la cabeza con impaciencia-. De todos modos, su estructura molecular no se parece a nada que yo haya visto antes.

Arthur nunca habfa visto a su tfa tan alterada.

-¿De qu6 est6 hecha?

-Bueno, no he tenido tiempo de realizar todas las pruebas. S6lo he averiguado que no contiene plomo, ni oro, ni plata, ni uranio, ni n6quel, ni hierro... -Emily respir6 hondo. Tenfa los ojos vidriosos-. No contiene ning6n metal conocido.

El silencio que reinaba en la estancia podfa palpase.

-C6rcholis -dijo finalmente Arthur.

-El doctor Lowry, del Instituto, est6 trabajando con las propiedades de los metales b6sicos...

-¡No! -Arthur le arranc6 la bola de la mano-. ¡Me lo has prometido!

-Arthur, mi an6lisis no explica para nada la actividad de las bacterias...

-¡Es mfa! La necesito. Es mi amuleto de la buena suerte.

-Arthur, por favor -exclam6 Emily recost6ndose en la silla.

-Es verdad. Por eso tengo el castillo.

-¿C6mo puedes ser tan tonto? -Emily tenfa los pu6os apretados-. Esa cosa podrfa representar algo totalmente nuevo. Un avance cient6fico de gran envergadura. No puedes qued6rtela como si fuera un juguete.

-Me pertenece -dijo Arthur, impasible.

Emily se puso en pie de un salto dispuesta a coger la bola por la fuerza, pero el chico se zaf6 de ella y ech6 a correr por el pasillo.

-¡Arthur! -llam6 ella-. Vuelve aquf inmediatamente.

Lo 6nico que oy6 como respuesta fue el chirriar de las bambas de Arthur al bajar 6ste de dos en dos la escalera.

Emily suspir6 y cerr6 la puerta.

Habfa enfocado mal la cuesti6n, lo sabfa. En su ferviente deseo de averiguar m6s cosas acerca de aquel extra6o objeto met6lico (¡Se parte en una curva!), Emily habfa olvidado que trataba con un ni6o de diez a6os.

De todos modos, nunca había sabido cómo tratarle. Emily nunca se había sentido a gusto con los niños. Para ella, eran como tigres siberianos u osos polares, criaturas que conocía pero cuya existencia no tenía nada que ver con su vida.

El destino de Emily Blessing era ser erudita y no madre. Había pasado por la escuela como un cohete. Se había saltado dos cursos, había conseguido el Premio Westinghouse de Ciencias a los catorce, graduación a los dieciséis, licenciatura de Yale a los veinte, un máster a los veintidós, y dispuesta a seguir adelante camino del doctorado...

Y entonces, una nota bajo el cuerpo de una joven mujer ahorcada.

Querida Emily,

Por favor, ocúpate del bebé. Ahora no tiene a nadie más en el mundo.

Con cariño,

DILYS

Con cariño, Dilis. Dilys y su cabellera de color rojo flamígero, tan parecida a la de su hijo. Dilys, la hermosa mujer cuya risa lo llenaba siempre todo. Sólo había vuelto a casa para morir.

La policía bajó el cuerpo. Y después del interrogatorio, después del funeral con aquel reducidísimo grupo de asistentes, después de la esquela en el periódico del pueblo en la que se decía simplemente que Dilys Blessing, diecinueve años, natural de East Monroe, se había suicidado en el apartamento de su hermana en Connecticut, no quedó de Dilys más que el bebé.

No le habían dado un nombre. Emily le llamó Arthur, como su propio padre muerto mientras Dilys se hallaba viviendo en Londres.

Había intentado criar al niño lo mejor que sabía. Abandonó la atmósfera segura y enriquecedora de la universidad, dejó a un lado sus planes para conseguir el doctorado y se puso a trabajar como investigadora en Chicago, en el Instituto Katzenbaum. Se había arreglado un horario que le permitiera estar en casa con Arthur el mayor tiempo posible. En el curso de los años, había mantenido un estilo de vida frugal para que Arthur pudiera ir a la mejor escuela privada de la zona. Los fines de semana le llevaba al Kumon, un taller de matemáticas japonesas. Durante los veranos, le matriculaba en cursos de informática en la Universidad del Noroeste. Gracias a sus esfuerzos, pensaba con orgullo, Arthur mostraba todas las señales de estar desarrollando una mente privilegiada.

Pero Arthur nunca se confiaba a ella, nunca compartía una broma con Emily ni acudía en busca de consuelo. Habían pasado los últimos diez años igual que dos árboles en un bosque, uno al lado del otro pero sin tocarse jamás.

Ha sido culpa mía, pensaba Emily. Ella nunca había intimado con nadie. Éste era el territorio de Dilys. Dilys, siempre locamente enamorada de uno u otro. La pasión había sido el distintivo de su vida. Y también de su muerte.

Y sin embargo, estaba convencida, Arthur no habría huido corriendo de Dilys.

Emily se dirigió hacia el ordenador, se dio cuenta de que era incapaz de concentrarse y cambió de dirección. Fue deambulando hasta el cuarto de Arthur. Nunca hasta ese momento se había fijado en esa estancia. Había un póster de Bart Simpson pegado con cinta adhesiva detrás de la puerta y una imagen más pequeña de una tortuga Ninja mutante adolescente con el grito de ¡Cowabunga! en una burbuja blanca de cómic sobre su cabeza. Personajes televisivos para un niño sin televisión. Encima de la mesa de Arthur estaba el poema de Rudyard Kipling Si, trabajosamente escrito en letras de imprenta por el mismo Arthur. Al lado había un dibujo de Jary Larson en el que se veía a un hombre de las cavernas utilizando un perro salchicha para pintar en una pared, con la leyenda Arte perruno con salchicha vienesa debajo. Había una pelota de béisbol muy baqueteada en un rincón de la mesa, probablemente un recuerdo del verano que Arthur había pasado de campamento

Recordaba que Arthur se lo había pasado bien, pero no había tiempo para todo, el campamento y el programa de informática de la Universidad del Noroeste.

En un estante encima de la mesa estaba el trofeo del concurso interestatal de ortografía, cubierto por una gruesa capa de polvo, y también una fiambarrera de plástico roja.

¿De dónde habrá sacado todo esto?, se preguntó Emily al abrir la fiambarrera. Estaba llena de trastos. Piedras chispeantes, un trozo de piel de serpiente, un imán, una lupa en miniatura, el caparazón estropeado de una cigarra de verano. La carta de los abogados de sir Bradford Welles Abbott. Todos los tesoros de Arthur Blessing en este mundo. Los ojos de Emily se llenaron de lágrimas. ¿Dónde estaba ella cuando Arthur había encontrado la cigarra, o cuando había golpeado la pelota de béisbol? ¿Le había dicho él algo? ¿Había ella escuchado, al menos por un instante?

Sonó el timbre de la puerta. Tapó a toda prisa la fiambarrera roja, como si la hubieran cogido con las manos en la masa, y recuperó la compostura para abrir la puerta.

Dos hombres bien trajeados la esperaban. Los ojos de ambos eran extraños, idénticos.

-¿Emily Blessing?

Su primera reacción fue el pánico. *La policía, pensó. Arthur ha salido corriendo a la calle, ha sufrido un accidente y vienen a decírmelo.*

-Sí -respondió tranquilamente.

Uno de los hombres se metió la mano en el bolsillo de la americana.

La chapa de la policía. No, Dios mío, no, esto no...

El hombre sacó una pistola provista de silenciador. De pronto, antes de que Emily pudiera siquiera aclarar los intensos y contradictorios pensamientos que pululaban en su cerebro, dos balas se le clavaron en el pecho.

Cayó hacia atrás, sintiendo el sabor de la sangre que le inundaba la boca. Los hombres pasaron por encima de ella, y uno de ellos apartó sus piernas para poder cerrar la puerta. Luego, sistemáticamente, se pusieron a registrar el apartamento.

Parpadeando para despejar la niebla que la envolvía, incapaz todavía de comprender la ignominia cometida contra su cuerpo, Emily boqueaba en busca de aire. Un pensamiento se formó en su mente.

Arthur no está aquí.

Los músculos de su cuello se distendieron. Cerró los ojos y dejó que la oscuridad los sellara. Su vejiga se vació. Se moría.

No vengas, Arthur. En la oscuridad de la decreciente consciencia de Emily, las palabras giraban como cosas vivas. Bacterias desfilando. Sus labios se movían despacio. *No vengas.*

Mientras las balas abrían la cavidad torácica de Emily, Arthur estaba abajo, en el apartamento del señor Goldberg, mirando la fotografía de la escuela secundaria en la que se veía al sobrino abogado y divorciado del viejo, quien, insistía éste, era el hombre que le hacía falta a su tía.

-Ya no tiene ese aspecto, claro -explicaba el viejo-. Ha engordado un poco, está un poco más calvo...

-Eso está bien -dijo Arthur, examinando la ondulada melena Beatle de la fotografía.

-Era lo que se llevaba. Melenudos. No sabes cuántas veces le dije: ve a que te corten el pelo y compórtate como una persona normal para variar. Pero los jóvenes no hacen caso. -Sonrió y atusó el pelo rojizo de Arthur-. Tú tampoco, ¿Verdad?

-Supongo -Arthur miraba fijamente el globo metálico que tenía en la mano.

-Bébetelo cacao.

Arthur se sometió. El cacao del señor Goldberg consistía en una cucharadita rasa de Nesquik y una misérrima cantidad de agua tibia del grifo en un vaso sucio. Bebió cortésmente un sorbito y depositó el vaso.

-¿Cómo está?

-Muy bien.

-Bueno, señor Furioso-con-el-mundo. ¿Te has peleado con la tía Emily?

Las cejas del chico se juntaron.

-No entiende nada -dijo.

-Vaya, si me dieran una moneda de diez centavos por cada vez que un niño dice algo así de su madre...

-No es mi madre -protestó Arthur, sombrío.

-Exacto. No tiene por qué ocuparse de ti. No tiene por qué llevar zapatos gastados para que tú puedas ir a esa escuela tan especial. No tiene por qué quedarse en casa todas las noches para poder hacerte compañía. -Se había inclinado hasta casi tocar a Arthur, y dirigía un amenazador dedo nudoso al rostro del niño-. Lo hace porque te quiere.

-No es por eso por lo que se queda en casa -dijo Arthur volviendo la cara.

-Ah, ¿tú crees que no?

-No. Se queda en casa para poder trabajar. Es lo único que le importa. Ni siquiera le gusta que yo le hable.

-Y ¿para qué quieres hablar tanto?

-No quiero. Con ella no -dijo Arthur al tiempo que se recostaba en el desvencijado sofá del señor Goldberg y lanzaba la bola de metal al aire.

Goldberg la cogió.

-No juegues mientras estamos conversando. -La examinó-. Además, ¿qué haces tú con un cenicero?

-No es un cenicero. Es un amuleto y me da buena suerte.

-Si tanta suerte tienes -se burló Goldberg-, ¿qué haces ahí contándome tus miserias?

Arthur levantó los ojos y miró al viejo. Estaba a punto de llorar.

-Quiere llevársela -dijo.

El viejo estuvo un momento callado.

-¿Has roto alguna ventana? -aventuró.

-He hecho un experimento -respondió Arthur-. Es... es una cosa muy rara.

Goldberg se acercó la bola a los ojos para verla mejor.

-¿Esto?

-Emily quiere dársela al Instituto Katzenbaum para que averigüen de qué está hecha.

-Ah -exclamó el viejo.

-¿Entiende?

-No. Yo la utilizaría para apagar el cigarro cuando fumara -Los labios de Arthur se movieron hasta dibujar una sonrisa- ¿Por qué es tan importante para ti? -preguntó tranquilamente Goldberg

El chico se tapó la cara con las manos.

-¡No sé! -gritó-. Pero lo es. En cuanto la cogí, supe que la bola me pertenecía. O que yo le pertenecía a ella, si es que esto es posible. -Despacio, las manos se apartaron de la cara y Arthur fijó la mirada en un punto al otro lado del sucio cristal de la ventana-. Era como si la hubiera estado buscando durante mucho tiempo, aunque no fuera así. Y la necesito. Estoy seguro. -Se limpió la punta de la nariz con un nudillo-. Parece una tontería.

Arthur dirigió furtivamente una mirada a la cara del viejo. Goldberg movía la cabeza arriba y abajo, pensativo.

-No, no. Eso... eso es algo que yo entiendo.

-¿De veras?

-Sí.

-Y ¿por qué? -preguntó Arthur al tiempo que su propio rostro se contraía.

El viejo se levantó y anduvo unos pasos hasta colocarse detrás del sofá..

-¿Crees en los fantasmas, Arthur? ¿En los espíritus?

El niño le miró fijamente.

-No.

-Bueno, pues los llevamos dentro, tanto si tú crees en ellos como si no. Y algunas veces, cuando una persona necesita de verdad algo, y te diré que esa persona puede no saber ni siquiera que lo necesita, uno de los espíritus que cuidan de ella se encarga de que lo consiga.

-¿Lo dice en serio?

El viejo asintió con la cabeza, gravemente.

-Déjame que te diga una cosa. Mi esposa Ethel murió en 1968. En ese sillón -le informó Goldberg señalando un sillón cubierto por una vieja funda de color mostaza que estaba en un rincón-. Apoplejía, dijo el doctor, no sufrió nada. Todavía tenía en el regazo el libro que estaba leyendo: El valle de las muñecas, ése era el libro.

Dio la vuelta despacio al sofá y se sentó al lado de Arthur.

-Pues bien, para abreviar una larga historia, tres meses más tarde más o menos yo fui a visitar a mi hermana y su familia en la ciudad. Comimos bien, jugamos a las cartas. Cuando me fui, eran más de las once. Mi hermana dice: Hace mucho frío, Milton, coge un

taxi. ¿Estás loca, en taxi hasta Riverside? Cogeré el tren, digo yo. Así que voy andando hasta la estación del tren elevado. En cuanto salgo de la casa, me encuentro un libro en la acera. No hay nadie por allí y es tarde, y yo pienso: a lo mejor leo algo en el tren; así que lo cojo. Como existe Dios, el libro era El valle de las muñecas.

Levantó la mano en un gesto solemne.

-Verás, Arthur, yo soy judío. Los judíos no creemos en los espíritus. Cuando una persona muere, se acabó. Esto es lo que enseña nuestra religión. Pero cuando tuve aquel libro en la mano supe que era Ethel que intentaba hacerme llegar un mensaje. Estuvimos casados cuarenta y un años. Y nunca hablábamos. ¿Sabes por qué?

Arthur negó con la cabeza.

-Porque no teníamos necesidad. Esa mujer sabía lo que yo iba a decir antes de que abriera la boca. Yo pensaba: hace frío, unos macarrones con queso no estarían mal, y al momento siguiente ella va y dice: ¿Quieres pescado o carne con los marrones con queso?. ¿Captas el sentido?

Boquiabierto, Arthur asintió.

-Así que me metí el libro debajo del abrigo y fui hasta la estación. Es un paseo de unos diez minutos. Cuando llego, el andén está desierto. El tren se acaba de ir. Estoy allí de pie, solo, cuando un facineroso cubierto con una máscara se me acerca con una navaja en la mano.

-Hostia santa -dijo Arthur.

-Mierda santa es lo que pensé yo en aquel momento, permíteme que te lo diga. Ese individuo me dice que le dé la cartera, y se la doy. Se la mete debajo de la chaqueta .y luego mira a su alrededor para ver si alguien le ha visto. Nadie. Váyase, le digo yo. No voy a ir detrás de usted.... Eso está bien, dice. Pero, en lugar de marcharse corriendo, el muy cabrón me clava la navaja.

Arthur boqueó.

-Justo en el corazón. Sólo que no me la clava en el corazón, porque El valle de las muñecas está delante. Con sus cuatrocientas páginas. -Dobló los brazos-. Así que, ¿qué me importa a mí lo que digan? Era Ethel que cuidaba de mí. -Señaló la esfera de metal-. Y, a lo mejor, esto ha llegado asta ti del mismo modo

-Seguramente -susurró Arthur--. A lo mejor es de mi madre. Murió cuando yo era un bebé.

-A lo mejor es de ella -añadió Goldberg encogiéndose de hombros-, a lo mejor de otra persona. Pero no es culpa de Emily si no lo entiende. Probablemente tampoco cree en los espíritus.

-No, no cree -respondió Arthur, razonable.

-Entonces tienes que explicárselo.

-No querrá escucharme.

-No si te vas corriendo. -Arthur parecía desconcertado. El viejo movía la cabeza-. Prueba otra vez, Arthur. Hazlo ahora, antes de que se le ocurran razones mejores.

-Sí.

-Y dile que la quieres. A las mujeres les gusta oír eso.

-De acuerdo -dijo Arthur con una mueca. Sonrió-. Gracias, señor Goldberg.

Se puso en pie y fue corriendo hacia la puerta.

-¿Arthur? -El niño miró atrás, todavía con los ojos llenos de nerviosismo-. Tócala con eso.

-¿Cómo dice?

-El cenicero. Tu tía debe tocarlo.

-¿Para qué?

Goldberg agitó las manos para que se fuera.

-Vete ya, señor Para-qué. Ya nadie hace caso a los viejos.

Arthur subió la escalera a toda prisa.

-¡Emily! -gritó-. Emily, tengo que decirte una cosa...

No hubo respuesta. La puerta estaba abierta de par en par. Y lo primero que vio fue la sangre que se extendía en torno al cuerpo de Emily como unas grandes alas rojas.

-Oh, Dios mío -musitó Arthur. Su tía tenía dos enormes agujeros en el pecho, y los labios de color azulado-. Oh, Dios mío. Dios mío.

Soltó la copa y fue corriendo hasta el teléfono. Mientras marcaba el 911, la esfera de metal rodó hasta Emily y se quedó parada junto a su pie.

-¿Cuál es su dirección? -quiso saber la centralita de la policía.

-Cuatro veintidós East Lansing Street, número tres A.

-¿De qué naturaleza es la emergencia?

-Mi tía...

Arthur boqueó. Los ojos de Emily parpadeaban, se abrían..

-¿Sí? Siga.

-Mi... Emily...

Emily se enderezó con una expresión de asombro en el rostro.

Tenía las mejillas coloradas, y también los labios.

-¿De qué naturaleza es la emergencia? -insistió la voz del encargado de la centralita.

Despacio, Emily se desabrochó los dos botones superiores de la blusa y se tocó la suave piel por encima del sostén manchado de sangre.

-¡Señor!, ¿qué es...?

-Déjelo -dijo Arthur-. Ha sido un error. No pasa nada. -Y colgó el aparato.

Se dirigió hacia donde estaba su tía y se arrodilló en medio del charco de sangre.

-Me han disparado -dijo Emily.

-¿Quién, Emily?

-No sé. Dos hombres... dos disparos... me moría. -Miró a Arthur a los ojos-. Me moría, Arthur, y ahora no tengo ni siquiera una señal.

-¿Se han llevado algo?

Emily, temblorosa, se puso en pie y miró en el bolso que estaba sobre la mesa del comedor.

-Mi cartera está aquí. Y dentro está el dinero. No había nada más... -Su mano golpeó la mesa de madera-. Mis notas. Se han llevado mis notas.

Tenía los ojos clavados en Arthur. Éste tenía la copa de metal en la mano. Permanecieron ambos callados un momento que pareció larguísimo.

-Él ha dicho que te tocara con esto -dijo Arthur quedamente, rompiendo el silencio.

-¿Qué? ¿De qué hablas? -Sin decir palabra, el niño se dirigió al cajón de la cocina y volvió con un pequeño cuchillo de cortar carne-. Arthur, qué diantre...

Arthur se hizo un profundo corte en la yema del dedo índice. De la delgada herida brotó la sangre, reluciente.

Emily fue corriendo hacia él, pero el niño alzó la mano para detenerla. El día anterior este gesto habría resultado ridículo, pero la expresión de Arthur no era la de un niño. Emanaba de ella autoridad, y su tía obedeció.

Luego, despacio, vacilantemente, Arthur se tocó el dedo con la copa.

-¿Arthur? -susurró ella.

Los ojos del chico se pusieron completamente en blanco. Le flaqueaban las rodillas, pero se esforzó por permanecer en pie. El calor de la copa discurría por su sangre como música líquida.

Cuando el efecto remitió, Arthur retiró la copa. La herida estaba curada, había desaparecido sin dejar rastro. Sólo quedaba la sangre derramada.

-No es posible -dijo Emily.

-Esto es lo que buscaban.

-Entonces... entonces tenemos que librarnos de esta cosa. Se la daremos a la policía...

Arthur sacudió la cabeza.

-No, Emily. Es mía. Me pertenece.

-No hablas en serio. Van a volver...

-Volverán de todos modos.

-Cuando vengan, se lo damos.

-¿No entiendes, Emily? Nos matarán cuando la tengan.

-Pero tiene que haber algo... -dijo Emily llevándose la mano a la boca.

Arthur no la escuchaba.

-Pero, ¿cómo lo sabía? -se preguntó, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

-¿Quién? ¿Cómo lo sabía quién?

-El señor Goldberg. Me ha hablado de El valle de las muñecas.

-¿de qué hablas?

Arthur no perdió tiempo en contestar y bajó la escalera a toda velocidad.

-¡Senor Goldberg! -llamaba sin aliento mientras sus piernas machacaban el mármol gastado.

El viejo no estaba en su puesto habitual, delante de su apartamento Arthur aporreó la puerta con los puños. Armaba tal escándalo que el portero asomó la cabeza por la esquina.

-No está, hijo.

-¿Dónde está? ¿A dónde ha ido?

El portero, incómodo, pasaba de un pie al otro.

-El señor Goldberg ha muerto esta tarde -dijo finalmente.

Arthur creyó que iba a desmayarse.

-¿Cómo?

El hombre se quitó la gorra y se limpió la frente con la manga.

-Serían las tres y media. Ha caído al suelo aquí mismo, en el vestíbulo Parecía un ataque al corazón. -Arthur le miraba fijamente con ojos vacíos, incapaz de pronunciar palabra-. La ambulancia ha llegado en seguida.

-Sí, yo -añadió Arthur mordiéndose el labio-... yo la he visto delante de la puerta.

-Sí, iba a decírtelo, pero con tanta confusión y tanto lío, no te he visto entrar.-Ni tampoco a los hombres que casi matan a mi tía, pensó Arthur difusamente. El portero volvió a ponerse la gorra--. Lo siento, chico. Me parece que te caía bien el viejo.

-¿Puedo ver su apartamento? -barbotó Arthur de pronto.

El portero hizo una mueca.

-Hombre, no sé...

-No voy a entrar. Sólo verlo.

El hombre estuvo un momento pensativo y luego se encogió de hombros.

-Claro, por qué no. -Levantó el enorme llavero que llevaba cogido del cinturón mientras subían los escasos peldaños que llevaban hasta el apartamento del señor Goldberg-. Adelante -dijo, abriendo la puerta de par en par.

Encima de la mesita, delante del sofá, había un vaso medio lleno de cacao. Al lado, el álbum de fotos del señor Goldberg.

Igual que estaba hace diez minutos, pensó Arthur. Salió de la estancia andando para atrás.

-Eh, ¿estás bien? -preguntó el portero.

Una vez en el pasillo, Arthur se volvió y subió la escalera tan rápidamente como le era posible.

Emily estaba a cuatro patas, mirando fijamente la mancha que su sangre había dejado en la alfombra. Levantó los ojos al entrar el niño. Arthur no recordaba haber visto hasta este momento una expresión de miedo en el rostro de su tía. La rodeó con sus brazos.

-Tenemos que salir de aquí, Emily -dijo tranquilamente.

Las cortinas blancas del apartamento se henchían con la brisa tropical que llevaba los olores ligeramente salvajes de Kowloon y el mar hasta el piso treinta. Al otro lado de la bahía, bañado por las primeras nieblas de la mañana, se dibujaba el perfil de la ciudad de Hong Kong.

Saladino cruzó silenciosamente la alfombra blanca y, cual una araña de largas patas, se aposentó en un sillón de mimbre. Vestía de fino lino blanco, blusón y pantalones anchos. Cuando un criado le trajo el té y el periódico, volvió el rostro hacia el sol.

¡Cuanto había echado de menos todo esto, el sol, el aire cálido y los sonidos de la civilización! Después de cuatro años de luz artificial y soledad sin fin, se sentía como un perezoso insecto que saliera a rastras del suelo.

Al vislumbrar su reflejo en la ventana, se puso triste. Había envejecido en estos cuatro años. Las líneas de su rostro estaban marcadas profundamente, y en la cabeza habían brotado unos cuantos cabellos grises.

¿Cuántos años tenía? ¿Cuarenta?, No, cuarenta y uno. Treinta y siete cuando ingresó en el asilo. No estaba de más ser concreto.

Eran mucho tiempo cuatro años. Ni uno solo de aquellos días volvería. Pero ni uno solo más perdería.

Airado, apartó la mirada de la ventana y cogió el Times de Londres. Halló en él un artículo que hablaba del incendio de la pasada semana en Maplebrook. Al parecer, los bomberos y otros expertos habían determinado que la explosión no era debida a un accidente producido por un fallo de la instalación eléctrica, como se creía en un principio, sino a un acto deliberado de sabotaje.

Estamos trabajando con diligencia y buscamos entre los escombros algo que aclare el caso, citaba el periódico de fuentes de Scotland Yard.

Dicho de otro modo, las autoridades no tenían la menor pista; esto lo sabía Saladino. No tenía ningún sentido hacer saltar por los aires un asilo para locos. Esta vez, ni siquiera el IRA había reivindicado el hecho. Y no obstante, según todas las pruebas, se trataba de un trabajo realizado por profesionales.

Era un crimen sin móvil, concluía el artículo, perpetrado contra hombres cuyos rostros no deseaba ver la sociedad. Y sin embargo, esos hombres sin rostro han muerto, decía dramáticamente. Sus muertes señalan el capítulo final de la trágica historia de Las Torres.

Saladino rió, olvidando su momentáneo enfado. Él era ahora totalmente libre. Sus pulmones se llenaron del aire dulzón. Lucía todavía una sonrisa cuando su sirviente anunció una visita, un tal Vinod. Saladino no había visto a este hombre desde hacía años.

Vinod había recorrido más de diez mil kilómetros para ver a Saladino. Y ello porque a Saladino no le gustaba hablar por teléfono.

-¿Y bien? ¿Dónde está? -preguntó Saladino sin más preámbulos.

-Ha habido complicaciones -dijo el hombre, temblando.

La expresión que apareció en el rostro de Saladino habría bastado para convertir en jalea las entrañas de Vinod, de no haberse hallado éstas ya en tal estado.

-La guardábamos en un banco. Pero atracaron el banco, y nosotros no nos enteramos. Nadie podía esperar...

-¿Dónde está? -repitió Saladino, agarrando al hombre por el cuello en una presa mortal.

Los miembros de Vinod se contrajeron. No podía hablar. Desesperado, sacó un pedazo de papel del bolsillo.

Era un recorte de un periódico estadounidense, con este titular:

JOVEN DEL PAIS HEREDA CASTILLO

Saladino soltó al visitante y leyó la noticia. Hablaba de un niño de diez años llamado Arthur Blessing, que había entrado en posesión de una finca de diez hectáreas situada en Inglaterra al producirse el fallecimiento de un pariente desconocido. En estos terrenos, decía la nota, se hallaban los restos de un antiguo castillo. Acompañaba a la historia la fotografía borrosa de un sonriente niño pelirrojo

Saladino miró la fecha. El periódico era de hacía varias semanas.

-¿Por qué me enseñas esto?--preguntó.

-Mirad, sire. Lo que hay detrás del chico -dijo Vinod, la voz rasposa, todavía incapaz de hablar con claridad.

La vio ahora Saladino, en un estante encima de la cabeza del niño, al lado de una especie de trofeo: un objeto, evidentemente metálico, cuya forma estaba entre la de un bol y la de una esfera.

¡La copa!

Saladino sintió de repente la boca seca. Se esforzó por contener su furia.

-¿Cómo ha llegado hasta ahí?

-No lo sabemos con seguridad. -Había un gran temor en la voz de Vinod-. No se hallaba entre los artículos confiscados por la policía después del atraco, quizá fue mal clasificado, desechado...

-¿Y ese chico? -dijo Saladino cortando sus palabras con un gesto.

Se habían formado gotas de sudor sobre el labio superior del hombrecillo.

-Hemos supuesto que querríais que le elimináramos.

-¿Y?

-Probamos en el apartamento de su tía. Ni el niño ni... la copa estaban allí. Creíamos que la mujer había muerto, pero... -se encogió de hombros-. Encontramos esto. -Entregó a Saladino las notas tomadas por Emily acerca de los análisis químico y físico de la bola de metal-. No entiendo nada.

-No -espetó Saladino-. Naturalmente que no.

-Después de eso, se fueron.

-Con la copa.

-La... sí.

-¿Adónde han ido?

-Hacia el este. Probamos con el coche de la mujer en Detroit, pero fallamos. Alguien había robado el vehículo. La explosión tuvo lugar a menos de un kilómetro de donde estaban el niño y su tía.

-Así que habéis matado a un ladrón de coches.

El rostro de Vinod reflejaba una gran humillación.

-No queríamos llamar la atención hiriendo a otras personas. Pero teníamos miedo de volver a perderles, así que intentamos matarles a los dos cuando salían del hotel.

Se detuvo para tomar aliento. Saladino tenía los ojos semicerrados.

-Sigue -dijo.

-Fue un accidente lamentable. Un viejo cayó de una ventana... tal vez un suicidio... la bala le dio a él en lugar de al niño. Y... tuvimos que marcharnos...

-Imposible -musitó Saladino. Su voz era ahora queda y fiera, el gruñido de un lobo.

-Sí, sire... Parece imposible. Increíble. Volvimos a encontrarles en Pensilvania...

-¿Dónde están ahora? -preguntó Saladino conminándolo a parar con un gesto de la mano.

-En Inglaterra. Salieron hace dos noches de Nueva York en vuelo hacia Londres. Para ver la finca, probablemente. Por eso he venido. Mi equipo tenía órdenes de permanecer en los Estados Unidos. Si deseáis, podemos ir a Inglaterra, pero necesitaremos nueva identificación, contactos para conseguir armas...

-No -dijo Saladino sacudiendo la cabeza-. No os necesito allí.

-Gracias, sire. -Vinod dio unos pasos atrás. Saladino le sonrió brevemente y el rostro del hombrecillo mostró un enorme alivio.

Cuando se hubo ido, Saladino hizo un gesto con la cabeza a su sirviente chino.

El sirviente comprendió. Al amanecer, Vinod aparecería muerto.

De nuevo envuelto en silencio, Saladino estudió la fotografía del niño y la extraña esfera metálica que había sobre el estante detrás de él. Qué extraño que se llamara también Arthur.

Sin duda el niño la había encontrado por accidente, igual que la había hallado Saladino hacía tantos, tantísimos años. También él era por aquel entonces sólo un niño.

Su recuerdo más antiguo era el miedo. Cuando los bárbaros irrumpieron en la gran casa de su familia en Elam y las criadas gritaron, supo que su padre y sus hermanos mayores habían muerto.

Su madre no le prestó atención. Años más tarde Saladino comprendería, mirando atrás, que el simple acto de forzada negligencia de su madre le había probablemente salvado la vida. Desde que empezó la lucha, ella vistió a su hijo menor con las burdas ropas de un criado. Lo trató como a un criado, haciendo caso omiso de sus gritos al tiempo que se enfrentaba a los soldados de Kish y a sus negros sables ensangrentados.

Le cortaron la cabeza. Se desparramaron por la casa cual langostas, profiriendo sus grotescos gritos de guerra y abatiendo a las mujeres y los viejos, indefensos, que eran cuanto quedaba de la familia gobernante de Elam.

Los pocos sirvientes que salvaron la vida, acompañados de sus hijos, fueron obligados a marchar a pie hacia el norte, hasta la ciudad rodeada de foso de Kish. Saladino, quien nunca había conocido otra cosa que lujos y privilegios, pasó a ser esclavo de la casa de Ull mercader. Comía las sobras de la mesa de los otros esclavos y dormía en el suelo de la cocina. Durante tres años, hasta cumplir los ocho, llevó el agua a los dormitorios de las mujeres y sirvió a la mesa de los comensales.

Y vino entonces la destrucción del zigurat.

Éste tenía siglos de antigüedad. Había también templos en Elam, pero ninguno tan majestuoso o antiguo como el zigurat de Kish. Se alzaba en el centro de la ciudad, rodeado en anillos concéntricos por los edificios públicos y las residencias de los ricos, luego las barracas de barro de los pobres y, por último, el ancho foso que protegía a los habitantes de las incursiones

Desde la casa del mercader del que era esclavo, Saladino podía ver a los sacerdotes subiendo los cien peldaños del zigurat para ofrecer sus sacrificios a los dioses, aquellos seres inmortales con rostro y cuerpo de hombre que pedían la compañía de aquellos cuyas insignificantes vidas podían extinguirse con tan sólo el leve parpadeo de su ojo eterno.

Había quienes pretendían haber visto a los dioses. Un campesino que vivía al otro lado del foso protector vino a hablar al rey de Kish de un terrorífico hecho ocurrido en las orillas del Eufrates. El dios, dijo, se había alzado desde las aguas del río, portado a lomos de un gran pez. Iba desnudo, si exceptuamos la minúscula luna que colgaba de su cintura. A la luz de la luna, su piel era blanca como el alabastro, y sus ojos eran joyas, zafiros tan luminosos que brillaban como estrellas en la noche.

El campesino no se atrevió a dirigir la palabra al dios. Cuando aquella deidad del color de la luna le vio, alzó los brazos suplicando al astro que acabara con la vida del mortal. Se postró entonces el campesino, tapándose el rostro. Cuando finalmente alzó la cabeza, el dios había volado desde su lugar en las aguas hacia el cielo oscuro, cabalgando sobre un rayo de luz de luna.

-Ha visto al dios de la luna--decían unánimemente los ancianos.

El campesino recibió tres barricas de aceite por esta visión y, si bien esperó luego durante muchos años todas las noches junto a la orilla del río, los dioses nunca volvieron.

Los hombres santos, que subían hasta lo alto del zigurat a la luz de las antorchas, sacrificaban todos los meses pescado y tortas de harina de maíz al dios de la luna. Cantaban el nombre del dios y pedían su bendición en la caza. Vino entonces el terremoto y, cuando el zigurat no fue más que un montón de escombros en la plaza de la ciudad, los ancianos susurraron diciendo que sus sacrificios habían disgustado al dios de la luna. Éste no deseaba pescado ni tortas de harina de maíz, sino la vida del hombre que había osado contemplar su rostro. Sacaron al campesino a rastras de su casa y le obligaron a subir a lo alto de las ruinas del zigurat, donde le ataron a un poste y le arrancaron en vivo el corazón.

Y la tierra se aquietó de nuevo.

-El dios de la luna ha sido apaciguado -dijeron los ancianos.

Nadie echó de menos al pequeño esclavo desaparecido durante el terremoto. Los miembros del servicio del mercader llegaron a la conclusión de que había muerto bajo los cascotes caídos en aquellos espantosos momentos en que la tierra se abrió y engulló con voracidad el macizo zigurat como si fuera un pastel de miel. Nadie buscó al niño.

Nadie observó las pequeñas huellas en el barro, allí donde el foso se había alzado corcoveando y escupido sus aguas. Nadie observó la pequeña figura que corría por las tierras conocidas milenios más tarde con el nombre de Babilonia hacia las montañas Zagros, muy al este de Kish. Aun cuando lo hubieran visto, a nadie se le habría ocurrido ir tras él. Las montañas eran el final del mundo. Más allá estaba la nada. Todo el mundo lo sabía, porque así lo habían decretado sacerdotes y ancianos.

En las montañas Zagros, el niño tembló de frío y de miedo. Al producirse el terremoto sólo había tenido una idea, huir de la casa. Estaba en la cocina, con la cocinera y su ayudante. Al primer temblor, las jarras de barro llenas de aceite cayeron de los estantes y se estrellaron contra el suelo, cubriendo las baldosas de una espesa capa que se encendió formando una alfombra llameante al alcanzar el fuego de la cocina. Por un instante, Saladino observó aterrorizado y fascinado la alfombra de llamas; las dos cocineras chillaban e intentaban apagar el fuego con trapos mientras el suelo se movía locamente a

sus pies. Se prendió entonces el cabello de la cocinera. Las manos de ésta volaron a su cabeza en llamas; tenía los ojos desorbitados.

-¡Ayudadme! -gritó.

Saladino retrocedió. La mujer parecía un monstruo. Él movió la cabeza. No, no. Ella se lanzó hacia él, hacia la puerta, y Saladino huyó.

La siguiente sacudida derribó el techo. Pero Saladino no estaba ya.

Se detuvo tan sólo una vez, junto al foso. Hasta ese momento, no había pensado en abandonar Kish; los centinelas apostados en los puentes habrían reconocido en él a un esclavo fugitivo. Pero no había ya puentes. El agua había desaparecido e inundado el otro lado de la ciudad. No había aquí más que un río de barro.

Temeroso, Saladino introdujo el pequeño pie descalzo en el barro. Se lanzó entonces a él y avanzó penosamente hasta alcanzar el otro lado. Jamás volvería a ser esclavo.

El hambre le roía el estómago. Había estado corriendo todo el día, pero tendría que esperar hasta la mañana para comer. Tenía los pies muy lastimados por las piedras de la ladera de la montaña por la que había subido. Siendo esclavo de la casa, no se le había dado calzado, pero las plantas de sus pies no estaban todavía lo bastante curtidas como para soportar un largo recorrido por el campo desierto. Detrás de él, las huellas ensangrentadas de sus pisadas relucían negras a la luz de la luna. No andaría más. Se dijo a sí mismo que ahora debía dormir, aquí, bajo las estrellas, en el extremo del mundo. Saladino recostó la cabeza contra la tierra seca y cerró los ojos.

No oyó los pasos del anciano. Despertó con una sensación de enorme placer que empezaba en sus pies y calentaba todo su cuerpo. Era un sueño, pensó. Un sueño encantador, dormía apaciblemente en un lecho de plumas en su palacio de Elam.

Pero Elam no existía. Los bárbaros de Kish la habían destruido.

Frunciendo el ceño, abrió los ojos con esfuerzo. Un hombre estaba inclinado sobre él, a sus pies. Iba cubierto de pieles de animal y su cabellera, al igual que la barba, era una maraña de largos mechones grises. Cuando vio el rostro del niño, su boca desdentada sonrió.

Saladino abrió la boca. El hombre tenía los ojos azules, azules como el mar. Y su piel era blanca.

El anciano sacudió la cabeza, hizo un chasquido con los labios cuando el niño intentó ponerse en pie y luego señaló un objeto que tenía en la mano. Era una especie de copa de metal, y con ella frotaba las heridas de los pies de Saladino.

Pero las heridas ya no estaban. Habían sanado por completo.

Saladino oyó un leve sonido que surgía de su propia garganta.

Se había encontrado con el dios de la luna.

Se llamaba Kanna y, que Saladino supiera, había vivido siempre. El mismo Kanna recordaba pocas cosas de los tiempos anteriores a la caída a la Tierra de la Piedra, como llamaba a la copa.

No sabía que esto había ocurrido antes de que los pueblos semitas entraran en el valle y crearan una civilización conocida como los sumerios, tejedores, alfareros y mercaderes. El pueblo de Kanna, el de las gentes de piel blanca y ojos azules, era un pueblo de cazadores. Centenares de generaciones antes de Kanna, habían llegado al valle procedentes de las altas estepas donde llovía del cielo hielo que cubría todos los años el suelo de un manto blanco más frío que el río.

La Piedra se estrelló contra los árboles -porque había árboles en el valle entonces, antes de que el sol se volviera demasiado ardiente-, cerca del lugar donde él había encendido una hoguera. Kanna era un hombre santo, un curandero que vagaba de tribu en tribu por el valle atendiendo a los enfermos y cantando a las familias las historias de sus antepasados. Pero era ya viejo entonces, y no solía buscar la compañía de los hombres. Pasaba la mayor parte de sus días en las montañas, recogiendo hierbas y raíces con las que preparar sus medicinas. Sus hijos habían crecido y muerto, al igual que sus dos esposas. Era ya un hombre muy viejo cuando encontró la Piedra.

Había visto, en el cielo de la noche, la explosión de una bola de fuego centelleante. Cuando una de las centellas vino directamente hacia él, Kanna no intentó el menor movimiento. Era la lengua de la noche que venía a devorarlo, y él no se opondría. Era absurdo huir de la muerte, en especial después de haber vivido tantos años como había vivido él.

Pero la bola de fuego no cayó sobre él, sino que fue a estrellarse contra un macizo cedro que crecía al lado de la cuesta, partiendo su tronco como una poderosa hacha blandida por la misma luna. El punto en que entró en contacto con el árbol se alzó al instante en llamas.

De haber sido más joven, Kanna tal vez hubiera huido del árbol en llamas doblegándose a la voluntad de los dioses. Pero ya antes había visto el rayo. En el curso de su vida, había contemplado vastas extensiones de bosque reducidas a cenizas por el incendio de un solo árbol. Así pues, en lugar de huir, Kanna echó tierra al fuego con sus manos. El vello de sus brazos canturreaba, el calor formaba ampollas en sus dedos y un ascua le quemó el rostro. Pero apagó el fuego.

Por la mañana halló la madre de la Piedra, una roca con hoyos y cráteres que todavía era un rescoldo ardiendo con un fuego interior. Se había abierto al chocar contra el árbol y el interior, expuesto, relucía al sol.

Era algo extrañamente hermoso, una masa de círculos concéntricos con protuberancias de una redondez tan perfecta que habríase dicho eran huevas que brotaban del metal caliente. Allí donde no había protuberancias, había depresiones de igual perfección. Una de ellas era más ancha y profunda que las otras.

Entonces la vio, apoyada contra una roca: una esfera perfecta y de un color distinto al de cualquier cosa que hubiese tenido antes ante los ojos. Se inclinó para tocarla. Cuando, a través de sus manos quemadas, vio que no estaba caliente, la cogió.

Quedó decepcionado al comprobar que no era una esfera perfecta. La parte superior se había desprendido y el interior era hueco, como si hubiera albergado otra esfera también perfecta. Buscó la pieza que faltaba. Si la encontraba tendría, no una sino dos esferas una dentro de la otra. Una luna dentro de otra luna. Un auténtico regalo para los dioses. Pero no encontró la otra pieza.

Kanna miró la Piedra que tenía en la mano. Decidió darle una utilidad. Podría beber de ella, como de una calabaza. Era hermosa. Y había llegado hasta él directamente del cielo.

De repente, se fijó en sus dedos. Las ampollas habían desaparecido. El vello de sus brazos había vuelto a crecer. La quemadura de su rostro se había curado.

Comprendió entonces. Los dioses le habían dado la Piedra para que curara con ella a los enfermos. Había llegado el momento de abandonar la montaña.

Rápidamente, recogió sus cosas y se puso en camino hacia el valle. Les diría a las familias que moraban en él, que los dioses habían sonreído y les traían un regalo.

En ningún momento pensó en la posibilidad de convertirse él mismo en su dios ni en que el regalo que les traía fuera a darle a él la inmortalidad.

Saladino escuchaba con gran atención las historias relativas a la Piedra. Kanna tardó años en contárselas, ya que al principio no tenían un lenguaje común. Cuando cumplió los quince años, Saladino había aprendido todas las habilidades que el viejo cazador podía enseñarle y, en muchos sentidos, le había aventajado.

Empezó a darse cuenta de que el ermitaño, además de ser viejo, era un tipo totalmente distinto a él. Y no era un dios, no lo era a menos que los dioses supieran menos que los mortales. Porque, si bien Kanna era capaz de curar a casi todos los seres enfermos, lisiados o heridos de la montaña, sin ayuda de la Piedra sagrada no sabía hacer una red para atrapar un pez.

Saladino había intentado explicarle cuál era la finalidad de la red, pero el viejo se limitó a quedarse mirando fijamente con los ojos vacíos. Sólo cuando vio lo que se podía hacer con la red preparada por su protegido, se dio cuenta de que el chico había construido una herramienta.

Y lo mismo ocurría con los números. Por muchas demostraciones que le hiciera Saladino, el viejo era incapaz de captar el concepto de los números abstractos. Dos leños, de acuerdo; pero entre tres y muchos no había diferencia.

Procedía de una raza de hombres inferiores, mentes tan limitadas que, durante cientos de años -o tal vez miles, ya que Kanna era incapaz de discernir la diferencia-, ni uno solo de ellos había cuestionado el hecho de que el anciano siguiera viviendo mientras generaciones enteras de habitantes del valle envejecían y se convertían en polvo. Ni uno solo de ellos se había atrevido a quitarle la Piedra. Aun mucho más tarde, cuando el clima cambió notablemente y las vastas llanuras por las que habían campado jirafas, antílopes y elefantes se secaron y pasaron a ser desiertos sin vida, cuando los ilimitados caudales de agua dulce por los que se paseaban los hipopótamos mermaron y quedaron reducidos a ríos

embarrados, cuando las tribus de cazadores huyeron del valle o murieron engullidos por la arena, ni uno solo de ellos intentó robar el poder de Kanna.

Cuando se hubieron ido, llegaron al valle las Nuevas Gentes. No eran cazadores sino campesinos, y vivían en las zonas del valle que en otro tiempo habían sido terrenos pantanosos. Irrigaban sus campos con agua de los ríos cenagosos. Construían sus casas con ladrillos de barro y quemaban el estiércol de los animales para obtener combustible. Tejían sus ropas con fibras crecidas cerca de los ríos. Eran creadores de arte y hablaban un idioma que poseía una gramática precisa, por lo que no era necesario acompañarlo de gestos.

Hasta el centro de esta sociedad avanzada se encaminó Kanna, apestando a las pieles de animales que vestía.

-Kanna vacío. -Se cogió las manos sobre el corazón para indicar cuánta era su soledad-. Aquí. Kanna ve Nuevas Gentes.

Saladino casi soltó una carcajada al ver la máscara de payaso, indicadora de una enorme tristeza, que se posó sobre los rasgos del ermitaño al recordar el encuentro.

-Nuevas Gentes, muchos. Uno, dos, muchos. Tiran lanzas. Muchas heridas.-Señaló los puntos de su torso viejo e intacto donde habían hundido sus lanzas los sumerios.

Saladino intentó imaginar las caras que debieron de poner los hombres cuando vieron como se arrancó las lanzas del cuerpo y se alejó sin un rasguño.

-En ese momento te convertiste para ellos en un dios -dijo Saladino introduciendo un grueso tronco de madera en la hoguera que calentaba la húmeda cueva donde él y el anciano vivían

Kanna le miró sin comprender.

-Las Nuevas Gentes te adoran como a un dios. Un dios blanco con zafiros en vez de ojos y que cabalga sobre el rayo de la luna. -Contó al anciano la historia del campesino que había visto a Kanna pescando de noche.

El ermitaño rió, y las luces de la hoguera acentuaron los profundos pliegues de su frente.

-Kanna corre. Kanna piensa Nuevas Gentes quieren matar. -Cuando su risa remitió, su mirada se posó en las hipnóticas llamas de la hoguera-. Malo vivir tanto tiempo.

-No tan malo como morir, supongo -contestó Saladino secamente.

-Nuevas Gentes tiran lanzas -dijo el viejo con una sonrisa-, Kanna viene montaña. -Dio una palmadita al suelo rocoso como si se tratara de su vaca favorita-. Kanna se queda. Kanna... vacío. -Acompañó esta palabra con el mismo gesto que había empleado antes y, luego, las esquinas de sus ojos se arrugaron-. Pero viene chico. -No sabía pronunciar el nombre de Saladino-. Viene chico... no vacío.

Con la mano sobre el corazón, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Saladino suspiró y miró hacia otro lado. El sentimentalismo tonto del viejo ermitaño le aburría. Había soportado durante siete años su estupidez de chimpancé porque no tenía otro sitio adonde ir.

Y seguía sin tenerlo. No había futuro para él allí en el valle. En Kish, sería ejecutado como esclavo fugitivo si alguien le reconocía. En Elam -si es que Elam todavía existía- sería un forastero sin condición ni propiedad. No, no volvería deshonorado a la tierra que había gobernado su padre.

Dos ciudades, y más allá los desiertos, las montañas y el vacío donde acababa el mundo.

De repente, dio un respingo. Él estaba en las montañas. Había oído decir desde su infancia que en las montañas Zagros terminaba toda vida y, sin embargo, había vivido aquí con Kanna entre todo tipo de seres vivos durante siete años. Habían andado kilómetros y kilómetros por las montañas y todavía no habían estado cerca de ningún abismo.

Se dio la vuelta para mirar al viejo.

-Kanna -dijo, las pupilas dilatadas de nerviosismo-. ¿Hay tierras más allá del valle?

-Muchas tierras -le confirmó el ermitaño.

Saladino creyó que el corazón iba a salirse del pecho.

-¿En qué dirección?

Kanna señaló primero al este y a continuación describió un amplio círculo con el brazo.

-Muchas tierras.

-Pero al este está el desierto.

-Después de arena -dijo Kanna-. Por río seco, después de árbol de piedra. Gran valle. Muchas Nuevas Gentes.

-Después de la arena... -La voz de Saladino era apenas audible. Según los sacerdotes, en las montañas acababa el mundo-. Pero no puede haber...

Kanna movió afirmativamente la cabeza con terquedad.

Por un instante, Saladino se permitió el lujo de soñar. Nuevas tierras, pobladas por gentes como él. Allí no le matarían como a un esclavo. Y quizá no tuviera que hacer de criado. Podría comerciar con sus conocimientos de medicina. Kanna conocía todas y cada una de las plantas, raíces y piedras que había en más de cien kilómetros a la redonda y había enseñado a Saladino cómo aprovechar sus propiedades curativas para tratar las heridas y a los animales enfermos.

-¿Cómo se puede ir allí? -preguntó el chico, vacilante-. ¿Qué camino debo seguir?

-Chico no va -respondió el anciano moviendo la cabeza-. Chico muere en arena. -Luego, sonrió-. Se queda. En montaña. -Tomó la mano del chico y se la colocó sobre su propio pecho-. Se queda. Con Kanna.

Saladino liberó su mano de un tirón. No podía soportar el contacto del viejo.

-¿Crees acaso que voy a quedarme aquí para siempre? -gritó indignado-. ¿A quedarme aquí haciendo de perrito de compañía de un viejo mono? -Kanna retrocedió, alarmado, y ello no hizo más que aumentar la ira de Saladino-. ¡No me digas que me tienes miedo! Sabes que voy a morir aquí de viejo mientras tu sigues con tu vida sin sentido. ¡No deberías tener la Piedra! Debería pertenecer a alguien digno, y no..

Paró en seco, el aliento detenido de repente por la magnitud de la idea.

La Piedra.

Con la Piedra, podría cruzar el desierto. Con la Piedra, podría conseguir lo que fuera, poseerlo todo y aprenderlo todo.

Con la Piedra, podría vivir eternamente.

-Dámela -dijo en voz queda.

Kanna retrocedió de nuevo, hacia las paredes húmedas y resbaladizas de la cueva donde dormían.

-Chico malo.

-La Piedra -dijo Saladino.

Los labios apretados del ermitaño formaron un semicírculo con los extremos hacia abajo. Parecía un niño a punto de llorar. Sus ojos volaron a su cintura de donde colgaba la bolsita de piel con la Piedra.

El brazo joven y fuerte de Saladino cogió la correílla de cuero de donde pendía la bolsa.

-¡No! -aulló Kanna.

Saladino dio un tirón a la correílla, sin hacer caso de los esfuerzos del viejo por hacerle retroceder. Empujó a Kanna contra la pared de piedra.

-No! -La mirada del ermitaño volaba de un punto a otro de la pequeña cueva.

-Eres patético, viejo pesado -dijo Saladino.

Rodeó con el brazo el cuello del viejo, al tiempo que seguía tirando de la correílla de su cintura.

Entonces, cual un animal obligado a actuar por la desesperación, Kanna se zafó de la presa del chico y golpeó con su propia cabeza la de Saladino. El muchacho dio un traspies hacia

atrás; el cráneo del viejo era duro como la roca. Apenas había tenido tiempo de recuperar la visión cuando vio el leño encendido acercarse a su rostro. Kanna lo blandía con furia, llenando la cueva con el grito feroz y atávico del antiguo cazador enfrentado a la bestia.

El golpe hizo que Saladino cayera como un fardo al duro suelo chorreando sangre. Kanna lloraba, y sus hombros subían y bajaban de manera incontrolable. Dio un paso adelante hacia el chico, y se detuvo. Si el chico estaba vivo él lo curaría con la Piedra, y todo empezaría de nuevo; Kanna lo sabía.

Su relación había terminado.

Kanna aguardó. El chico no sobreviviría sin él.

Apretando los ojos con fuerza, el viejo salió dando tumbos de la cueva a la luz del día. Se iría lejos, muy lejos, al desierto. Podría vivir allí. Él podía vivir en cualquier parte. Viviría, aun cuando deseaba morir.

El anciano inició su descenso desde lo alto de su montaña. No dijo nada, pero, mientras caminaba, se oprimía el corazón con la mano.

Era de noche cuando Saladino volvió en sí. Apenas podía vislumbrar las ascuas del fuego con un ojo, el otro había perdido por completo la visión. La sangre que cubría su rostro se había convertido en una gruesa costra. El hombro derecho palpitaba con un dolor sordo que se convertía en un dolor intenso, lacerante, cuando se lo tocaba. El brazo colgaba inútil, la articulación destrozada por los espantosos golpes de Kanna.

¿Quién habría podido pensar que el viejo ermitaño tuviera tanta fuerza? Naturalmente, era un hombre de otra especie. Una especie más vieja, hecha para el trabajo de las bestias. Saladino escupió sangre y dientes rotos.

No habría debido obligarle a luchar conmigo, pensó. Había subestimado al viejo elefante. Todos los hombres, incluso aquellos que no deseaban vivir, poseían el instinto de la supervivencia.

Se puso lentamente en pie, luchando contra el mareo que amenazaba con derribarle de nuevo al suelo, y rebuscó por entre la pila de bolsas de piel que contenían las medicinas del viejo. Necesitaría algún tipo de cataplasma para el hombro y algo con lo que evitar que las heridas de la cabeza se infectaran. El agua salada, a pesar de causarle gran dolor, despejó la sangre y la mucosidad del ojo bueno, pero el otro estaba totalmente ciego. Manaba constantemente de su órbita un fluido amarillo y el globo del ojo, que Saladino se atrevió finalmente a tocar por encima del párpado lacerado, estaba plano. Había visto este efecto sólo una vez, en una liebre que había sido atacada por un animal más grande. Una astilla de hueso del cráneo destrozado de la liebre había atravesado y desinflado el globo del ojo. El animal pasó dos días en medio de convulsiones hasta que Kanna, por compasión, lo mató.

Saladino sentía su propio temblor. Las heridas eran demasiado graves. Pronto tendría fiebre y no podría cuidar de sí mismo. Sin la Piedra, moriría.

Se puso a pensar rápidamente. Todavía tenía las piernas fuertes. Podía ir andando hasta Kish y buscar un médico. Diría que era un caminante que se había extraviado de su tribu;

nadie reconocería en él al niño desaparecido durante el terremoto siete años atrás. Luego, cuando estuviera curado -si es que había un doctor capaz de tratar tales heridas-, escaparía una vez más, volvería...

Volver aquí, pensó. Volver a las montañas, vivir como un animal. Vagar solo por entre las rocas hasta que un animal salvaje hambriento le devorara. Ser Kanna pero sin la seguridad de vida eterna de éste.

Un débil gemido escapó de sus labios, creció y resonó por la cueva hasta convertirse en un grito de rabia y desespero

-¡Kanna! -gritó.

Pero Kanna no estaba, se había ido. A otro lugar de las montañas, a...

La cabeza de Saladino se dirigió bruscamente hacia la pared. Las medicinas. El viejo había dejado las medicinas. Para reunir y destilar algunas de ellas había tardado años. Algunas procedían de plantas ya inexistentes, y otras de animales desaparecidos del valle hacía milenios. Siempre que abandonaban el lugar en busca de caza o agua, lo primero que Kanna empaquetaba en los fardos hechos con piel de animal eran las medicinas. Nunca se iba sin ellas.

Pero estaban aquí, en la cueva. Y también sus otras pertenencias seguían aquí. El viejo no se había llevado nada. Y, sin embargo, Saladino sabía que se había ido para siempre. Kanna no volvería a confiar en él. El niño volvería a atacarle, Kanna debía de saberlo.

Pero me quiere

Sabía esto con tanta certeza como conocía los dedos de su mano. Kanna consideraba a Saladino como su hijo. El viejo no se había ido, sino que había huido, desolado, de la traición de su hijo.

Habría podido matar a Saladino, pero no lo hizo. Le había dejado sus medicinas

Y se había dirigido al único lugar adonde el chico no se atrevería a seguirle.

Por el río seco, después del árbol de piedra. . .

Se había encaminado hacia el este, adentrándose en el desierto.

Cuando Saladino llegó hasta los restos del árbol petrificado, llevaba ya dos días acosado por la fiebre. Sus ojos habían empezado a supurar y apestar en aquel tórrido calor bajo el vendaje de caña que se había confeccionado, y la articulación del hombro había ido hinchándose hasta ser irreconocible.

Los hitos de los que había hablado Kanna constituían prácticamente un mapa. Cuando Saladino no pudo ya seguir el perfil del viejo lecho del río, localizó aquella manchita del horizonte que era el árbol de piedra.

Y había tenido suerte. El día anterior a su llegada al árbol, había llovido. Si bien el desierto no era ya el vergel exuberante que había sido en otro tiempo, tampoco era la extensión de arena barrida por el viento y sin sendas en la que se convertiría en los siglos venideros. Del suelo imposible brotaban todavía matojos de malas hierbas robustas que retenían la suficiente humedad como para impedir que el agua de lluvia se evaporase. En los trechos entre uno y otro matojo, la lluvia se posaba como un manto sobre la tierra reseca sólo para convertir su delgada superficie en barro antes de que éste se cociera de nuevo bajo el sol.

Fue una suerte para Saladino que lloviera durante la noche, aunque cuando esto ocurrió no se sintió ni mucho menos afortunado. De noche, hacía frío en el desierto. Cuando caía la lluvia, no había donde guarecerse. Saladino tendía una piel de antílope para reabastecer su provisión de agua y luego, temblando, se sentaba en el barro. No se atrevía a ponerse en camino sin que la luz de la luna iluminara la manchita del horizonte. Si la perdía de vista, moriría inexorablemente.

Moriré de todos modos, pensó lleno de desdicha. Estaba demasiado cansado como para sentir el impulso del miedo que le había lanzado a este viaje; demasiado cansado, incluso, como para prestar gran atención al tremendo dolor de su cuerpo. Éste moría por pedazos. El ojo había muerto ya. El hombro, del tamaño de un melón, moriría a continuación. Bajo la lluvia, sacó un cuchillo de piedra de su fardillo y perforó la repugnante hinchazón del hombro. Mientras ésta reventaba, gritó desesperado al vacío de la noche. Luego se durmió, pendiente de que la nueva herida no entrara en contacto con el barro.

Al llegar la mañana, la tierra humeaba. El sol vaciaba la tierra de agua con tanta rapidez que Saladino podía verla alzarse a su alrededor como si fuera humo. Se detuvo en seco y contempló el fenómeno lleno de extrañeza. Si Kanna no le hubiera dicho que había tierras más allá del desierto, habría creído sin duda alguna que este lugar era el fin del mundo.

El hombro empeoró durante el día. El fluido que brotaba de él no era ya rojo sino de un amarillo espeso y verdoso. De su nariz salía a borbotones un aire caliente. A pesar del implacable sol, era presa de escalofríos.

Peor fue el segundo día. Era incapaz de comer siquiera un pedacito de carne seca, pero bebía con ansia. Antes de mediodía, su provisión de agua había desaparecido. Lanzó lejos de sí, sin pensar, la calabaza, las piernas moviéndose automáticamente, el ojo bueno pero hinchado clavado sin pestañear en aquella mancha que tenía ahora la forma del macizo árbol petrificado.

El árbol era el final de su viaje. Al principio, estaba seguro de encontrar al viejo antes de llegar aquí. Kanna caminaba despacio y no le llevaba mucha delantera. Saladino ni siquiera había pensado en la posibilidad de que sus propias heridas constituyeran un impedimento para la marcha.

Había encontrado ya el árbol de piedra, pero no veía al viejo por ninguna parte. Éste había seguido adelante, o tal vez ni siquiera había venido por aquí.

Anquilosado por el cansancio, Saladino se sentó. Miró fiamente el horizonte sin fin, allí donde la tierra arenosa se alzaba formando una interminable sierra, se quitó el mugriento vendaje del ojo dañado y rió, primero quedamente y luego en una carcajada salvaje e incontrolada.

¿Y si Kanna no había venido al desierto?

¿Y si estaba de vuelta en la cueva de las montañas Zagros, cuidando de sus medicinas y preguntándose qué habría sido del muchacho que por un instante le había puesto tan furioso? El pobre tonto no tenía cabeza, era capaz de haber olvidado todo lo ocurrido al día siguiente. Y aquí estaba Saladino, el rostro desfigurado como una de aquellas máscaras de arcilla que los sacerdotes de Kish ofrecían a los dioses antes de subir al zigurat, el cuerpo aún de muchacho desintegrándose ante sus propios ojos, muriendo en medio del desierto por nada.

Rió hasta desgañitarse, golpeando con la parte posterior de la cabeza el tronco del árbol caído, hasta que, finalmente, se inclinó hacia delante y vomitó la única agua que le quedaba. Después, se tendió en el suelo. Había decidido morir aquí. Igual daba morir aquí que en cualquier otro lugar. Tocó con el dedo una depresión del suelo y cerró los ojos.

En seguida los abrió. La depresión del suelo era la huella de un pie.

Saladino gimoteaba mientras se ponía con esfuerzo de rodillas y recorría con el dedo el perfil cocido por el sol del pie de Kanna. El viejo había hecho un alto aquí, en este mismo lugar, para cobijarse de la lluvia. Y, terminado el chaparrón, había seguido camino dejando su rastro en el barro.

La suerte había dado a Saladino otro empujón, tenía la siguiente parte del mapa. Miró a lo alto. El sol, refulgente y abrasador, estaba justo encima de él. Kanna iba tan sólo un día y medio por delante de él, y el pobre andaba despacio.

Se arrastró hasta la siguiente huella, luego hasta la otra, a continuación se puso en pie tambaleante y echó a correr sobre la tierra dura y reseca. No prestaba la menor atención a su hombro, que le lanzaba un doloroso pinchazo a cada pisada, ni a la sed que hacía que su lengua se pegase al paladar. Tenía una posibilidad de seguir viviendo, y la aprovecharía.

Mediada la tarde, apenas veía ya las huellas. El barro se había secado rápidamente con el sol. Tenía ante sí una extensión de tierra parduzca y vacía. Pero las huellas habían dibujado una línea recta desde el árbol de piedra, y Saladino concentraba ahora todo su pensamiento en el curso a seguir. Cogió algunas piedrecillas y las fue echando una a una delante de él para concentrar su mente en la invisible línea recta del camino seguido por el anciano. Alejó de sí todo dolor, todo sufrimiento, todo temor a la muerte. El viejo estaba cerca, tal vez detrás de la sierra...

Casi al caer la noche tropezó y se vino al suelo, y supo que no podría levantarse. Alzó la cabeza y la dejó caer de nuevo al suelo. Sabía que si se dormía esa noche, habría muerto al llegar la mañana.

Con los dedos temblando agitadamente, se forzó a sí mismo a sentarse y sacó el cuchillo con el que había perforado el hombro putrefacto. Sin apenas sentir el contacto, pasó la hoja biselada por el dorso de su mano y bebió sangre de su propio cuerpo.

A continuación, con un esfuerzo como nunca lo había realizado hasta este momento, se puso en pie y se encaminó trabajosamente, paso a paso, hacia lo alto de la sierra.

-Kanna -susurraba sin mover los labios, cubiertos por una costra de sangre--. Kanna... Kanna... Kanna...

Allí estaba, al pie de la cuesta desnuda y hacia el este, pero lo bastante cerca como para que Saladino consiguiera reconocer la inconfundible figura de un hombre.

El muchacho se detuvo y parpadeó. En esta región la noche caía rápidamente y jugaba malas pasadas a los ojos.

No estaba ya seguro de qué era real y qué imaginario. Deseaba ver a Kanna, por supuesto, lo deseaba tanto que quizá su cerebro recalentado por el calor hubiera inventado su presencia. O tal vez la figura que tenía debajo fuera la misma muerte que venía finalmente a reclamarle.

-Ka... -No era ya más que un graznido, pero el anciano se detuvo y se volvió.

Con sus últimas fuerzas Saladino extendió los brazos, suplicante. Las rodillas se doblaban debajo de él. Cayó al suelo en posición de mendigo, los brazos extendidos, la cabeza atrás, los ojos cerrados. Cayó rodando, semiinconsciente, hasta el pie de la loma al tiempo que el anciano venía corriendo hacia él.

Kanna se arrodilló al lado del muchacho, gimiendo al ver aquellas heridas supurantes. La noche era estrellada y fría, pero Saladino ardía de fiebre. Tenía los ojos entrecerrados y vidriosos. Su aliento salía en boqueos irregulares, con un estertor que tenía la música grotesca del moribundo. Presuroso, el anciano sacó el pequeño cuenco de metal de la bolsa que llevaba a la cintura y lo llenó de agua del pellejo que colgaba a su espalda. Cogió la cabeza del muchacho entre sus brazos e inclinó la Piedra hasta sus labios. El primer chorro de agua se derramó por las comisuras de la boca, pero pronto Saladino empezó a beber. Kanna le suministraba el agua a pequeños sorbos para que el muchacho no se ahogara al tragar el agua que tanto necesitaba. Cuando el cuenco estuvo vacío, el viejo volvió a llenarlo, cogió los dedos enflaquecidos del chico y los colocó en torno a su superficie lisa.

Poco a poco, el chico abrió los ojos. Se enderezó, sorbiendo aire por entre los dientes al tiempo que la Piedra maravillosa surtía su efecto. Cuando el veneno verduzco que el hombro contenía se hubo secado y desapareció, éste volvió a adquirir proporciones normales. La profunda incisión que Saladino había practicado en él se estrechó hasta convertirse en una delgada línea y luego desapareció. Las señales de las manos y el rostro fueron sustituidas por una piel lisa y perfecta. Las ampollas se desvanecieron. Inexorablemente, el ojo estropeado fue adquiriendo su redondez normal, se llenó y sanó. Y en todo este tiempo la Piedra cantaba su canción, que discurría a través de la sangre de Saladino con un poderoso latido propio. Saladino levantó los ojos. El anciano asentía con la cabeza, feliz y sonriente como un pequeño gnomo danzante

-Gracias, Kanna -dijo el muchacho. Se enderezó un poco y besó la mejilla del ermitaño-. ¿Me perdonarás? -Los ojos del viejo se llenaron de lágrimas, y a continuación tocó el rostro de Saladino con sus manos nudosas Bajó la cabeza-. Bien -dijo quedamente Saladino, y acto seguido lanzó la Piedra a la noche.

Kanna siguió pasmado la trayectoria del cuenco, y antes de que pudiera alzarse para ir a buscarla, el muchacho cogió el cuchillo de su cintura y cortó con el la garganta del viejo.

Los brazos del ermitaño se agitaban en el torrente de sangre. Se apoyó primero sobre una rodilla y a continuación cayó de espaldas y quedó tumbado en el suelo, contraído, los ojos muy abiertos y llenos de confusión y temor.

-Durará poco -dijo Saladino. Kanna aferró con su mano la muñeca del chico. Intentaba hablar, pero no tenía ya con qué-. Ya lo sé -dijo el chico quedamente-. Me habrías dejado tenerla.

Sonrió, se zafó de los dedos del viejo y se levantó para ir a recoger la Piedra.

Cuando estuvo de vuelta, Kanna había muerto. Saladino quitó el cinturón y la bolsa al cadáver y se colgó la copa de metal de la cintura. Luego se colgó el pellejo del agua del viejo ermitaño al hombro y prosiguió camino hacia el este, hacia las tierras más allá del desierto.

Hacia de esto tanto tiempo, pensaba Saladino, encaramado sobre la ciudad de Kowloon. Apenas había pensado en Kanna en muchísimos años. Sonrió. Al doctor Coles le habría encantado oír esa historia.

Se despegó del sillón de mimbre blanco y, con un suspiro, estiró los largos brazos. Echaría de menos China. Durante su encarcelamiento, había soñado a menudo con el hormiguero de sus ciudades y sus tentaciones sin fin. Nada le apetecía menos que volver a visitar la Inglaterra rural, especialmente cuando hacía tan poco que había huido de ella. Pero había que poner manos a la obra. La copa –la Piedra de Kanna- faltaba de nuevo, y sabía que debía actuar con rapidez. Una vez, en el curso de unas vacaciones en compañía de una mujer, se había dejado vencer por la pereza, y como consecuencia había estado más de doce años sin la copa

No sería una empresa muy difícil. Probablemente podría pagar al niño estadounidense por la copa y zanjar la cuestión.

Arrugó la nariz. No, esto sería aburrido. Había pasado cuatro años solo en una celda sin más distracción que una novela de vez en cuando. Se permitiría una pequeña aventura. Caballos, trajes...

Soltó una estruendosa carcajada.

Un criado corrió a ver qué pasaba y miró a su amo con curiosidad.

-Ropa de viaje, por favor -dijo Saladino.

El criado asintió con la cabeza y se alejó.

Sí, sí. Qué alegría ser de nuevo libre.

Hal se sentía desplazado en Londres. No a causa del ojo morado, cuyo color había ido menguando en intensidad hasta adquirir un tinte amarillo maduro y que le había puesto personalmente Benny el del bar cuando Hal le hubo explicado que el Gran Premio conseguido en el ahora famoso episodio nacional de ¡Vete a pescar! no podía cambiarse por dinero en metálico para pagar la cuenta de Hal. Después de este encontronazo con Benny, Hal, prudentemente, había decidido ocultarse de sus otros acreedores hasta que el viaje estuviera dispuesto.

Era mediados de junio y en su habitación del Inter-Continental había un jarrón lleno de flores recientes, una botella de Moet et Chandon y un desayuno para dos con las felicitaciones del hotel.

Éstos, básicamente, eran los motivos por los que se sentía extraño. La habitación era demasiado limpia, el jarrón demasiado frágil, el champán demasiado caro. Había dado pomposamente un billete de cinco libras al camarero, quien no dio la menor señal de sorpresa ante la largueza de la propina, y proferido lo que parecían unos sonidos adecuadamente ceremoniosos al olisquear el tapón del Moet, imitando lo que creía hacían las personas sofisticadas antes de beber champán. Pero, cuando el camarero se hubo retirado, se quitó los zapatos, se frotó los pies hinchados debido al largo viaje, ansió una cerveza y se sintió un patán.

¿Qué diantre hacía él en Londres? Nunca había puesto el pie fuera de la ciudad de Nueva York hasta los veintitrés años, y ello para ir a las instalaciones de entrenamiento del FBI en Quantico. Después de esto había viajado a donde la oficina le enviaba, pero nunca se había demorado para visitar estos lugares y nunca había estado solo.

Esto era lo que pasaba. El desayuno para dos con felicitaciones lo decía todo. La cama de matrimonio. Las dos copas dispuestas sobre la mesita por error. Los seres humanos viajaban en pareja, al menos cuando iban a pasárselo bien. El Gran Premio era en principio un viaje para dos.

Y había considerado la posibilidad de llevar a alguien con él, hasta que llegó a la conclusión de que, en toda su vida, no había habido en su círculo de amistades y conocidos una persona cuya compañía él pudiera tolerar durante dos semanas enteras. Excepto tal vez el macarra del Kay's; pero esto habría representado la detención de ambos a las veinticuatro horas de su llegada.

Así pues, Hal permaneció a solas en su florida habitación de hotel hasta que el champán se hubo agotado, el dedo gordo del pie hubo dejado de latir y el hambre le obligó a salir de nuevo a la calle, donde se sintió más a sus anchas. Se instaló en un pequeño pub con un cesto de flores de plástico sucias en la ventana y un reloj con un anuncio de cerveza negra Guinness sobre la barra del bar. No era el Benny's, pero tampoco tenía helechos y los dos sandwiches de salchicha y cebolla que se zampó estaban magníficos.

-Nada igual a este lado de Little Italy -dijo-. Pero, ¿no tendrá usted por casualidad una cerveza fría?

El camarero sacudió la cabeza y sonrió cortésmente mientras limpiaba la barra delante de Hal.

-¿Se lo está pasando bien, señor?

-Acabo de llegar.

-¿Negocios?

Hal gruñó. No quería suscitar la piedad del camarero proclamándose buscador de placer. Tintineó la campanilla de la puerta anunciando la llegada de un nuevo parroquiano.

-A decir verdad...

El resto de la frase quedó en el aire. Un caballero de edad avanzada se dirigía majestuosamente hacia la barra. Hal le había reconocido al instante.

-Es usted -dijo cuando el inglés se sentó a su lado.

-Cierto -dijo el viejo con una sonrisa de compromiso e inclinando la cabeza. Era evidente que no recordaba a Hal.

-Creo que nos conocemos. Nueva York, hace unas semanas. Iba usted a un programa de la tele.

Lentamente, una lucecita de inteligencia se encendió en los ojos del inglés.

-Vaya, el señor Woczniak, ¿no es así?

-Hal. Lo siento, me cuesta retener los nombres.

-Taliesin. -Le tendió la mano-. Bertram, pero nadie me llama así.

-Taliesin -repitió Hal en un susurro. Era un nombre antiguo-. Eso es, ya recuerdo. Como el bardo. -Vio la mano del hombre y se la estrechó en seguida.

-Ah, así que estudia usted literatura medieval.

Hal rió.

-Supongo que eso es lo que creen los espectadores de ¡Vete a pescar! -Relató sus experiencias como concursante en el programa, omitiendo las partes más estrambóticas de la historia. No mencionó el hecho de que no tenía idea de cómo se le ocurrían las respuestas-. El caso es que acabé ganando el Gran Premio, el viaje a Londres. Y aquí estoy.

-¡Fantástico! -dijo Taliesin con una risita sincera-. Y de nuevo se cruzan nuestros caminos. Yo esperaba que así ocurriera.

-Sí. -La sonrisa se desvaneció del rostro del Hal-. Tiene gracia.

-¿Tiene gracia?

-Le conozco a usted en la calle -contestó Hal encogiéndose de hombros-, me da una entrada para un programa-concurso... y gano. Tiene gracia. Es curioso. Y ahora llevo como cuatro horas en Inglaterra y me encuentro otra vez con usted.

-A veces hay coincidencias.

Hal se sentía mal en su piel.

-Sí, supongo que sí. -Alejó de sí aquella sensación-. ¿A qué se dedica, señor Taliesin?

El viejo bebió un sorbo de la jarrita de su cerveza caliente.

-Por preparación, soy arqueólogo. Por inclinación, historiador Y por los achaques de la vejez, pensionista.

-Creía que había ido a Nueva York en viaje de negocios -dijo Hal-. Tenía usted que encontrarse con alguien en el Museo de Historia Natural.

-Ah, sí. De vez en cuando colaboro con el museo de Londres. La gente de Nueva York tenía intención de reconstruir una ciudad medieval inglesa, y me enviaron a mí para que les echara una mano.

Hal sintió que una sacudida de electricidad de unos cuantos watios recorría todo su cuerpo.

-¿Su especialidad es la historia medieval inglesa?

-Bueno, siempre me he sentido muy a gusto con esa época. La llaman la Edad Oscura, pero sólo se la puede considerar oscura en comparación con los juegos de artificio del Renacimiento. En realidad, fue una época altamente interesante, en la que tuvo lugar la amalgama de las tribus celtas con las influencias dejadas por los romanos...-Se detuvo bruscamente y sonrió-. Qué viejo latazo soy, dando conferencias en un bar... Pero dígame, Hal, ¿se encuenusted mal?

Hal tragó saliva con esfuerzo.

-No, es sólo... sólo otra coincidencia, supongo.

A Hal no le gustaban las coincidencias. No le gustaban las coincidencias que se habían producido desde su primer encuentro con Taliesin. De haber seguido trabajando para la Oficina, habría hecho que investigaran a este hombre.

Pero, ¿para qué? Woczniak no tenía un chavo a su nombre, y su estado de penuria era patente. No tenía secretos, no. Cualquiera persona relacionada con la Oficina negaría saber de él. Incluso el jefe le daba por perdido desde hacía varios meses.

Taliesin pidió otra pinta para Hal, y éste se la bebió. Sabía a meados de perro, pero surtía efecto. Y en verdad, a pesar de la vaga sensación de inquietud que le había provocado el ver de nuevo al viejo, Hal no había disfrutado desde hacía mucho tiempo de compañía tan interesante.

Qué demonios, estaba convencido de que a veces había coincidencias.

A veces.

-Quizá le interese un proyecto en el que estoy trabajando ahora -dijo Taliesin varias cervezas más tarde. Había seguido bebiendo al ritmo de Hal, cerveza tras cerveza, y al parecer, salvo un ligero enrojecimiento en la punta de su aristocrática nariz, la bebida no le afectaba-. Un estudiante de Oxford (arqueolobebés, los llamamos), pretende y afirma que las ruinas de un castillo medieval existente en Dorset pueden ser las de Camelot. - Divertido, Taliesin alzó las espesas cejas-: El museo me ha pedido que vaya a ese sitio mañana. ¿Le gustaría venir?

-¿Camelot? -dijo Hal con voz gruesa. Aun a través de la neblina del alcohol, este nombre seguía siendo mágico para él-. ¿El Camelot del rey Arturo?

Taliesin rió.

-Muchacho, yo le aseguro a usted que no vamos a encontrar nada de eso. Todo pueblo que posea un montón de piedras cubiertas de musgo en lo alto de una colina pretende ser Camelot, y todo estudiante de arqueología de Gran Bretaña espera encontrar ese lugar. Pero el viaje en autobús es muy bonito, y conozco un albergue excelente cerca de allí. ¿Me acompaña?

Hal bebió de un trago el contenido de su jarra y, mientras el barman volvía a llenarla, pensó en lo mucho que le desagradaba Londres.

-Claro -contestó finalmente-. ¿Por qué no? -Alzó el vaso-. Por Camelot.

-Por Camelot -añadió Taliesin, y rió.

A las ocho de la mañana, el viejo se pasó por el hotel. Hal había conseguido ducharse y afeitarse hasta lograr dar a su aspecto cierto parecido con el de un ser humano, aunque su cerebro parecía estar en fase de cortocircuito.

Taliesin entendió. Se dirigieron andando en silencio hasta la estación Victoria y allí subieron a un viejo y decrepito autocar junto con otros tres pasajeros. Una vez dentro, el inglés ofreció a Hal un termo de café.

Lo que menos deseaba Hal era café. La temperatura subía por momentos y, evidentemente, ese autocar había sido construido en una época en que el aire acondicionado aparecía sólo en las novelas de ciencia ficción.

-Sería aconsejable tomarlo ahora -dijo el viejo-. Los caminos de esta ruta empeoran notablemente una vez entremos en la campiña inglesa.

Hal bebió el café. Estaba fuerte y dulce, tal como a él le gustaba, y por las ventanillas abiertas entraba una fresca brisa que le azotaba el rostro. Al cabo de media hora, su resaca había desaparecido

-Bueno -dijo, recostándose en el asiento como si fuera un hombre nuevo-. ¿Adónde vamos?

-Al condado de Dorset, cerca del límite con Hampshire. Un lugar llamado Lakeshire Tor. Hay un viejo castillo en una colina, en una granja abandonada.

-Eso es lo que según el arqueólogo es Camelot.

-No es un arqueólogo, es un estudiante. Ésos están siempre encontrando Camelot, o la tumba de Carlomagno, o cosas impresionantes por el estilo. Por desgracia, sus hallazgos resultan casi siempre falsos.

-¿Qué ha encontrado en éste?

-Una piedra.

-¿Una piedra?

-Según dice -informó Taliesin con un suspiro-, tiene no sé qué inscripción.

-Y ¿qué pone en la inscripción?

-El chico no lo sabe. Parece que la encontró durante una especie de excursión. Un almuerzo en el campo con su amiguita, seguramente. Ese sitio es muy del agrado de esos aprendices de arqueólogo, aunque está claramente marcado como propiedad privada. El pobre se pasó todo el santo día apartando zarzas. Cuando pudo por fin ver la piedra con claridad era ya de noche. y el muy bobo iba tan poco preparado que tuvo que volverse a casa.

-Vaya! Y ¿volvió al día siguiente?

-¿Un alumno de Oxford? Ni pensarlo. Fue directamente al jefe del departamento de arqueología y solicitó que un equipo patrocinado por la universidad recuperara la piedra para estudiarla. -El viejo se echó a reír y prosiguió-: Naturalmente, eso sería totalmente prematuro, y además ilegal

-Entonces, ¿a qué va usted? -preguntó Hal.

-Seguridad. Si Oxford organizara una investigación de ese tipo, la prensa del país se echaría encima de la universidad y empezaría a publicar historias: ¡SE HA ENCONTRADO CAMELOT!. A fin de evitar verse en una posición tan incómoda, el departamento de arqueología ha pedido al museo que cuide de la piedra del alumno y descarte toda relación con la teoría de Camelot.

-Pero... -Hal estaba asombrado-. ¿Por qué, en primer lugar, ha relacionado ese estudiante la piedra con Camelot?

-Porque todo en Lakeshire Tor tiene relación con Camelot, al menos según dicen los habitantes de la zona. No se cansan de insistir, aun cuando las pruebas son prácticamente inexistentes.

-¿Quiere decir que ya han explorado ese lugar?

-Innumerables veces. Los arqueólogos adoran Lakeshire Tor. Incluso hubo una exploración preliminar de las ruinas en fecha tan distante como 1931. Se tomó una muestra de tierra. Se descubrieron algunas piezas interesantes sajonas en su mayoría, en las capas superiores, pero debajo había algunas piezas de estilo celta. Joyas, trozos de cerámica del tipo Tintagel, también baldosas romanas y restos incluso anteriores, de la Edad de Bronce. Al parecer, el castillo fue construido sobre el emplazamiento de varias fortalezas todas de distintas épocas. Ahora bien, los arqueólogos no hallaron nada que justificara una excavación en toda regla -dijo el viejo mientras estudiaba la campiña que discurría por delante de sus ojos-. Pero la leyenda de Arturo siempre ha estado muy viva en los pueblos que rodean Lakeshire Tor. Los lugareños dicen incluso que los niños ven a veces el castillo.

-¿Sólo los niños?

-Sí, claro, claro. Eso es lo que ocurre siempre con las buenas leyendas. Los niños, en su pureza, son capaces de comprender cosas que se apartan de la capacidad de visión de los mayores, cansados de la vida. -Dirigió a Hal una mirada irónica-. Y de este modo, se explica el hecho de que ningún estudio científico haya podido encontrar nunca nada. -El viejo se recostó en su asiento, los ojos chispeantes-. Y sin embargo, las leyendas persisten -dijo pausadamente-. Se sostiene que la víspera de San Juan, al empezar el solsticio de verano (dentro de pocos días, de hecho), los caballeros de la Tabla Redonda se pasean por los campos montados en sus fantasmales caballos buscando a su rey.

-¿Esos fantasmas los ven también los niños? -preguntó Hal, sonriente

-No. Son los aldeanos quienes los oyen. Bueno, oyen algo. Se ha grabado el sonido en cinta.

-¿Bromea?

El viejo sacudió la cabeza.

-Después de recibir centenares de cintas con el mismo ruido, el museo envió un equipo para que grabara el golpeteo de los cascos. Y eso es lo que es, según confirman análisis muy sofisticados. Yo también los oí, allá a finales de los cincuenta.

Hal se dio cuenta de que se le había abierto la boca.

-Bien, y ¿qué cree usted que es?

-Una anomalía acústica, seguro -dijo Taliesin encogiéndose de hombros-. Sonidos procedentes de otra fuente, quizá de una escuela de equitación o de un establo. Hay muchos en la zona. Podría ser que en esa época del año, cuando las condiciones meteorológicas son buenas...

-Entonces nadie ha oído los caballos durante una tormenta, por ejemplo.

-Hay quien dice que los ha oído. Algunos aldeanos juran que han sentido cómo los caballeros fantasmas pasaban a través de su mismo cuerpo galopando a medianoche. -Rió-.

Pero, por supuesto, se trata tan sólo de la imaginación de gentes del campo que no tienen gran cosa que las entretenga. En el fondo no hay ningún hecho, por mínimo que sea, que demuestre que Lakeshire Tor es Camelot. Ni tampoco que el rey Arturo haya existido, en realidad.

-Pero esas leyendas deben estar basadas en algo.

Resonó la risa de Taliesin.

-Muchacho, sí que es usted romántico. -Hal se sonrojó. Que él recordara, nadie había descrito jamás a Harold Woczniak como romántico-. Perdone, Hal. Pero es una historia enternecedora. Un muchacho, guiado por el destino y ayudado por un brujo benefactor, instala un reino que unirá al mundo en la paz y la justicia. Es el tipo de cuento que todos deseamos creer. Todos deseamos creer que Arturo va a volver, y por eso mantenemos vivas las viejas leyendas. -Sonreía amablemente, maestro benévolo de la cabeza a los pies.

-Supongo que tiene razón -gruñó Hal.

Dedicó sus atenciones al resto del café y miró a su alrededor. Habían subido al autocar varias personas después de abandonar la estación Victoria, pero su mirada se posó en un hombre sentado en el primer asiento, en la hilera del otro lado del conductor. Era un hombre atezado, de cabello oscuro, con unos bíceps hinchados como jamones debajo del polo azul. No había en él nada especialmente fuera de lo corriente inmerso como estaba en una charla cordial con el conductor y fumando de vez en cuando un cigarrillo, pero el caso es que algo puso a Hal en guardia.

Era un sentido que se había desarrollado en él durante sus años de servicio para el FBI, una capacidad casi psíquica para identificar a un criminal. Todos los polis con experiencia poseían este sexto sentido, y confiaban mucho en él. Nunca lo mencionaban para nada en sus informes, y aun entre ellos utilizaban palabras como corazonada y no lo que en realidad era, porque esto último era indefinible.

Probablemente ese tío acaba de robar dinero de la caja registradora de donde trabaja, pensó. O le ha dado una paliza a su novia.

Enroscó la tapa del termo. *O bien, yo soy un cretino.*

Esto era mucho más probable, decidió. Ya no poseía ese sexto sentido. El alcohol se lo había llevado, igual que les había borrado el tranquilo a otros polis. El hombre ni siquiera se había vuelto para mirarle en ningún momento.

Cretino.

-¿Se siente mejor ya? -preguntó Taliesin.

-¿Eh? Sí, claro. Muy bien. Gracias. -Le devolvió el termo al viejo-. Mírelo por el lado bueno, Taliesin. A lo mejor esta vez encuentra usted algo. A lo mejor descubre de verdad Camelot

-Sería bonito, se podría poner en mi esquelita de defunción, ¿verdad? -dijo Taliesin-. Naturalmente, cuando semejante descubrimiento pudiera anunciarse haría tiempo que yo habría muerto

-No entiendo -dijo Hal al tiempo que sus ojos se dirigían sin querer hacia el hombre moreno sentado en la parte delantera del autobús.

-La ciencia trabaja despacio, amigo mío. Primero habría que hacer estudios del terreno, fotografías aéreas. Después se plantaría trigo o algo parecido para mostrar los emplazamientos exactos de núcleos habitados anteriores. Cuando el trigo creciera, se verían en oscuro en las fotografías. Luego, habría que efectuar una serie de desmontes... Pero eso no ocurrirá.

-¿Por qué no?

-Pues, por diversas razones. En primer lugar, el terreno es propiedad privada.

-¿No ha dicho que ya lo habían explorado?

-Sí -asintió Taliesin-. La familia Abbott dio al museo permiso para realizar el desmonte preliminar hace sesenta años. Siempre habíamos supuesto que volverían a dar su permiso si surgían nuevas pruebas. Por desgracia el último miembro de la familia, sir Bradford Welles Abbott, falleció a comienzos de año en un accidente de automóvil y dejó en testamento la propiedad de Tor a un completo desconocido.

-¿No daría el nuevo propietario permiso para excavar?

El viejo se encogió de hombros.

-No tenemos ni idea de lo que querrá hacer. Es posible que el muy memo quiera levantar un centro comercial en Lakeshire Tor.

Un par de grandes ojos azules se volvieron y miraron por encima del asiento de delante. Hal devolvió la mirada. De repente, se sintió terriblemente incómodo.

Un niño de unos diez años asomaba la cabeza por encima del respaldo del asiento. Era pelirrojo. Habría encajado perfectamente en el perfil de las víctimas asesinadas por Louie Rubel.

-Yo no haría eso -intervino el niño-. Yo no iba a levantar un centro comercial.-Taliesin sonrió-. Creo que ese lugar del que están hablando es mío -dijo el niño. Tenía acento estadounidense.

Una mujer que echaba una cabezada a su lado despertó de pronto y, malhumorada, ordenó al niño volverse.

-No molestes a la gente -espetó.

Era pequeña, según pudo ver Hal, pero su aspecto impresionaba. Llevaba el cabello castaño recogido en un severo moño de maestra de escuela, y el único adorno de su rostro

eran un par de gafas de cristales gruesos. Quizá fuera guapa sin ellas, pero el ceño con que miraba hacía que no fuera fácil precisarlo.

-Hablaban de mi castillo -susurró el niño, excitado.

Ella le dirigió una mirada exasperada.

-¿Todavía no has aprendido? -dijo ella con voz chillona-. No hables con desconocidos.

El chico pelirrojo volvió a mirar a Taliesin y se puso a estudiar su rostro.

-No es un desconocido -dijo finalmente-. A... al menos a mí no me lo parece. -Entre los luminosos ojos azules se formaron dos arrugas-. ¿Verdad que le conozco a usted? -Taliesin entrecerró los ojos bondadosamente-. Quizá sea su voz. Su voz es igual que la del señor Goldberg.

-¡Basta ya, Arthur! -La mujer cogió al niño por los hombros y le obligó a sentarse recto en su asiento-. Perdonen si les ha molestado -dijo, enrojeciendo-. Ha sido un viaje muy largo, y los niños a veces se ponen pesados.

-No se preocupe -contestó Taliesin.

El chico se volvió de nuevo, furtivamente, para echar otro vistazo atrás. Esta vez se concentró en Hal.

-A ti también -dijo, con uno tono maravillado en la voz queda-. A ti también te conozco.

Hal se esforzó por sonreír.

-Sí, ¿eh?

-Sí. -El niño le sonreía con una expresión inocente-. Eras el mejor

Hal sintió como si un puñetazo en frío acabara de golpearle las tripas

-¿Qué has dicho?

-Ven aquí -ordenó la mujer. Rebuscó en su bolso y sacó un frasquito lleno de enormes pastillas de forma romboidal. Se echó una en la mano y se la tendió al chico-. Tómate esto.

-No -dijo el niño, ocultando la cara-, no me voy a enterar de nada.

-Señora... -interrumpió Hal, pero ella no le hizo caso.

-He dicho que te la tomes. -La mujer forcejeó con el chico hasta conseguir meterle la pastilla en la boca. Él la escupió y luego echó a correr por el pasillo hacia la portezuela del autobús-. ¡Arthur!

El conductor detuvo el vehículo con un chirriar de frenos. Se volvió para mirar a la mujer, luego clavó los ojos en el chico y le señaló con el pulgar la parte posterior del autobús.

-Será mejor que vuelvas a tu asiento, chaval -dijo.

El chico no se movió. Hal vio la pastilla en el suelo del pasillo y la recogió.

-¿Qué demonios es esto? -preguntó a la mujer.

-Nada que a usted le importe. -Se levantó dispuesta a dirigirse hacia donde estaba el chico, pero Hal le cerró el paso.

-Me gustaría saber qué porquería le está usted metiendo a ese niño en el cuerpo -dijo.

Colorada hasta lo indecible, la mujer atisbó más allá del corpachón de Hal y dirigió una mirada de súplica al niño. El conductor y los otros pasajeros, en silencio, contemplaban la escena con interés. El hombre atezado sentado delante sonrió y le dirigió un guiño a la mujer.

-Usted no puede entenderlo--dijo ella con voz titubeante, sin atreverse a mirar al rostro implacable de Hal.

-No, no entiendo. ¿Por qué no me lo explica?

La mujer se puso a temblar. Se tapó el rostro con las manos, y el gran sollozo que se estaba formando en su interior estalló.

Hal se sentía muy mal. Evidentemente, los cables de la mujer se habían tensado hasta el límite. Allí delante de él, parecía un pajarillo tembloroso o una niña jugando a vestirse de mamá con un vestido demasiado largo y zapatos de tacón.

Finalmente, el niño rompió el silencio.

-Es Seconal -dijo tranquilamente, volviendo hacia donde estaban ellos-. Ultimamente no duermo bien.-Cogió la pastilla de la mano de Hal y se la tragó sin rechistar-. Ha sido culpa mía.

A continuación, se abrió paso por el lado de Hal y rodeó con el brazo los hombros de la mujer, una mujer no más de un palmo más alta que él, para conducirla con suavidad hasta el asiento.

-Perdona, Emily -dijo-. No volverá a ocurrir.

La mujer seguía sin quitarse las manos de la cara, pero permitió que el niño la sentara. Luego el chico se buscó un nuevo asiento, directamente al otro lado del de Hal, y se dejó caer en él.

El autohús se puso en marcha. Hal se sentó, tranquilizado. Cuando echó un vistazo al otro lado del pasillo, el chico estaba mirándole.

-¿Me despertarás cuando llegemos al castillo? -preguntó.

-Por supuesto -respondió Hal con un movimiento afirmativo de la cabeza.

El chico sonrió y cerró los ojos.

Eres el mejor.

No cabía duda alguna: había empleado las mismas palabras una por una.

Eres el mejor, chico. No hay otro como tú.

Hal se estremeció. Miró hacia Taliesin, pero también el viejo dormitaba.

Miró por la ventanilla. No iba a dormir, lo sabía. Ni ahora, ni esta noche, ni quizá en mucho tiempo.

Todo esto era ya algo más que una serie de coincidencias. El encuentro fortuito con Taliesin, la historia de las preguntas del programa-concurso, el niño que pronunciaba las mismas palabras del sueño... De algún modo, todo esto estaba relacionado entre sí. Lo creía, con el mismo instinto que le había hecho intuir problemas en el hombre moreno sentado en la parte delantera del autocar. Lo creía, pero, demonios, no entendía nada.

No, no iba a dormir. El sueño estaba demasiado cerca de la superficie.

Pocos minutos después de que el niño se durmiera en el asiento del otro lado del pasillo, la mujer que viajaba con él se levantó y vino desde su asiento para taparlo con una chaqueta. Hal pudo ver que le trataba con ternura, vio cómo le apartaba el pelo rojizo de la frente. Cuando se volvió y miró a Hal, tenía los ojos enturbiados por las lágrimas.

-Disculpe mi descortesía -dijo tranquilamente-. Ultimamente, mi sobrino y yo hemos estado bajo una gran tensión Tenía miedo de que le hiciera usted daño.

Le temblaban todavía las manos. Seguramente es crónico, pensó Hal. También a él le habían temblado las manos durante meses después de la muerte de JeffáBrown, hasta que descubrió el quitapenas de la botella después de ser dado de alta del hospital.

-El mismo miedo tenía yo con respecto a usted -dijo Hal.

-Supongo que es comprensible -asintió ella con la cabeza-. El Seconal... yo no le obligo a tomarlo. Le cuesta mucho dormir, y ha tenido pesadillas...

Se detuvo bruscamente, como sintiendo que había hablado demasiado. Sonrió una vez más, de manera contenida, y se puso en pie.

-Hal Woczniak -dijo él, tendiendo la mano.

-Emily Blessing -dijo ella, y se la estrechó..

-¿De vacaciones?

-Sí -respondió ella. Demasiado de prisa, pensó Hal.

Emily estaba a punto de escurrirse de nuevo hacia su asiento cuando el autocar salió de pronto de la carretera y entró en el aparcamiento de un albergue campestre con dos pequeñas y anticuadas bombas de gasolina delante. Emily cayó como un saco al asiento contiguo a Hal.

-Se ha encendido la luz del aceite -proclamó a gritos el conductor con un suspiro-. Sólo unos minutos para ver qué pasa. -Aparcó detrás del viejo edificio de piedra, apagó el motor y se levantó-. Disculpen las molestias -dijo-, pero la seguridad ante todo. Entren ahí y tomen una taza de té si les apetece. Ya les avisaré cuando podamos ponernos en marcha de nuevo

Se apeó como un rayo antes de que los pasajeros pudieran empezar a quejarse. Éstos se fueron levantando poco a poco, estirando las piernas y brazos y murmurando fútiles protestas. Pestañeando, Taliesin despertó.

-Vaya. ¿Hemos tenido un accidente?

-Un escape de aceite, supongo. El chófer dice que entremos ahí.

Por la ventanilla, Taliesin miró con curiosidad el viejo edificio de piedra.

-Ah, vaya, el Inn ofáthe Falcon. Éste es el albergue del que yo le hablaba. Es muy bonito por dentro.

Hal se volvió hacia Emily.

-¿Viene con nosotros?

-No, gracias, no quiero despertar a Arthur. Esperaremos aquí.

Hal y Taliesin entraron en el albergue detrás de los demás pasajeros, la mayoría de los cuales se habían puesto a hacer cola para ir al servicio. Era un lugar pintoresco pero sofocante. Casi inmediatamente, Hal sintió cómo un chorrillo de sudor bajaba por su espalda. Vaya suerte la mía, pensó, venir a la fresca y grata Inglaterra y toparme con una ola de calor estilo Nueva York.

El viejo, al parecer impertérrito ante el calor, charlaba cordialmente acerca de la estructura del lugar. Hal llevó una silla hasta una de las pequeñas mesas y aguardó a que Taliesin se sentara.

-Oh, no -protestó Taliesin-. Llevamos horas sentados. Tengo ganas de andar.

-Siéntese -ordenó Hal.

Taliesin obediente, se sentó y alzó una ceja, interrogante.

-Como quiera.

-Quiero saber qué demonios está pasando aquí -dijo Hal-. Y en seguida.

-Qué significa..

Fue evidentemente un alivio para el viejo la aparición de la camarera, y Taliesin retuvo su atención tanto tiempo como le fue posible, considerando y rechazando diversos té. Finalmente, sonriendo como si hubiera tomado una decisión trascendental, se decidió por un Earl Gray.

Hal se recostó en su silla, los brazos plegados sobre el pecho y la expresión hosca y vacía. Cuando la camarera le preguntó qué deseaba tomar, se limitó a decir que no con la cabeza. No perdía de vista al viejo.

-Empiece a hablar -dijo cuando se quedaron solos.

-Le puedo asegurar que no tengo ni la más remota idea. . .

-Corte, Taliesin. La teoría de la coincidencia hace agua por todos lados. Quería usted encontrarse conmigo. Lo preparó todo. No sé cómo lo hizo, pero de algún modo amañó el programa-concurso, igual que, no sé cómo, hizo que el taxi aquel saliera de la nada. Este viaje mío es obra suya Y también ese niño de ahí fuera, que sabe más acerca de mí de lo que debiera. Quiero saber por qué.

-¿El niño? ¿Qué niño?

-Ese que se parece a un crío que murió en Nueva York como si fuera su hermano. La foto apareció en todos los periódicos. Y la mía también. No me diga que no sabía quien era yo cuando dio aquel teatral patinazo en Manhattan.

-Está diciendo sandeces.

-¿Qué tiene que ver con todo esto el crío? -prosiguió Hal, haciendo caso omiso de las palabras del viejo.

-Pero, ¿con qué? -quiso saber Taliesin.

-Esa mujer está hecha cisco. Le da Seconal al niño. ¿Qué está pasando aquí exactamente?

-Hal, de verdad que debería usted oírse a sí mismo...

-Y la bofia oírle a usted. Pero primero dejaré que me lo cuente a mí.

El viejo resoplaba. Cuando la camarera trajo el Earl Gray, casi se derritió de gratitud. Sorbió el té y sonrió.

-Bien -dijo finalmente-. ¿Y si hablamos razonablemente acerca de sus aprensiones?

-¿Aprensiones? No me diga. Me ha hecho venir hasta aquí por un motivo, y quiero saber...

La idea se desvaneció de su mente. Entró el conductor del autocar con las manos manchadas de aceite. Cogió sitio en la cola de los lavabos y el hombre atezado que iba sentado en la parte delantera del autocar se levantó despacio de su mesa y se puso la americana que llevaba colgada del brazo. Esto no tenía en sí tanta importancia, pero en el albergue reinaba una temperatura como para hacer explotar una carga de dinamita. ¿Por qué se ponía la americana?

El hombre moreno dejó unas monedas sobre la mesita y, tranquilamente, salió por la puerta principal.

-Esto es totalmente absurdo -dijo Taliesin, pero Hal ya no le escuchaba.

Se levantó y, despacio y a cierta distancia, siguió al hombre moreno. El hombre se dirigió rápidamente hacia el autocar y subió a él. Instintivamente, Hal fue por su pistola. No la llevaba. No llevaba pistola desde hacía más de un año. Por primera vez en todos los meses que había pasado empapado en licor desde su dimisión, tuvo miedo.

Echó una mirada en derredor en busca de un arma. Lo más adecuado que encontró fue una de las piedras decorativas del tamaño de puños junto a las cuales se alzaban los matorrales de enebro que bordeaban la parte baja del albergue. Asió una con firmeza y corrió a gachas hasta el costado del autocar.

El hombre moreno andaba lentamente por el pasillo hacia Emily y Arthur Blessing. Al verle, Emily se puso rígida. Y gimió cuando el hombre sacó una pistola del bolsillo de la americana.

-Cójala -dijo ella-. Está en el asiento, en la fiambarrera roja. -Señaló el asiento que antes ocupaba.

El hombre echó un vistazo al lugar indicado por Emily, y luego a ella. Invertió en este movimiento menos de dos segundos, pero, durante este brevísimo espacio de tiempo, Hal comprendió todo lo que había que comprender. Supo que el hombre iba a matar a Emily Blessing, y también probablemente al niño, tanto si conseguía lo que iba buscando como si no. Sabía también que no se hallaba en una situación adecuada para detenerle. Si gritaba, el criminal le dispararía primero a él y luego iría por la mujer. Si intentaba asaltar el autocar, ello sólo daría al hombre más tiempo.

No tenía más que la piedra. Y la buena suerte de que el autocar no tuviera aire acondicionado. Las ventanillas abiertas eran una posibilidad, si conseguía encontrar una buena línea de tiro. Pero la cabeza del hombre quedaba por encima del borde de la ventanilla. Tirara como tirara, Hal no podría hacerle daño de verdad. Un golpe de la piedra en el gigantesco bícep de ese hombre tendría exactamente el mismo efecto que un plumazo.

-No nos mate, por favor -rogó Emily.

El hombre se dispuso a disparar, y Hal lanzó la piedra.

El tiro fue todo lo bueno que cabía esperar y acertó de lleno en el codo del hombre. El criminal, sorprendido, dio un salto. La pistola hizo fuego. Cuando el hombre se recobró,

Hal estaba ya en el autocar y venía lanzado por el pasillo mientras Emily gritaba aterrorizada.

De un puntapié, el arma voló de la mano del hombre. Luego, aprovechando la fuerza hacia atrás del mismo movimiento, Hal tiró de la pierna del hombre y le hizo perder el equilibrio y caer a la alfombrilla de goma del pasillo.

Hal no había planificado ninguno de estos movimientos. Los había practicado durante tantos años que eran para él algo tan automático como el respirar. Una vez en el suelo, Hal le dio al hombre un puñetazo en el costado de la mandíbula, le golpeó la entrepierna con la rodilla y a continuación se lanzó sobre él y le hizo una llave poniéndole uno de los musculosos brazos a la espalda.

-¿Se encuentra bien? -preguntó a Emily. Ésta asintió con la cabeza y Hal dijo:- Pida por la ventanilla que llamen a la policía.

Emily asintió frenéticamente con la cabeza pero permaneció inmóvil. A su lado, Arthur empezaba a despertarse del profundo sueño provocado por el medicamento. De repente, Emily miró hacia donde estaba Hal y abrió los ojos desmesuradamente.

-Dios mío, ¿qué hace? Se está poniendo azul.

El criminal, en manos de Hal, empezaba a tener convulsiones. Inmediatamente, Hal cambió de posición los brazos para abarcar el amplio tórax del hombre y le presionó bruscamente con los puños en el plexo solar en la maniobra Heimlich, esperando que el hombre expulsara lo que tuviera atragantado. Pero el ataque del hombre empeoró. Segundos después, su pecho subía y bajaba febrilmente y tenía los ojos desorbitados.

-¡Déme algo para mantenerle la boca abierta! -aulló Hal.

Emily le entregó un bolígrafo. Hal lo introdujo de lado en la boca del hombre y metió en ella dos dedos para ver de llegar a la probable obstrucción de su garganta. No encontró nada. El hombre profirió un estertor. Su cuerpo se quedó quieto y silencioso. Cuando pudo oírse la sirena de la policía, había muerto.

Llegaron primero el policía del lugar y un doctor. El policía era un hombre muy joven que subió contoneándose al autocar con aires de superioridad.

-Quédense donde están, por favor -ordenó a los pasajeros congregados en torno al lugar del suceso. Señaló a Hal, Emily y Arthur.

-Ustedes. Fuera.

Diez contra uno a que éste no había visto nunca un fiambre, pensó Hal al tiempo que se frotaba los nudillos de la mano derecha. La mandíbula del hombre muerto era como de piedra. Hal le había golpeado con fuerza, desde luego, pero no lo bastante como para matarle. Ni siquiera lo bastante como para romperle la mandíbula.

El policía bajó unos minutos después con la pistola en una bolsa para las pruebas y la colocó en el coche.

-Veamos -dijo, dirigiéndose de nuevo al grupo. Tenía los labios blancos.

-¿Se encuentra bien?--preguntó Hal.

-Ya tendrá ocasión de hablar -espetó el joven agente

Mientras el doctor examinaba el cadáver en el autocar, el policía examinó al grupo de pasajeros, todos los cuales habían salido corriendo del albergue a tiempo para ver al hombre expirar.

-Todo ha sido por ese gancho de izquierda en la mandíbula -decidió un hombre mayor.

-Ese yanqui grandote le ha dado de lo lindo.

-Tenía una pistola. Yo la he visto.

-Sí. claro que había una pistola. Desde dentro hemos oído el disparo.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo el policía oficiosamente-. Les oiré a ustedes de uno en uno.

-Y, ¿cuando emprenderemos el viaje, agente?

-Tendremos retenido el autocar al menos por esta noche. -Un gruñido colectivo se alzó de entre los pasajeros-. Pero ustedes no estarán retenidos tanto tiempo. Otro autocar viene hacia aquí, y pronto podrán proseguir viaje.

El policía entrevistó de uno en uno a los testigos, empezando por Emily Blessing.

-No le había visto nunca antes de salir de Londres -decía ella-. Mi sobrino y yo esperábamos en el autocar. Él dormía y yo no quería despertarle. Y entonces subió ese hombre y me apuntó con una pistola.

-¿Quería robarle algo, señora? -preguntó el agente.

-No. No sé qué es lo que quería.

Hal estaba mirando a los miembros del grupo. Al oír la flagrante mentira de Emily, se dio la vuelta lleno de incredulidad. Las mejillas de la mujer eran de un rojo subido.

Es la peor embustera que he visto jamás, pensó Hal. Y ese zoquete de policía ni siquiera la mira.

-¿Hizo algún movimiento para atacarla físicamente?

-No -contestó Emily sacudiendo la cabeza-. Es decir, no creo. No tuvo ocasión. Este señor lo ha impedido -dijo, indicando a Hal-. Le ha lanzado una piedra por la ventanilla. La pistola se ha disparado, luego él ha subido al autocar y los dos se han puesto a pelear.

-Gracias, señora -dijo el policía-. Va a venir un inspector de la criminal desde Bournemouth. Querrá también hablar con usted, si no le importa.

-Claro.

El agente se volvió hacia Hal con una actitud totalmente distinta.

-¿Por qué ha vuelto al autocar en ese momento? -preguntó, metiéndose los pulgares debajo del cinturón.

-Oh, hermano -musitó Hal.

-¿Cómo ha dicho?

-Agente... inspector... No me gustaba la pinta del tío. He ido tras él cuando ha salido.

-¿No le gustaba su pinta, dice usted?

-Exacto -dijo Hal con un suspiro-. Bueno, ¿cuándo llega el inspector de la criminal?

-No veo qué tiene eso que ver con usted. -Iba a ser día largo, muy largo-. ¿Por qué no me dice ahora lo que ha ocurrido después de que usted, supuestamente, le quitara el arma a la víctima?

-¿La víctima? ¡Iba a disparar a esta señora! -gritó Hal.

-¿Quiere que le ponga las esposas, señor?

-Oh, cielo santo.

Fue rescatado por el doctor, quien salía del autocar y venía directamente hacia ellos.

-¿Arma de fuego? -preguntó el policía.

El doctor movió negativamente la cabeza y alejó con delicadeza al agente de Hal y los testigos.

-Fractura de cuello, entonces -sugirió el agente.

-Cianuro.

-¿Qué? -El policía hizo una mueca y miró a Hal con aire acusador.

-Tiene una cápsula metálica dentro de un diente. Naturalmente, la he dejado donde estaba para el forense. Él lo confirmará.

-¿Quiere decir que ha sido envenenado?

El doctor hizo el equivalente facial de un encogimiento de hombros.

-Naturalmente, la autopsia determinar la causa del fallecimiento, pero la cápsula de cianuro se había roto poco antes. El olor del veneno sigue en la boca de ese sujeto.

-¿Podría ser el culpable el tipo que le ha golpeado?

-Es posible. Quizá el sellado de la cápsula se haya roto accidentalmente durante la pelea, pero no lo creo. Yo supongo que el patólogo considerará este fallecimiento como un caso de suicidio.

Era tarde cuando Hal volvió al Inn ofáthe Falcon. Emily y Taliesin le esperaban en el saloncito de abajo.

-Usted debería haberse marchado con el autocar -gruñó dirigiéndose al viejo.

-El castillo está a sólo unos kilómetros de aquí. Y no iba a marcharme y dejarle a usted aquí sólo -dijo Taliesin.

-¿Por qué no? ¿Podría decirme qué es lo que busca?

-Verá, Hal, de veras...

-¿Qué ha ocurrido? -interrumpió Emily, irritada.

Hal la miró un largo instante y dijo:

-El tío se ha matado.

-¿Qué?

-El forense ha llamado hace un momento para dar el informe de la autopsia. Por eso me han soltado. Y me han devuelto el pasaporte. El tuyo lo traerán por la mañana.

-¿Qué razones tendría para matarse? -quiso saber Taliesin.

Hal rió y dijo:

-Creo que usted conoce la respuesta mucho mejor que yo, ¿verdad?

-¿Qué significa eso?

-Nada. Olvídelo.

-Señor Woczniak...

-Mire, a mí me importa un pito lo que usted se traiga entre manos, ¿de acuerdo? Prefiero dejarlo así. ¿Cuándo sale el próximo autocar para Londres?

-Mañana por la mañana -dijo Taliesin.

-Seguro que bromea. ¿Mañana, ha dicho?

-Pasa por aquí una vez al día -dijo el viejo encogiéndose de hombros.- Me he tomado la libertad de coger una habitación para usted en el albergue.

-Gracias, pero en realidad yo prefiero alejarme de ustedes dos lo antes posible. ¿Dónde está el hotel más próximo?

Taliesin alzó las cejas.

-No hay ninguno. Esto no es América, ¿sabe usted?

-Fenómeno -suspiró Hal, cayendo como un saco en el sofá-. Fenómeno de verdad.

-¿Qué le pasa, señor Woczniaak? -quiso saber Emily.

-Nada, nada. Que me meto en un combate de boxeo con un tipo que lleva una cápsula de cianuro en el diente, me paso todo el día en la comisaría, no he probado bocado desde hace veinticuatro horas, mi mano parece un saco de huesos rotos y vuelvo hasta ustedes, dos liantes de mierda. Todo fantástico.

Emily se levantó indignada, las mejillas de un rojo encendido, pero fue interrumpida por el grito agudo de un niño procedente de una estancia de arriba.

-¡Arthur!

El corazón de Hal empezó a martillar al instante.

-¿Qué habitación? -gritó mientras se dirigía corriendo a la escalera.

-La número ocho -dijo ella sin aliento.

Hal subió las escaleras de tres en tres.

El niño gritó de nuevo.

Un segundo, Jeff, espera...

Estaba seguro de que la barandilla se iba a venir abajo y un trozo de cristal de las ventanas bajaría del cielo y le rajaría la mejilla, y dentro estaría el niño esperndole, atado a una silla, atado y sin respirar...

Abrió la puerta de un puntapié.

El crío pelirrojo salió de su pesadilla sobresaltado y jadeando.

Hal no supo hacer otra cosa que quedarse allí plantado, mirando fijamente y sin abrir la boca. No había silla. No había humo. Arthur estaba sentado en la cama, frotndose los ojos.

Emily pasó apresuradamente por el lado de Hal y abrazó al niño.

-Te hemos oído gritar -dijo.

Llegó Taliesin, encargado de la retaguardia.

-¿Sin novedad aquí? -preguntó dulcemente.

-Creo que he tenido una pesadilla.

Hal apartó la mirada, enfermo de alivio.

-No pasa nada -exclamó Emily.

-Sí, sí pasa. Todavía van detrás de nosotros. Todavía...

-Para, Arthur.

Los delgados hombros se estremecieron.

-¿Quién va detrás de vosotros? -preguntó Hal tranquilamente.

-Nadie -se apresuró a decir Emily-. Arthur sólo...

-Se lo he preguntado al niño.

Emily puso una mano sobre Arthur conminándole a callar, pero el niño no hacía más que mirar a Hal.

-A él sí, Em -dijo el niño-. Se ha enfrentado a ese hombre de la pistola.

-Pero si ni siquiera...

-Han venido para protegerme. -Los grandes ojos zules pasaron de Hal al viejo-. Los dos.

-No sabes lo que...

-¿Quién va detrás de vosotros? -repitió Hal.

El niño se pasó la lengua por los labios.

-No sabemos quiénes son. Pero ese hombre era uno de ellos.

-¿Cómo lo sabes?

-Son iguales. Todos tienen los mismos ojos.

-¿Qué es lo que quieren?

Emily se puso rígida.

-Se lo diré -dijo Arthur tranquilamente- Se lo diré a solas.

Taliesin hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y cogió a Emily del codo.

-Arthur, no.... -empezó a decir ella.

-Tenemos que confiar en alguien -aseguró el chico-. Y le elijo a él.

Cuando estuvieron a solas, se metió debajo de la cama y sacó una fiambra de plástico de color rojo. La abrió y escudriñó por entre sus tesoros infantiles.

-¿Desde cuándo conoces al viejo? -preguntó Hal aparentando indiferencia-. Taliesin. O Goldberg. Tú lo has llamado Goldberg.

-No es el señor Goldberg -contestó Arthur sin levantar la mirada-. El señor Goldberg está muerto. -Dejó de rebuscar por un momento, y se pasó la manga del pijama por la nariz-. El señor Taliesin me lo ha recordado. Me recuerda a muchas personas.

-¿A quién, por ejemplo?

Arthur volvió a sentarse y se recostó pensativo contra la pared al lado de la cama.

Es un crío, pensó Hal. Menos los ojos. Los ojos son de viejo.

-Por ejemplo cuando estábamos en Pittsburgh. Dos hombres intentaron matarnos a tiros.

-¿Intentaron mataros a ti y a tu tía?

El niño movió la cabeza pensativamente, despacio.

-Pero no pudieron porque alguien cayó delante de nosotros. Según la policía, saltó desde una ventana del edificio que había delante de donde estábamos. Dijeron que si hubiéramos dado tres pasos más, habría aterrizado encima de nosotros.

-¿Así que esos tipos salieron corriendo antes de poder disparar?

-Dispararon. Las balas le dieron al hombre que cayó de la ventana. -Hal respiró muy hondo-. No te diré nada más si no quieres creerme -dijo Arthur. Sus ojos de viejo eran ahora sombríos.

-Eso es toda una orden -dijo Hal.

-Sí. Fue entonces cuando empecé a no poder dormir. Pero es la verdad.

-De acuerdo, de acuerdo, ya lo intento.

-Bueno, ahora viene lo raro del caso. Aquel hombre, el muerto, era igual que el señor Taliesin.

-¿Es esto una broma, o qué? -preguntó Hal, poniéndose en pie furioso.

-No es ninguna broma.

-La mitad de los tipos que ves se parecen a Taliesin y la otra mitad al tipo del autocar. ¿Esperas que me crea eso? -Arthur no contestó. Hal exhaló ruidosamente-. Creo que has estado tomando demasiado Seconal.

El chico miró por la ventana

-He dicho que te diría la verdad y lo he hecho. -Sus ojos parpadearon, veloces-. Pero supongo que no puedo obligarte a que me creas.

Hal se llevó las manos a las caderas y dijo:

-Eres un chaval muy raro.

-No soy nada raro -respondió Arthur encogiéndose de hombros-. Sólo es que me he visto metido en circunstancias en las que no debería verse nadie a mi edad.

Hal no pudo por menos que sonreír.

-Y ¿qué dice tu tía?

-Está desquiciada -dijo simplemente el chico-. Es muy duro para ella. Duro de verdad.

Hal pensó unos instantes. Era imposible que este crío pudiera estar diciendo la verdad. Y sin embargo, había algo convincente en estos ojos fríos e inteligentes y en la mente que se adivinaba detrás de ellos.

-¿Tienes la menor idea de por qué esos tipos que parecen iguales quieren mataros? -preguntó.

-Sí señor. -Sacó la copa de metal mate y se la lanzó a Hal-. Por esto.

Hal miró el objeto. No era gran cosa, una esfera del tamaño de una pelota de béisbol con la parte de arriba truncada y el interior hueco. Aunque fuera de oro puro, no era lo bastante grande como para justificar las cosas que el chaval describía. Y el más tonto podía ver que no era de oro.

Y sin embargo, había en ella algo extraordinario. Hal pudo sentirlo en cuanto la tocó. En primer lugar, era caliente al tacto. El calor de la esfera se extendía por su cuerpo en oleadas dulces, placenteras. Y ... flotaba. ..

El color era extraño. De bronce, pero más verde.

Y pasó flotando, envuelta en jamete blanco. No volví a verla hasta el día de mi muerte.

Hal cerró los ojos con fuerza.

-¿Estás bien? -preguntó el chico.

-Sí. Muy bien. No me vendría mal comer algo -dijo

-Mi tía dice que te llamas Hal. No recuerdo cuál es tu apellido.

-Hal está bien. -Le tendió la copa a Arthur.

Para ti, mi rey, pensé. Fueron las últimas palabras que tuve en el pensamiento antes de la oscuridad. Cubierto de plata y piedras preciosas, de pie en la abadía, estaba el cáliz del Rey de Reyes. Tendí el brazo hacia él para asegurarme de que no era mi anhelo que creaba otra visión, como con aquel truco del mago en Camelot.

La copa que flotaba por encima de la mesa había sido una ilusión, la incitación del brujo a la Búsqueda. Pero ahora estaba aquí, verdadera y espléndida, y pude tocar la copa de Cristo con mis propias manos.

-Gracias -dijo una voz de hombre detrás de mí. Era una voz melosa y líquida, y a punto de estallar en una carcajada. No había en ella la menor reverencia-. Sabía que tú, de entre todos los lacayos del Alto Rey, serías quien la encontraría.

El hombre era tan alto como un árbol. Yo había oído hablar de él, el caballero sarraceno que había venido a Camelot para reclamar un sitio junto a la Tabla Redonda; su arrogancia le había enviado directamente al Infierno.

Pero, por alguna razón, había regresado. Yo no pretendo comprender las acciones de Dios o del Diablo. Supe sólo que, sin el Grial, el Gran Rey moriría antes de terminar su misión. Me dispuse, pues, a combatir al caballero negro por la copa, pero estaba fatigado y dolorido, dañado después del largo viaje, y él se abalanzó sobre mí antes de que yo pudiera desenvainar mi arma.

Fracasé. El destino del mundo dependía de mi destreza y no supe reunirlos a tiempo. La hoja de la espada del caballero relució como plata al sol, por un instante, y luego me atravesó el cuello.

Se había acabado; el Rey, las tierras, el sueño, todo desaparecido, todo derramado con mi sangre. Quizá, recuerdo haber pensado, se me abate por haber osado tocar la santa reliquia con mi carne indigna.

Para ti, mi rey

.

-Me parece que te pasa algo, Hal -dijo el chico sombríamente, cogiendo la esfera.

Hal le miró por un largo instante, débil y agotado, el sudor bajando a raudales por su rostro.

-¿Puedo hacer algo por ti? -dijo el chico.

-No. -Hal se levantó para marcharse.

-Por favor -dijo el chico-. Necesito tu ayuda.

-Lo que necesitas es a la policía. Dile a tu tía que les cuente la verdad.

-No creas que es tan fácil. -Miró la esfera que tenía en el regazo-. Van a matarnos tengamos o no la copa.

-¿Por qué?

-Mírate la mano.

Hal extendió ambas manos. Las magulladuras de los nudillos habían desaparecido.

-Cielo santo -musitó-. ¿Quieres decir?...

-Yo no quiero decir nada. Lo estás viendo tú mismo.

-¿Cómo lo has hecho?

-No he sido yo. Es la copa.

El Cáliz.

Hal soltó un grito involuntario.

-¿Hal?

Con un esfuerzo, Hal se recobró.

-¿Cómo la has encontrado?

-Por accidente. -El chico tocó la esfera-. Al menos, yo creo que fue por accidente. Ya no estoy seguro de nada.

-Podrías... podrías dársela a la policía -propuso Hal.

-Y ¿crees que eso detendría a quien sea que está intentando matarnos a Emily y a mí?
¿Teniendo en cuenta lo que ya sabemos?

Hal miró los grandes ojos azules del niño.

-No -dijo con toda franqueza.

-Entonces, ¿me ayudarás?

-Niño, yo no puedo...

-Necesito llegar al castillo.

Hal, abstraído, se pasó lentamente la mano por el rostro.

-¿Qué? -dijo, abrumado.

-Mi castillo, el que he heredado. Sé que seguramente no es más que un montón de piedras, pero tengo que llegar allí. No sé por qué, en realidad, pero tengo que verlo. Al menos una vez.

Hal resopló. Deseaba hallarse fuera de esta estancia, fuera de este país, lejos de aquí.

-¿Qué lograrás con eso?

-Nada, supongo. Pero no me importará tanto morir.

Una sacudida recorrió el cuerpo de Hal.

-No hables así -dijo.

-Lo he pensado muy bien, a fondo -dijo el chico sin apartar la mirada-. Voy a dejar la copa en el castillo. No quiero que Emily me acompañe. Si consigo volver, intentaremos los dos perdernos en Londres.

-¿Y si no vuelves?

El chico respiró hondo y dijo:

-Si no vuelvo, quiero que lleves a Emily a casa, sana y salva. Es muy inteligente, pero ingenua. ¿Entiendes lo que quiero decir? -Hal asintió con la cabeza-. Existe el modo de conseguir una nueva identidad. Lo tengo todo anotado. -Rebuscó en su caja de los tesoros y sacó un pequeño bloc con espiral-. Está todo aquí. -Se lo dio a Hal-. ¿Te ocuparás de que no le pase nada?

Hal parpadeó.

-No me queda mucho tiempo -dijo el chico pausadamente.

-¿Cómo piensas llegar hasta el castillo?

-Iré andando. Est's a sólo unos kilómetros de aquí. Si salgo a las cuatro de la madrugada, estaré allí al amanecer

-¿Y si te siguen?

-Ese es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

Hal miró por la ventana las estrellas en el cielo claro.

-Estás loco -dijo.

-Muy bien, lo que tú digas. ¿Lo harás?

-Iré contigo al castillo -contestó Hal con un suspiro.

-Puedes verte en peligro.

-He dicho que iré. Y hay que decírselo a tu tía.

-Querrá venir con nosotros.

-No va a ocurrir nada.

-Podría ocurrir algo. -El chico hizo una pausa-. Hal, esta empresa es sólo para nosotros dos.

Había en su voz un tono de seriedad que hizo a Hal reconsiderar la cuestión. Por último, asintió.

-De acuerdo. Iremos solos.

-Bien -dijo el chico, sonriendo al tiempo que se recostaba en la almohada.- Gracias.

Hal empezó a dirigirse hacia la puerta, pero se detuvo.

-¿Arthur?

-¿Sí?

-¿Te ocurre algo cuando tocas esa... esa copa?

-Sí, una sensación muy agradable.

-Sí. Pero, ¿piensas cosas? ¿Imaginas cosas?

-No, es sólo una sensación agradable. Como que me pertenece. ¿Has sentido tú también eso?

La he tocado con mi carne indigna...

-No -dijo Hal-. A mí no me pertenece. Procura dormir. -Abrió la puerta-. Estaré por aquí.

-Sé valiente, caballero y leal -susurró Arthur.

Hal giró en redondo. Pero el niño había cerrado los ojos y dormía ya apaciblemente.

Era todavía de noche cuando Arthur llamó a la puerta de la habitación de Hal.

-Es la hora -dijo. Una bolsita con cinta corredera que contenía la copa pendía de su cinturón.

Hal volvió a trompicones a la cama.

-Seguro que estás bromeando.

-Dijiste que querías venir conmigo. -El niño aguardó un momento, el rostro sombrío. Al no mostrar Hal la menor intención de levantarse, dio media vuelta-. Hasta luego -dijo quedamente.

-Estas cosas me pasan por hablar demasiado. -Hal se levantó pesadamente de la cama-. Dime, ¿qué hora es?

-Son las cuatro y cuatro minutos -dijo el chico mirando su reloj-. Tendremos que darnos prisa.

-¿Para qué?

-Tengo que salir de allí antes del amanecer.

-Nadie te persigue, Art. No aquí, al menos. Si te persiguieran, habrían venido durante la noche.

-¿Vienes? -dijo el chico, impasible.

Hal suspiró y se puso unos pantalones sobre los shorts de boxeo.

-Sée, voy.

Fuera, la oscuridad era casi total, con sólo la rajita iluminada de una luna nueva y unas cuantas estrellas esparcidas.

-¿Está muy lejos? -preguntó Hal.

-A quince kilómetros más o menos.

-Fantástico. Es fantástico, Arthur.

Vislumbró el reluciente cromado de un Volvo en el aparcamiento del albergue. La ventanilla del conductor estaba abierta un poquitín debido al calor que había hecho durante el día. Podría abrir la puerta en un periquete con un colgador, luego poner en marcha el motor manipulando los cables...

-Hal, ¿es un robo si coges algo que necesitas y lo devuelves antes de que el dueño se dé cuenta?

Las cejas de Hal se alzaron.

-Bueno... no, en realidad no. Es decir, no si es por una buena causa.

-Eso creo yo también.

-De acuerdo. Voy por un colgador.

-¿Para qué?

-Para el... -Arthur daba palmaditas a los manillares de dos bicicletas apoyadas contra el porche-. ¿Bicicletas? -exclamó Hal.

-Ganaríamos bastante tiempo. Estaríamos de vuelta antes de que se haga de día -explicó Arthur.

-Creo que el informe no es tan negativo como en un robo de automóvil.

-¿Decías algo, Hal?

-No, nada. -Se subió a una de las bicicletas-. Hace mucho tiempo que no voy en estas cosas -exclamó mientras describía un incierto círculo montado en ella.

-¡Eh! ¡La mía tiene luz! -Un pálido círculo brilló en el suelo delante de Arthur al tiempo que se lanzaba a la carretera asfaltada, las ruedas zumbando.

-¿Cómo sabes dónde está eso? -gritó Hal, que se esforzaba por darle alcance.

-Los abogados me enviaron un mapa. Hay que girar a la izquierda en un cruce cerca de aquí, luego todo recto.

Hal pedaleó con furia durante más de una hora, manteniendo los ojos enfocados en el círculo de luz que iluminaban la carretera, por lo demás vacía.

Sudaba a mares y el sudor olía a la cerveza de dos noches antes, transformada en efluvio por el tiempo y los misterios del cuerpo humano. Desde entonces no había bebido nada, ni tampoco comido. Anoche, después de su extraña charla con Arthur, había bajado de nuevo al vestíbulo con la esperanza de hacer una incursión en la cocina de la posada y quizá agenciarse algo de beber de los armarios cerrados del bar. Pero Emily estaba aguardándole.

-Mire, he tenido un día muy duro -empezó a decir Hal, malhumorado.

-Lo comprendo, señor Woczniak -había dicho ella-. ¿Puede ayudarnos?

-No creo.

-Entiendo.

-Lo siento.

Emily asintió con la cabeza.

-Una cosa sí, le he dicho al niño que iría con él al castillo mañana. Después, les llevaré a los dos de vuelta a Londres. Allí hablaremos con la policía.

-Eso no servirá de nada -musitó ella.

-¿Por eso ha mentido al agente? -Emily apartó la mirada-. He visto cómo le ofrecía... esa cosa, lo que sea.. al tipo que intentaba atacarla.

-Entonces ha visto perfectamente que quería matarme -dijo ella-. Y seguirán intentándolo. Si se lo decimos a la policía nos pedirán que nos quedemos en algún lugar, y esos hombres se enterarán, sabrán dónde estamos y nos matarán seguro.

-No pueden estar huyendo eternamente.

-Ya he pensado en eso. Cuando volvamos a Londres, voy a enviar la copa por correo al Instituto Katzenbaum. Allí es donde yo trabajo. Los científicos del Instituto sabrán lo que tienen que hacer. Y Arthur y yo nos esconderemos hasta que esos asesinos pierdan la pista. Con el tiempo, habrá demasiada publicidad acerca de la copa como para que les importe lo que nosotros podamos saber.

Hal hizo un gesto de asentimiento.

-Parece buena idea. -Decidió no mencionar el plan del chico para dejar la copa en el viejo castillo en ruinas.

-Debería haber pensado en eso antes de marchar, pero todo se descontroló con gran rapidez -dijo Emily encogiéndose de hombros-. Mañana intentaré alquilar un coche para regresar a Londres. ¿Vendrá usted con nosotros?

-Claro. ¿Y el castillo?

-Que vaya Arthur. El castillo ha adquirido para él una enorme importancia. Creo que debería verlo. Estaré más tranquila si va usted con él.

-No le pasará nada. Y a propósito, creo que la había juzgado mal.

-Estoy acostumbrada -dijo Emily encogiéndose de hombros.

Al final, se quedó sin comer. Y, tampoco intentó robar nada de beber, aunque habría sido fácil forzar la pequeña cerradura del bar.

En cambio, hambriento y sereno, se fue a su cama, como un atleta que ayunase antes de una dura prueba. Y, por primera vez desde hacía un año, no soñó.

Ahora, resollando en busca de aire sobre la bicicleta, no se sentía ya como un atleta. Se sentía como un idiota, gruñón, doliente y dolorido.

-¿Falta mucho? -jadeó.

-Creo que ya lo veo. -Arthur apagó el faro de su bicicleta y balanceó la pierna por encima de la barra-. Por ahí -dijo, señalando una piedra que sobresalía del suelo a unos setecientos metros de la carretera.

-¿Estás seguro? A mí eso no me parece para nada un castillo.

Arthur no le hizo caso y siguió conduciendo a pie su bicicleta hacia el terreno pedregoso. Con un suspiro, Hal fue tras él.

El cielo empezaba a clarear. Cuando Arthur se acercó a una larga hilera quebrada de piedra, depositó la bicicleta en el suelo y clavó la mirada en las piedras esparcidas más allá.

-Ya hemos llegado -susurró.

Por el momento no dijo nada más, y el pequeño rostro quedó enmarcado por el cielo de cobalto.

-Esto parece que era un muro -dijo Hal finalmente.

Arthur hizo un gesto afirmativo.

-¿Crees que pudo haber un foso?

Arthur negó con la cabeza. Pasó por encima del muro de medio palmo de altura hacia una amplia zona llana punteada de roca y trébol rojo. Cogió una piedrecita.

-Ya no hay nada -dijo.

Hal sintió lástima por el chico.

-Tu tía ha intentado decirte que no era un castillo de verdad.

-Pero yo creía que quedaría algo. Algún vestigio...

De repente, en un único movimiento, Hal echó al chico al suelo y rodó con él hacia atrás hasta el muro.

-Hay alguien -susurró.

Apareció una figura de detrás de un elevado montículo de tierra y los saludó alegremente.

-Vaya, ¿qué hacen por aquí? -gritó.

-Es el señor Taliesin -dijo Arthur.

-Ya lo veo. -Hal se levantó, irritado, y se encaminó hacia el viejo. Arthur iba tras él al trote-. ¿Qué hace aquí? -quiso saber.

-He venido a ver el alba -contestó Taliesin, sonriente-. Hoy es el veintidós de junio. Solsticio de verano. Los druidas daban una gran importancia a este día. Lo consideraban,

digamos, como el comienzo de los buenos tiempos. Y es la fecha en que, según los lugareños, los niños ven el castillo. -Rió entre dientes-. Hermosa mañana. Magnífica.

-¿Cómo ha llegado hasta aquí?

-Andando.

-¿Quince kilómetros... para ver salir el sol?

-Me mantiene joven. En realidad, estaba ansioso por ver la piedra.

-¿No dijo que carecía de valor?

El viejo se encogió de hombros.

-Ni aun el más hastiado arqueólogo puede no excitarse ante una fantasía tan sugerente.

-¿Y bien? -preguntó Hal-. ¿La ha encontrado?

-Todavía no.

Mientras hablaban, Arthur se paseaba por los terrenos, cogiendo piedras y luego arrojándolas.

-Me parece que este sitio no es lo que el crío esperaba -dijo Hal tranquilamente.

-Sin duda esperaba un castillo con estandartes ondeando, y caballeros paseándose por ahí haciendo sonar sus armaduras.

-¿Cómo iba a ser de otro modo? Tiene diez años, y ha hecho un viaje muy largo. -Hal se dirigió a donde estaba Arthur.

-No queda nada -dijo el chico-. Ni siquiera el torreón.

-Nada dura eternamente -musitó Hal por decir algo-. Vamos, haz lo que tengas que hacer y vámonos.

-¡Hal! ¡Arthur! -gritó Taliesin, haciéndoles señas de que se acercaran-. -Aquí!

Arthur partió al trote.

Cuando Hal llegó al borde del bosque, un lugar cubierto de maleza, Arthur exclamaba lleno de nerviosismo:

-¡Mira, Hal, mira!

Se trataba de una enorme piedra colocada evidentemente con gran esfuerzo sobre otra aún mayor. Habían cavado la tierra de alrededor y ahora la estructura, que tenía la forma de un monigote de nieve, se aguantaba en precario equilibrio sobre un montículo de tierra que se alzaba algo más de un metro del suelo.

Taliesin iluminó la piedra con su linterna.

-Debió de ser aquí donde cavó el estudiante. Hay una inscripción, desde luego -dijo-, pero está demasiado borrosa para poder leerla.

-Podríamos frotar -propuso Arthur-. Como hacen con las tumbas de los reyes.

-Inteligente muchacho -dijo Taliesin-. Eso es exactamente lo que yo pensaba hacer.

Sacó una delgada hoja de papel del bolsillo interior de su chaqueta de mezclilla y la desdobló.

-Hal, ¿le importa? Mis pobres huesos están un poco gastados para estas tareas.

Hal se encaramó a lo alto del peñasco y procuró mantener el equilibrio mientras Taliesin le entregaba un pedazo largo y grueso de carbón vegetal.

-Muy bien, ¿y ahora qué? -preguntó Hal.

-Usted vaya frotando con esto, como hacen los detectives en las películas cuando descubren un número de teléfono en un bloc de notas usado. Aguanta el papel, chico.

Arthur aguantó las dos esquinas inferiores del papel mientras Hal se inclinaba sobre la piedra y dibujaba el perfil de la antigua inscripción. Poco a poco, a medida que las palabras aparecían, Taliesin las leía a la luz de la linterna:

-Rex... Bueno, desde luego es algo acerca de un rey. Y esto parece una Q. Q, U... Rex Quondam... Oh, no.

-Oh no, ¿qué? -preguntó Hal-. ¿Qué es? Tengo el brazo roto de estar así.

-Ya puede dejarlo -dijo el viejo, desanimado.

-¿Qué pone? -dijo Hal al tiempo que se enderezaba.

-Rex Quondam Rexque Futurus. Rey una vez rey siempre.

-¡El rey que fue y que será! Caramba...-Hal se volvió, los ojos llenos de excitación, hacia el viejo-. Esto es de la leyenda.

-Por desgracia, está sacado de La morte d 'Arthur, publicado por Caxton en 1485 -dijo Taliesin con sequedad-. Mil años después de la muerte de Arturo.

-Oh. -Hal se sentía ridículo ante su propia decepción.

El viejo se acercó a la piedra y le echó un vistazo.

-En realidad, no parece exactamente una piedra -musitó-. Más bien una especie de mortero.

-¿Para qué iban a hacer una inscripción en mortero? -preguntó Hal, incrédulo.

-Eso sí que no lo sé. En especial, con tantas piedras de verdad por aquí.

Los primeros rayos del sol sacaban destellos a las piedras cercanas.

-Bueno, podremos verlo con mayor claridad dentro de unos minutos -dijo Taliesin.

-¿Por qué le llamaban el rey que fue y que será? -preguntó Arthur.

-Dice la leyenda -explicó el viejo con una sonrisa- que el gran rey Arturo, por el que probablemente se os puso vuestro nombre a ti o a uno de tus antepasados, estaba destinado por Dios a unir el mundo. Pero fracasó, porque le mataron antes de que pudiera cumplir las profecías. Cuando murió, se propagó la historia de que el rey volvería a vivir un día y terminaría su labor.

-Al comenzar el milenio -dijo Hal.

-Correcto. Pero el año 1000 d. de C. llegó y pasó sin señales de semejante rey.

-Entonces, no volvió -dijo Arthur.

-No, es tan sólo una leyenda.

En este momento Hal, que estaba apoyado contra la roca artificial, soltó un agudo grito y cayó del borde de la piedra que hacía de soporte...Como reacción, ésta se inclinó hacia el sur con un crujido.

-¡Va a caer! -aulló Arthur.

Hal se puso en pie de un salto, pero era demasiado tarde para parar la piedra, que se tambaleó, cayó pesadamente al suelo en pendiente y luego bajó rodando con ímpetu cada vez mayor hacia el montón de piedras soleadas situadas en el fondo del pequeño valle, contra las que chocó con enorme estrépito.

Los tres observaban sin decir nada mientras una pequeña nube de polvo se alzaba en medio del haz de luz.

-Lo... lo siento -consiguió decir finalmente Hal.

Los labios del viejo se apretaron hasta formar una delgada línea.

-Esa inscripción quizá tuviera seiscientos años de antigüedad -dijo con gran fastidio. Movía la mandíbula-. Bueno, podríamos echarle un vistazo, a ver si queda algo.

Sombriamente, se encaminaron hacia la piedra caída. La luz del sol la iluminaba en franjas.

-Está estropeada -dijo Taliesin en tono acusador.

Hal se inclinó sobre ella. Tenía una enorme grieta de arriba a abajo que atravesaba la antigua inscripción.

-A lo mejor se puede pegar o algo -dijo, sintiéndose terriblemente mal. Tocó la piedra. Un gran pedazo de mortero se desprendió.

-¡Hombre, por el amor de Dios! -ladró Taliesin.

Hal dio un salto atrás. Tenía los dedos cubiertos de polvo grisáceo.

-No creía que fuera tan frágil.

-Es mortero medieval, enterrado durante siglos -gritó Taliesin. Tocó él el trozo roto y luego se miró los dedos-. Sin duda su única protección era la tierra que el estudiante extrajo.

Hal se enderezó e irguió la cabeza, mirando significativamente a Arthur.

-El único consuelo es que su importancia histórica es mínima. -El viejo seguía su perorata, aunque ni Hal ni Arthur le prestaban atención-. Salvo, naturalmente, las preguntas que plantea acerca del porqué de su colocación precisamente aquí...

-¿Cuándo es el día de san Juan? -preguntó Hal de repente.

-¿Cómo dice?

-El día de san Juan. ¿No es entonces cuando los fantasmas de la Tabla Redonda cabalgan por el campo?

-Ah, eso. Todavía faltan dos días. ¿Por qué lo pregunta?

-Escuche.

Permanecieron los tres en silencio mientras un lejano retumbar procedente del norte iba en aumento.

-Como sabemos -dijo Taliesin después de carraspear-, hay varias academias de equitación...

Un jinete surgió como una exhalación del bosque. Lo seguían otros cinco, y juntos se dirigían hacia ellos a todo galope.

El primero era un hombre gigantesco. Tal era su estatura que, al principio, Hal creyó que iba de pie sobre los estribos. Vestía extraños ropajes, el atavío de un antiguo príncipe persa, y blandía un ancho sable curvo que relucía con fulgor de plata a la nueva luz del sol.

-Yo diría que no vienen del rancho turístico del lugar -dijo Hal.

Miró a Taliesin. La cara del viejo estaba petrificada de horror.

Dijo tan sólo una palabra.

-¡Saladino!

Hal dio media vuelta y se dirigió, apremiante, al viejo.

-¿Qué?

-Proteja al chico.

-¿Con qué?

El viejo agarró al niño y lo empujó hacia el centro de las ruinas del castillo.

-¡Quédense ahí!--gritó mientras pasaba por encima de las pilas bajas de piedras que quizá hubieran sido una vez los muros de un castillo.

-¡Haga otra cosa! -gritó Hal-. ¡Lleve a Arthur al bosque! ¡Escóndanse en el bosque!

Pero los jinetes se acercaban y el viejo no le prestaba atención.

Hal miró a su alrededor. Una vez más, no tenía más arma que las piedras esparcidas por el suelo, y los jinetes se acercaban cada vez más, blandiendo sus extraños sables curvos.

-No me digas que todo esto es verdad -musitó, cogiendo frenéticamente un puñado de piedras.

Los jinetes de tebeo se echaron sobre él. Hal apuntó y lanzó dos de las piedras al jefe, pero éste las desvió con el largo brazo armado. Su expresión permanecía inmutable mientras alzaba el arma para golpear.

Hal soltó el resto de las piedras y se echó al suelo, apartándose del silbante sable.

-¡Hal! -gritó Arthur.

Hal luchaba por ponerse en pie. No vio al segundo jinete, que venía directamente hacia él con la intención de aplastarlo bajo los feroces cascos de su caballo. Arthur, de pie dentro de la vieja fortificación, lanzó al caballista una piedra del tamaño de su puño. La piedra dio a éste en la frente, y el jinete cayó de su caballo. Se puso en pie y avanzó tambaleante, blandiendo el sable, hacia Arthur. El chico lanzó otra piedra, pero esta vez erró el tiro. El hombre caído se abalanzó sobre él con una mueca amenazadora en el rostro, se pasó el sable a la mano izquierda y desenvainó un corto puñal.

-Hal... -llamó el niño quedamente, retrocediendo-. Por favor, Hal...

Hal saltó por los aires para atajar al hombre y cayó sobre él. Rodaron ambos por el suelo, luchando por conseguir el corto puñal, sin parar mientes en el jinete que había descrito una amplia curva en torno a los contendientes y cabalgaba ahora en dirección a ellos. El sable desenvainado, su mirada estaba clavada en el chico.

Taliesin vio cómo el hombre alto galopaba hacia Arthur y gritó:

-¡No!

Al oír esta voz, Hal enderezó bruscamente la cabeza. El hombre que luchaba debajo de él aprovechó la oportunidad y asestó un golpe con el puñal hacia arriba, clavándolo en el hombro de Hal. Éste dio un salto hacia atrás, con un grito de dolor, mientras el hombre armado del puñal se abalanzaba sobre él.

Y el jinete seguía galopando hacia Arthur. Taliesin, a grandes zancadas, se puso en el camino del jinete.

-Dame la copa -gritó por encima del hombro.

El chico parpadeó.

-¡La copa! -gritó el viejo.

Arthur desengachó diestramente la bolsita de su cinturón y se la lanzó a Taliesin. El jinete echó hacia atrás su sable y lo descargó con gran furia.

El sable partió el cráneo del viejo. Una fuente de sangre brotaba de la cabellera blanca de Taliesin mientras los rasgos del viejo parecían desmoronarse bajo el peso de la pesada hoja. Arthur gritó.

Pero Taliesin seguía con los brazos extendidos para coger la copa de metal mientras su cuerpo caía.

Consiguió de todos modos cogerla mientras sus rodillas se venían al suelo y la cabeza ensangrentada se desplomaba contra las pequeñas piedras que tenía a sus pies.

Todo pareció suceder en décimas de segundo: el jinete acercándose al galope, el sable oscilante, el viejo de repente en su camino, la hoja que bajaba y hendía el cráneo de Taliesin, la copa de metal por los aires, el terrible grito de Arthur... Y, de repente, se alzó una cegadora llamarada en el punto exacto donde había caído Taliesin.

Era como si hubiese sido herido por un rayo. Y la luz deslumbrante, cegadora, llenó por un instante el prado antes de ser sustituida por una nube de denso humo blanco.

Cuando la nube se disipó, el viejo había desaparecido.

Los jinetes miraron a su jefe sin saber qué hacer, quien se había detenido. La expresión del hombre alto no delataba nada. Era como si todas las figuras presentes en el prado se hubieran petrificado en posturas de cuadro.

Arthur fue el primero en ponerse en movimiento. Sollozando, saltó por encima del bajo muro de piedra y fue corriendo hacia Hal.

Este movimiento rompió la tensión. Susurrando con voz asustada a sus dioses, el hombre del puñal se alejó furtivamente de Hal y subió a su caballo como agua corriente arriba. Luego, también los otros se reagruparon en torno a su jefe.

Con el hombro chorreando sangre, Hal se alzó hasta ponerse de rodillas. Tendía el brazo bueno a Arthur, pero sus ojos no se apartaban de los del jinete alto, el hombre cuyo nombre había pronunciado Taliesin.

Saladino. Su nombre era Saladino.

Este no prestaba la menor atención a sus secuaces. Su mirada se había dirigido sólo por un instante hacia el lugar de donde había desaparecido el viejo. Había vivido demasiado tiempo como para sorprenderse ante un acto de magia, fuera éste cual fuese.

Totalmente erguido sobre su caballo, sus ojos estaban posados con intensidad sobre el pequeño chico pelirrojo.

-Es él -susurró Saladino.

Por primera vez desde su llegada al prado, había en él un atisbo de expresión. Sus labios se curvaron formando lo que habría podido ser una sonrisa. Luego, casi con pereza, se lanzó a una carga veloz hacia el chico.

Hal se puso en pie con esfuerzo. Desesperado, vio cuán cerca de Arthur estaba el hombre armado del sable y corrió dando un traspié hacia delante.

-¡No! -gritó con voz ronca.

Saladino no le prestaba la menor atención. Inclinado sobre su montura, levantó al niño con sus largos brazos.

-Hal... Hal... -gritó Arthur al tiempo que el gigantesco jinete hacia señas a los demás.

Hal vio la mano tendida de Arthur, implorante, mientras el jinete maniobraba el caballo con gran destreza.

Los ojos de Saladino y de Hal se encontraron. Por un brevísimo instante, con una expresión divertida y burlona en la mirada, el jinete dio cuenta de su presencia con un gesto afirmativo de la cabeza.

Luego, en una precisa maniobra, todos los jinetes se alejaron de las ruinas.

-¡Volved aquí, bestias! -gritó Hal. Corrió tras ellos, pero no había llegado aún al medio del prado cuando la partida había desaparecido en el bosque.

Cayó de rodillas.

Había fracasado. Miraba fijamente, con ojos vacíos, el campo abierto sin poder olvidar la expresión de terror que había visto en los ojos del niño mientras el alto jinete se lo llevaba.

Tal era su aturdimiento que no observó que los pájaros habían dejado de cantar. No vio la sombra que se alzaba detrás de él y que llegaba hasta casi la línea distante de los árboles. Permaneció mirando fijamente al frente hasta que oyó la música.

Entonces, despacio, miró por encima del hombro hacia las ruinas del castillo y quedó boquiabierto.

Las ruinas habían desaparecido. Envuelto en niebla se alzaba un castillo de piedra y madera, con murallas y almenas, en cuyo gran torreón ondeaba una bandera con un dragón rojo.

Con la boca abierta de par en par y la garganta reseca por el miedo, Hal se enderezó y caminó lentamente, con cautela, hacia la aparición. La música de laúd, procedente del interior, iba acompañada de ruido de risas y ladridos de perros.

En lo alto de un tramo de peldaños de piedra se abría una enorme puerta de madera. Aunque deseaba alejarse a toda prisa, y sabía que era esto lo que debía hacer, Hal no pudo. No podía alejarse de esa puerta. Subió la escalera y cruzó el gigantesco umbral.

Parpadeó al contemplar la escena que tenía lugar en el interior. Como si hubiera cobrado vida un tapiz, el enorme e impresionante salón estaba atestado de gente bulliciosa salida de otro mundo: hombres barbudos vestidos con jubones de piel y tela burda y mujeres con largos camisones cubiertos por vestidos largos como togas, cogidos en la cintura por amplios cinturones enjoyados. Sus cabelleras era muy largas, hasta la cintura, o trenzadas en extrañas formas. Estaban todos sentados a largas mesas de madera rebosantes de fuentes de carnes y jarras de bebida. En torno a ellos trajinaban los criados con sus sucios delantales mientras docenas de perros peleaban por los restos del banquete.

Nadie miró a Hal cuando éste entró. Era como si hubiera puesto el pie en una pintura antigua en la que todos los personajes seguían adelante con su vida de ficción, mientras él observaba, tan lejano e invisible como los ojos del artista.

Pero claro, pensó. Esto es lo que ocurre. Ninguna de estas personas es real.

Un escuálido perro cruzado vino trotando hasta él, husmeó el aire en torno a sus pies y se alejó.

¿Me habrá visto? Hal sacudió la cabeza. *No seas estúpido.* Claro que el perro no le había visto. Él no estaba en realidad aquí. Seguía en Londres, durmiendo en la gran cama de su preciosa habitación del hotel, mientras los restos de una botella de champán mojaban las sábanas. Este castillo era su versión de Oz y, al igual que le había ocurrido a Dorothy, todo cuanto veía estaba sólo en su mente

De esto estaba seguro Hal; pero, para confirmarlo, se dirigió resueltamente a la mesa y puso la mano sobre la cabeza de uno de los comensales. La mano pasó a través del hombre y de la silla en la que éste estaba sentado.

-¡Ja! -se refociló Hal. Aire. No eran reales. Pero la sonrisa desapareció de su rostro. ¿Y los jinetes? ¿Y el hombre moreno del autobús? ¿Eran también apariciones? ¿Lo era el niño

pelirrojo que le había pedido ayuda? ¿Era Arthur real? ¿Lo eran Emily Blessing o la policía británica?

¿Sigo siendo yo real?

Quizá no seguía acostado, pensó. Quizá estaba por allá en algún lugar de los campos, inconsciente contra una piedra, tal vez agonizando con un sable clavado en el pecho.,

tal vez esté ya muerto.

Se estremeció. ¿Muerto? ¿No era entonces este lugar, sino un purgatorio donde Hal Wozniak estaba condenado a vagar eternamente, solo entre fantasmas?

-¡Eh! -gritó. Apenas podía oír su propia voz en medio del tumulto de la vasta sala-. ¡Es imposible que nadie pueda oírme! -gritó, corriendo presa del pánico hasta el otro extremo de la sala--. ¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí!

Alguien rió. Una risita queda, pero Hal pudo percibirla.

-Por el amor del cielo, hombre, tranquilízate. Ni siquiera has intentado salir por la puerta.

Hal se detuvo bruscamente, bizqueando bajo el sudor que le cubría los ojos. Alguien bajaba por una escalinata curva. Podía percibir la parte inferior de sus ropas: un manto azul que llegaba hasta el suelo.

-¿Me lo dices a mí? -preguntó Hal, su voz apenas un susurro.

-Sí, Hal.

Apareció el viejo al pie de la escalinata. Si se exceptúa su vestimenta, más extraña aún que las ropas medievales que llevaban los otros personajes del sueño y que lucía, bordadas en el manto azul, lunas y estrellas de plata, tenía exactamente el mismo aspecto que unos minutos antes en el prado.

-Taliesin -dijo Hal.

El viejo inclinó la cabeza.

-Mi nombre por nacimiento. Pero aquí se me conoce como Merlín. -Sonrió e hizo una graciosa reverencia-. Bienvenido a Camelot.

LA COPA

-Oh, Dios mío, es verdad que estoy muerto -dijo Hal lleno de desdicha.

El anciano rió.

-Te aseguro, Hal, que estás pero que muy vivo.

-Pero estoy contigo.

-¿Y?

-Y... bueno... -Hal hizo un gesto de desaliento.

En el rostro del inglés apareció una señal de inteligencia.

-Ah, sí. Ese pillastre de la cimitarra. Bien, pues tranquilízate. Tampoco yo he muerto.

Hal contempló al hombre por un largo instante, luego clavó el dedo en el abdomen del viejo.

-Uuf. -Hal retiró la mano en seguida.

-No me importa, si necesitas pruebas... ¿Quieres ver mis dientes?

Hal volvió a tocarle.

-Pero... allí...

-¿Quién puede decir lo que es ilusión y lo que no lo es? -dijo el viejo con una sonrisa.

-Pero yo lo he visto -barboteó Hal-. Ese bandido te ha partido la cabeza. Lo he visto con mis ojos.

-Bah -dijo el viejo-. Lo has visto, y por lo tanto lo crees. Ves este castillo y no lo crees. Eso lo dice todo acerca de tu vista y de tu lógica. Ven.

Giró sobre sus talones sin aguardar respuesta, cruzó la gran sala y abrió una gran puerta de madera en arco, decorada con una cruz de metal. Hal entró y se quedó de piedra.

La estancia estaba desprovista de todo mobiliario, salvo una gran mesa redonda de roble de unos cuatro metros de diámetro. En torno a ella había trece sillas. Sólo dos estaban vacías, y sin embargo reinaba en la estancia el silencio más absoluto. Los hombres que la

ocupaban estaban sentados a la mesa, vestidos con atavío de batalla, cotas de malla y yelmos de metal batido, silenciosos y erguidos como estatuas

-Parecen... -susurró Hal-. Pero no puede ser...

La puerta se cerró tras ellos. Sin la batahola del banquete, la estancia era como una tumba, inhóspita y fría. Hal esperó un momento, sin saber qué hacer. Luego, vacilantemente, se encaminó hacia los inmóviles caballeros.

Se quedó de pie detrás de uno de ellos, un hombre corpulento, rubio y con los ojos azules, cuyos músculos abultaban bajo la camisa de lino que le cubría los brazos.

-Sir Bedivere -dijo Hal, recordando las historias que habían cobrado vida en su imaginación cuando niño-. El maestro de Caballería de Arturo. -A su lado, igual de inmóvil, estaba un joven con cara de niño y en los ojos la pasión de la inocencia-. Tristán -susurró Hal. Unas sillas más allá estaba sentado un hombre de mediana edad con las mejillas curtidas y rojizas y ojos inteligentes. Vestía de verde de la cabeza a los pies-. ¿Gawain? -Miró al inglés, que ahora decía llamarse Merlín. El viejo asintió con la cabeza.

Hal dio unos pasos y se detuvo junto a un caballero de presencia casi resplandeciente. Era moreno y bien parecido, con el rostro afeitado al estilo romano. Sus ropas eran impecables, y sobre la cota de malla lucía una pesada cruz de plata.

-Éste debe de ser Lancelot -dijo Hal-. Es exactamente como yo me lo imaginaba. -Alargó el brazo para tocar el amplio hombro del hombre, pero no había nada. El caballero era una ilusión, tan inmaterial como el aire.

-Son espíritus -aclaró tranquilamente Merlín-. Como el castillo. Sólo en días especiales aparecen en el plano visible. Y, aun entonces, no todos pueden verlos.

-Pero yo sí.

-Sí. Yo me he encargado de eso.

-Entrando en mi sueño.

El viejo enrojeció, indignado.

-¡Demonios, hombre, esto no es un sueño! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? -El bigote blanco subía y bajaba agitadamente-. Ojalá lo fuera. No aguanto ya más este condenado lugar. Maldita sea, por eso te he traído aquí.

-¡Vaya! -exclamó Hal-. He vuelto atrás unos cuantos años luz. ¿Me has hecho venir para que te saque de aquí?

-Correcto -dijo el anciano con un suspiro.

-¿Estamos encerrados aquí?

-Tú no. Yo sí. -Suspiró-. Yo he pasado a esta dimensión al tomar la copa de Arthur. Era el único modo de salvarla de esos ladrones.

-¿Y estos hombres? -Hal pasó la mano a través de sir Gawain.

-¿Ellos? -Merlín puso los ojos en blanco-. Sí, claro que ellos están confinados recluidos aquí. ¿Qué harían en el mundo exterior?

-No entiendo -dijo Hal-. Ellos no son reales, pero tú sí. -Merlín gruñó-. Pero tú estás atrapado aquí, y yo no.

-Sí, sí. -El mago empezaba a impacientarse.

-Y te he visto caer muerto, pero eso no quiere decir nada.

-Exactamente.

-Y tú eres el mago Merlín.

-A tu servicio.

-Me largo de aquí. -Hal se encampnó hacia la puerta.

-¡Ven aquí ahora mismo! -ordenó el viejo.

-Entonces, ¡deja de tomarme el pelo! -gritó Hal-. Quiero saber qué hago aquí. Qué haces tú aquí. Qué demonios es todo esto...

-A eso voy -dijo Merlín con un gesto aplacador-. Estás bajo la impresión de la incredulidad. Tendrás que superar eso para que podamos hablar razonablemente.

Hal rió, una risita débil e histérica.

-¿Incredulidad? Supongo que podemos llamarlo así. Sucede que me topo con los caballeros de la Tabla Redonda dándose un garbeo por ahí un día de verano. Casi nada. Ocurre todos los días.

-Bueno, Hal...

-Y supongo que tú eres un tipo de lo más corriente. Te matan, desapareces en medio de una nube de humo, apareces de nuevo...

La mirada del viejo descendió por su larga nariz hasta encontrarse con Hal.

-Por si no te habías dado cuenta, yo no soy ni mucho menos un tipo corriente. Soy un mago. O lo era. Parece que he gastado todo mi poder ahí en el campo. Morir es una tarea difícil para cualquiera. -Se estremeció-. ¡Por lo que hay que pasar! Saltar hecho pedazos dentro de un automóvil, recibir un tiro después de caer desde lo alto de un edificio de treinta pisos... -Sacudió la cabeza-. Un trabajo espantoso, créeme.

-Pero has dicho que no estabas muerto, ¿no te acuerdas? -le recordó Hal con acritud-. Aquí estás, vivito y coleando y más guapo que nunca.

-Oh, ¿por qué has tenido que ser tú? -musitó el anciano-. Yo no muero de manera permanente. Sin embargo, no es broma que le partan a uno el cráneo.-Se tocó la cabeza-. Goldberg tuvo una muerte bastante más tranquila.

-¿Goldberg? -exclamó Hal mirando fijamente al viejo-. El chico creía que tú eras alguien llamado Goldberg.

-Ese ha sido uno de mis mejores disfraces. -El viejo sonrió-. Y sin embargo, Arthur siempre consiguió adivinar algo. Pero ya hablaremos de eso. -Dio la vuelta a la Tabla Redonda, hasta el otro lado, y se colocó entre dos sillas vacías. Tocó una de ellas.

-Éste es el sitio del Gran Rey -dijo-. Ha sido guardado durante mil seiscientos años, hasta que regresara. Y el otro. . .

-El Sitial del Peligro, supongo -dijo Hal con aire burlón-. Sólo para los puros de corazón.

-El sitio de Galahad -añadió Merlín con ternura.

-Y ¿por qué no está aquí?

Los ojos del viejo brillaban.

-Ahora empiezas a hablar con inteligencia de las cosas. El Sitial del Peligro está vacío porque el sitio de Galahad está con el rey. El era un caballero en su sentido más real. Valiente y leal y limpio de alma. No podía descansar hasta volver a encontrar al rey.

El viejo miró a las estrechas ventanas por las que entraban finos haces de luz

-Yo he sentido su presencia en una generación tras otra mientras dormía durante siglos en mi cueva de cristal. Él era el alma de Ricardo Corazón de León, de Carlomagno, de Thomas Becket, de san Francisco de Asís, de Juana de Arco, de Martín Lutero, de John Locke, de Benjamin Disraeli... muchos más de los que podría nombrarte. A menudo era alguien corriente... una persona humilde, un soldado, un zapatero. Y él nunca sabía que buscaba al Gran Rey, pero algo le empujaba hacia la grandeza... y en última instancia hacia la decepción, porque el rey no vino en el curso de sus vidas.

"Yo sentía en esos hombres los impulsos, ese alma única. Sentía cómo ese alma llamaba al rey. Pero el rey no vino. Y yo dormí. -Miró a Hal con gravedad-. Y luego, después de dieciséis siglos, desperté. Porque finalmente el rey había renacido.

Hal sintió cómo se quedaba sin aliento.

-¿Está vivo? ¿El rey Arturo está vivo en este instante?

Despacio, Merlín movió la cabeza afirmativamente.

-He estado con él desde que tuvo un año de edad.

-Como en los viejos tiempos, ¿eh? -dijo Hal, sin poder evitar sonreír.

-Casi. Esta vez, no había que educar al niño desde el principio. Eso lo tenía de otra fuente. Pero necesitaba un amigo. -Sonrió-. Me convertí en Milton Goldberg.

-¡Santo cielo! -exclamó Hal-. ¡Arthur! ¡El chico!

-Ese es.

Hal se sentó, sin darse cuenta de que se colocaba en el sitio de uno de los caballeros inmateriales.

-Un momento. Arthur ni siquiera es británico. Y mucho menos rey.

-Su nacionalidad carece de importancia.

Hal miró fijamente por un instante al viejo, luego se cerró los ojos con los dedos. Casi había empezado a creer que estaba despierto.

-Y ¿de qué va a ser rey? -preguntó, sarcástico-. ¿De la clase de primer año de la secundaria?

Merlín negó, repetidamente con la cabeza.

-Su labor empezará con el milenio, como se predijo. El próximo milenio.

-El. . .

-No el año 1000 d. de C., como creía la gente -prosiguió Merlín saboreando las palabras-. Las cosas se habrían parecido demasiado a como eran en tiempos de Arturo. El mundo tenía que cambiar, ¿entiendes? Tenía que ser en el momento adecuado para él

-Pero el milenio... Sólo faltan ocho años.

-Exacto.

Sin querer, Hal empezaba a tomarse en serio la conversación.

-¿Por eso se lo han llevado esos hombres?

-No creo -contestó Merlín moviendo la cabeza- Sólo querían el Grial.

-¿El qué?

-La copa. Arthur no es consciente de su auténtico poder, pero Saladino sí.

-Saladino -repitió Hal-. El jefe de la Pandilla de Halloween.

-No te lo tomes a broma, Hal. Saladino es un hombre peligroso, más peligroso de lo que puedas imaginar. El Grial ha estado ya en su poder, y no renunciará a él fácilmente.

-Sigues llamándolo el Grial -dijo Hal-. No te referirás... ¿al Santo Grial?

-Los cristianos han atribuido el poder de la copa a su Dios. Yo no conozco su verdadero origen, aunque sospecho que existía mucho antes de la llegada de Jesucristo.

Hal recordaba el calor peculiar de la copa en sus manos, las extrañas imágenes que le evocaba.

-No podía ser el Grial.

-¿Por qué no? -preguntó Merlín arqueando las cejas.

-Porque el Grial que los caballeros del rey Arturo buscaban era algo fantástico, ¿o no? Un cáliz de plata.

-Vamos, vamos, Hal. Jesús de Nazaret era por supuesto un hombre pobre. ¿Crees de verdad que ese hombre iba a beber de un cáliz de plata?

-No, pero tampoco sería una taza de té de diseño. Probablemente era un cuenco de arcilla indefinido. Y cuatrocientos años más tarde, cuando los caballeros de Camelot partieron en su busca...

-Habría desaparecido y pasado a las sombras.

-Exacto. O habría quedado convertido en polvo entretanto.

-Entonces, es curioso que los caballeros insistieran en encontrarlo -dijo Merlín.

-Ellos no insistieron. Merlín insistió... tú, supongo. A Arturo ni siquiera le hacía gracia la idea. Pero tú no hacías más que machacar, fastidiar, empujar....

Merlín rió.

-Eres un magnífico alumno, Hal. Has estudiado bien la historia.

-Es algo en lo que yo solía pensar. Si los caballeros no hubieran partido en la Búsqueda, el rey Arturo habría tenido más hombres a su alrededor cuando vino el palo.

La sonrisa se desvaneció del rostro del anciano.

-La batalla de Barrendown -dijo con voz espesa.

-Cómo se llame. Cuando Mordred le mató. -Merlín permaneció un momento callado-. -Eh -añadió Hal, incómodo-. No creas que te echo la culpa ni nada. Hace mucho tiempo de todo eso.

-Sí. Mucho tiempo -dijo Merlín, absorto-. Él necesitaba el Grial. Yo creí que si podía conseguir que lo tuviera a tiempo...

-¿Pero por qué? ¿Por qué el Grial? Acabamos de decir que probablemente no era más que un sencillo cuenco de arcilla...

-Había algo dentro del cuenco -dijo Merlín-. Algo que contenía tal poder de magia que, con él, un gran gobernante podría sobrevivir no sólo a una batalla sino a todas las eras del mundo.

Hal era incapaz de hablar. Recordaba cómo habían sanado las magulladuras de su mano al contacto con la copa.

-Confiere el don de la inmortalidad, Hal -dijo Merlín quedamente.

Abrió las manos. En ellas o, más bien, sobre ellas, pendía en suspenso la pequeña copa de metal que Arthur había arrojado al viejo antes de que los jinetes se lo llevaran.

-Tocando esto, lo he desterrado al reino del espíritu donde nos hallamos ahora. -Hal intentó tocarla, y su mano pasó a través de ella. La copa desapareció de su vista- Como yo la he hecho desaparecer, sólo yo puedo devolverla al mundo de la realidad. Pero de aquí, de Camelot, no puedo marcharme sin permiso. -Merlín miró a su alrededor, a las formas inmóviles de los caballeros fantasma-. Al igual que ellos, tampoco yo puedo volver a vivir en el mundo de los hombres hasta que sea llamado por el Gran Rey.

-¿Te refieres a Arthur? ¿Arthur tiene que llamarte?

Merlín hizo un gesto afirmativo.

-Y la vida de Arthur está en peligro. Yo no puedo protegerle desde aquí. Sólo tú puedes.

-¿Yo? -exclamó Hal. Vio ahora de nuevo la copa, casi transparente, cubierta por una capa de jamete blanco y vaporoso.

-¿La recuerdas, Hal? -preguntó el viejo, su voz no más que un respiro-. No estaba cubierta de arcilla, entonces, cuando la encontraste...

El Cáliz brillaba de joyas. Su plata era blanca como la luz del sol. Yo extendí la mano...

-Para ti, mi rey -susurró. Cerró los ojos al hacerse de nuevo en él, de repente, la luz del recuerdo.

-Ponte en pie -dijo Merlín tocándolo suavemente.

Hal obedeció. Las lágrimas casi cegaban sus ojos.

El viejo le alzó hasta estar totalmente en pie e indicó con ademanes lentos el asiento vacío al lado de la silla del rey.

-Toma tu sitio, Galahad -entonó. Luego, su expresión se hizo más dulce. Sus ojos miraban a Hal con profundo amor-. Porque también tu hora ha llegado al fin.

Hal cerró los ojos.

La espera ha terminado, habló una voz dentro de él. Y ahora, por primera vez, sabía que esto no era un sueño. Algo en él anhelaba este instante desde hacía muchos, muchísimos años. En este lugar, en este otro mundo de espíritus e ilusiones, había hallado la verdad.

La cabeza bajada humildemente, Hal se sentó en el Sitial del Peligro.

De repente, la oscura estancia se llenó de luz iridiscente. Sonaron las trompetas. El mismo aire estaba cargado de una fuerza crepitante, vibrante. Una voluta de polvo de luna se alzó de la silla y envolvió a Hal. Cuando se hubo disipado, los caballeros fantasmas estaban de pie, saludándole y proclamando su nombre.

-¡Galahad! -cantaban, un canto suave como el aire del verano y que fue creciendo, creciendo hasta que el sonido pareció sacudir las paredes.

-¡Galahad!

Gawain. Bohort. Gaheris. Lancelot. Todos ellos, todos de nuevo aquí, mis hermanos...

-Ha venido--proclamó Merlín.

Hal se puso en pie y se arrodilló delante del anciano.

-Dime qué debo hacer -dijo, con voz ahogada.

-Saladino tiene a nuestro rey. Encuéntralo -ordenó Merlín-. Encuentra a Arturo y devuélvelo al lugar que le corresponde, junto a nosotros.

-Lo haré -susurró Hal con voz ronca, los ojos alzados hacia el viejo-. Lo juro.

Una ligera niebla entró por las estrechas ventanas. Las paredes se volvieron brumosas.

-La magia nos abandona -dijo Merlín, mirando a su alrededor con tristeza.

Los caballeros, todavía de pie en actitud de saludo, fueron desdibujándose hasta convertirse en difusas siluetas. También Merlín desaparecía.

-Volveremos a la dimensión de Avalon para aguardar la llamada del Gran Rey. Hasta entonces, estarás tú sólo, Galahad.

Hal extendió el brazo hacia él, presa del pánico, pero la visión era inmaterial. El viejo no era más real que cuanto lo rodeaba.

-Pero, cómo... -Hal se puso en pie con esfuerzo-. ¿Cómo encuentro al chico? -La niebla, densa ahora, lo oscurecía todo. Hal se sentía como en medio de una pesada nube-. ¡Decidme! -gritó.

-Saladino se ha llevado al niño a un lugar de oscuridad -decía una voz débilmente-. Un lugar temible para ti. Un lugar que recordarás.

Hal apenas pudo oír las últimas palabras.

-¿Un lugar que recordaré? ¿Nueva York? ¿Se lo ha llevado a Nueva York? -No hubo respuesta-. ¡Espera un momento! -aulló Hal-. ¿Qué quieres decir con eso, un lugar que recordaré? ¡Ni siquiera había estado nunca en este país hasta ahora! -Andaba a trompicones en medio de la espesa niebla-. ¡No te vayas, maldita sea! ¡Dime qué debo hacer! ¡No te vayas! ¡No te vayas!

Pero se fue todo, el castillo, los estandartes y las trompetas, los caballeros, el mismo anciano, todo desvanecido en la bruma. Hal parpadeó y se halló de pie en medio de un montón de ruinas en lo alto de una verde colina.

Miró a su alrededor en busca del castillo, pero no quedaban de él más que las ruinas cubiertas de musgo.

El prado era el mismo. Las piedras las mismas. Pero estaba convencido de que nada más volvería a ser lo mismo para él, Hal Woczniaak, vuelto a nacer en este preciso momento en el tiempo como Galahad, campeón de un antiguo rey.

-¡Hal! -Era la voz de Emily Blessing, que tenía un tono agudo y asustado-. Llevo horas buscándoos. ¿Dónde está Arthur?

-Lo han... -empezó a decir Hal, pasándose la mano por la frente-. Lo han...

-¿Lo ha visto también usted, señor? -dijo una voz cantarina cerca de ellos.

Hal se volvió y vio, de pie y descalzo en la cuesta de la colina, a un rapazuelo de cara tiznada vestido con una camisa harapienta y unos pantalones de algodón demasiado cortos para sus flacuchas piernas.

-¿Qué? -dijo Hal medio atontado.

-El castillo. Yo lo he visto -dijo el chico con orgullo-. Vengo aquí todos los días para verlo, pero casi nunca está. Pero a veces sí. No se lo he dicho a nadie. -Levantó la mirada, aprensivo-. ¿Verdad que usted también lo ha visto, señor?

Los ojos de Hal se encontraron con los del niño.

-¿Tú lo has visto?

El niño asintió con la cabeza.

-¡Hal, estás sangrando! -gritó Emily con voz histérica.

Hal se llevó la mano al lugar del hombro donde el sable del jinete le había atravesado la piel. Por primera vez desde que había visto a Saladino introducirse en el bosque con el niño, sentía el dolor de la herida.

-Se han llevado a Arthur -dijo.

Emily se llevó las manos a la boca, aterrorizada. Las piernas de Hal se doblaron.

-¡Busca a un doctor! -ordenó al niño-. ¡Busca a la policía, lo más de prisa que puedas!

-Sí, señora -dijo el niño con la cara blanca, y salió disparado.

Emily se arrodilló al lado de Hal.

-¿Cómo ha sido? -preguntó con voz quebradiza.

-Saladino -dijo Hal-. Se llama Saladino...

-¿Qué? No te oigo.

-He de encontrarlo -dijo Hal, volviéndose hacia ella-. Te prometo que encontraré a Arthur.

Emily contuvo un sollozo y se enderezó un poco.

-¿Y el señor Taliesin? -preguntó tranquilamente.

Hal dirigió la mirada hacia el punto donde el viejo había muerto, desaparecido y vuelto a aparecer en un mundo que se había desvanecido ante sus ojos, en un sueño que no era un sueño.

-También a él volveremos a verle -dijo-. Estoy seguro.

El niño pelirrojo yacía dormido sobre un diván de brocado en una casa de campo situada cerca del canal de la Mancha, a unos treinta kilómetros del asilo de Maplebrook.

La casa había estado vacía durante casi cincuenta años, hasta que Saladino dio desde la celda instrucciones a sus hombres para que la compraran. Mientras estuvo encarcelado, sirvió de cuartel general para la operación destinada a liberarle.

Era una vieja mansión de piedra, una de las muchas casas que Saladino tenía repartidas por todo el mundo. Al igual que en las otras, la limpieza de su interior era imaculada. Saladino no soportaba la suciedad. Pero, por fuera, era una construcción decrepita y fea que surgía de la hierba descuidada como una inmensa lápida. Era un lugar donde ocultarse.

Saladino estaba sentado en una silla de respaldo recto al otro lado de la estancia y contemplaba al niño, paciente y maravillado.

-Así que, después de todo, el rey ha vuelto -dijo.

Hablaba sin bajar la voz; le había administrado al niño una droga para que estuviera tranquilo, después de llevarse los caballos a los establos situados detrás de la casa, que

también albergaban un sedán Mercedes-Benz. Pero no había vecinos que pudieran ver nada de todo esto. Este era uno de los motivos por los que se había elegido esta casa.

-Es el lugar adecuado para ti. -Saladino se puso en pie, se dirigió a una ventana y miró el bosque oscuro-. Se parece a Tintagel, donde tú naciste. Yo realicé un peregrinaje allí después de tu muerte, Arthur. -Rió quedamente-. Quería ver el lugar de donde procedías. Quería saber qué fuertes vientos habían dado como resultado un hombre capaz de llegar tan lejos en una vida tan breve. -La brisa del mar atusó su cabello negro-. Yo también era joven entonces, aun cuando había perdido doce años por tu causa.

Doce años. La mayoría de las leyendas daban un tiempo mucho más largo a la Búsqueda. Décadas y décadas. Pero no fue así. Todos ellos se habían quedado sin la copa: Arturo, Merlín, los bobos caballeros empeñados en encontrarla. Pero nadie había sentido su pérdida con tanta fuerza como Saladino, el único que en verdad había comprendido cuál era su poder.

Tenía quince años cuando le robó la copa a Kanna, y veinticinco cuando llegó, siglos más tarde, a Gran Bretaña. Los diez años transcurridos de su vida se habían perdido de golpe, durante una estancia en Roma. Unos ladrones le robaron la copa mientras dormía en un portal, en una calle oscura. Fue tras ellos, pero no estaba familiarizado con las tortuosas calles de la ciudad y pronto les perdió de vista.

Los ladrones fueron apresados por soldados romanos esa misma noche, y el extraño ornamento de metal confiscado. El soldado de a pie que cogió la copa pensó en entregarla a su superior, pero finalmente decidió que no era tanto el valor de la pieza.

Esto, al menos, fue lo que contó a sus camaradas. El soldado se habría sentido avergonzado de tener que decir que la guardaba tan sólo porque le gustaba el tacto de aquel objeto, ya que su agradable calor le proporcionaba una inexplicable sensación de bienestar.

La guardó como talismán. Cuando fue enviado a Jerusalén con la mitad de su guarnición se la llevó consigo cogida al cinturón mediante una correilla de cuero, tal como haría Arthur Blessing casi dos mil años más tarde.

El soldado no tuvo nunca ocasión de comprobar cuál era el poder como amuleto de la copa, ya que los combates en Jerusalén eran raros. Les resultaba fácil a los romanos aplastar los ocasionales levantamientos de los judíos, que no tenían armas. Más frecuente era que se llamara a los soldados a controlar la violencia entre una secta de los pendencieros habitantes del lugar y otra. Fue durante una de estas reyertas, una pelea en una taberna, cuando el romano perdió su talismán.

No lo encontró a faltar hasta que se dirigía de nuevo hacia su acuartelamiento; dio entonces inmediatamente media vuelta y regresó para buscar en el local, pero no lo vio por ninguna parte. Tampoco consiguió nada dándole una paliza al tabernero. Por último, con un sentimiento de enorme irritación, el soldado renunció a encontrar la extraña esfera de metal y, con el tiempo, la olvidó por completo.

Durante la confusión producida en la reyerta de la taberna un hombre la había arrancado sin darse cuenta del cinturón del soldado. La copa, metida en una bolsa de piel y sujeta con

una correilla de cuero, rodó por la puerta abierta y fue a parar a la calle, donde un perro la recogió y se la llevó a su amo, un joven aprendiz de alfarero.

-¿Qué es esto? -preguntó el chico tomando de la boca del animal aquel extraño objeto metálico.

Aarón tenía quince años y estaba harto de fabricar un sencillo cuenco de arcilla tras otro para el maestro alfarero. Y lo peor era que sabía que iba a tener que seguir haciendo lo mismo durante unos años más antes de que se le permitiera trabajar en obras más interesantes, ya que los sencillos cuencos vidriados constituían la base del negocio del alfarero. Todas las posadas y los hogares los compraban por docenas. No importaba que su forma fuera imperfecta; siempre que no estuvieran agrietados, se vendían.

El muchacho tenía un don. En su niñez, había esculpido animales en piedra con un trozo de pedernal. Su padre, un trabajador del campo, le pegaba por remolonear y perder el tiempo, pero nada parecía poder impedir que el niño siguiera con sus tallas. Un día, al encontrar un escondite secreto de figuras de piedra en un agujero de la pared de la casa, al padre se le ocurrió lo siguiente: vendería al niño. Servía de poco en una casa donde había otros cuatro hijos e insuficiente sustento para todos, y quizá incluso encontrara un comprador adecuado que pudiera sacar algún provecho de Aarón-el-Inútil.

Ensalzó las virtudes del niño al maestro alfarero Elías. Se aventuró incluso a enseñar al artesano las tallas que había encontrado.

-¿Acaso no es ésta la obra de un genio? -salmodió, aunque personalmente él no tenía ni idea de si las tallas eran buenas o malas-. Mi esposa y yo confiábamos en que algún día nuestro hijo se convirtiera en un gran artesano como tú, pero, por desgracia... -Al llegar a este punto, movió la cabeza con tristeza-. Somos demasiado pobres para proporcionar al chico la atención que necesita.

Elías miró las tallas de piedra con indiferencia.

-¿Cuánto quieres por él? -preguntó. En ese mismo instante el padre del chico se enzarzó en una acalorada disputa por el precio de Aarón.

Al final se tuvo que conformar con una suma modesta, pero al menos se había librado del chico. Y Elías el alfarero tenía un nuevo esclavo que, si se mostraba a la altura de las tallas, infantilmente burdas pero interesantes, tal vez llegara a aportar beneficios reales a su negocio de alfarería.

El día en que Aarón tomó la copa de metal del perro vagabundo, que desde hacía un año dormía con él en el cobertizo de Elías, había cumplido ya con su ración de sencillos cuencos de arcilla y le quedaba tiempo libre para jugar. Elías estaría fuera todo el día, había ido a entregar la mercancía a los posaderos, que eran sus clientes habituales.

Aarón examinó atentamente el objeto. Su forma era extraña, casi la de una pelota pero a la cual le habían cortado la parte superior. Hacer un cuenco a partir de él representaba un maravilloso desafío. Colocó un grueso bloque de madera sobre el torno y la copa encima de él.

A medida que el torno giraba, Aarón fue aplicando con ambas manos arcilla mojada a la superficie de la copa de metal hasta cubrirla de manera uniforme. Al acercarse al labio curvado hacia dentro metió primero la arcilla hacia dentro, siguiendo la forma de la esfera, y a continuación la fue ondulando y alisando de tal modo que el efecto final era de ondas que se rizaban suavemente y crecían desde un pedestal central.

Quedó satisfecho. Cuando hubo terminado con el exterior, cubrió trabajosamente el interior, utilizando un pincel duro para aplicar la capa de arcilla casi líquida. Luego coció la pieza en el horno de fuelle y la pintó inmediatamente con un motivo de peces nadando por hileras de agua que se oscurecían gradualmente.

Al ponerla de nuevo al horno para que los dibujos quedaran fijados permanentemente, se dio cuenta de que era ya oscuro fuera. En su exaltación por trabajar con una pieza en la que podía emplear su talento, había perdido la noción del tiempo. De hecho, pensó fugazmente mientras encendía la lamparilla de aceite del taller, parecía como si el tiempo no hubiese transcurrido.

Era un hermoso cuenco. Estaba admirándolo cuando entró el viejo Elías para ver por qué estaba en marcha el horno hasta tan tarde.

Vio el cuenco pintado en manos del chico y lo cogió, con el ceño fruncido.

-He cocido todos los cuencos -explicó Aarón señalando el montón de sencilla cerámica vidriada que había hecho. Porque, aun cuando estaba ilusionado por finalizar su creación, sabía que Elías no toleraría que utilizara el horno para una sola pieza.

El alfarero echó un vistazo a los nuevos cuencos y luego volvió a mirar el cuenco estriado con los peces.

-¿Y esto? -preguntó.

-Es un experimento.

-¿Qué hay dentro? -preguntó Elías al tiempo que daba vueltas al cuenco en sus manos.

-Una copa de metal que he encontrado.

El viejo se lo pasaba de una mano a la otra para juzgar si el peso estaba bien equilibrado.

-El material no estaba limpio cuando lo has pintado -dijo. El chico se mostró preocupado. No sabía de qué le estaba hablando el viejo-. En piezas como ésta, hay que quitar todos los nudos y grumos de arcilla del objeto antes de cocerla la primera vez, para que esté totalmente lisa. Toca esto. -Cogió la mano del chico y la pasó por el costado del cuenco. Tenía el mismo tacto que los otros cuencos que Aarón había puesto al horno.

-Aspero.

-Pero. . .

-Está bien para los cuencos corrientes -explicó el alfarero, levantando un hombro en un gesto de escepticismo-. Pero para una pieza decorativa... -Hizo una mueca-. Nadie querría una cosa así.

Lo colocó sobre el montón de cuencos sencillos, diciendo:

-Has malgastado mi pintura.

Aarón agachó la cabeza. Al menos, el viejo Elías no lo había roto en un arrebato de ira. El cuenco sería vendido como parte de una entrega general.

-Lo siento, maestro.

El viejo alfarero se quedó mirándole con severidad.

-Te quedas sin cenar -dijo. El chico no contestó- Ve a acostarte. Ese aceite que estás gastando no nos lo regalan. -Cuando salía del taller, Elías se volvió y dijo-: Mañana te enseñaré a limpiar el material.

Aarón no podía creer lo que acababa de oír. Temblando de alegría, se dirigió al montón de cerámica y cogió su cuenco. Estaba perfectamente compensado. Ni siquiera el amo le había visto ningún defecto en este sentido. También el dibujo ondulado era bueno. Y, a decir verdad, los peces eran muy bonitos.

Volvió a dejar el cuenco donde lo había puesto Elías y apagó la lamparilla de un soplo.

La siguiente etapa en el recorrido de la copa, disfrazada ahora de cuenco para beber, fue una posada de Jerusalén donde tres años más tarde sería colocada sobre una larga mesa a la cual se sentarían por última vez trece hombres.

El posadero colocó el cuenco estriado con los peces -su pieza favorita- ante el jefe del grupo porque, aunque éste era tan sólo carpintero de oficio, había alcanzado en los últimos tiempos cierta notoriedad como profeta y maestro. Según algunos, el hombre incluso había realizado milagros, como por ejemplo convertir el agua en vino y devolver la vida a un hombre fallecido. Seguro que estas historias eran falsas, pero ¿quién sabe? Un hombre capaz de inspirar tales historias podría muy bien llegar a ser rico. Un posadero debía prestar atención a este tipo de cosas si quería prosperar.

Aunque para el posadero fue una decepción que su famoso huésped no quisiera comer esta noche, trajo a los parroquianos el mejor vino que tenía en su bodega cuando éstos pidieron de beber y permaneció cerca de la mesa mientras aquel hombre a quien llamaban Jesús de Nazaret realizaba un extraño ritual.

Vertió vino en el cuenco, tan hermosamente ondulado, y luego lo pasó a los demás hombres sentados a la mesa aunque éstos tenían ya su vino.

-Bebed -dijo con voz suave-. Hacedlo en memoria mía.

Y cuando el posadero vio a Jesús pasar el cuenco con sus largas y expresivas manos, se vio de pronto inundado por un terrible sentimiento de desolación. Porque algo en los ojos tranquilos del hombre denotaba una total resignación y una tristeza infinita.

Este hombre jamás sería rico.

Jesús se quedó mirándole, y el posadero inclinó la cabeza y se retiró.

Estaba contento de haberle dado el cuenco estriado con los peces.

Saladino había casi desesperado de volver a encontrar la copa, cuando oyó hablar de un judío de Jerusalén que se había alzado de entre los muertos después de una extraña ceremonia, una ceremonia en la que había intervenido una especie de cuenco o copa.

Al parecer, el judío era un político o algo así. Había prometido el don de la vida eterna a millares de personas y, a guisa de ejemplo, había devuelto a la vida a al menos un hombre fallecido, antes de ser detenido y crucificado por sus palabras levantiscas.

Al enterarse de la noticia, Saladino no pudo por menos que sacudir la cabeza. Éste era exactamente el tipo de persona que jamás debería poseer la copa. Porque, ¿y si las autoridades habían creído sus palabras? La magia sin precio de la copa habría pasado a manos de un dictador que mantendría su posición por los siglos de los siglos. Saladino no sentía la necesidad de gobernar durante siglos, por lo que veía esta posibilidad como un desastre de grandes proporciones. Si los políticos eran funestos en sí, un político inmortal constituiría una catástrofe inconmensurable.

Al menos, ese individuo deslenguado parecía haber aprendido la lección. Según se decía en Roma, Jesús de Nazaret había sido enterrado tranquilamente después de su ejecución. Luego, a los tres días, su cuerpo había desaparecido de la cripta donde yacía. Ahora, por supuesto, podía estar en cualquier parte.

Sin embargo, era la primera pista que tenía Saladino en diez años en relación con el paradero de la copa, y debía seguirla. Sin grandes esperanzas, preparó unas cuantas cosas que llevarse e hizo planes para viajar a Judea.

Trabajaba como médico en Roma. Durante sus viajes por el mundo oriental, había seguido practicando las artes curativas que empezó a aprender con Kanna. En la civilización en auge de Asiria y Babilonia había aprendido mucho acerca del comportamiento del cuerpo humano, del que los romanos, aun habiendo progresado tanto en el terreno político, sabían todavía muy poco. A pesar de su gran juventud, pues era todavía un adolescente, los doctores de la ciudad llegaron a respetar pronto los conocimientos de aquel misterioso muchacho de Oriente y, a menudo, le enviaban sus propios pacientes.

Naturalmente, los médicos sólo enviaban a Saladino aquellos casos que ellos se veían incapaces de diagnosticar o tratar, por lo que buena parte de los pacientes de Saladino morían. Pronto fue considerado un curandero de último recurso, y era frecuente que, a sus espaldas, le llamaran Doctor Muerte.

A Saladino no le importaba tener esa fama. La práctica de la medicina le reportaba buenos ingresos sin grandes obligaciones sociales, ya que en los círculos elegantes no se consideraba al doctor extranjero que se encargaba de los moribundos como una compañía muy alegre.

Al hacerse mayor le dio por vestir de negro, lo cual destacaba aún más su estatura ya imponente, así como su aire melancólico. A su modo, había sido aceptado en la sociedad romana. Era la primera vez desde hacía veinticinco siglos que se le consideraba un hombre respetable.

Al subir a bordo del barco que debía llevarle hacia el este, sintió en verdad un ramalazo de indecisión por su partida. ¿Era necesario, pensaba, marchar para siempre? Si permanecía en Roma, tendría una vida bastante cómoda. Había vivido ya casi tres milenios. Quizá hacerse viejo no fuera del todo desagradable. Los últimos diez años, en los que había envejecido como cualquier ser humano, no le habían resultado excesivamente penosos, y conocía a muchos hombres que habían pasado con mucho de la mediana edad y que hablaban de su larga vida con un recuerdo lleno de cariño.

Incluso la muerte, según había podido constatar en su experiencia con los pacientes, no era tan terrible. Había soportado en el curso de su vida dolores mucho peores que la muerte. ¿Acaso no había sido atado a un poste en la arena del desierto para que muriera después de la muerte del faraón Ahenatón? ¿Acaso, muy poco antes de su llegada a Roma, no había sido lanzado a una pira funeraria en llamas por una muchedumbre de bárbaros macedonios?

No, la muerte no era tan terrible. Y sin embargo, él había saboreado la vida. Una vida interminable, como sólo otro ser antes que él la había conocido. Aquel bruto de piel blanca de Kanna no sabía apreciarla; de hecho, en el instante de morir, el pobre viejo parecía casi aliviado. Y Kanna no había sacado ningún partido de los muchísimos años que duró su vida. Siempre habitando en lo alto de la montaña, escarbando en busca de raíces, mientras la Humanidad avanzaba a su alrededor y realizaba magníficas hazañas. No había visto, aprendido o conseguido nada del mundo. Saladino había utilizado la copa como era de rigor. Saboreaba la vida; quería siempre más.

Su instante de indecisión había pasado cuando el barco zarpó. Volvería a hallar la copa. Encontraría otra vida. Jamás renunciaría.

Una vez en Jerusalén, Saladino se dirigió directamente a la tumba que había dejado vacía aquel judío supuestamente inmortal. No era difícil de encontrar: desde la muerte del farsante, el lugar estaba rodeado de campesinos supersticiosos, muchos de ellos tullidos o enfermos, que buscaban cura para sus dolencias en la piedra donde había tenido lugar el milagro. La mayoría de ellos, según pudo ver Saadino, necesitaban pura atención médica más que milagros. Si le hubiera apetecido, habría podido establecerse en el lugar y habría tenido trabajo para muchos años. Pero eran gentes pobres, incapaces de apreciar la pericia de un médico aun cuando la vieran en la práctica; hiciera lo que hiciera, sería atribuido a los milagros del desaparecido charlatán. Además, no tenía tiempo.

Se abrió paso hasta el oficial al mando de un pequeño grupo de soldados romanos que protegían la tumba del populacho. En su fervor, suponía Saladino, estos condenados venidos en busca de milagros serían capaces de instalar un santuario en la misma tumba.

Saladino no se inmiscuía en política, pero era bien sabido que los judíos eran unas gentes rebeldes que nunca se habían adaptado al gobierno romano. A diferencia de los britanos, quienes luchaban abiertamente contra las fuerzas romanas de ocupación, los judíos se mostraban sumisos y obedecían aparentemente. Y, luego, seguían haciendo lo que querían.

Convertirlos a la religión romana era algo impensable, al menos por el momento. Jamás cambiarían su Dios vengativo y solitario por el más adecuado panteón de las deidades romanas. Era el único punto en relación con el cual los judíos se apasionaban de verdad, por lo que Roma, sabiamente, no se daba por enterada. Se creía que, a medida que se fueran civilizando, los judíos acabarían abandonando su estricto código religioso para pasarse a una forma de adoración menos exigente.

Pero los cultos milagrosos sí constituían un problema. No sólo molestaban a los mismos judíos, sino que las perturbaciones que ocasionaban aquellos radicales hacían que la administración de la provincia fuera caótica. En opinión de Saladino, el nazareno que había escapado de la tumba había, sin querer, creado un nuevo culto que traería problemas.

-¿Quién era? -preguntó Saladino cortésmente.

El soldado le echó un vistazo y observó los buenos ropajes romanos que vestía Saladino así como su hablar perfecto.

-Un don nadie -contestó con una mueca, al tiempo que echaba atrás a una mujer que porfiaba como una arpía, con los cabellos largos y rojos y cuyo rostro habría podido parecer lascivo en un dormitorio.

Ésta no parecía ser consciente de la barrera que formaban los soldados y se abalanzaba una y otra vez fanática intentando entrar en la tumba.

-No envidio tu trabajo -dijo Saladino.

-Te aseguro que he tenido mejores destinos -respondió el soldado, sombrío.

La mujer se lanzó sobre él una vez más. Exasperado, el soldado le abofeteó el rostro con el dorso de la mano.

-Parecen dementes -musitó, frotándose los nudillos-. Lo peor lo tenemos aquí, pero se arrastran por toda la ciudad siguiendo los pasos de ese bribón. Están acampados sobre el terreno de la ejecución como cuervos. He oído decir que han hecho pedazos la cruz.- Sacudió la cabeza-. Por Júpiter, incluso invaden la taberna donde el pobre diablo tomó su último trago.

Esta vez la mujer se lanzó sobre Saladino y, con unos dedos descarnados, agarró la manga de su túnica negra.

-¡No escuches al romano! -le exhortó con mirada vidriosa. Al parecer, tomaba a Saladino por un miembro de su propio pueblo-. Jesús es el Cristo, el hombre ungido enviado por Dios. Los romanos le han dado muerte, pero vive de nuevo. Yo le he visto con mis propios ojos....

Soltaba su torrente de palabras mientras el soldado, metódicamente, arrancaba su mano de la manga del alto desconocido.

-¿Dónde has visto a ese hombre? -preguntó Saladino, pero el soldado había hecho retroceder a la mujer desenvainado su espada.

-¡Que se vaya esta mujer si no quiere que la mande azotar! -ordenó. La multitud lanzó gritos de protesta.

-¿Dónde has visto a ese hombre? -repitió Saladino a voz en cuello.

Era inútil. Apenas oía su propia voz en medio del griterío. Alargó el cuello para ver por encima de las cabezas de la muchedumbre y vio que alguien cogía a la mujer, sollozante, y la sacaba de la multitud.

-¿Ves lo que digo? -El soldado envainó la espada-. Dementes.

Saladino se abrió paso hacia el punto donde había visto esfumarse a la mujer.

-¡Espera! -la llamó. Pero, cuando por fin consiguió liberarse de los apretujones del gentío, la mujer había desaparecido. Preguntó a los otros presentes, pero nadie sabía dar razón de la mujer que él describía. Ninguno de ellos había visto tampoco al desaparecido Jesús de Nazaret. Sin embargo varios pudieron indicarle la situación de la posada donde se había visto en público a Jesús antes de su ejecución.

Seguramente era un pérdida de tiempo, pensaba Saladino mientras andaba por el polvoriento camino que llevaba a la ciudad. Las gentes de aquí eran muy tontas, eran capaces de creer cualquier cosa. Si algo así hubiera ocurrido en Roma, habría encontrado en menos de media hora a una docena de hombres que le dijeran, pagándoles algo, dónde se hallaba aquel hombre. Pero ¿qué se podía esperar en este lugar olvidado, donde las casas eran de barro y las calles ni siquiera estaban empedradas?

Podía empezar por la posada. Tal vez ahí conocieran al hombre y supieran dónde vivía. Gruñó para sus adentros mientras se acercaba al lugar. Junto a la puerta estaba congregado un ruidoso gentío que clamaba pidiendo entrar para echar un vistazo al interior. Una vez más, Saladino tuvo que forcejear para abrirse paso.

El interior estaba atestado de mesas, algunas de ellas simples cajas o bloques de piedra, colocadas tan juntas las unas de las otras que se preguntó cómo harían los parroquianos para moverse entre ellas. El posadero, un hombre rollizo que sudaba profusamente, daba órdenes al servicio. Saladino le dio un golpecito en el hombro y se volvió, irritado, pero se apaciguó en seguida al apreciar el aspecto adinerado del alto forastero.

-Sí, señor. ¡En un segundo tendremos una mesa y una comida como jamás las ha probado!

-Me gustaría que me informaras acerca de ese hombre al que llaman Jesús de Nazaret.

-Sí, sí, por supuesto. Aquí es donde comió por última vez. Cordero, comió cordero del mejor, preparado con puerros. Es la especialidad de la casa. ¿Quieres que te lo sirvamos? Estará listo en cuanto te sientes a la mesa.

-¿Eras amigo suyo? -preguntó Saladino inclinándose y acercando su rostro al del hombre.

El posadero levantó la mirada, sobresaltado.

-¡No, señor! -pronunció con vehemencia, sacudiendo la cabeza con tal vigor que sus mandíbulas temblaban-. Soy un comerciante honrado. ¿Cómo iba yo a saber que era un malhechor?

Al oír estas palabras, Saladino quedó un tanto desconcertado

-Yo sólo quería...

-Yo no sabía nada de él -insistió el gordo frotándose las manos ante sí, como queriendo borrar toda duda, al tiempo que daba un paso atrás-. Ni de sus compañeros tampoco. No han vuelto por aquí.

Se volvió, pero Saladino le cogió del brazo y pudo percibir que el hombre estaba en tensión.

-No voy a perjudicarte -le aseguró-. Soy forastero aquí y sólo deseo saber el paradero de ese hombre.

-¿Su paradero? -El posadero le miró de reojo-. Está muerto.-El ceño se fue de su cara-. ¿No lo sabías?

-He oído decir que la tumba está vacía -dijo Saladino con cautela. Si este hombre sabía algo, era el momento de negociar el precio de una información-. Tengo entendido que era un gran maestro. Estaría dispuesto a pagar una suma considerable por hablar con él... o con uno de sus seguidores.

-Me temo que es demasiado tarde para eso -dijo el posadero con un suspiro-. Han sido todos arrestados o están ocultos. En cuanto a ese hombre... -Se encogió de hombros de manera exagerada al tiempo que extendía los brazos . Dicen que ha resucitado. ¡Qué sé yo! Bien, si puedes esperar unos minutos, estoy seguro de que podré conseguirte una mesa... - Estaba ansioso por volver a su negocio.

-¿No oíste de qué hablaban cuando él estuvo aquí?

-No, sólo hubo el ritual de la copa.

-¿Cómo?

De repente, el posadero mostraba entusiasmo.

-Vaya, ¿no has oído hablar de eso? Fue en esta misma sala donde pasó su cuenco con el vino a todos los presentes en la mesa y les pidió que le recordaran. Fue como si presintiera su muerte, ¿entiendes? Lo oí personalmente -dijo con orgullo-. ¿Te gustaría verla?

-Yo... de acuerdo.

Al menos, tendría la oportunidad de hablar con el hombre en privado. Quizá hubiera oído algo más que lo que recordaba.

-Espléndido. Espera en el almacén a la vuelta de la esquina. Estaré contigo en seguida. - LLamó a alguien para que llevara vino a una mesa-. La tarifa por verla es muy reducida: sólo tres siclos. -Rió para congraciarse y volvió apresuradamente al comedor.

Saladino dio la vuelta lentamente a la esquina. Con gran fastidio, vio que el almacén estaba también atestado de haraganes que, después de haber cenado, estaban dispuestos a pagar tres siclos por echar un vistazo a aquel cuenco sin valor. Se unió a ellos, y tuvo que inclinarse mucho para entrar por la puerta abierta con el dintel, muy bajo. Dentro había pilas de cuencos de cerámica, barricas de vino y desechos de todo tipo, entre ellos una especie de viejo baúl. El depósito de la copa sagrada, sin duda, pensó Saladino con irritación. El techo de la estancia de suelo de tierra era demasiado bajo para que él pudiera permanecer erguido, por lo que tuvo que apoyarse contra la pared igual que un escolar perezoso. El aire de la pequeña estancia olía a puerros y a vino dulce. Todo esto era ridículo, pensó. El posadero no sabía nada, sólo el modo de robarles un poco de dinero extra a sus parroquianos. Pero, ¿adónde iría ahora? ¿Volvería a la tumba, quiz , para ver si había vuelto aquella mujer enloquecida? ¿O tendría que vagar por la ciudad, como durante tanto tiempo había hecho en Roma, preguntando discretamente a las gentes si habían visto a un hombre con un extraño ornamento de metal de forma esférica?

Suspiró. Podría pasarse otros diez años buscando sin tampoco conseguir nada. No se creía capaz de soportar diez años en Judea. Tragó saliva para ocultar su desánimo. Entonces, de vuelta a Roma. De vuelta a la vida de los hombres corrientes, vivida a la sombra de la muerte. Sentía ganas de llorar.

-Apartaos--murmuraba mientras pasaba por entre el gentío camino de la salida.

-Perdona mi tardanza -gritó el posadero mientras la solida masa de su barriga empujaba a Saladino hacia atrás haciéndole entrar de nuevo en la fétida cámara-. Tres siclos, por favor. Para pagar los gastos. -Ofrecía su delantal, con el gran bolsillo de delante abierto, mientras los visitantes dejaban caer monedas en él.

Saladino estaba a punto de marcharse asqueado cuando el delantal se abrió delante de él.

-Te aseguro que no lo lamentarás -dijo el posadero guiñándole el ojo.

Con un suspiro de resignación, Saladino echó tres monedas.

El hombre gordo abrió rápidamente el baulito con una llave que sacó de debajo del delantal. Resoplando por el esfuerzo hecho al inclinarse, levantó la tapa y sacó un cuenco de color verde azulado. Algunas mujeres profirieron exclamaciones apreciativas, pero Saladino no entendía el porqué de su admiración. Era una pieza de cerámica execrable, burdamente decorada con peces de aspecto primitivo.

-Algunos le llamaban el Mesías... algunos herejes -dijo el posadero en un misterioso susurro, como si fuera un sacerdote pagano salmodiando un encantamiento, al tiempo que alzaba ridículamente el cuenco por encima de su cabeza-. La noche anterior a su detención,

Jesús de Nazaret pasó este mismo cuenco a doce miembros de una sociedad secreta y les dio sus órdenes finales.

Hizo una pausa dramática.

-¿Qué órdenes? -preguntó por fin una mujer-. ¿Qué les dijo?

-Eso no puedo decírtelo -dijo sin abandonar su voz teatral-. Pero, mientras se lo llevaban, dijo a sus hombres que le recordaran.

La mujer puso cara de sorpresa.

-Un plan para expulsar a los romanos -sugirió alguien.

-Cada uno de los hombres bebió solemnemente del cuenco y luego lo pasó al siguiente. - Despacio, el posadero entregó el cuenco con los peces al espectador más cercano-. Cuidado.

El cuenco pasó con toda reverencia de mano en mano.

Esto es peor que un detestable espectáculo callejero de carnaval, pensó Saladino.

Casi se sintió avergonzado al aceptar el cuenco. Sin embargo, al tomarlo se fijó en su peso. Era demasiado pesado para ser de arcilla. También la .ondulación era rara. Las estrías eran demasiado profundas. Pasó los dedos por las ranuras.

Saladino había trabajado durante años como artista, sobre todo en Egipto, durante la XVIII Dinastía, en la tumba del faraón Akhenatón. Había hecho mucha cerámica, y también las esculturas y pinturas casi realistas que constituían el distintivo de la época. Se dio cuenta pues, mientras estudiaba las exageradas ondulaciones del cuenco tan burdamente pintado, de que había algo dentro de su base.

Le dio la vuelta y golpeó ligeramente con los dedos la superficie de debajo. Era un sonido distinto del que producía su uña sobre los lados estriados del cuenco, más seco éste. La base cabía fácilmente en la mano de un hombre; y escuchando, prestando muchísima atención, Saladino era capaz de oír el sordo tamborileo de sus propios latidos.

Empezó a sentir aquel calor en la mano.

-Por favor, todos están deseando...

Saladino estrelló el cuenco contra la pared.

Una mujer chilló.

-¡Qué es esto! -gritó el posadero cuyo rostro, mientras apartaba imperiosamente al gentío, era del color de la remolacha.

Tenía la copa. Saladino cerró los ojos mientras sus largos dedos se cerraban sobre el cálido metal de la esfera y sentía la antigua magia discurrir una vez más por su cuerpo.

-¡Las autoridades sabrán de esto, puedes estar seguro!

Saladino soltó una carcajada. Cogió una bolsita llena de monedas romanas de oro de su cinturón y la depositó en la mano del posadero.

-Por tus pérdidas -dijo, y pasó por la puerta baja como un ave de presa, el manto negro flotando tras él.

Por unos momentos, las personas congregadas en el almacén permanecieron en silencio viendo cómo aquel hombre alto abandonaba la posada. Luego el posadero, con su mentalidad práctica, abrió la bolsita con cinta corredera y miró en su interior.

-Mira, un pez entero -decía una mujer al tiempo que cogía un pedazo roto del cuenco. Otros siguieron su ejemplo y se agacharon en busca de los trozos de arcilla esparcidos por el suelo.

-Por favor, por favor -exclamaba el posadero, exasperado-. Son reliquias preciosas de la auténtica copa del Cristo. -Abrió el bolsillo de su delantal y sonrió-. Treinta siclos.

Fuera, la figura de araña de Saladino se dirigía casi danzando hacia las caballerizas. Saldría a caballo de este pozo infecto y cogería pasaje para el primer barco que zarpara con destino a Roma.

¡Qué suerte la suya! Había encontrado la copa en su primer día en este lugar olvidado de los dioses. ¡Y metida en un cuenco cubierto de peces, nada menos!

Se detuvo tan bruscamente que un hombre de edad avanzada tropezó con él por detrás.

Apretó la esfera de metal en la mano. Así que, después de todo, ese hombre llamado Jesús no se había quedado con ella. Lo más seguro era que ni siquiera conociera la existencia de la copa. Tanto hablar de la vida eterna y había dejado -literalmente- que la oportunidad de vivir para siempre se le escapara de las manos.

Y, sin embargo, su tumba estaba vacía.

Saladino se estremeció.

Regresó a Roma, pero no habló de su viaje a Judea. Pasados treinta años desapareció rumbo a la India, donde trabajó por un tiempo como mercader en sedas antes de regresar a Roma.

En estos tiempos a los cristianos se les consideraba un peligro para el Imperio. Se reunían en secreto y se conocían por el símbolo del pez, que revelaban de maneras muy astutas.

-Locos -dijo un conocido de Saladino. Estaban ambos sentados en el Coliseo observando a un grupo de cristianos rezando de rodillas mientras un león se ensañaba con uno de ellos-. No luchan. Es más, se enorgullecen de que los crucifiquen.

-Quizá su fe sea muy grande -aventuró Saladino.

-¿Fe en qué? ¿En que un hombre puede vivir eternamente? -El amigo rió ásperamente y señaló el cadáver que estaba a los pies del león-. A ese pobre tonto no le ha ayudado mucho su fe.

-Hay cosas que están más allá de la lógica de nuestros ojos y oídos -contestó Saladino. Pero el león había atacado a otro de los cristianos y el populacho se había puesto en pie, gritando y jaleando.

Nadie oyó a Saladino.

La siguiente vez que Saladino perdió la copa, fue por culpa de una mujer. La habrían considerado una bárbara, incluso los britanos, cuyas costumbres estaban muy por debajo de las de Saladino. Si había considerado Judea un país atrasado, se quedó de piedra la primera vez que contempló la isla septentrional de Britania.

No había aquí caminos de ningún tipo, salvo las carreteras que habían construido los romanos durante su larga ocupación, y éstas estaban muy estropeadas y en desuso. Por los verdes campos se entrecruzaban ahora una serie de senderos de tierra.

Desde la partida de las legiones romanas, el país entero parecía haber vuelto a la barbarie. A Saladino se le antojaba un jardín descuidado que hubiera sido invadido por zarzas y espinos. Las villas de los nobles eran ahora ruinas sobre las cuales se alzaban primitivas chozas con techo de paja. Las ciudades y los pueblos, en otro tiempo eficientes centros comerciales, se habían ido deteriorando hasta ser ahora miserables aglomeraciones de casuchas donde sólo los más empobrecidos campesinos se atrevían a vivir. Las mismas guarniciones militares habían sido ocupadas por sucios habitantes del lugar que vivían en los destartados cuarteles con sus animales, rodeados de carne putrefacta.

Era un país sin leyes, y todos eran analfabetos. Los grandes conceptos de gobierno aportados por los romanos habían caído en el más completo olvido. Los britanos ni siquiera tenían los más rudimentarios conocimientos del desagüe de las aguas fecales. Era espantoso. Saladino estaba a horcajadas sobre su caballo -y era una suerte haberlo traído consigo, porque estos norteños de piel clara ni siquiera tenían animales decentes sobre los que montar-, pensando en el modo de abandonar lo antes posible el país. Eran muy escasos los barcos que pasaban hacia la isla. Quizá, pensaba con abatimiento, tuviera que permanecer aquí seis meses o más.

Y, además, ¿adónde iría? Había acabado harto de Roma. Hacía unos años, los invasores visigodos habían entrado a saco en la ciudad. La invasión había sido un golpe terrible para los romanos, aunque poco sorprendió a Saladino. Era cierto que la decadencia y la corrupción de la nobleza le habían proporcionado unas cuantas veladas placenteras en el curso de los años, pero habían impedido un buen gobierno. De hecho, los romanos se habían vuelto tan cínicos que los bárbaros visigodos ni siquiera habían hecho nada por negociar con los gobernantes de la ciudad. Habían ofrecido mantener la paz a cambio de un precio. Los representantes del emperador, soberbios, se negaron a pagar dinero de protección a las hordas nómadas, pero, por otro lado, no se ocuparon de fortificar la ciudad. Prosiguieron las fiestas en medio del aluvión de chistes de moda acerca de los

visigodos, hasta que los mismísimos romanos se vieron a merced de guerreros apuestos vestidos con pieles de jabalí.

Saladino presintió que las cosas iban a ir mal y aprovechó la oportunidad para ausentarse de la ciudad antes del ataque. Pero, con gran horror por su parte, se encontró con que se estaban produciendo atrocidades similares en casi todos los centros civilizados del mundo. Enormes masas de hombres a caballo procedentes de las llanuras de Eurasia, atacaban los centros civilizados de China, Persia, India... incluso los engolados griegos de Atenas caían bajo las ingentes tropas bárbaras. Se podía huir de Roma pero no había en realidad ningún lugar adonde ir, a menos que se optara por aventurarse en lo ignoto.

Nada valía la pena, decidió Saladino al tiempo que regresaba a la Roma agonizante.

En realidad, éste resultó ser uno de los periodos más interesantes de su interminable vida. En aquellos últimos años, Roma le recordaba a una venerable y noble mujer que se hubiera vuelto descocada con la vejez. No había nada, ya fueran placeres, sensaciones o experiencias, que no pudiera comprarse Saladino se acostó con esposas de senadores, con un príncipe nubio... incluso, una vez, con una de las sagradas vírgenes vestales. Se celebraban festines en los que los miembros de la plebe, imitando a la nobleza, comían hasta reventar y luego salían tambaleándose para vomitar en la calle. Los espectáculos del Coliseo se hicieron aún más aparatosos y sofisticados, en los que se mezclaba al máximo el sexo más depravado con una cruel violencia.

Pero nada venía de nuevo a los romanos. Roma lo ha visto todo, era el lema de la ciudad ahíta. Los romanos sabían ya que su época se iba veloz. Pronto serían todos asesinados en sus lechos, y con ellos su civilización. Era el fin del mundo, y lo aceptaban sin la menor señal de sentimentalismo. Saladino los admiraba por ello.

Cuando la ciudad hubo sido saqueada por quinta vez y hubo visto arder su propia casa por los cuatro costados, Saladino decidió abandonar la Ciudad Eterna. No había sido en absoluto eterna, pensaba con tristeza mientras se alejaba de Roma camino del norte con sólo una alforja llena de oro, la copa de metal y, por costumbre, un taleguillo con una provisión de medicinas. La ciudad había venido y se había ido en un abrir y cerrar de ojos.

No era su intención viajar hasta Britania, pero, a medida que seguía camino hacia el norte, empezó a formarse una idea en su mente: ahora que Roma se había acabado, quizá sus provincias empezaran a florecer. Creía saber que los romanos habían construido ciudades en la isla septentrional y habían apaciguado lo bastante a los salvajes celtas como para que muchos de los terratenientes britanos se convirtieran en ciudadanos romanos. Sus hijos aprendían latín, y vivían en villas al estilo romano. A algunos de los más ricos se les había incluso otorgado el título de senador.

Veía ahora, mientras contemplaba la desolación del país, que la información que le habían dado no podía estar más equivocada. No quedaba nada de lo que hubieran conseguido los romanos durante su ocupación. Poner en manos de bárbaros un gobierno civilizado era como darle oro a un niño, pensaba Saladino, furioso. Lo que no se podía comer no tenía para ellos ningún valor.

¿Y a dónde ahora?, era el pensamiento que pendía sobre él. El clima era aquí frío, más frío que en ningún otro lugar que él conociera. Aunque todavía era septiembre, tuvo que

envolverse en el manto para intentar entrar en calor. Desde luego, no iba a quedarse en una de las así llamadas ciudades; eran pestilentes. Había en la zona granjas donde suponía podría pagar para que le dieran alojamiento, pero la perspectiva de vivir bajo el mismo techo no sólo con bárbaros sino también con sus animales le resultaba: insoportable.

Decidió pasar la noche en el bosque. Porque, aunque ahora era un ser de la civilización, Saladino no había olvidado sus años mozos pasados con Kanna en los montes ' Zagros. No temía a la naturaleza y era capaz de vivir de la tierra. Esa noche mató un ciervo joven y lo asó sobre un buen fuego.

Fue también ésa la noche en que se encontró a Nimué.

Debió de sentirse atraída por el fuego o por el olor a comida. Saladino había asado el ciervo entero y estaba sentado sobre la piel del animal mientras mordisqueaba un anca. Era absurdo, pero anhelaba comer fruta. Allí en Roma, debido a las constantes invasiones, el suministro de alimentos había sido escaso en los últimos tiempos, pero todavía era posible encontrar melocotones o melones si uno sabía buscar. Pero aquí.... Suspiró. En este lugar frío, sería una suerte no morir de hambre.

Mañana, decidió, iría a los muelles, y todos los días hasta que encontrara a alguien con una barca que pudiera hacerles cruzar el canal a él y a su caballo hasta Europa. Una vez allí, viviría lo que le tocara en suerte en espera de que el mundo se calmara y surgiera alguna forma de orden.

Dejó a un lado el trozo de carne, desaparecido su apetito. En treinta siglos, no había visto nada parecido al desastre que sacudía ahora el mundo. De haber sido supersticioso habría estado de acuerdo con aquellos romanos que decían que la Humanidad había llegado a su fin. El estadista Cicerón tenía razón al advertir a la nobleza de que no cediera ante la masa de las gentes vulgares, ante la chusma. Ahora, los bárbaros se apoderaban de la Tierra.

Saladino se recostó asqueado sobre la piel de ciervo, que olía todavía a sangre fresca. O esto o el suelo desnudo. Cerró los ojos e intentó no pensar.

En la quietud del bosque, el ruido de una ramita al partirse resonaba como un trueno. Se puso en pie de un salto y sacó rápidamente su puñal.

El animal se detuvo y se quedó quieto, pero, a la luz de la hoguera, Saladino podía ver sus ojos, vidriosos y relucientes, rodeados por una nube de cabello resplandeciente. Aquel ser profirió un ruido, casi un grito, y cayó al suelo. Saladino, con precaución, se acercó a la criatura. Ésta yacía inmóvil, boca abajo, en un trozo de suelo cubierto de hojas secas. Cuando llegó hasta ella, la empujó con el pie para darle la vuelta y vio con sorpresa que se trataba de una mujer.

Una niña, más bien. No debía de tener más de diecisiete años, pensó Saladino mirándola fijamente con desagrado. Y sin embargo, con sus carnes blancas y sucias y sus ropas de pieles de animal, le recordaba de manera extraña a Kanna, el viejo ermitaño de las montañas.

Como la niña no se movía, se inclinó para ver si seguía aún con vida. Aparte de lo que era de esperar, un sinfín de costras y magulladuras, no había, a simple vista, señales de heridas

mortales. Le abrió uno de los párpados. Por el aspecto del ojo, debía de haberse desmayado. Vio que el iris era azul.

No se había acostumbrado nunca a las gentes de ojos azules y piel clara, aun cuando había visto a muchas. El mismo Alejandro, el guerrero más grande de la historia, era rubio, y si bien Saladino había estado casi enamorado de él un tiempo, ello pasó a pesar del aspecto físico de aquel hombre. Incluso los griegos, con todo su saber y toda su elegancia, le producían a Saladino repugnancia física. Ésta era la razón por la que había preferido, con mucho, vivir en Roma. Si bien había también allí personas rubias, no pertenecían al tipo que a él tanto le desagradaba, paliduchas y de aspecto enfermizo, como termitas o peces de las profundidades. Como Kanna. O como esta niña.

La piel de la chica estaba caliente. Alguna forma de fiebre, probablemente provocada por alguno de los bichos que en tanta abundancia llevaba sobre su persona. Apestaba.

Saladino se sentía inclinado a dejarla donde estaba, pero esto le planteaba un problema. Enferma o no, podría atacarle durante la noche. El bosque era oscuro.

Maldiciendo para sus adentros, la llevó a rastras hasta la hoguera. De todos modos, seguramente habría muerto al llegar la mañana. Entretanto, si no le quitaba la vista de encima impediría que le cortara el cuello.

La chica volvió en sí brevemente y fue a hacer un movimiento brusco.

-Quieta, quieta -dijo Saladino con cansancio, llevándole los brazos a la espalda-. No voy a hacerte daño, saca de carne maloliente.

La muchacha intentó resistirse, pero estaba muy débil. Tenía los ojos muy abiertos. Saladino sintió su aliento ardiente y febril y apartó la cara. Firmeramente, sin violencia, la instaló delante del fuego.

-Supongo que tendrás hambre -dijo, arrancando un trozo de carne de la carcasa asada del venado.

La muchacha miró la carne, pero sus ojos se extraviaron. La lengua se despegó del paladar con un desagradable sonido. Tenía sed. De mala gana, Saladino le ofreció su barrilito de agua. Había visto un arroyo cerca de allí. Limpiaría la espita de metal por la mañana, después de colocarlo sobre el fuego para quemar las impurezas de la boca de esta chica.

La muchacha bebió con avidez, derramando más agua de la que entraba en su boca. No paró de beber hasta que Saladino apartó el barrilito. Luego, con una última mirada indecisa a este desconocido del bosque, la muchacha se ovilló junto al fuego y se durmió.

Cuando, después de un tiempo, sólo quedaron las ascuas, Saladino hizo lo mismo.

Al despertar, Saladino halló a la muchacha en cuclillas en el suelo delante de él royendo un pedazo de carne fría. Sus ojos azules, que ya no estaban nublados por la fiebre, le miraban fijamente con una mezcla de respeto y temor.

-Vaya, todavía vives -dijo él sin mucho interés.

Ella le sonrió. Tenía buenos dientes, a pesar de vivir como una fiera. Intentó hablar, pero sus palabras eran vacilantes y el lenguaje gutural, una serie de sonidos que a Saladino le sonaban a puro galimatías. Se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que esta chica había hablado con otro ser humano.

Pero luego pensó en lo absurdo de esta idea. La criatura tendría a buen seguro un protector cerca de allí, un enorme bruto peludo de su propia clase que vendría en busca de ella con un garrote en la mano.

Saladino se desperezó y fue a desatar el caballo.

-Vete -le dijo a la chica-. Vete ya, vete.

La empujó y la chica cayó al suelo con una expresión dolida en su cara sucia. Saladino hizo caso omiso de ella y se subió a la silla de montar.

Los muelles estaban llenos de barcas de pesca, pequeñas embarcaciones en las que no podía transportarse un caballo. Saladino tenía un buen caballo, un garañón que había llevado él mismo a Roma desde Persia. Ni siquiera los fuertes animales de la Galia, que utilizaban la mayoría de los oficiales romanos, podían compararse con aquella maravilla de patas veloces que constituía el preciado corcel de Saladino. El gran escultor Devinio le había pedido permiso para dibujar su caballo, pero Saladino se había negado. Si se hacía una estatua del caballo, se lo robarían. El mismísimo emperador lo querría para sí.

Saladino no estaba dispuesto a renunciar al garañón por un viaje en barca.

-¿Cuándo está previsto que atraque un barco grande aquí? -gritó a unos pescadores.

Los hombres levantaron la mirada pero no contestaron. Saladino preguntó de nuevo; esta vez, uno de ellos gritó algo en la misma desagradable lengua en que había hablado la muchacha del bosque.

Vaya desastre, pensó Saladino furioso. Después de casi cuatrocientos años de gobierno romano, estos bárbaros habían olvidado el latín en menos de medio siglo. ¿Cómo iba a hablar él con esta gente? Por todos los Dioses, su caballo era más inteligente que todos ellos juntos.

Se volvió, deseando tan sólo alejarse de este lugar. Soplaban hoy un viento frío. Pronto llegaría el invierno y con él la certeza de que ningún buque de un lugar civilizado iba a parar en esta isla perdida del norte donde él estaba obligado a permanecer.

El invierno en Britania iba a ser distinto de todo cuanto él había conocido, de esto Saladino estaba seguro. Se decía que nevaba en la isla. No sólo en las cumbres de las montañas, adonde los nobles romanos enviaban a sus esclavos a recogerla para tener postre para las fiestas, sino en todas partes. Y además, estas tierras estaban al parecer sitiadas por otros bárbaros. Los oficiales romanos que habían estado de campaña en Britania hablaban de una raza de guerreros de pelo claro llamados sajones que hacían de vez en cuando incursiones contra los fortines de la costa. Para los legionarios, eran un fastidio más que una verdadera amenaza.

-Bestias, eso es lo que eran -decía un soldado relatando su experiencia-. No parecen seres humanos, no hablan como seres humanos. -Hizo una mueca-. Y, creedme, no huelen como seres humanos.

Saladino casi se echó a reír. Ni siquiera los visigodos encontrarían nada de valor que saquear en Britania. Fueran quienes fueran estos sajones, tenían que estar realmente desesperados para dedicarse al pillaje en este montón de estiércol helado, baldío y pobre.

El caballo se encabritó. Saladino, que estaba sumido en sus ensoñaciones, controló el animal al mismo tiempo que echaba mano al sable.

Era la chica que salía corriendo del bosque hacia él.

-¡Tú otra vez! -dijo Saladino con repugnancia.

La muchacha llevaba dos ardillas muertas cogidas de la cola. Se acercó a él, sonriendo con timidez, y le ofreció los dos animalitos. Él vaciló por un instante, pero la chica afirmaba con la cabeza y extendía los brazos.

Saladino cogió las ardillas. Así, pensó, no tendría que cazar luego.

-¿Desde cuándo me vienes siguiendo? -quiso saber, y en seguida se lamentó de perder el tiempo en hablar con ella.

A la luz del sol, el cabello de la muchacha lucía un color extraordinario. Era rizado, además de enmarañado, y le rodeaba la cabeza y los hombros como un gigantesco halo.

Vaya, a lo mejor era sajona, pensó Saladino. Desde luego, parecía concordar con la descripción que de ellos había hecho el viejo soldado romano. Pero no era guerrera. Tenía que ser tonta para salir corriendo del bosque en dirección a su caballo. Cualquier otro hombre la habría matado en el acto.

Iba él a seguir camino cuando la muchacha le tocó el tobillo.

-¡Déjame en paz! -dijo Saladino, dando un tirón hacia atrás con el pie-. Ella señaló el camino, o lo que pasaba por ser un camino.- ¿Qué?

La chica volvió a señalar, retrocedió apresuradamente unos pasos hacia el bosque, le hizo señas de que la siguiera y a continuación se introdujo velozmente entre los árboles y desapareció.

Saladino aguzó el oído. Oyó caballos que se acercaban desde cierta distancia y se dirigió al trote hacia ellos. Una vez pudiera ver a quien fuera que se acercaba, podría huir al galope si era necesario. Para su sorpresa, los jinetes eran soldados o algo así. Llevaban una especie de armadura, aunque cada uno de ellos parecía ir ataviado a su modo, y cabalgaban sin el menor sentido de rango o forma.

Pero sí portaban un estandarte, un dragón rojo hermosamente bordado sobre un campo de blanco. Seguro que era el séquito de alguno de los jefecillos de por aquí, pensó Saladino.

Aun en un sitio tan desolado, quizá hubiera algún hombre con educación capaz de hablar el suficiente latín como para encaminarle hacia un lugar decente donde pasar la noche. Tal vez estos nobles fueran una posibilidad.

-¡Ave! -gritó cuando el grupo estuvo al alcance de su voz.

Los soldados le rodearon en seguida, las armas desenvainadas. Saladino se inclinó ante ellos con un floreo, aunque su gran estatura combinada con el tamaño del garañón que montaba le hacía sobresalir muy por encima de estos britanos con sus caballitos desgrefñados.

-Soy forastero en vuestra tierra, os pido indulgencia y que me concedáis una entrevista con vuestro señor feudal -dijo en su más elegante latín.

Los hombres murmuraron algo entre ellos, de nuevo en la espantosa habla del lugar. Pero sus ojos no perdían de vista el caballo de Saladino. Uno de los hombres incluso se acercó y tocó el animal.

Saladino hizo que el garañón pateara en señal de aviso. Los soldados quedaron boquiabiertos ante este despliegue de destreza por parte del jinete.

-¡Exijo ver a quienquiera que esté al mando! -espetó Saladino.

Recorrió con la vista la hilera de hombres a caballo. Todos parecían ser soldados con la excepción de dos situados en un extremo de la hilera, uno muy viejo y el otro muy joven. El joven tenía aspecto vulgar, era pelirrojo y vestía ropas sencillas. El viejo, que parecía una especie de sacerdote, llevaba una larga toga sin forma y un manto echado sobre los hombros. Ambos montaban el mismo tipo de cabalgadura sin clase de los soldados. No había ninguna litera ni carruaje en el grupo.

Exasperado, Saladino dio media vuelta dispuesto a marcharse pero los soldados le detuvieron espada en ristre.

-Estáis realmente empezando a fastidiarme -dijo-. Dejadme paso.

Los soldados no se movieron. Uno de ellos hendió el aire con la espada en dirección a Saladino.

-¡Os he dicho, bufones, que me dejéis paso! -bramó mientras el garañón corcoveaba majestuosamente. Desenvainó también su sable, curvo y magnífico, con la hoja más larga que su propio brazo, y lo blandió con destreza por encima de la cabeza.

-Vamos, vamos -dijo una voz tranquila.

El viejo avanzó. El joven gritó algo en la lengua nativa y, con gran sorpresa de Saladino, los soldados retrocedieron un poco. Pero el joven permaneció donde estaba.

-Tal vez seamos bufones -dijo el viejo-, pero no tenemos por costumbre amenazar a un ejército de hombres armados. -Hablaba en perfecto latín.

-Disculpadme -dijo Saladino. Concedió al hombre la misma reverencia que había hecho a los soldados-. Estoy varado en una tierra extraña donde no puedo comprar comida ni cobijo ni hacer que se me entienda cuando pido satisfacer tales necesidades. Me he dejado llevar por un impulso.

-Es comprensible, teniendo en cuenta las circunstancias -dijo el viejo en un tono cordial--. ¿Cuál es vuestra gracia?

-Soy Saladino, venido de Roma y su imperio. Soy médico y noble, de nombre conocido.

-No por aquí -dijo el hombre sonriendo-. Me temo que Roma no tiene gran influencia en Britania desde hace algún tiempo.

-Eso ya he podido observarlo. Deseo regresar al continente...-O a donde sea, pensó con acritud-. Pero no me está resultando fácil conseguir pasaje en un barco lo bastante grande como para transportar mi caballo.

El hombre se acarició la barba blanca.

-Creo que en breve atracará aquí un barco romano. Suele venir para la compra de lana y perros antes del invierno.

-Sí, sire -respondió Saladino con impaciencia-. Dentro de seis semanas. Demasiado tiempo si hay que dormir en el bosque. He parado a vuestros hombres para pedir alojamiento. Pagaré bien.

El viejo parecía sorprendido.

-¿Alojamiento? ¿Con nosotros?

El joven dijo algo alegremente en el idioma del lugar y todos soltaron una carcajada.

Saladino se sintió montar en cólera. ¡Muñeco insolente! Al parecer, los nobles de este odioso lugar no juzgaban necesario enseñar buenos modales a sus hijos. El muy bobo incluso tenía la temeridad de acercarse y unirse a ellos dos. Y a continuación, sorprendió a Saladino poniéndose a hablar en un latín impecable.

-Os halláis en circunstancias hartamente desafortunadas, señor. Rogamos aceptéis nuestra hospitalidad por el tiempo que sea preciso. -Hizo una breve inclinación de cabeza y se incorporó al trote a la hilera, hablando lacónicamente a los hombres que encabezaban la cabalgata.

Ésta se puso en marcha. El viejo dirigió a Saladino una mirada divertida.

-Bueno, ser mejor que cabalgemos, entonces -dijo-. Camelot no está lejos.

-¿Camelot?

-La residencia de invierno del Alto Rey. -Señaló hacia el horizonte.

A algo más de quince kilómetros, a juicio de Saladino, se alzaba lo que parecía un enorme castillo de piedra sobre una colina. Inmerso en sus pensamientos, le había pasado inadvertido.

El joven pasó por su lado a caballo. Un muchacho de aspecto tan poco distinguido, con su mata de pelo rojizo y sus ropas sencillas... Saladino se dirigió al viejo.

-¿Es él el Alto Rey? -preguntó.

El viejo asintió con la cabeza.

-¿Y vos el regente?

-No, no soy tan importante. Yo soy Merlín. Me temo que no tengo título. Se me podría describir como un antiguo sirviente de la casa, supongo.

¡Un criado cabalgando al lado del rey! Saladino no entendía nada. No sabía si debía seguir hablando con este hombre o no.

-Me atrevería a decir que no estáis acostumbrado a ver gentes como nosotros -añadió el viejo-. Pero ya os acostumbraréis a ello.

Hizo avanzar su caballo hasta alcanzar al joven rey e hizo un gesto a Saladino para que se uniera también a ellos.

Cuando todos hubieron desaparecido y el polvo se hubo posado sobre el camino, la muchacha se asomó con cautela por entre los árboles. Los cuerpos de las dos ardillas estaban en el suelo, aplastados por los cascos.

El forastero se había marchado sin acordarse de ella.

-Parecías tan joven -dijo Saladino al niño dormido-. Y sin embargo, estuvo claro desde el primer momento que tus caballeros te adoraban.

Fue sobre todo este hecho lo que puso en marcha en él los primeros impulsos de ambición. Esto pensaba ahora.

Hasta ese momento, Saladino no había aspirado jamás al poder. Ello quiz se debiera en parte a su juventud, aun cuando había vivido ya casi treinta y dos siglos. Y, para alguien que lo viera desde fuera, había sido un muchacho quinceañero la mayor parte de ese tiempo. Rpidamente, en lo que había parecido un instante, pasó a ser un hombre de veinticinco. Fue muy útil desde el punto de vista profesional: después de su regreso de Judea, su fortuna se multiplicó por mil. Sus servicios como doctor eran muy solicitados.

A fuer de ser sincero, había sido un médico muy bueno, aun cuando jamás había utilizado la esfera de metal para curar a un paciente ni siquiera cuando éste fue el mismísimo emperador. Era tonto correr un riesgo semejante. Además, no tenía un interés especial en mantener la vida de las personas. Siendo inmune a la muerte, opinaba con frialdad que la muerte formaba parte del orden natural de las cosas.

Pero sí poseía, cuando menos, una gran experiencia en su profesión. De haberse entregado más a ella, habría podido revolucionar la práctica de la medicina y de la cirugía. De hecho, había descubierto el modo de resucitar un corazón parado: el procedimiento le dio tanto renombre que temió tendría que abandonar Roma. Ora se lo aclamaba como santo, ora lo denostaban como brujo, hasta que, fíjate, el emperador Nerón inclinó la balanza convocando a Saladino al palacio imperial para que le tratara una gota recurrente. A partir de ese momento fue muy bien visto, si bien no se le invitó a volver cuando el emperador sufrió su siguiente ataque.

Los colegas reprendían sutilmente a Saladino por no sacar más partido de esta oportunidad que se le brindaba de ganarse el favor del emperador.

-No se puede hacer nada por él -respondió Saladino concisamente-. Mientras no cambie sus hábitos de comida.

En realidad, se sentía aliviado. De haber sido elegido como médico personal del emperador, habría acabado resultándole difícil guardar el secreto de su inmortalidad. Él habría seguido siendo un hombre de veinticinco años mientras todos los demás, incluido el divino dirigente, envejecían y morían. No, era un secreto demasiado importante como para arriesgarlo por una momentánea estancia en el sol. ¿Para qué quería él el poder? Tenía la vida. Además, Nerón era un insignificante y repulsivo degenerado cuyos hábitos personales ofendían a Saladino. No se sintió nada apenado cuando, poco después, murió el emperador y el nombre de Saladino desapareció de los círculos palaciegos.

Pero aquí, en esta tierra extraña y bárbara, las cosas eran distintas. Esto no era Roma, donde ostentar el poder significaba mirar siempre quién tenía detrás. Aquí, el Alto Rey llevaba la vida de un hombre corriente y consideraba su posición un trabajo.

Arturo mandaba las fuerzas de Camelot con mano ligera. Mientras que los emperadores romanos se consideraban a sí mismos deidades vivientes, este rey se comportaba como un jefe entre iguales. Y era, decían, un gran guerrero, que se introducía sin vacilar en el fragor de la batalla y no vivía en campaña mejor que el más inferior de sus soldados.

En el castillo, rechazaba los refinamientos y las diversiones. Salvo en las ceremonias oficiales, ni siquiera lucía en la cabeza una pequeña corona de oro que denotase su rango. En Camelot, los entretenimientos eran sencillos: un tocador de arpa, un trovador. La comida era también sencilla. El castillo de piedra era asimismo austero, aunque inmenso. El rey había incluso mandado construir una mesa redonda a la que se reunía con sus caballeros preferidos. Saladino había visto con sus propios ojos la silla del rey, que no era más alta que las otras.

Un hombre así no podía gozar de respeto durante mucho tiempo, pensaba Saladino. De afecto, sí. Los hombres le querían por su misma sencillez, por su pureza espartana. Era uno más. Pero no era un rey, no un rey como los que había conocido Saladino.

-¿Leéis el idioma celta? -preguntó Merlín, interrumpiendo sus divagaciones.

Saladino estaba de pie junto a la biblioteca de madera tallada situada en una antesala junto al Gran Salón. Era una extraña estancia, por todo mobiliario había en ella un banco bajo y

una estera de esparto en el suelo, además del pequeño armario. Pero tenía bastante luz en comparación con las otras cámaras con saeteras por ventanas que se hallaban en el torreón de piedra del castillo, barrido por el viento, y la temperatura aquí era bastante mejor que la de su propio pequeño aposento del piso superior.

Saladino se había aficionado a estar casi todo el tiempo allí, pasando revista a la escasa colección de escritos. Había ejemplares de la República de Platón y de la Ética de Aristóteles, escritos en griego en páginas de papel de lino amarillento y también la autobiografía del emperador Claudio en latín, algunos escritos de Julio César y Las oraciones de Cicerón, que Saladino conocía tan bien que era capaz de recitarlas casi de memoria. Había también obras en idioma franco, unos cuentos populares que le parecían divertidos y varias obras bellamente ilustradas en un idioma que no entendía. Tenía una de éstas en la mano cuando el misterioso servidor de la corte llamado Merlín se acercó a él.

Saladino casi dio un salto. Se había habituado a que no se le dirigiese la palabra en el castillo. Al parecer, nadie entendía el latín salvo Merlín y el rey, y a éstos rara vez los veía. En cuanto a los otros, formaban un grupo de chicos alocados que se pasaban el día al aire libre cazando o practicando las artes de la guerra. Ninguna de estas actividades habría atraído mucho a Saladino aun en el caso de que el tiempo fuera bueno; en realidad, opinaba que esos caballeros tenían que estar locos para aventurarse a salir cuando ello no era absolutamente necesario. Cada día hacía más frío. Los árboles estaban ya casi desnudos de hojas; por la noche, el viento gélido penetraba sin piedad en los aposentos y Saladino se helaba hasta los huesos.

-¿Celta? -Miró el hermoso manuscrito-. ¿Así es como se llama vuestro idioma?

-No. Aquí hablamos inglés -dijo el viejo-, aunque habláramos celta en otro tiempo, hace muchos años. Es una lengua antigua, más antigua incluso que el latín. -Recitó una especie de poema, de sonidos melancólicos y musicales. Cuando hubo terminado, sonrió.

-Es muy bonito -dijo Saladino, y se avergonzó inmediatamente por el cumplido que acababa de hacer.

-Se habla todavía en Irlanda, cruzando un mar que hay al norte. Es un lugar incluso más salvaje que Britania. Pero a las gentes les encanta hablar y cantar. La tradición de narración oral es allí tan vieja como el mar.

-Y ¿cómo lo sabéis vos?

-He estado allí -respondió Merlín-. En mi juventud fui bardo. Mi voz nunca estuvo a la altura de la de algunos, en especial los irlandeses, que cantan como los ángeles, pero aprendí a tocar el arpa y a cantar las viejas historias. Estos libros los traje de allí. Todos escritos por mujeres.

-¡Mujeres! -Saladino estaba pasmado-. ¿Malgastan sabiduría en las mujeres?

Merlín asintió.

-Pero, en todo caso, es un arte raro. La tradición oral es muy fuerte. Los mismos bardos tienen mucho poder. Se les considera más bien magos.

El hombre alto entornó los ojos. Había algo en las palabras del viejo que despertaba su curiosidad.

-Como se os trata a vos aquí -dijo.

-No, no, nada de eso. -El viejo rió con autoconmiseración-. El rey me tolera porque participé en su educación.

-Estos libros son vuestros -añadió Saladino.

-Sí, yo los puse aquí para que Arturo pudiera leerlos. Supongo que habría podido dárselos sin más, pero no soportaba la idea de desprenderme de ellos. ¿Leéis el griego?

-Naturalmente. -Vio la mirada divertida de Merlín, y añadió:- Pero en Roma es fácil conseguir educación. ¿Puedo preguntaros cómo adquiristeis vuestra erudición?

Merlín se encogió de hombros.

-A decir verdad, seguramente había más en mis tiempos. Los sajones no lo habían quemado todo y las ciudades no eran los pozos que son en la actualidad... Pero imagino que todos los viejos hablan del pasado como de un tiempo mejor que el presente. Ello sólo significa que la vida nos gustaba más entonces porque éramos jóvenes.

Saladino volvió a poner el libro en su sitio.

-No sabéis cuánta razón tenéis. Eran mejores tiempos hace sesenta años. En Roma, se podía pasear por las calles sin miedo a perder la vida. Ahora, con el populacho dentro y los invasores a las puertas de la ciudad, no hay seguridad ni paz.

-Parecen ésas palabras muy amargas para alguien tan joven.

-¿Joven? -Saladino parpadeó. Hablando con el viejo, se había olvidado de sí mismo- Sí, claro -Se esforzó por sonreír, una expresión que nunca le había resultado cómoda- Con la experiencia viene el optimismo, según dicen. Quizá yo todavía no he llegado ahí.

Casi había tenido un desliz, casi había expuesto el secreto de su vida... ¡por un momento de conversación con un simple extraño! Nunca antes le había ocurrido nada así. Y sin embargo, pensó, había algo en este viejo que parecía tirar de él, como si Merlín fuera capaz de leer su pensamiento...

-Disculpad -dijo bruscamente Saladino, sin saber exactamente adónde iba.

-Saladino.-La voz era queda-. Yo os enseñaré inglés si gustáis.

Era una oferta que Saladino no podía rechazar. Le quedaban otras cinco semanas de estancia en esta miserable isla antes de que llegara el barco romano. La perspectiva de llenar los largos días con el aprendizaje de una nueva lengua era muy atractiva.

-No tengo nada mejor que hacer aquí -añadió.

-Después de comer, entonces.

Saladino se fue. Pero, por espacio de una hora o más, no pudo librarse de la sensación de que ya le había contado demasiado al viejo.

El principio del fin sí que fue un acto de bondad.

Saladino llevaba varias semanas en el castillo. Octubre era frío, y todo parecía indicar que el invierno iba a ser duro, el mar estaba embravecido, y unas rachas de nieve seca habían revoloteado por el patio amurallado de Camelot.

Semana tras semana, todos los días, Saladino había acudido a los muelles para esperar la llegada del navío romano que le alejaría de esta isla desolada; y todos los días volvía al castillo aterido de frío y desilusionado. Llegada la primera semana de noviembre, tuvo la certeza de que el barco no vendría.

Su único consuelo en esos días fueron las lecciones de idioma nativo junto con la compañía de Merlín. Se dio cuenta de que el viejo y él tenían mucho en común. Los dos habían viajado mucho, aunque, naturalmente, Saladino había visitado lugares más lejanos; ambos eran estudiosos por inclinación; y, sobre todo, ambos eran médicos.

Los conocimientos de medicina de Merlín no eran modernos. En el curso de sus lecciones el viejo hablaba a veces de la Vieja Religión, la adoración pagana que había imperado en Britania hasta la ocupación romana, durante la cual se expulsó o ejecutó a los sacerdotes druidas. El politeísmo de los romanos nunca arraigó aquí entre las gentes corrientes y había sido sustituido recientemente por el cristianismo, cuyos misioneros eran tan contrarios a las viejas costumbres como lo habían sido los romanos.

Y sin embargo, la vieja religión seguía practicándose en secreto. Santuarios consagrados hacía mucho tiempo a dioses tan antiguos que sus nombres habían caído en el olvido eran, sin embargo, atendidos con cuidado por los transeuntes. Llenaban los cuencos de piedra de agua limpia y, a menudo dejaban pequeñas ofrendas de alimentos al pie de los santuarios para apaciguar a los antiguos, las deidades místicas que habían protegido el país desde el inicio de los tiempos. Los sacerdotes de este antiguo culto, los druidas, seguían llevando a cabo sus rituales en lugares secretos, ocultos en lo más hondo del bosque, como lo habían hecho durante siglos desde la proscripción de las viejas costumbres.

Merlín era uno de ellos.

En realidad, no era su intención introducir la vieja religión en la corte de Camelot; de hecho, vivía entre cruces y otra parafernalia de la nueva religión extranjera sin prestarles mayor atención que a las estatuas romanas durante su infancia.

-El cristianismo -decía a Saladino con convicción- representa el porvenir. Arturo debe mantener una corte cristiana, al menos de nombre, si desea unir a todas las tribus de la isla que ahora están en guerra.

-Yo pienso que deberíais sentir os insultado -contestaba Saladino con sorna-. O asustado. Al parecer, los cristianos desean erradicar por completo vuestra religión.

El viejo sonrió.

-Lo mismo querían los romanos. Y, durante cuatrocientos años, creyeron haberlo conseguido. Para los cristianos, los druidas desaparecieron hace siglos.

-Pero, ¿y vos? Vuestra presencia aquí demuestra que no es así.

-Yo no soy más que un viejo excéntrico que goza del favor de un rey muy querido -dijo-. Por ello, no se me llama druida sino mago.-Rió-. Y se atribuye mi longevidad a la inmortalidad mágica.

Sus artes de medicina las había aprendido con los druidas. Y en verdad, pensaba Saladino, ningún ser mortal podía saber más que Merlín acerca de las propiedades de hierbas y minerales. Pasaban ambos largas horas en la antesala, a la luz de unas velas, los ungientos y plantas respectivos esparcidos por el suelo ante ellos, discutiendo distintas enfermedades y sus curas. A pesar de su larga vida de secretismo, Saladino había acabado disfrutando con el intercambio de información médica. Cuando habló a Merlín de su técnica para tratar a las víctimas de ataques cardíacos, el viejo escuchó fascinado.

-¿Sin ninguna medicina? -preguntó-. ¿Nada en absoluto?

-En el ataque inicial, no. Sólo se precisan movimientos físicos a fin de estimular el corazón para que se ponga en marcha de nuevo.-Saladino le hizo una demostración de los movimientos, fuertes y casi rudos, aplicados directamente al pecho-. Hay que sustituir el ritmo cardíaco de manera artificial hasta reanimar el corazón. Naturalmente, no siempre se consigue. Hay muchas más probabilidades cuando se trata de una persona joven, pero aun así no siempre se tiene éxito.

Los dos hombres estuvieron hablando del procedimiento durante horas. Llegaron finalmente a la conclusión de que la manipulación física combinada con la esencia de dedalera, una planta que podía encontrarse en la zona y que tenía propiedades muy estimulantes, resultaría un experimento valioso.

Saladino aprendió de Merlín cómo preparar muchas nuevas medicinas. Se envolvía en un manto de pieles y juntos recorrían durante horas los campos que rodeaban el castillo, buscando plantas que todavía no hubieran perecido bajo las primeras heladas. Saladino se quejaba luego indefectiblemente del frío, pero nunca rechazaba la invitación de Merlín.

-De verdad, Saladino, me cuesta creer que tengáis sólo veinticinco años -decía Merlín mientras registraban las cuevas poco profundas de la zona buscando pirita, la cual, según Saladino, podía aplicarse a las heridas infectadas por extracciones dentales.

Saladino se subió más el manto para taparse el cuello.

-A veces parece que hayan transcurrido veinticinco siglos -dijo.

Merlín sonrió. Tocó ligeramente la espalda del joven, y ambos siguieron caminando.

-Dicen que todas estas colinas están huecas –advirtió-. Es por la cantidad de pequeñas cuevas que horadan el terreno. Hay partes de Britania que parecen un panal de miel. En los viejos tiempos, cuando los romanos estaban estableciendo su dominio en la isla, muchas gentes huyeron de las legiones y se refugiaron en estas cuevas. Entre ellos, algunos de mis antepasados.-Cogió una piedra, la estudió y luego la lanzó lejos-. En realidad, se puede vivir en ellas. Cuando la corte viaja al norte yo me alojo a menudo en una de ellas, cerca de la frontera de Dumnonia. Es igual de cómoda que el desapacible castillo donde se alojan Arturo y los otros, y mucho menos ruidosa.

-Conozco las ventajas de la vida en las cuevas –dijo Saladino.

Merlín se detuvo bruscamente.

-Vaya, ahí es donde aprendisteis medicina, ¿verdad? En una cueva.

Saladino se quedó mirándole fijamente. De modo que era cierto, el viejo podía leer su pensamiento. Sintió una mezcla de pánico e ira alzarse en su interior.

-No, no, por favor, no os asustéis. Es un don sin importancia, os lo aseguro -tartamudeó Merlín-. De hecho, no estoy seguro de que sea ni siquiera un don. Yo no leo el pensamiento, en realidad. Sólo alguna imagen al azar de vez en cuando. A veces no es más que una sensación. Más que nada, me confunde. -Saladino se relajó un poco-. Pero, me gustaría preguntaros... -La mirada del viejo se dirigió a la bolsa de terciopelo que colgaba del cinturón de Saladino.

Inconscientemente, los dedos de Saladino se apretaron en torno a ella.

-Me he fijado muchas veces cuando hablo con vos. Es una especie de bola, una bola de metal. ¿Me equivoco?

Saladino permaneció callado un largo instante. El viejo no parecía mostrar otra cosa que curiosidad.

-Es un talismán que llevo para que me dé buena suerte. Un amuleto -dijo por fin.

-¿Puedo verlo? -preguntó Merlín frunciendo el ceño.

-No -contestó Saladino, y se alejó.

El incidente tuvo lugar en una de las pequeñas cuevas. No era oscura ni especialmente profunda, y los dos hombres se paseaban por ella sin grandes precauciones recogiendo piedras al tacto.

-¿Os desagrada la oscuridad? -preguntó Merlín.

Saladino tardó un momento en contestar.

-No -dijo finalmente-. La prefiero con mucho a las estancias llenas de velas humeantes.
:

-Os entiendo perfectamente -dijo el viejo-. La oscuridad suele ser solitaria. Tiene tantas ventajas estar solo...

Se interrumpió al proferir Saladino un grito ronco, y oyó el ruido que hacía la roca al desprenderse.

-¡Saladino! -gritó, yendo a toda prisa hacia el lugar de donde procedía el ruido.

Vio en seguida lo ocurrido. Aunque reinaba en la cueva una brumosa oscuridad, Merlín pudo ver la nube de polvo que se había alzado desde el lugar donde había caído la roca. Miró a su alrededor, presa de una gran agitación, intentando discernir dónde podía hallarse Saladino entre los escombros.

Con la mayor rapidez posible, se puso a levantar y apartar piedras. Si descubría parte del cuerpo, pensaba, podría hacerse una idea de dónde estaba la cabeza y tal vez evitar que muriera por asfixia.

-¡Resistid! -gritaba, haciendo caso omiso de los dolores que empezaban ya a recorrerle los brazos y el pecho.

Lamentaba ser tan viejo. Si su huésped, un colega, moría por culpa de su lentitud en el rescate, Merlín jamás se perdonaría a sí mismo. Se puso a trabajar con más ahínco, y oía su propia respiración, fuerte y agitada. Descubrió finalmente parte del hombro de Saladino y pudo en seguida despejar la zona próxima a su nariz y boca. Respiraba.

-Alabados sean los dioses -dijo, levantando con delicadeza las piedras que cubrían al hombre postrado-. Ahora, tranquilizaos -dijo-. Probablemente tengáis algunos huesos rotos, así que quitaré todo esto cuanto pueda para que estéis cómodo mientras voy a buscar ayuda.

-No es preciso. No estoy herido. -Saladino parpadeó y cayó polvo de sus ojos.

-Fantástico -dijo Merlín, aunque sabía que la ausencia de dolor del hombre se debía probablemente a la conmoción, y no le sorprendería encontrar un miembro amputado bajo el montón de piedras-. ¿Podéis moveros?

-No.

-Entonces, quedaos quieto.

Siguió quitando pacientemente las piedras una por una. Pronto halló lo que provocaba la inmovilidad de Saladino. Una enorme piedra plana había caído directamente sobre su abdomen.

Merlín gruñó para sus adentros. Fractura de costillas, probablemente; una cadera rota, tal vez las dos; quiz daños en la columna vertebral; heridas internas. Si vivía una hora, podría darse por satisfecho.

-Tengo que quitaros esto de encima -dijo-. Vuelvo enseguida. -Dicho y hecho, salió corriendo de la cueva y se introdujo en el bosque.

Cuando volvió, resoplando a causa del esfuerzo, llevaba una rama larga y recta que introdujo suavemente entre la roca y el abdomen de Saladino.

-Sentiréis cierta presión -rezongó mientras amontonaba piedras al lado-. Tengo que hacer palanca para quitar esta piedra. Voy a procurar no haceros daño, pero...

-Adelante -espetó Saladino.

Merlín terminó de construir el punto de apoyo y colocó el centro de la rama sobre él.

-Preparaos, Saladino -dijo, y empujó sobre el extremo de la rama con todas sus fuerzas. Poco a poco, la enorme piedra crujió.

El viejo apretaba con más vigor y los brazos le temblaban aún por el esfuerzo. Sabía que si fallaba, si le flaqueaban las fuerzas por un instante, la roca caería sobre un hombre que había sufrido ya quién sabía cuántas heridas. Moriría en el acto.

-Se... mueve -musitaba Merlín, casi sin poder pronunciar las palabras. Tenía los tendones del cuello enormemente hinchados. Su rostro, sacudido por la tensión, parecía a punto de explotar. Finalmente, la roca cedió. Se decantó primero un poco y luego, con un golpe sordo, fue a parar en medio de una nube de polvo junto a la entrada de la cueva.

-Puedo salir yo solo de aquí -dijo Saladino.

-No, no. -El viejo se acercó tambaleándose hasta él-. Ya falta poco...-Empezó a toser. Era una tos profunda y devastadora, cada espasmo peor que el anterior.

-Apartaos -gritó Saladino alzando el brazo. Una lluvia de piedras saltó del lugar donde estaba antes estirado su brazo.

Merlín, echado en el suelo, se apartó, incapaz de detener el terrible acceso de tos. Su respiración no volvió a la normalidad hasta que los cuatro miembros de Saladino estuvieron a la vista y el hombre alto pudo salir por sí mismo de los escombros.

-¿Podéis andar? -preguntó Merlín casi sin voz. Parecía imposible.

-Ya os he dicho que no estoy herido -contestó Saladino, irritado-. Pero me niego a permanecer aquí por más tiempo.

Salió de la cueva como si hubiera estado sentado en un blando cojín y no enterrado bajo una montaña de roca.

Al parecer, Merlín estaba mucho más agotado que su acompañante. Después de la prueba física a la que se había visto sometido y de la preocupación y la tensión nerviosa por la suerte de Saladino, pesaban sobre él, uno por uno, sus setenta y un años.

Se sentó en el suelo de la cueva, y su respiración era tan audible como el rebuzno de un asno. Intentó ponerse en pie, pero una punzada en el pecho le obligó a sentarse de nuevo inmediatamente.

Se sentía mareado. Despacio, a fin de no agravar el dolor que sentía en el pecho, se inclinó un momento hacia delante para librarse del intenso zumbido que había empezado a resonar en sus oídos.

-¿Venís? -preguntó Saladino desde el exterior.

-Sí -contestó Merlín, pero sabía que su voz era demasiado débil para ser oída-. Sí -repitió, esta vez con más fuerza.

Se puso en pie. Tenía las piernas temblequeantes, pero podía andar. Cojeando y arrastrando los pies, éstas condujeron a Merlín hasta la luz.

-Estáis blanco -dijo Saladino.

-El polvo, con toda probabilidad -respondió Merlín con una sonrisa fatigada.

Saladino se sacudió la larga túnica negra.

-Qué sucio estoy. Necesitaré que alguien lave mis ropas inmediatamente. -Con aire de profunda repugnancia, se quitó una telaraña del pelo.

-Vayamos por partes -dijo Merlín, acercándose a él-. Dejad que os eche un vistazo antes de iniciar el regreso. A veces, las heridas no... -Miró atentamente el rostro del hombre alto. Levantó una de las manos de Saladino-. No tenéis ni un arañazo -musitó, asombrado-. Ni siquiera en los pies.

-Deseo regresar -dijo Saladino-. Mi manto de pieles ha desaparecido, y aquí hace frío.-Sin esperar respuesta, se encaminó a grandes zancadas hacia el castillo.

Merlín soltó una carcajada que se convirtió en un ataque de tos.

-¡Es asombroso! Nunca he visto nada igual. Es evidente que, con la cantidad de roca que ha caído, tendríais que haber sufrido algún... algo.

Su mano aferraba inconscientemente el cuello de la túnica mientras se esforzaba por mantener el paso de las largas zancadas de Saladino.

-Ni siquiera tenéis una señal en la piel, una señal como la que podría dejar un arañazo. -Boqueó buscando aire- Ni un golpe... Saladino,... ah...

Cayó al suelo.

Saladino giró en redondo al reconocer el sonido de asfixia que hace un hombre cuyo corazón está sufriendo un ataque de gran intensidad.

Merlín yacía sobre la hierba, agitando alocadamente brazos y piernas. No era un pequeño ataque, esto lo sabía Saladino; éstos se caracterizaban por una quietud general de los miembros. Los hombres que temían estar sufriendo un ataque cardíaco se esforzaban sobremanera por no moverse en absoluto y respirar suavemente. Pero una persona aquejada de un intenso dolor no tomaba tales precauciones. El sufrimiento podía más que ellos. Tal era la experiencia de Saladino, y sabía que esto era lo que estaba contemplando.

Los labios del viejo tenían un color azulado. Los ojos estaban desorbitados y el sudor corría a raudales por su rostro. Saladino se arrodilló a su lado e inició inmediatamente el tratamiento, presionando sobre el hueso situado encima del corazón, rítmicamente, con las palmas de ambas manos.

Los movimientos de Merlín se hicieron más frenéticos. En cierto momento gritó una especie de encantamiento en un idioma desconocido para Saladino. Luego, los ojos del viejo se quedaron en blanco, se estremeció y se quedó inmóvil. ;

Saladino prosiguió con su procedimiento, sin saber qué otra cosa hacer. Cada cinco latidos descansaba brevemente para tomarle el pulso a Merlín. Éste se había ido debilitando hasta ser casi inexistente. De haber sido Merlín un paciente de su consulta, Saladino habría abandonado en este punto e informado a la familia.

De hecho, Saladino no sabría durante el resto de su larga vida por qué lo hizo en realidad. ¿Era por temor al rey y a los caballeros bárbaros, tal vez, quienes con toda seguridad habrían acusado a Saladino de asesinar a su amado mago, al que creían inmortal? ¿Era sólo por eso? ¿O era el súbito e irracional impulso de preservar la vida del único hombre que le había llamado amigo en toda su vida?

Para Saladino, los amigos no existían; las personas envejecían, morían y se convertían en polvo. Sus vidas tenían para Saladino tan poco sentido como las de las hormigas. Algunas de ellas habían intentado comprender a Saladino. Ciertamente, algunas habían buscado su compañía durante un tiempo. Algunas habían incluso poseído cualidades dignas de encomio -inteligencia, ingenio, belleza-, pero él jamás había sentido el menor deseo de salvar a ninguna de ellas de la muerte. ¿Por qué ahora, se preguntaría durante siglos, por qué en ese momento, en ese campo vacío, sacó el globo de metal de su bolsa y lo sostuvo sobre el cuerpo inmóvil de un moribundo?

Tragó saliva. Debía alejarse. Merlín no significaba nada para él. Era viejo, había llegado su hora.

Quizá se le cayera la esfera. Muchas veces, en el futuro, Saladino estaría seguro de que fue esto lo que ocurrió: simplemente se le cayó. Cayó sobre el pecho del viejo.

Y en el momento en que oyó cómo el aire llenaba a raudales los pulmones de Merlín, ocultó la bola y se maldijo a sí mismo por haberla utilizado.

Merlín se enderezó y se tocó el pecho con manos temblorosas.

-Estaba caliente -susurró. Saladino se puso en pie-. La habéis utilizado -añadió Merlín.

-Os he resucitado mediante el método que os expliqué -respondió Saladino con frialdad.

Con un esfuerzo, el viejo se sentó erguido.

-Os he visto -dijo tranquilamente.

-Estabais inconsciente.

Merlín examinó las manos del hombre alto como si fueran objetos maravillosos.

-Más que eso. Estaba muerto, o casi. He visto una luz, Saladino, y he oído las voces de mil personas que me llamaban. -Su rostro se iluminó-. Personas en las que no había pensado desde hacía cincuenta años. Mi vieja niñera, a la que yo adoraba. El pastor con el que fui por primera vez a la cueva del norte. Un joven sacerdote druida, muerto por los romanos...

-Habéis sufrido una gran tensión -interrumpió Saladino-. Eso son delirios.

-No. -Los huesudos dedos tocaron la túnica de Saladino-. Me he visto a mí mismo, como desde una gran altura. Yo yacía en el suelo y vos os inclinabais sobre mí. La bola estaba en vuestra mano. Me habéis tocado el pecho con ella. -Parpadeó-. En ese instante, he sentido cómo regresaba a la Tierra, al cuerpo que había dejado atrás. Y luego he sentido calor, un gran calor que emanaba del punto donde vuestra magia había iniciado su curación. -Soltó la manga-. Sabéis que lo que digo es cierto.

Saladino había palidecido, le miró un largo instante.

-Tonterías -dijo finalmente, y se alejó.

Merlín no volvió a mencionar el incidente. El forastero, a quien los cortesanos de Camelot llamaban el Caballero Sarraceno, permaneció a solas en su habitación durante varias semanas, aventurándose a salir del castillo sólo para ir a preguntar en vano a los fríos muelles; pronto se hizo patente que hasta la primavera no vendría ningún barco que pudiera llevarle a su casa, dondequiera que ésta se hallara.

Saladino había hablado de Roma, pero no era romano. Por su modo de comportarse, Merlín imaginaba que este hombre tan alto, este médico, había sido siempre de un modo u otro forastero y había contemplado la vida desde una perspectiva que ni siquiera alguien de la edad de Merlín era capaz de comprender.

Era aquella esfera, Merlín lo sabía. Aunque Saladino había evitado deliberadamente encontrarse con él desde su experiencia casi mortal en el prado, el viejo estaba obsesionado por ese recuerdo. No había sido un delirio, como insistía Saladino. El tiempo pasado con los druidas le había enseñado a distinguir la delgada línea que separaba lo imaginario de lo sobrenatural.

Había presenciado ya antes un hecho sobrenatural. Cuando Arturo, todavía un joven muchacho, arrancó la espada que ningún caballero había conseguido mover de la piedra, supo que estaba presenciando un milagro. La piedra, que se hallaba en la abadía de

Glastonbury desde tiempo inmemorial, tenía inscrito en ella este antiguo mensaje celta: *Aquel que arrancara esta espada de esta piedra será llamado rey por derecho.*

Nadie sabía de quién era obra la inscripción ni cómo se había fundido la piedra con la magnífica espada. Algunos decían que era la espada de Macsen, el gran celta coronado emperador de Roma con el nombre de Máximo hacía varias generaciones. Otros manifestaban que la espada Excalibur había sido investida de vida propia por los antiguos hechiceros en el remoto pasado. Pero nadie sabía. Ni siquiera los druidas, cuya memoria llegaba hasta muy antiguo, eran capaces de adivinar su misterio. Y sin embargo, el muchacho había sacado la espada sin esfuerzo y los caballeros se habían inclinado ante él sin vacilar.

Más tarde, después de que la extraña historia de la mágica hazaña de Arturo hubiera recorrido toda Britania, surgieron rumores de que el mismo Merlín había utilizado sus poderes de brujería para sacar la espada de la piedra. Pretendían que Arturo era hijo del mago y que Merlín había conjurado a poderosos espíritus para dar al muchacho el trono del Alto Rey.

A Merlín, que sabía cuán limitado era su poder, le divertían estas historias. Sí, era cierto que a veces era capaz de adivinar el pensamiento de las personas, una capacidad que poseía desde la infancia. Pero era un don incompleto, que sólo le proporcionaba imágenes e intuiciones. Aun después de su estancia con los druidas, Merlín había pensado a menudo que su don quizá no fuera más que la capacidad de observar a las personas atentamente. Por lo demás, lo que las gentes corrientes llamaban magia era simplemente cultura, algo que escaseaba enormemente desde que los romanos habían abandonado Britania. La familia de Merlín había mantenido fuertes vínculos con los romanos y había tenido tradición de gobernantes en Britania. Sus antepasados habían sido pequeños reyes desde los tiempos de los celtas. Cuando los romanos llegaron a la isla, los miembros de la familia de Merlín fueron de los primeros en ser civilizados, es decir, se les concedió la condición de romanos y se ofreció educación romana a sus hijos. El padre de Merlín, Ambrosio, había sido criado a la manera romana aun cuando los romanos hubieran abandonado ya la isla en esa época, y él, a su vez, crió a sus hijos del mismo modo. Poco fue lo que de la educación de Ambrosio pasó a su hijo mayor, Uther, quien sin embargo sería luego uno de los reyes más poderosos de Britania. Uther era un chico insolente y terco, poco amante de los libros. Era astuto, pero las cosas del pensamiento le tenían sin cuidado. Más o menos, lo mismo podía decirse de los otros hijos de Ambrosio: asistían a las lecciones, pero oían sin interés las pláticas de su padre mientras anhelaban estar de nuevo montados en sus caballitos o practicando con la lanza.

Fue probablemente esta decepción con sus hijos legítimos lo que empujó a Ambrosio a incluir a Merlín en las lecciones. Merlín era un hijo bastardo que normalmente no habría sido admitido en la casa, pero, como sea que la madre había muerto al nacer el niño, y la esposa de Ambrosio había fallecido también hacía un año, el viejo jefe no vio ningún motivo para dejar morir de hambre al niño. Naturalmente, no se permitió al chico practicar las artes de la guerra; sus medio hermanos no lo habrían tolerado. Ya de niño, Uther guardaba celosamente su posible derecho al título de rey, y Ambrosio sabía que, favoreciendo de alguna manera a Merlín delante de él, estaría sancionando la muerte del niño.

Además, Merlín no parecía sentir la menor inclinación por el combate. Era un muchacho dulce, de una gran inteligencia y muy dotado para el aprendizaje desde sus primeros años. Esto complacía a Ambrosio, quien no habría sido rey de no haberle ello venido dado por nacimiento y que había amado profundamente a la madre de Merlín.

Cuando la conoció, justo después de la muerte de su esposa, era sólo una muchacha, y nunca había sabido mucho acerca de ella. Illya era una criatura de los bosques, una curandera a la que los campesinos llamaban bruja pero a la que acudían para que curara sus dolencias y atendiera a sus animales enfermos. Había curado también a Ambrosio con su amor, pero jamás le había hablado de su pasado ni de su familia ni de por qué vivía sola en el bosque. Cuando Illya le comunicó su embarazo Ambrosio sintió la tentación de casarse con ella, aunque sabía que ésta era una decisión peligrosa que no sería bien vista por los otros reyes de Britania Pero las cosas nunca llegaron hasta ese punto, pues Illya le rechazó sin acritud diciendo que no deseaba cambiar su lugar en el bosque ni su modo de vivir.

Por el momento, Ambrosio no pensó mucho en el niño que había de nacer. Tenía ya tres hijos y su amante no le planteaba problemas. De hecho, durante los últimos meses del embarazo retozaron juntos como niños. Fue el periodo más feliz de la vida de Ambrosio, y de repente, de la noche a la mañana, ella desapareció. Cada vez que miraba el rostro delgado y serio de Merlín, con sus ojos sensibles y su boca sensual, pensaba en Illya con un cervatillo en brazos o paseando por los campos, las manos rebosantes de flores silvestres. El sabía que el hijo de Illya jamás sería rey; y, sin embargo, había en él algo muy especial.

Merlín nunca habló a su padre de lo que eran en realidad capacidades supranormales, y casi le partió el corazón a Ambrosio cuando se fue a recorrer mundo haciendo de bardo. Durante sus viajes, aumentó el poder que ya poseía. Los largos años en que tuvo que emplear el ingenio para vivir habían sin duda aguzado sus instintos. Vio que tenía una capacidad increíble para comunicarse con los animales, al igual que su madre, y que sabía a menudo lo que la gente pensaba antes de que expresaran en palabras sus pensamientos... e incluso si expresaban otros. Esta capacidad le había salvado la vida más de una vez, pero sabía que no estaba desarrollada hasta el punto en que pudiera serle de verdadera utilidad. Sabía que, si conseguía dominar este don y cultivarlo, podría abrir nuevos mundos para sí.

Por ello se fue con los druidas, que le enseñaron muchas cosas: las artes curativas, para las que poseía un talento natural, y el antiguo conocimiento de la vieja religión. Pero sus poderes extrasensoriales seguían siendo rudimentarios. Después de muchos años de estudio y práctica, era capaz de hacer levitar objetos hasta cierto punto, pero esto a Merlín le parecía poco más que un truco de salón. También, de manera totalmente misteriosa, era capaz de transformar imágenes de su mente en visiones externas que los demás podían ver. Los druidas consideraban esto como algo extraordinario, pero para Merlín no era más que un pequeño logro. Las visiones eran una manifestación de su concentración, explicaba, y nada más. Él buscaba algo mucho más grande.

-Pero nosotros somos los magos y brujos de los que susurran las gentes -le había dicho uno de los sacerdotes ciertamente divertido-. Nuestros pequeños poderes son los que ellos convierten en leyendas, esas leyendas que hablan de hombres con rayos que salen disparados de sus dedos. Supongo que no será eso a lo que aspiras. 1

-No sé si aspiro a nada -dijo Merlín con aire desdichado-. Sólo sé que me falta algo. Es como si....

Fue incapaz de terminar la frase. Habría resultado pomposa. Pero lo cierto era que Merlín sentía a menudo que algo dotado de una terrible energía crecía dentro de él. Al igual que el oso, que al nacer no es mayor que la primera falange del dedo de un hombre, la criatura que llevaba dentro de sí había adquirido proporciones grandiosas y pugnaba por salir. Y Merlín había pasado la mitad de su vida intentando hallar la llave con la que liberarla.

A veces parecía que la bestia fuera a devorarlo por dentro. Aun después de su vuelta a casa y de que fuera tolerado -si bien no exactamente bien recibido- en la corte del rey Uther como médico y embajador esporádico en otras provincias, sentía una espantosa inquietud, como si aquello que crecía dentro de él estuviera a punto de hacer estallar su piel y salir al exterior.

Y entonces, cuando vio a aquel muchacho, Arturo -otro bastardo, hijo de Uther y por lo tanto sobrino de Merlín-, levantar la espada mágica de la piedra, se dio cuenta por fin de qué era lo que debía hacer. Todo adquiría sentido de repente: debía utilizar sus pequeños poderes para proteger al Alto Rey de Britania, para dar larga vida al hombre que gobernaría como ningún soberano había gobernado antes.

Arturo era el rey, el hombre destinado a ser rey, rey ahora y para siempre. Aun antes de que pretendiera la espada, Merlín había visto en el muchacho un fulgor de grandeza: poseía desde siempre una aguda inteligencia combinada con capacidad de mando, todo ello templado con lo que Merlín sólo podía describir como gracia, rectitud, piedad, pureza de corazón, austeridad personal, humor... todas estas cualidades las poseía Arturo el muchacho, y más tarde Arturo el rey. No inspiraba temor o miedo, sino una lealtad fanática entre aquellos que le servían. Arturo había nacido para gobernar, y desde el momento en que llegó al poder supo cuál era su misión: debía unir al mundo en paz para siempre.

Semejante rey no había existido jamás ni antes ni después. Sí, había habido gobernantes que buscaban conquistar cuantas tierras veían, ya fuera por codicia o por afán de aventura, pero ni uno solo había visto más allá de los límites de su propio reino.

Arturo era distinto. Tan grande era su visión que habría dejado sorprendidos y asombrados a sus contemporáneos, e incluso a dirigentes mundiales de bien entrado el siglo veinte y más tarde. El mismo Merlín quedó pasmado cuando tuvo noticia por primera vez del plan de Arturo. Porque lo que éste deseaba era nada menos que un consenso mundial de derecho.

-Yo no quiero destruir a los sajones -había confiado a Merlín en un momento de reflexión poco después de su coronación-. Sólo quiero civilizarlos.

-Hay quienes considerarían eso como algo imposible -contestó Merlín sonriendo.

-En realidad, sólo es cuestión de tiempo -prosiguió Arturo-. En cuanto aprendan a trabajar los campos, dejarán de atacarnos y vendrán en son de paz, como colonos.

Le costaba trabajo a Merlín ocultar su asombro.

-¿De veras queréis que se instalen aquí?

-¿Por qué no? Espacio hay mucho. Podrían traer aquí parte de su propia cultura. Todos saldríamos ganando con ello.

-Arturo -dijo Merlín preocupado-, acabáis de ser coronado rey. Debo instaros con todas mis fuerzas a no hacer llegar estas ideas hasta los pequeños jefes...

Arturo se echó a reír.

-¿Imagináis lo que dirían? No, por el momento pienso guardarme estas ideas para mí solo.

Merlín puso los ojos en blanco, aliviado.

-Para que los jefes me apoyen como Alto Rey, tendré que darles lo que desean: batallas y victorias. De todos modos, eso es por ahora lo único que entienden los sajones. Pero llegará un día en que nuestra nación y la suya vivirán juntas, comerciarán y trabajarán aunadas para beneficio mutuo... -Sus ojos relucían-. ¿No sería maravilloso, Merlín, poder hablar con las gentes de todas las tierras que hay más allá de la Galia y de Roma?

-El Cielo no lo quiera -dijo Merlín-. A lo mejor son tan malos como los sajones.

-Supongo que al principio sería así. Pero quizá algún día fueran nuestros aliados.-Suspiró-. Me pregunto si habrá tiempo suficiente en una vida.

-Nunca es suficiente -respondió el viejo amablemente, con una sonrisa.

-¿Por eso las cosas nunca cambian? -quiso saber Arturo.

-Tal vez.

Dejó entonces al muchacho-rey, y Arturo no mencionó sus ideas radicales durante todos aquellos años en que su poder fue haciéndose cada vez más grande. Se puso a prueba, eso sí, una y otra vez en el combate, ganándose el inmenso respeto de los pequeños jefes y de sus caballeros vasallos por su valor en el campo de batalla. Merlín empezaba a creer que el rey había olvidado su sueño infantil cuando Arturo anunció, justo antes de partir hacia una de las interminables batallas contra los sajones, que acababa de conceder derechos de colonos a una pandilla de germanos que habían sido vencidos por caballeros de Arturo durante un conato de ataque a una aldea del norte.

-¿Estáis loco? -atronó Merlín-. Han venido a invadir vuestro país.

-Pero no lo han hecho. Así que, en lugar de hacer una escabechina y luego esperar a que ataquen a sus vecinos en una segunda ola, les he dado la bienvenida y les he pedido que nos ayuden a defendernos de los sajones.

-¿Que habéis hecho qué? -Merlín no salía de su asombro-. ¿Queréis que una pandilla de bárbaros luche contra otra pandilla de bárbaros?

-Vamos, vamos, Merlín. Muchos de los pequeños jefes vienen utilizando mercenarios germanos desde hace años como ayuda en la defensa contra los sajones -dijo Arturo, sonriendo.

-Pero se les pagaba y luego se les enviaba a sus casas. No se les invitaba a apoderarse de nuestro país.

-No están apoderándose de nada. Se instalan aquí como agricultores, sometiéndose a nuestras leyes.

-Santo Dios, Arturo, éstos no saben de leyes. ¡Son bárbaros!

-Ésa es una palabra sin sentido -dijo Arturo-. Para el emperador de Roma, también nosotros somos bárbaros.

-Pero es... impropio -barboteó Merlín-. El concepto en su totalidad es impropio.

-¿Por qué? Veremos si funciona. -Señaló la puerta que separaba sus aposentos privados del Gran Salón-. Ahí fuera están los reyes de veinte tribus. Hasta hace unos años, cada uno de ellos estaba comprometido por generaciones de feudo de sangre a matar a los otros. Ahora cenan juntos a mi mesa y trabajan para el bien común.

-Pero los germanos...

-¡Sí! Y, con el tiempo, también los sajones. Juntos construiremos caminos, acuñaremos nuestra propia moneda y comerciaremos con todo tipo de mercancías. Leeremos sus libros y ellos los nuestros. Crearemos leyes justas que se aplicarán a todos y en todas partes.

-Roma ya intentó eso -dijo Merlín.

-No, no era lo mismo. Roma intentaba hacer que todo fuera romano. Las leyes eran leyes romanas. La lengua era el latín. Los jefes de gobierno eran todos romanos. Toda nación bajo la influencia de Roma era un estado esclavo, conquistado por Roma y que nunca debía olvidar su condición. Lo que yo quiero es otra cosa: naciones autónomas que trabajen juntas, en paz y en concierto. Un mundo libre gobernado por hombres libres.

Merlín meneó la cabeza.

-Tenéis buen corazón, pero me temo que sois todavía demasiado joven para daros cuenta de la atracción del poder -añadió.

-El poder sólo lo desean quienes no lo tienen -argumentó Arturo con ligereza-. Yo no voy a quitarle nada a nadie.

-¿Cómo vais a comprender vos? Os convertisteis en rey en las circunstancias más extraordinarias que he presenciado jamás. No suele ser así. Los gobernantes llegan normalmente al poder mediante la violencia o el engaño, y es el poder lo que desean, Arturo. Sí, quizá se pongan a pensar como pensáis vos y deseen formar parte de un mundo mejor, pero en ese consorcio de reyes del que habláis, estad seguro, un rey intentará

engullir al otro en cuanto tenga ocasión. Y más de uno mirará al trono del Alto Rey con ganas de engullirlo todo, vos incluido. Es la naturaleza humana, Arturo.

Empezaba a sentirse irritado. El idealismo romántico podía tolerarse en un joven sin nada más que hacer que cuidar de sus campos, pero era una cualidad peligrosa en un rey. Si Arturo era tan ingenuo como para creer que se podía ofrecer Britania a los sajones sin que éstos intentaran hacerse con el poder, es que era un tonto que iba a llevar a su país al desastre.

-Deberíais estar con vuestros hombres -dijo finalmente Merlín.

-Supongo que sí. Pero mi idea podría funcionar. Con leyes y un buen ejército...

-Y un rey incorruptible que viviera mil años -espetó Merlín.

-¿Os parece que podríais arreglar eso? -contestó Arturo con una sonrisa-. Dicen que sois mago.

Merlín se puso en pie enfurruñado, se inclinó ante este rey que le parecía ahora un niño ingenuo y se alejó con paso airado, dejando a Arturo inclinado sobre su cota de malla partiéndose de risa.

Naturalmente, Arturo no vivió mil años; murió joven, a pesar de los esfuerzos de Merlín, y sin haber llegado a cumplir su misión.

En los siglos venideros, Merlín quizá hubiera acabado por perdonarse a sí mismo por la temprana muerte de Arturo de no haber sido por el sueño.

Tuvo lugar éste la noche de la discusión acerca de los germanos. Merlín se acostó con un sentimiento de fastidio, como cuando un hijo adolescente anuncia que va a dedicar su vida a alguna empresa frívola: pasaría con el tiempo, pero la transición no iba a ser fácil. En realidad, no había comprendido a Arturo hasta tener este sueño.

En el sueño, estaba de pie en el otro extremo de una larga mesa en el Gran Salón del rey, viendo cómo se acercaba otro hombre. El visitante vestía de manera extraña, con largos ropajes sueltos, como sería el atavío de un ángel, y estaba rodeado de luz.

Al principio, Merlín lo tomó por un sacerdote, tal vez un druida venido a traerle un regalo, ya que el hombre sostenía algo en las manos. Pero, cuando éste se acercó, Merlín pudo ver que no era en absoluto un sacerdote sino el hombre que según creían los cristianos era el Dios redivivo, Jesús el Cristo, y sobre su mano extendida flotaba una cosa dura y reluciente envuelta en resplandeciente jamete blanco.

Merlín iba a hablar al hombre, iba a preguntarle qué hacía en la corte del rey, cuando observó que Arturo estaba de pie a su lado con los ojos clavados en el desconocido que se iba acercando. Arturo alzó los brazos y el objeto fue hacia él, despacio como un susurro, por encima de la mesa.

-¡Tómala, Arturo! -gritó Merlín.

I

Mientras hablaba, la tela reluciente se despegó del objeto y éste pendió sólo en el aire, redondo y metálico, un círculo dentro de un círculo, el símbolo de la perfección, de la eternidad, de la vida eterna.

-¡Tómala!

Pero la copa, y el hombre que estaba detrás de ella empezaban ya a desvanecerse. El rey extendió los brazos, pero no hizo nada por coger la copa. Antes de que llegara al extremo de la mesa, era transparente como el ala de un insecto. Y, cuando desapareció, también el rey desapareció en la niebla como si jamás hubiera existido.

-¡Arturo! ¡Arturo!

El viejo despertó cubierto de sudor. Porque estaba seguro de que acababa de ver la muerte de Arturo así como el modo de evitarla. La copa de Saladino había curado el corazón parado de Merlín. Le había devuelto de entre los muertos. Había protegido a Saladino de todo daño al producirse el desprendimiento de la roca en la cueva. Saladino el joven de los ojos antiguos y el saber de mil vidas. Saladino, que sólo tenía veinticinco años y, sin embargo, conocía los secretos de los faraones.

Parecen más bien veinticinco siglos, había dicho.

Claro, eso era, ¡lo decía en sentido literal! La copa poseía el poder de curar y proteger indefinidamente el cuerpo humano.

Saladino había vivido siempre.

Pero el destino de la copa no era estar en sus manos. Pertenecía a Arturo, el único hombre que no podía ser corrompido por ella. Al rey eterno, quien la utilizaría para cumplir un gran destino y ser fiel a este destino hasta que el mismo Creador volviera para reclamar la tierra que Arturo había santificado en su nombre.

El sueño le tenía aterrorizado. Todavía reinaba la oscuridad fuera cuando Merlín salió sigilosamente del castillo, se introdujo en el bosque y caminó en el frío y ventoso diciembre hasta el vallecito secreto donde los druidas realizaban sus antiquísimos ritos. Una vez allí, eliminó de su mente todo pensamiento que no fuera la imagen de la copa en el momento de tocar su pecho moribundo. Sintió de nuevo su calor, su perfección.

Los cristianos hablaban de la segunda venida, cuando su dios volvería, colérico y glorioso, para condenar a los perversos al fuego eterno y llevar a los santos al paraíso. Merlín no sabía qué suerte le tocaría a él en semejante juicio, ya que no era cristiano. Y, sin embargo, el sueño no dejaba lugar a dudas: la copa había pasado del Cristo a Arturo. El rey debía beber de la copa de la inmortalidad.

En la oscuridad, Merlín hizo que la imagen de la copa se proyectara desde su mente al espacio que tenía ante sí. Era una ilusión, pero una ilusión que poseía solidez y dimensión. La examinó. ¿Podía ser el venerado Grial, este objeto de aspecto vulgar?

Tenía que serlo. Y debería permanecer en posesión de Arturo.

Pero, ¿y Saladino? Ese hombre no había hecho ningún daño ni a Merlín ni a las demás personas de Camelot. Si no ofrecía la preciada copa como regalo al rey, ¿quién podía quitársela? Robar la copa sería un acto de bajeza. Arturo jamás aceptaría la copa en tales condiciones. La imagen se disolvió ante los ojos de Merlín.

Éste era el dilema. Para conseguir la inmortalidad de Arturo, Merlín tendría que arrebatársela a otro hombre. A un hombre que le había salvado a él la vida. Y sin embargo, renunciar...

Renunciar significaría ver hecho realidad el funesto sueño: la muerte de Arturo, joven todavía, olvidada su visión de un mundo mejor y el mundo de nuevo inmerso en el caos y la barbarie.

Dejó la arboleda a plena luz del día, sintiéndose cansado y más viejo aún de lo que era. Se habría vuelto a acostar de no ser por la conmoción reinante junto a la puerta principal. Los caballos pateaban, los jinetes vestidos con armadura estaban cubiertos de sangre y los sirvientes salían a toda prisa del castillo y, plañiéndose, entraban en él una litera ensangrentada. Merlín sintió como el corazón empezaba a latir con fuerza en su pecho. Sabía que era algo más que la comprobación de los heridos y muertos habidos en combate. Fue corriendo hasta la litera, sin apenas respirar.

-¡Arturo! -susurró.

-Una flecha le ha herido en la espalda. -Era éste el mismo Lancelot, el más grande los guerreros de Arturo, quien se decía, debido a su pureza, que tenía manos de santo. Sollozaba mientras ayudaba a entrar la litera-. Le han acertado. Todavía respira, pero no siento nada, nada... -Volvió la cabeza furioso, la gran melena oscura sucia por la sangre de su rey-. ¡Debéis curarle, mago! -exigió con palabras cargadas de una desesperada violencia.

Pero Merlín sabía que esto no estaba en su mano. Ni siquiera sabía que el rey hubiera sido herido. El sueño de la noche anterior había sido un presagio de peligro inmediato, y él, Merlín, el gran hechicero, ni siquiera se había apercibido.

Abrumado por el desprecio hacia sí mismo, vio como los caballeros tendían a Arturo sobre la burda mesa de roble, cerca del pozo del castillo. Merlín pudo ver que las heridas del rey eran mortales.

-¿Debemos subirle a sus aposentos, señor? -preguntó cortésmente Gawain.

Era un hombre rudo, acostumbrado a la acción. En la quietud de los callados muros de piedra, Gawain sólo parecía deseoso de hacer algo, lo que fuera con tal de no permanecer allí plantado inútilmente mientras su rey moría

Merlín sacudió la cabeza. La estrecha escalera curva que llevaba a los aposentos privados de Arturo sería difícil de subir. Sólo aceleraría su muerte.

Entonces recordó de nuevo el sueño, y contuvo la respiración. Él no podía salvar al rey, pero había quien sí podría. Como si su pensamiento hubiera sido pronunciado en voz alta, otra voz respondió:

-Se muere.

Saladino estaba detrás de él y miraba por encima de su hombro de Merlín al rey cubierto de sangre.

Lancelot, arrasado en lágrimas, refunfuñó. El viejo Gawain fue por su espada, furioso ante la indiferente declaración del Sarraceno. Merlín miró al hombre alto, en silencio, y Saladino le devolvió la mirada.

-Ayudadle -dijo finalmente el viejo. Su voz era apenas un susurro.

Saladino se volvió y se dirigió hacia la entrada de la estancia. Merlín fue corriendo tras él, intentando cogerle del brazo.

-Os lo ruego.

El hombre alto respiró hondo y dijo:

-Estáis diciendo estupideces.

Pero el viejo siguió tras él obstinadamente.

-La copa de Cristo -rogó-. Debéis utilizarla para salvar al rey.

Todos los caballeros y criados presentes estaban ahora pendientes de ellos. Merlín y Saladino se expresaban en latín para que los demás no pudieran entenderles, pero pronto sabrían de la copa. Era inevitable, pensaba Saladino. En más de mil doscientos años, sólo una vez había revelado su secreto; pero incluso eso era demasiado, lo sabía. Ahora el mundo entero iría en pos de él para poseer la copa.

-¿Cómo os atrevéis a hacerme esto? -siseó Saladino. Se arrancó la mano de Merlín de la manga y la apartó brusamente-. ¡Dejad que muera!

En este instante, Lancelot, la espada desenvainada, se abalanzó sobre él. Saladino le rechazó con una fuerza desconocida para Merlín. El enorme caballero salió despedido, literalmente volando, y quedó tendido en el suelo de piedra junto al pozo. La fuerza de la caída de Lancelot hizo que el asa del pozo se descontrolara y se pusiera a girar, y el gran cubo de madera fue a parar al agua del fondo.

-No me echéis otra vez vuestros perros, Merlín -advirtió Saladino-. Podría matar a Arturo y a mil más como él. -Lentamente, se dirigió hacia la mesa donde yacía el rey. Se inclinó por encima del Sitial del Peligro y tocó a Arturo casi amorosamente-. Quizá también a mí me gustaría ser rey -dijo con sarcasmo-. Un rey entre vuestros salajes. Podría serlo, como bien sabéis. Sería un reinado largo, muy largo. -Al decir esto sacó de su cinturón un puñal corto, cubierto de joyas, y lo sostuvo sobre la garganta de Arturo-. Mucho más largo que el de vuestro preciado Arturo.

El puñal bajó. Una de las sirvientas chilló, Lancelot se puso en pie como pudo y los otros caballeros fueron corriendo hacia la mesa.

Sólo Merlín no se movió. Se dio cuenta, en ese instante de que Saladino tenía intención de expresar la ira que sentía hacia él asesinando al rey ante sus ojos, y éstos se pusieron en blanco. Fue todo casi involuntario, como involuntaria era la ola de poder que sentía alzarse en su interior. Era aquel ser, aquella bestia invisible que durante tanto tiempo había llevado dentro y que ahora se alzaba, pugnaba y salía con una explosión a la vida dentro de su cuerpo.

Era un poder cegador; los ojos del mago estaban inundados de una luz no terrenal que él sentía enroscarse por sus vísceras como una gran serpiente de fuego. I

Lentamente sus manos se alzaron, las palmas hacia arriba, mientras aquella fuerza sobrenatural se concentraba en ellas y salía crepitando por sus dedos. Merlín no vio caer el puñal, como lo vieron los demás. No vio la mirada de perplejidad de Saladino mientras aquella fuerza le hacía retroceder, como un muro que avanzara lenta e inexorablemente, ni la luz que refulgía en el espacio entre los dos hombres igual que un sol incandescente. Merlín no veía ni sentía nada, ni siquiera el menor vestigio de ira hacia aquel hombre alto que deseaba ver muerto a su rey. El poder le había quitado toda emoción, dejándole en estado puro. No era ya un hombre, lo sabía, sino un receptáculo para esta bestia informe e invisible que había permanecido dentro de él durante más de setenta años. Él era el poder, y nada, ni siquiera él mismo, bien sabían los cielos, podía detenerle.

Saladino se resistía, las manos delante del rostro y cerrando los ojos para protegerse del terrible resplandor. Pero la luz era cada vez más intensa, el muro invisible presionaba sobre él, inflexible y asfixiante. Resbaló hacia atrás y soltó un grito, sus botas arañaron las losas de piedra del suelo y finalmente tropezó contra el lado del pozo. Su espalda crujió. Todo el mundo pudo oírlo. Y a continuación, inconsciente su cabeza cayó flácida hacia atrás.

-Va a caer dentro -dijo alguien, pero nadie se atrevió a intervenir en el terrible milagro que estaban presenciando.

Se oyó un sonido procedente de Saladino, que caía de espaldas al pozo, un leve suspiro que reverberó desde las húmedas piedras hasta el agua del fondo de tal modo que todo lo que pudieron oír los espectadores, conteniendo la respiración, fue un eco melancólico, la canción de un pájaro salvaje.

Cuando Merlín volvió a sí mismo, Lancelot estaba de rodillas haciendo la señal de la cruz. Gawain tenía todavía la mano sobre la empuñadura de la espada envainada mientras los músculos de su rostro se movían agitadamente.

¿Cómo podía explicarles Merlín lo sucedido? Ni él mismo sabía como había sido. Y sin embargo, sabía que era él quien había convocado aquel poder y lo había dirigido hacia el hombre que una vez le salvó la vida. En estos primeros instantes de debilidad después de emerger de la servidumbre del poder, cuando sus miembros humanos parecía que iban a quedar reducidos a fragmentos y su corazón retumbaba como si estuviera a punto de explotar, sólo sentía miedo. Porque su alma ya no tendría descanso. Había traspasado los límites de todo lo mortal.

Y sin embargo, no habría podido actuar de otro modo. Ni siquiera por la bendición de los mismos dioses.

-Subidle -ordenó con voz ronca. Los sirvientes presentes retrocedieron.- ¡He dicho que lo subáis!

Gawain fue de un salto hasta el pozo; su rostro curtido mostraba alivio por tener una tarea que hacer. Despacio, empezó a subir el gran cubo con su pesada carga. Lancelot se puso en pie para ayudarlo. Pronto todos los caballeros estuvieron congregados en torno al pozo, tirando de la larga cuerda y gritándose órdenes el uno al otro.

Merlín retrocedió hasta donde estaba Arturo y tocó la cara ensangrentada. Seguía con vida, aunque había perdido la conciencia desde hacía mucho rato. El viejo cogió el puñal enjorjado caído junto al rey y esperó.

-La cuerda... ¡Se rompe! Parece...

Tres de los hombres cayeron hacia atrás. la cuerda partida colgando de sus manos.

-Un hombre muerto en el pozo -gimió uno de ellos-. Y el rey casi muerto también.

Una de las sirvientas sollozaba con histerismo. El mayordomo se acercó y la zarandó. Merlín esperaba.

-Lo tapamos -propuso Gawain con voz áspera- tapamos y abrimos otro...

Entonces, tal como esperaba Merlín, se oyeron los rugidos de Saladino, la voz de una bestia enjaulada que trepaba por la pared a pico y surgía por la boca del pozo, los brazos extendidos y los dedos dispuestos a matar.

Los caballeros gritaron.

-¡Cogedle! -gritó Merlín al tiempo que levantaba el puñal.

Se abalanzaron sobre el alto desconocido, sin entender qué demonios había podido devolver a la vida a este hombre muerto, mientras Merlín cortaba la bolsita de terciopelo empapada del cinturón de Saladino.

Vio al instante cómo se desvanecía la fuerza sobrehumana del hombre alto. Saladino no era ya más que un hombre furioso y aterrorizado que, presa del pánico, daba patadas y hacía aspavientos. Un mortal.

-No merecéis poseer esto -dijo Merlín con la copa en las manos.

El silencio que reinaba en la estancia podía palparse. Entonces, de manera queda, amarga, Saladino rió.

-Eso le dije yo al hombre de quien la robé. -El viejo mudó de color-. No seáis hipócrita, mago, sois tan ladrón como lo fui yo.

Gawain acercó el puñal a la garganta de Saladino.

-¡No! -gritó Merlín.

-Dejad que este bárbaro me mate ahora mismo -dijo Saladino arrastrando las palabras-. Prefiero no colgar de una cuerda, si no os importa.

Gawain presionó aún más con el puñal en su cuello.

-¡Basta! -Merlín hendió con la mano el aire delante de él-. No debe sufrir daño alguno, ¿entendéis?

Gawain miró al mago con ojos llenos de asombro.

-Pero... ha intentado matar al rey.

-Dadle salvoconducto para que siga camino.

El Caballero Verde tenía una expresión malévola.

-Su lugar es el calabozo...

-¡Haced lo que os digo! -ordenó Merlín.

Otro caballero, Lancelot, puso la mano sobre el brazo de Gawain e hizo un gesto con la cabeza. Gawain envainó su puñal. Saladino, con las ropas totalmente mojadas, se estiró.

-Una vida por otra, ¿verdad, Merlín? ¿Es eso lo que me ofrecéis?

-Exacto -contestó el viejo-. Mi deuda con vos está ahora pagada. No os debo nada. -Hizo un ademán a los caballeros-. Lleváoslo. Y no volváis a esta sala. Debo estar a solas con el rey.

Los caballeros condujeron a Saladino a empujones hacia la entrada.

-Juro que recuperaré lo que me pertenece! -musitó Saladino.

Seguro que lo intentaréis, pensaba Merlín con tristeza mientras le veía alejarse.

Oyó cómo se iban apagando los pasos de los miembros del servicio, que el mayordomo se había llevado fuera del salón. Estaba ahora a solas con el cuerpo inmóvil del joven a quien todos llamaban Alto Rey de Britania. Pero, para Merlín, seguía siendo Arturo, aquel muchacho pelirrojo que había arrancado la espada de la piedra antigua, el guerrero que había soñado con un mundo de orden y paz. Arturo, ahora y para siempre.

Sacó la copa de metal de la bolsa. Incluso el agua fría del pozo se había calentado en el espacio perfecto de su hueco. La llevó a los labios de Arturo. Y suavemente, con dulzura, envolvió la esfera con los dedos azules del rey y los mantuvo ahí.

Las heridas abiertas, en carne viva, se cerraron ante sus ojos, y volvió el color al rostro ceniciento de Arturo. Y éste abrió ahora los ojos, azules y ansiosos como los de un niño.

-¿Qué me estáis haciendo, Merlín? -preguntó con sonrisa titilante.

-Os doy vuestro legado -contestó el mago. Pero dijo esto con voz tan queda que no estuvo seguro de que Arturo lo hubiera oído. I

Escondió la copa de metal bajo los pliegues de su manga. Ni siquiera Arturo debía saber. Que celebrara primero su resurrección. Que oyera las historias que se contarían del viejo hechicero y de su combate frente al malvado Caballero Sarraceno. Que se hallara cómodo como rey antes de saber que iba a ser un rey eterno.

-Llamad a vuestros caballeros, mi señor -dijo, inclinándose-. Desearán veros.

En sus oídos resonaba el suave susurro de su propia vestimenta mientras dejaba solo al rey en la vasta cámara.

El viento azotaba a Saladino como un tigo de hielo. En los primeros momentos, cuando los soldados le sacaron del castillo, no había tomado conciencia del frío. Estaba medio ahogado y, además, esperaba que los bárbaros britanos le mataran a la más breve orden. Pero se limitaron a dejarle en mitad de la cuesta de la alta colina donde se alzaba Camelot, empujándole luego de una patada para que bajara rodando sin ceremonias hasta el pie de la colina.

Se arrebujó en las ropas empapadas y, mirando sobre el hombro como un ladrón a los burlones soldados, echó a correr hacia el camino. Fue entonces cuando sintió el viento.

Era diciembre. No se había aventurado a salir del castillo desde el día en que cometió el tremendo error de salvar la vida de Merlín. Ahora, temblando convulsamente y con las ropas pegadas al cuerpo, no sentía más que pesar por su locura.

¿Qué lo había empujado a utilizar la copa? Y nada menos que con un mago, alguien que leía el pensamiento, el hombre que más cerca estaba del rey y cuyas ambiciones en cuanto a Arturo eran evidentes. ¡Cómo no iba a robarle la copa! Acompañada de los propios poderes de Merlín (¿había creado en verdad un muro móvil e invisible?), era muy posible que la copa estuviera ya por siempre en poder del brujo.

Copos blancos empezaban a flotar en el viento. Uno de ellos fue a parar encima de una pestaña de Saladino, donde permaneció, helado, hasta que éste se lo quitó con la manga. Nieve. Nunca antes había visto nieve, salvo de vez en cuando, como postre, en las pantagruélicas cenas de Roma. Le rociaba el rostro y se derretía al contacto con sus carnes ateridas, cegándole de tal modo que apenas podía vislumbrar el camino que tenía ante sí.

El camino hacia dónde, se preguntaba con amargura. No tenía a donde ir, ni tampoco pertenencia alguna. Las cosas que había traído consigo desde Roma se habían quedado en el castillo. Ni siquiera tenía caballo que montar. El gran garañón negro estaba ahora alojado en los establos del rey.

Gritó, lleno de furia. Fue un sonido que se apagó en seguida, amortiguado por la nieve. Pronto estuvo de nuevo envuelto en silencio.

Habría andado tan sólo algo más de un kilómetro cuando llegó al convencimiento de que iba a morir. Sus dedos estaban tan rígidos que no podía moverlos. Le dolía el vientre a causa del frío. El cabello se le había helado, formando mechones endurecidos. Era imposible encender un fuego sin pedernal, y el pedernal estaba enterrado bajo la nieve. Se preguntaba qué ocurriría con un cuerpo que quedara en la nieve. Se pondría rígido como un palo, seguramente. Tal vez el frío le protegiera de la putrefacción. Era irónico, pensaba, que su cuerpo fuera a permanecer intacto gracias precisamente a aquello que le iba a matar.

No quedaba mucho tiempo. Quiz aguantara hasta el anochecer. Pero con la oscuridad vendría la muerte. No era la muerte fácil que habría podido imaginar, no era lo mismo que morir de viejo en Roma rodeado de sus congéneres. Pero, en todo caso, ¿qué más daba de qué modo se moría?

Tropezó y cayó. Su rostro golpeó la superficie dura del camino, y la sangre manchó la nieve.

Oyó un sonido, fuerte y penetrante. ¿Había gritado? No. Se habría dado cuenta. No estaba tan ido, pensó agitadamente, como para no reconocer ya el sonido de su propia angustia. Pero sí que había oído algo. Un perro salvaje, tal vez. Un cuervo de invierno. Mientras se ponía en pie con esfuerzo, vio algo que venía hacia él a través de la nieve.

Era un muchacho, muy pequeño y extrañamente vestido, cuyo manto andraioso volaba detrás de él al viento. Sadino se quedó parado, mirando. Hasta que la figura estuvo muy cerca no se apercebó de que no era un niño sino una mujer de abundante y salvaje pelambrera que se había encontrado en el bosque durante su primera noche en Britania. Llevaba una piel de ciervo echada sobre los hombros, y se la quitó para dársela a Saladino. Éste la cogió sin decir palabra y siguió a la muchacha por donde ella había venido.

El camino, que no duró más de una hora, pareció una eternidad. Pasado un rato, la mujer se apoyó contra Saladino para abrigarse y se colocó el largo brazo del hombre en torno a la cintura para impedir que éste se viniera al suelo. Llevaba unos zapatos burdos, unas bolsas de piel de ardilla, esto lo observó Saladino. Incapaz de pensar o de mirar delante, tenía los ojos puestos en el movimiento de los pies de la mujer a través de la nieve.

En su momento, los pies se detuvieron ante una puerta de madera. Saladino, aterido, levantó la mirada. La mujer sonreía y asentía con la cabeza. Aplicó el hombro a la puerta y, de un empujón, la abrió de par en par, luego ayudó a Saladino a entrar.

Había cuerpos en el suelo, y charcos de sangre todavía roja. Fue lo último que vio Saladino antes de quedar inconsciente.

No sabía cuánto tiempo había dormido, pero sospechaba que habían pasado varias horas desde su llegada a la casa. Era pleno día, y la nieve de fuera había desaparecido. Se hallaba en una estancia caldeada y de techo alto, echado sobre un lecho exquisitamente cómodo, con un colchón de plumas. En una pared había una pequeña chimenea con tres pequeños troncos ardiendo; delante del fuego había un taburete, y encima de éste sus ropas.

Se enderezó, mareado, pensando en aquellos cuerpos. Que yacían por todo el suelo, como si hubieran sido despedazados con un hacha. Y la sangre relucía todavía. Pero ahora no estaban. Debía de haber sido una especie de pesadilla, una alucinación debida al frío... La visión que vino a continuación fue aún más extraña. La rapazuela que le había traído hasta aquí entró en la estancia. Llevaba puesto un vestido largo que arrastraba por el suelo. En torno al cuello lucía una sarta de cuentas de porcelana de colores. Aparte de estos ridículos detalles, era la misma criatura de rostro mugriento y pelo enmarañado que había encontrado en el bosque. En los pies calzaba todavía aquellas bolsas de piel.

Sin prestarle atención, la muchacha se dirigió primero hasta donde estaban las ropas de Saladino y las sacudió.

-No tengo nada que robar--graznó él--. Ella levantó los ojos llena de regocijo, tiró las cosas al suelo y fue corriendo a abrazarle.- Vete -musitó Saladino, golpeándole las manos.

La mujer no pareció inmutarse por su enfado, sino que indicó la puerta. Como Saladino no respondiera, le destapó apartando las coberturas de un tirón.

Estaba totalmente desnudo. Saladino se enderezó y se echó hacia delante para taparse, pero ella rió entre dientes. Bajó de un salto de la cama, cogió las ropas de Saladino y se las entregó.

-¿Comer? -preguntó la muchacha. Se llevaba la mano a la boca, pero él conocía ya la palabra de sus pocas lecciones con Merlín.

-Sí -contestó él, titubeante.

-Hablas -susurró la chica abriendo mucho los ojos.

Era inútil explicar a alguien tan primitivo que había otros lenguajes además del suyo, por lo que Saladino se limitó a apartarla de su lado al tiempo que profería un gruñido y procedió a vestirse.

Era una buena casa, decorada al estilo romano, aunque los suelos eran de madera y no de mosaico. En el pasillo había un baúl abierto, con la tapa destrozada. Ropas finas de hechura romana sembraban el suelo, así como trozos rotos de aderezos. Más all , en la gran sala de estar y luego en el atrio, había objetos esparcidos: una tablilla de cera, libros de cuentas, cojines rajados de los que asomaba el relleno. En el suelo de madera pulida podían verse grandes manchas oscuras.

Ésta es la estancia que yo vi, recordó Saladino. Aquí estaban los cuerpos.

En ese instante, la chica le hizo señas. De la cocina venía el olor de comida al fuego. Condujo a Saladino hasta el comedor, cuyo suelo estaba cubierto de platos y cristalería rotos. La chica no parecía preocuparse por estos restos; pasando cuidadosamente por encima de ellos, trajo una cacerola de arcilla llena de sopa hasta la mesa de madera taraceada. Sonrió, colocó un cuenco delante de Saladino y sirvió la sopa.

-¿Qué hay aquí? -preguntó Saladino, receloso.

-Raíces. Hierbas -dijo ella, encogiéndose de hombros. Dijo algo más que Saladino no entendió.

Saladino rebuscó en la cacerola y encontró el anca de un pequeño animal. Bueno, al menos esta chica no había echado a la olla los cuerpos humanos.

-¿Dónde está la gente?

-Muertos. Los sajones. Hoy. Los he visto. Mucha suerte. -Acarició el collar que llevaba puesto-. Muy bonito.

Saladino la miró fijamente. Por lo visto, no la había impresionado lo más mínimo hallar una casa llena de gente asesinada. Es más, seguramente había visto el ataque. ¿Qué clase de vida habría llevado antes de venir al bosque para vivir como un animal salvaje?

Distraído, Saladino dirigió su atención a la sopa. Tenía hambre, y la sopa estaba buena. Bebió el cuenco entero sin decir palabra, luego lo ofreció para que la chica volviera a llenarlo.

-¿Cómo te llamas? -preguntó cuando ella le hubo pasado la sopa.

-Nimué -respondió la chica.

-¿Dónde está tu familia?

-Muertos -contestó ella sin darle mayor importancia-. Hace tiempo.

-Y ¿cómo me has encontrado?

Ella le sonrió y dijo:

-He esperado. Busqué un lugar para pasar el invierno, y te he esperado. ¿Estoy guapa?

-En absoluto. -Saladino examinó su aspecto-. Estás sucia.

Ella frunció el ceño, intrigada. Saladino había empleado la palabra latina. Desconociendo el equivalente en inglés, cogió el dobladillo de la ropa que la chica llevaba –una toga de hombre- y se la pasó por la cara.

-Sucia -dijo, señalando la mancha negra.

La chica se llevó la mano a la cara.

-Y el pelo... -Saladino hizo un movimiento para tocarlo, pero retiró la mano. La cabeza de la muchacha estaba atestada de piojos-. Estás perfectamente asquerosa -dijo, apartándola de un empujón.

La muchacha fue a parar al rincón de la estancia, los labios temblorosos. A continuación se puso en pie, emitió un largo sollozo y salió corriendo.

Saladino puso los ojos en blanco. Ya era malo estar condenado a morir en este lugar salvaje; pero tener que pasar todo un invierno de su preciosa vida de mortal con una chica cubierta de bichos era más de lo que podía soportar.

Pero pensó que era mejor tomárselo con filosofía. Al fin y al cabo, había sido una suerte hallar este lugar. A juzgar por lo que había visto, sus ocupantes recién asesinados eran gente próspera.

Echó un vistazo. Quedaba algo de comida en la despensa, aunque era evidente que los asaltantes sajones se habían servido en abundancia. En todas las estancias había hogar, y montones de leña al lado de éste. Había muebles y las ropas eran muy elegantes, evidentemente importadas. La casa tenía incluso una bodega, aunque sus existencias habían sido totalmente vaciadas.

Nimué pasó presurosa por su lado, vestida de nuevo con sus harapos y pieles, y desatracó la puerta posterior de la cocina. Saladino la siguió, un tanto divertido.

-¿Escapas? -preguntó, pero la muchacha no se volvió

Cuando iba a entrar de nuevo en la casa, observó el ordenado montón de cuerpos congelados apilados como troncos junto al edificio. Había entre ellos una mujer degollada - la señora de la casa, a juzgar por el sofisticado peinado- y su esposo, muy bien vestido aunque sus ropas estaban cubiertas de sangre. Otros dos parecían ser criados de la casa. La chica debía de haberlos sacado ella sola, pensó Saladino. Sí, era fuerte como un buey.

Paseó la mirada por la hierba pardusca de los campos y se sintió de pronto abrumado por el desespero. No había esperanza alguna, lo sabía. La copa estaba en manos de un rey y éste jamás se desprendería de ella. Volvió a entrar en la casa y se hundió en el mullido sofá manchado de sangre.

Había perdido la copa por un error. No habría debido excitar a los bárbaros con la muerte de Arturo. Habría debido matarle en silencio, sutilmente, tal vez haciendo ver que le examinaba. Pero en aquel momento estaba demasiado furioso para pensar como era debido. La traición de Merlín, quien le debía la vida, había sido un duro golpe.

La copa convertía a los hombres en bestias. Incluso Merlín, el más culto y sensible de los mortales, había acabado sucumbiendo a su hechizo. Había intentado matar a Saladino, sin el menor pesar, con su magia. Un hombre haría cualquier cosa por poseer la copa.

Al fin y al cabo, quizá aquel hombre a quien llamaban el Cristo sabía lo que tenía en las manos en su última cena. Quizá lo sabía y, siendo algo más que humano, había sido capaz de rechazarla.

Saladino sabía que también él debía intentar renunciar a ella, de lo contrario pasaría lo que le quedara de vida soñando fáltilmente. El rey jamás renunciaría a la copa. Sólo Merlín podía llegar a poseerla, y Merlín pertenecía al rey.

Sólo Merlín...

Lo siguiente que oyó fue el retumbar de los cascos de un caballo. Saladino se levantó, pestañeando vivamente y con manos temblorosas. ¿Habían vuelto los invasores sajones mientras él dormitaba? Todavía aturdido pero tenso por el miedo, agarró el atizador de hierro que estaba junto a la chimenea y se dirigió sin hacer ruido hacia la puerta.

Fuera, el caballo relinchó. Saladino inhaló con fuerza. Reconocía el relincho, era el de su caballo. Antes de que pudiera reaccionar, la muchacha entró en tromba en la estancia, alborotando y gesticulando alocadamente.

-¡Ven! ¡Ven! -gritaba. Iba aún más sucia que antes, y olía a caballo.

El garañón estaba bañado en sudor. Cuando vio a su amo, se puso a patear el suelo con la pezuña delantera. La muchacha lo calmó con una caricia.

-Cómo... cómo has...

-Lo he cogido del establo del rey -dijo ella con orgullo.

Saladino tocó el flanco reluciente del caballo. No llevaba montura. Nimué debía haber montado a pelo.

-Pero los caballerizos... los caballeros...

Ella rió y se alejó un poco. A continuación, con la boca, produjo una mezcla de extraños sonidos. El garañón meneó las orejas, se volvió y se dirigió directamente hacia la muchacha.

-¿Cómo demonios has hecho eso? -quiso saber Saladino.

Nimué dio al animal una palmadita en la grupa, instándolo a ir hacia el prado.

-Sé hablar a los animales -dijo-. Para conseguir tu caballo sólo he tenido que abrir la puerta de su pesebre y llamarlo. Los caballerizos estaban ocupados. Ni siquiera se han dado cuenta.

-¿Has salido de los terrenos del castillo montada en él?

La muchacha negó con la cabeza.

-Lo he esperado en el bosque. Desde allí he venido montada en él.

-Y ¿no te ha visto nadie?

-No -respondió ella como si fuera una pregunta ridícula-. A mí nunca me ve nadie.

Saladino rió.

-Un hada de los bosques, nada menos.

La muchacha sonrió tímidamente.

-¿Me quieres ahora?

-¿Quererte a ti? -Saladino estaba desconcertado.

No era su intención que estas palabras sonaran tan poco amables. Al fin y al cabo, ella había rescatado su caballo. Y cuando el rostro de la muchacha se convirtió en una máscara de total aflicción, Saladino sintió una punzada de remordimiento además de la irritación que sentía por todo.

-Oh, para inmediatamente -dijo cuando la muchacha empezó a llorar-. Mira, ve a lavarte la cara. Y el pelo. Sácate esos bichos. Estarás más guapa. O al menos, te sentirás mejor.

Ella se quedó mirándole fijamente, haciendo pucheros.

-No te entiendo.

Una vez más, Saladino se dio cuenta de que había hablado una mezcla de inglés y latín.

-Bueno, no te preocupes. -La cogió por la cintura y la condujo hasta la cocina, donde había un enorme pedazo de jabón oscuro en el fondo de una tina de madera. Lo cogió y se lo metió en la mano-. Lávate con esto -dijo, intentando pronunciar con claridad. Le tiró de los cabellos-. Y eso también.

-¡Aggh! -chilló ella, zafándose de él.

-Ve al río. Y no vuelvas hasta que estés limpia.

Nimué le dirigió una mirada de odio. Él abrió la puerta y la echó con el pie.

Mi caballo, pensó con una alegría que no recordaba haber sentido desde hacía años. Podría salir de Britania, volver a Roma... pero, ¿por qué a Roma? Había lugares en los que nunca había estado, islas del mar de China donde las mujeres se pintaban el rostro de color blanco puro y la aristocracia se pasaba las horas ociosamente adivinando las fragancias de flores exóticas. Lugares en la India donde los hombres santos se tumbaban sobre lechos de clavos para aclarar sus mentes, y reyes con barbas verdes y vaporosos ropajes de seda iban a la batalla montados en elefantes.

Su entusiasmo fue en aumento y luego se vino debajo de golpe, haciéndose añicos como el cristal ante la inexorable verdad. No tendría tiempo de ver ninguna de esas imágenes. Con la copa se había ido el resto de su vida.

¡Merlín!

Sólo Merlín podía devolvérsela...

Miró afuera, al río. Nimué estaba metida en él hasta las caderas, frotándose la enmarañada mata de pelo. Saladino se estremeció al pensar en lo fría que debía de estar el agua, pero la

muchacha aguantaba con estoicismo mientras llevaba a cabo la tarea que él le había encomendado.

Sí, pensó Saladino, estaba acostumbrada a una vida dura. Aun para los bárbaros de estas tierras, no era del todo humana.

De repente, se le secó la garganta. *No es del todo humana.* ¡Qué maravilla!

No podía apartar los ojos de ella. Vista desde lejos, parecía tener muy buena figura. Él permanecía en el umbral transportado, mientras Nimué se enjuagaba la espuma de jabón del cabello y se ponía otra vez sus harapos.

-Un hada de los bosques -dijo Saladino en voz alta.

Había hallado un modo de recuperar la copa.

Cuando Nimué volvió a la casa, Saladino había reunido cuanto ella necesitaba sacándolo de los baúles destrozados del vestíbulo: peines, delicadas zapatillas y ropa de mujer, incluido un camisón de lino, una bata de seda blanca con largas mangas y cuello redondo y una túnica más corta de seda de color verde muy pálido.

Nimué miró las prendas, dispuestas en perfecto orden sobre la cama donde había dormido Saladino. Los ojos de la muchacha estaban llenos de expectación, medio contentos y medio asustados.

-¿Quieres que me lo ponga? -preguntó.

-Quítate eso que llevas -ordenó Saladino. Nimué se encogió y dio un paso atrás.- Ah, qué fastidio de mujer -dijo él, arrancándole los mugrientos harapos del cuerpo y lanzándolos al fuego. Ella soltó un gañido e intentó recuperarlos, pero Saladino la retuvo-. Toma, ponte esto por el momento -dijo, entregándole un magnífico manto de color zafiro.

Ella se envolvió en él y se puso a mirarse y remirarse.

-Estáte quieta.

Saladino corrió el pequeño taburete del hogar y la sentó en él. A continuación, con un peine de marfil, tiró de aquel avispero que parecía brotar de la cabeza de Nimué como un espeso matorral. Ella gritaba a cada tirón, cerrando los ojos mientras las lágrimas rodaban inconteniblemente por su rostro, pero no hizo nada por moverse de su asiento.

-Así me gusta -dijo él como si estuviera sobando a una yegua.

De hecho, la tarea de desenredar aquel pelo de bruja era mucho más trabajosa que cuidar de un animal. Ahora que ya no estaba hinchado, le llegaba hasta por debajo de la cintura y era además espeso y fuerte. Saladino se sentía en verdad sudar mientras arrancaba los nudos y los arrojaba al suelo.

-Ya está -dijo finalmente. Hizo una limpia raya en la cascada de ondas doradas, dio un paso atrás y admiró su obra.

El efecto, del cual eran responsables tanto el jabón como el peine, no dejaba de ser admirable. La piel de la muchacha era de un blanco lechoso, coloreado por el ligero rosa de las mejillas. Su lisura, inmaculada, hacía que Saladino casi perdiera la repulsión que sentía por la piel clara.

La muchacha tenía los dientes pequeños y parejos, un milagro teniendo en cuenta su dieta y su falta de cuidado. En torno a ellos, los labios eran carnosos y bellos, de color sano, llenos y bien definidos. Y los ojos, con el reflejo del color del manto, eran de un sorprendente azul turquesa.

-Vaya, estás guapa de veras -dijo Saladino con asombro. Ella le sonrió, rebotante de felicidad.- ¡Admirable!

-¡Admirable! -repitió Nimué, y rió.

-Ahora ponte estas cosas. ~

Le quitó el manto mientras sostenía la ropa interior, y le pasó por alto el flexible y joven cuerpo. Era perfecto, de músculos fuertes y demasiado joven para estar estropeado. Los senos, sorprendentemente llenos, terminaban en pequeños pezones rosados, y debajo, entre las largas piemas brotaba un magnífico vellón dorado.

Le entregó las prendas, una detrás de la otra, dando instrucciones sobre cómo debía llevar cada una de ellas. Cuando estuvo lista, Saladino cogió un largo cordón dorado que había encontrado en el fondo de uno de los baúles y lo ató diestramente en torno a la cintura.

Nimué se miró a sí misma de arriba abajo, toqueteando el magnífico tejido.

-Joyas -gritó de repente, y salió de estampida de la estancia. No hacía el menor ruido al moverse, observó Saladino. Esto estaba bien. Era perfecto.

Cuando volvió, la muchacha llevaba el mismo collar de cerámica rota con el que antes jugaba, y las cuentas de arcilla roja y amarilla saltaban sobre su pecho.

-No, no -dijo Saladino, y se lo arrancó. Las cuentas se desparramaron por el suelo. Nimué abrió la boca, desalentada.- No hagas nada que yo no te diga.

Ella bajó los ojos.

-Eso está mejor. Voy a enseñarte algunas cosas -dijo él pausadamente-. Quiero que prestes mucha atención, ¿entendido? -La muchacha asintió-. Vamos a hablar inglés. Tendrás que enseñarme lo que sepas.

Saladino se apoyó contra la pared y cruzó los brazos.

-Tengo un plan para ti -dijo, y ella asintió de nuevo y esperó-. ¿Te dan miedo los magos? -Nimué abrió mucho los ojos-. Oh, no va hacerte daño. En realidad, creo que se va a enamorar completamente de ti.

-¿Y tú? -preguntó Nimué arrugando la frente.

Saladino sonrió.

-Nimué, si haces lo que te pido, te amaré durante toda mi larga, larga vida. -Ella le miró con sus ojos turquesa al borde de las lágrimas-. ¿Por qué no me hablas ahora de ti?

El pasado de Nimué no tenía nada de romántico ni especial. Era hija de un mercenario germano contratado para proteger una alquería unos treinta kilómetros tierra adentro. Su madre seguía a los soldados en campaña. Los mercenarios y sus mujeres viajaban en grupos, instalaban campamentos fuera de las propiedades para cuya protección habían sido contratados y permanecían allí mientras duraba el contrato o hasta que sus patronos se quedaban sin dinero.

El oro era escaso; sólo las familias que lo habían atesorado desde los tiempos de la ocupación romana podían permitirse pagar a los mercenarios, quienes rara vez vendían sus servicios como combatientes por comida. El padre de Nimué, un enorme guerrero rubio llamado Horgh, había amasado una buena fortuna durante sus doce años de estancia en Britania, volviendo después de cada empresa a su pueblo del Rin donde tenía esposa y varios hijos.

Nimué no era el único descendiente bastardo del germano. En los campamentos donde ella se crió, eran varios los niños que guardaban parecido con Horgh. A la madre de Nimué, una mujer hermosa pero boba, no parecía importarle que su hombre se acostara con otras mujeres ni tampoco el hecho de que atesorara todo su dinero en un país lejano, mientras ella y su hija vivían de las sobras que dejaban los soldados.

En realidad, la niña tenía poco que decir al respecto. Su padre rara vez le dirigía la palabra. Además, hablaban idiomas distintos y ella no podía entender lo que él le decía. Con los demás seres humanos, su madre guardaba un mutismo total. A veces llevaba a Nimué al bosque y llamaba a los animalitos y a los pájaros, que venían en bandada hacia ella y la niña como si fueran faros en la oscuridad.

Nimué aprendió de su madre todas las mañas para sobrevivir cómo adivinar el tiempo, cómo buscar cobijo en invierno, cómo matar sin dolor a un animal herido y coger su piel. De hecho, solían huir a los bosques cuando los sajones hacían una incursión en los campamentos para no arriesgarse a que las mataran allí.

En una de estas huidas preventivas murió la madre. Un sajón la aporreó con un palo claveteado mientras ella corría con su hijita a refugiarse en el bosque. Nimué chillaba, pero el sajón que había matado a la madre prefirió volver al campamento antes que perseguir a una niña por el bosque. Más tarde, cuando todo quedó en calma y la casa y las construcciones anexas eran ruinas humeantes, Nimué regresó.

El campamento estaba desierto. Al parecer los mercenarios habían sido advertidos del tamaño de la partida de invasores sajones y, del primero al último, habían abandonado el lugar antes de que éstos llegaran. No quedaban más que los cuerpos ensangrentados de mujeres y niños. En la casa principal, también el propietario de la hacienda había sido

muerto, junto con su familia, sus criados y los agricultores arrendatarios que habían combatido a su lado contra los sajones.

Nimué enterró a su madre tal como desde siempre había visto a las mujeres enterrar a los soldados caídos. Cuando hubo terminado, escuchó el canto de los pájaros en el aire inmóvil. No conocía ya a un solo ser humano vivo.

Tomó las ropas y alimentos que pudo rescatar de la destrucción del campamento y se fue a vivir al bosque. Tenía a la sazón once años.

Cuando la encontró Saladino rozaba casi la veintena, aunque parecía más joven, y se bastaba totalmente a sí misma. Para Saladino, esto era importante.

-Vendrá antes de la primavera -le dijo mientras la instalaba detrás de él sobre el enorme garañón. Iba muy bien vestida y Saladino no quería estropear su aspecto con una larga caminata-. Consigue comida si la necesitas, pero no te ensucies.

La muchacha sabía conseguir comida, de esto no cabía duda. De hecho, era para él un inconveniente quedarse sin su destreza para la caza. Durante las últimas semanas mientras enseñaba a Nimué cosas que ésta iba a necesitar, ella mantuvo la mesa bien provista de faisán y codornices, incluso abatió un ciervo con sólo una cuerda y un cuchillo. Había dado también pruebas de ser una excelente cocinera; utilizaba para sazonar la carne salvaje, hierbas recogidas del campo. Además de cazar y cocinar, cortaba la leña y mantenía encendidos los fuegos de la casa. Incluso había enterrado los cuerpos de los antiguos propietarios.

Lo único que no había conseguido dominar eran las labores de limpieza de la casa. A Saladino le tenía perplejo que Nimué fuera capaz de andar una y otra vez por encima de los montones de loza rota del comedor sin molestarse en recoger ni un sólo pedazo. La misma indiferencia mostraba en lo relativo a cuestiones de simple higiene. En más de una ocasión, había servido la cena en platos todavía sucios de la comida anterior. Finalmente, Saladino renunció a reprenderla por sus malos hábitos -Nimué era incapaz de hacer bien la limpieza aun cuando se la obligara- y asumió él mismo esta responsabilidad. Era aseado por naturaleza, y encargarse de la limpieza no era en absoluto una carga para él, en principio, aunque sí le ofendía tener que recoger todo lo que ella iba dejando.

Pero ya no tendría este problema por mucho tiempo, pensaba Saladino con resignación. De un modo u otro, Nimué se iba. Si tenía suerte, la inversión de Saladino en ella habría merecido la pena.

-¿Te acuerdas de lo que debes decir? -preguntó, procurando no mostrar ansia.

-Sí.

Cabalgaban los dos, ella arrebatadoramente hermosa con su reluciente ropa de seda y la cabellera dorada cayendo en cascada sobre sus espaldas. Las manos posadas sobre el pecho de Saladino, pequeñas como plumas, se estremecían. Saladino podía sentir el temblor del pequeño cuerpo.

-¿Qué demonios te pasa ahora? espetó.

-No quiero dejarte -dijo ella, apretando la frente contra su espalda.

Saladino profirió un sonido de desagrado.

-No seas tonta.

-Yo puedo hacerte feliz.

-Difícilmente -dijo él, aunque había habido momentos, en el largo y frío invierno, en que casi lo había creído.

Nimué era muy hermosa, esto era innegable. Bajo la tutela de Saladino, había aprendido algunas normas básicas de conducta civilizada que la habían vuelto muy agradable. Era ahora capaz de comer adecuadamente, sin llenarse la cara de comida, y había aprendido a controlar un tanto sus expresiones faciales de tal modo que no miraba ya con ojos vacíos, la mandíbula floja y la boca abierta cuando no tenía nada en especial en la mente. Había aprendido a sonreír graciosamente y a hablar en voz baja. Saladino le había incluso enseñado algunas canciones de Egipto, que nadie iba a reconocer, para que luciera su encantadora voz. Nimué sabía ya caminar con tal elegancia que no hacía el menor ruido ni dejaba huella de su paso. Su competencia general y su inteligencia básica eran impresionantes, y su carácter cálido era buena compañía incluso para alguien tan irascible como Saladino.

Resumiendo, se estaba convirtiendo en una mujer muy deseable. En otras circunstancias Saladino tal vez hubiera sentido la tentación de hacerle el amor, pero esto estaba descartado. La había examinado a fondo para comprobar su virginidad. También esto importaba. No, el regalo de Nimué sería para otro. Alguien dispuesto a pagar un elevado precio por ella.

Detuvo el garañón cerca de las cuevas donde él y el viejo mago habían ido tantas veces a recoger piedras.

-Esperarás ahí -dijo.

-Pero, ¿y si no viene?

-Canta -dijo Saladino-. Canta una de las canciones que te he enseñado, y vendrá.

-¿Y entonces?

-Tú deja que las cosas sigan su curso, Nimué. -Saladino la contempló mientras bajaba ágilmente del caballo: las ropas vaporosas revoloteando en torno a ella como nimbo resplandeciente, y sintió un poquito de tristeza. Porque era probable que las cosas salieran como él tenía planado y casi le había tomado apego a la chica-. Si todavía estás sola cuando llegue la primavera, vuelve a buscarme. -dijo movido por un impulso.

-¡Claro que iré! -exclamó Nimué, exultante.

Él le aferró con fuerza la muñeca.

-Pero jamás menciones mi nombre, Nimué. Si lo haces nuestras vidas estarán condenadas.

-Juro que te obedeceré -dijo ella.

Permaneció quieta un momento, tal vez a la espera de que el hombre alto y elegante de tierras lejanas la besara, pero él permaneció inmóvil.

-Ve, de prisa -dijo Saladino.

Subió a su caballo y se alejó al galope.

Las campanas de la pequeña capilla situada dentro de los muros de Camelot repicaban con alegría, pero no por ello levantaban el ánimo de Merlín. Mientras el rey y sus caballeros se preparaban para la misa de la mañana, el viejo mago rondaba por sus aposentos como una desdichada sombra. Naturalmente, no se esperaba de él que asistiera; todos en Camelot sabían que Merlín seguía la vieja religión y, aunque muchos de los caballeros eran fervientes creyentes cristianos y profesaban despreciar los actos de brujería, estaban muy agradecidos al viejo por haber utilizado su magia y curado así las terribles heridas de Arturo.

Personalmente, Merlín rara vez había dado la menor importancia a la capilla cristiana o a sus campanas. Hoy, sin embargo, creía que iban a volverle loco con sus gozos y repiques.

Desde hacía ya semanas, desde la expulsión del malvado Caballero Sarraceno, como llamaban los hombres a Saladino, y la milagrosa recuperación del rey, Merlín se pasaba el tiempo encerrado en sus aposentos como un invalido y no atendía si siquiera a las llamadas del rey.

Arturo y los otros atribuían al alejamiento del viejo con respecto a la sociedad, al encantamiento que había utilizado, el cual, decían, le había dejado sin fuerzas. La magia había llevado a Merlín demasiado cerca de la muerte, sólo así podía combatirla.

Pensaran lo que pensaran, cualquier cosa sería mejor que la verdad.

Las campanas de la capilla le daban deseos de gritar. Cerró la puerta tras él de un portazo, se alejó a grandes zancadas de sus aposentos y salió del castillo sin hacer caso a los saludos que le dirigían a su paso.

He aquí el cristianismo, se decía a sí mismo. La nueva religión había echado raíces como una mala hierba nociva. Con su maldita promesa de vida eterna, había alejado a las gentes de la Naturaleza y del orden natural. Volvería a la arboleda donde solían reunirse los druidas. Allí, lejos del incesante repicar de las campanas, podría pensar.

Pero no halló solaz en la arboleda. La fuente de Mithras, donde se purificaban los sacerdotes antes de sus rituales, se había secado y apenas goteaba. Los sonidos del bosque, que Merlín acogiera otrora con agrado, resultaban ahora ensordecedores y se llevaban sus pensamientos. Hacían que su alma hirviera, confusa. No había ya lugar para él desde que su magia se había desbordado. Merlín había cambiado para siempre. Pero, ¿acaso no era

eso lo que él quería? ¿No quería realizar magia de verdad, dar expresión al poder que había ido acumulando en su interior durante toda su vida? Dejar de ser humano. Merlín dobló los brazos sobre las rodillas y lloró.

-Los dioses me perdonen -susurró.

Sabía que la causa de la agitación que sentía en su espíritu no estaba en ninguna de las cosas a las que achacaba la culpa. No había sido la nueva religión ni el desuso de la arboleda sagrada, ni siquiera la magia que de algún modo había sacado de sí mismo aquel terrorífico día, sino el mal que había en su corazón.

Había sacado al exterior la magia con su ira y había utilizado esta magia para intentar matar al hombre que una vez salvó su vida.

Sí, lo había hecho por una buena causa, sin duda. No podía permitir que el rey muriera mientras él tuviera alguna posibilidad de impedirlo. Y sólo había un modo, arrebatarse la copa mágica al Sarraceno. ¿Acaso éste no había intentado matar a Arturo con sus propias manos? ¿No estaría ahora el rey con toda seguridad muerto de no haber sido por la intervención de Merlín?

Sí, sí... se golpeaba los brazos con la cabeza. Había pasado revista a lo ocurrido mil veces. Todo sensato y comprensible, todo para bien. Y sin embargo, no conseguía hallar la paz. Seguía sintiéndose acosado por el sueño, aquel sueño en que el Cristo ofrecía el cáliz de la vida eterna. Si él era la manifestación del verdadero Dios, ¿por qué se había llevado la copa?

Merlín seguía asustado de su propia magia. Recordaba poco de lo ocurrido. Era un poder que había brotado de él, cegándole y aturdiéndole. Pero sí recordaba la sensación que tuvo luego, aquella terrible certidumbre de que, de algún modo, él había cambiado por completo y jamás volvería a hallar muerte, ni liberación ni paz.

¿Era éste el significado de la vida eterna? ¿Era éste el significado del sueño? ¿Quería el sueño decir que la vida, vivida más allá de su duración humana, era una maldición mil veces peor que la muerte?

Pero no podía ser así. Saladino no era un hombre especialmente desdichado. Y, desde luego, no quería separarse de la copa que Merlín le había robado.

Esa copa ya me ha hecho robar, pensó Merlín. Casi me ha hecho matar.

¿Qué sería de Arturo?

Oyó un sonido y levantó los ojos. Un sonido adorable, como si una voz de mujer cantara una canción de extraña belleza. Llegaba desde lejos, difuso; cuando el canto desapareció, Merlín creyó haberlo imaginado. Pero empezó de nuevo, alto y dulce y lleno de misterio.

Casi inconscientemente, se levantó de la hierba de la arboleda y se dirigió hacia el lugar de donde venía la música.

Era una música antigua, antigua y perfecta, serena y sin embargo desesperada. Procedía de las cuevas.

Apresuró el paso, casi esperando que quien fuera, hubiera desaparecido antes de que él llegara, pero la música aumentaba en intensidad a medida que se acercaba a la cueva.

Se detuvo en seco. Era la misma cueva adonde había llevado a Saladino. Se hallaba ahora casi en el punto donde su corazón había dejado de latir. Habría muerto si el forastero no le hubiese salvado con la copa.

Vida por vida, pensó. La deuda estaba saldada: la copa, ahora debía aprender a vivir con ella.

La música paró por un momento. Merlín transpiró profusamente. Jamás se vería libre de su culpa, ni siquiera con la muerte se vería liberado.

Pero llegó de nuevo el canto y le envolvió como bálsamo fresco. ¿Cuánto tiempo hacía que no oía cantar a una mujer?, se preguntó. Desde luego, ninguna le había oído jamás a él. Tal vez lo hubiera hecho su madre si hubiera vivido más tiempo. Pero en toda su larga vida jamás había oído una tierna voz de mujer pronunciar su nombre con amor.

Lentamente, entró en la cueva. Por detrás de él entraban los rayos de luz del sol. Su sombra llenó el espacio un momento, y acto seguido Merlín se arrodilló, mudo. Sentada dentro del túnel moteado por el sol, centelleando como diamantes en torno a las rocas, estaba la mujer más hermosa que jamás había visto.

La mujer no aparentó sorpresa ante su súbita aparición. Ni siquiera interrumpió el insistente estribillo de la canción y siguió cantando hasta que ésta hubo terminado. La nota quedó pendida en suspenso en la cueva, como una promesa.

No se le ocurría nada que decir. Era una mujer de belleza indescriptible. Pestañeó, pensando que tal vez desaparecería como si hubiera sido un pensamiento.

-¿Quién eres? -susurró finalmente.

-Soy Nimué -dijo ella-. Ven, Merlín. Te estaba esperando -Y le tendió los brazos.

El viejo titubeó. Si esta mujer no era producto de su imaginación, debía de haber sido enviada con algún propósito. Saladino. Era Saladino que la utilizaba para recuperar la copa.

-¿Por qué estás aquí? -Intentó que su voz sonara severa, pero no pudo disimular un temblor.

La mujer se puso en pie con la gracia de una columna de humo.

-Si no puedes confiar en mí, esperaré hasta que ello sea posible -dijo quedamente.

Fue corriendo hasta el fondo de la cueva por el oscuro túnel sin luz.

Merlín fue tras ella, pero no pudo encontrarla. Incluso volvió al castillo y regresó a la cueva provisto de una vela, pero la mujer había desaparecido.

Merlín buscó a la misteriosa mujer durante todo aquel día y todo el siguiente, y no pudo evitar sentirse como un viejo tonto. Intentaba convencerse a sí mismo de que estaba simplemente realizando un experimento: quería averiguar de qué modo un ser humano de proporciones normales, de carne y hueso, podía haber desaparecido de la cueva sin dejar rastro. Otros hombres quizá se hubieran aferrado a la idea de que aquella persona que decía llamarse Nimué no era en realidad un ser humano. Parecía humana, desde luego, pero era bien sabido entre las gentes corrientes, que las ninfas, las hadas del bosque y otras criaturas etéreas podían aparentar aspecto humano en circunstancias adecuadas. Merlín no creía en este saber popular acerca de los seres inmateriales. Él era una persona instruida y, además, un mago auténtico. La gente no desaparecía así como así.

El tercer día de su búsqueda, a primeras horas de la tarde, halló una entrada posterior a la cueva. No era mucho mayor que la madriguera de un tejón, y estaba situada en una roca que se alzaba a unos centenares de metros de la entrada principal. Estaba casi perfectamente cubierta con una piedra ancha y plana.

Así que, después de todo, era humana, pensó Merlín, un tanto fastidiado consigo mismo por el hecho de que este descubrimiento fuera una decepción. Estuvo esperando junto a la abertura durante una o dos horas, y luego abandonó y regresó a Camelot.

El castillo estaba muy revuelto debido a los preparativos para trasladar la corte al norte, a la residencia de verano de Garianonum. El invierno había sido largo, las existencias locales de provisiones se habían casi agotado y las letrinas y el foso de desagüe estaban llenos y apestaban. Era el momento de dejar vacío el lugar para que el personal permanente pudiera hacer la limpieza y empezar a reabastecer las despensas para el próximo otoño.

Merlín, muy angustiado las últimas semanas, había olvidado por completo el traslado y quedó atónito al ver cómo cargaban ya las carretas preparando el viaje.

-¿Cuándo nos vamos? -preguntó a un paje que pasaba. El muchacho dio un respingo.

-Pasado mañana, señor -contestó, muy encogido.

Ya antes del incidente habido con Saladino y el pozo, la mayoría de los miembros del castillo se mostraban reticentes a hablar con el hechicero por miedo a que éste les convirtiera en ranas o les echara a un caldero hirviente de mejunje de brujo, y la cosa había empeorado al extenderse la historia de cómo había enviado al malvado Caballero Sarraceno a los infiernos.

-¿No es demasiado pronto todavía para ir a la residencia de verano?

-Sí, señor -reconoció el paje-. Pero son las órdenes del rey. -Se alejó apresuradamente sin esperar a que Merlín le hiciera más preguntas y haciendo la señal de la cruz para ahuyentar el posible mal de ojo.

Merlín suspiró. Era absurdo vivir aquí. A pesar de que estaba muy concurrida, la corte del rey era para él un lugar más solitario que la arboleda desierta de los druidas. Y además, con

tanto ruido y hedor cada día era menos agradable. Había permanecido aquí sólo por el rey, pero Arturo era ya un hombre adulto que no dependía de Merlín salvo para que le aconsejara en cuestiones de diplomacia, en un país todavía en gran medida sin ley. Por supuesto, el rey no le necesitaba para que le ayudase a planear sus estrategias bélicas; nadie en Britania era mejor jefe en el campo de batalla que Arturo.

Y, en los últimos años, Arturo pasaba cada vez más tiempo en el campo de batalla. A pesar de los planes del rey para crear un mundo unido, los sajones atacaban con más y más frecuencia, cada año sus ejércitos eran mayores y más organizados y Arturo no tenía más remedio que combatirlos. No había lugar para la diplomacia salvo entre Arturo y los otros jefes britanos, y éstos estaban demasiado ocupados rechazando las crecientes olas de invasores como para pararse en discusiones con el Alto Rey o incluso entre ellos. El único contacto de Merlín con Arturo en los últimos cinco años habían sido las raras conversaciones sostenidas durante los breves periodos de paz.

Eran conversaciones maravillosas, no obstante. Arturo se había convertido en un hombre excelente, divertido y sabio, pero todavía recto como una flecha en lo tocante a su disciplina personal. Seguía hablando en latín con Merlín como muestra de respeto, pero con nadie más. Juntos hablaban de filosofía y poesía y pasaban el tiempo como señores sin nada que hacer.

Merlín sonrió. No se había dado cuenta de lo difíciles que debían ser esas horas de tranquilidad para Arturo, el Alto Rey de un país ahora prácticamente sitiado. Y sin embargo, formaba parte de la enorme autodisciplina de este hombre el conceder su precioso tiempo al viejo mentor por recuerdo y gratitud.

Merlín siempre había considerado a Arturo como a un hijo, pero éste era ahora un hijo adulto, un hijo que había superado incluso las más ambiciosas expectativas de su padre. Había llegado el momento de irse. Había llegado el momento de mostrar a Arturo su destino y luego hacerse a un lado para que pudiera cumplirlo.

Arturo se hallaba en sus aposentos, donde le estaban ayudando a ponerse la cota de malla.

-Debo hablar con vos -dijo Merlín.

El rey se echó a reír. Cuando reía volvía a parecer un niño, pero en la barba rojiza, observó Merlín, había algunos pelos grises, y en el rabillo de los ojos empezaban a aparecer unas finas patas de gallo.

-Tendrá que ser rápido, me temo -dijo-. Los vigías han localizado un barco sajón cuarenta y cinco kilómetros al norte. Si no los detenemos, corremos el peligro de vernos sitiados aquí en Camelot sin apenas un pollo para repartir entre todos.

-Es urgente, Majestad.

La sonrisa del rey se desvaneció. El viejo casi nunca se dirigía a él por otro nombre que el de Arturo. Despidió a los criados.

I

-¿De qué se trata, Merlín? -preguntó.

-Creo que no voy a ir con la corte a Garianonum. Tenga la intención de comprar una pequeña cabaña junto al lago. Los propietarios se trasladan al norte. Temen que los sajones habiendo atacado tan a menudo esta parte del país...

Se dio cuenta de que balbuceaba y calló de golpe.

-No estaréis enfermo -dijo Arturo con ternura.

-No, Arturo, estoy perfectamente. Es sólo que estoy harto de la vida de la corte. Garianonum sólo está a dos días a caballo, por si me necesitarais, y cuando estéis aquí...

-Claro. No habrá problema por eso. Pero os echaré de menos. Supongo que daba por sentada vuestra presencia. Siempre había supuesto que estaríais a mi lado hasta el fin de mis días, como mi brazo o mi pierna. O mi cabeza. -Sonrió y, de repente, todas las señales de la edad desaparecieron de un plumazo. Volvía a ser un niño, el muchacho flacucho y asustado, de pie ante la roca con la gran espada Excalibur reluciendo en sus manos.

Se acercó a Merlín y le rodeó con ambos brazos.

Qué fuerte es, pensó Merlín. Y qué frágil debo parecerle yo.

-Hay otra cosa -dijo-. Pensaba decíroslo más tarde, sin prisas, pero puesto que no voy a acompañaros...

Vio que Arturo miraba hacia la puerta. El rey tenía prisa y no podía escuchar la cháchara de un viejo durante mucho rato.

Sacó una bolsa de piel de entre los pliegues de su túnica y la abrió. Dentro estaba la esfera de metal que le había arrebatado a Saladino. Se la entregó a Arturo.

-¿Qué es esto? -preguntó el rey, abriendo y cerrando los dedos inconscientemente en torno al objeto.

-Esto es lo que os curó cuando estabais herido -contestó Merlín-. Os moríais, Arturo. No había modo humano de salvaros la vida.

-Sí, tengo entendido que recurristeis a la magia para curarme -Rió de nuevo-. Bueno, quizá no debiera permitir os abandonar la corte. No todos los reyes pueden jactarse de tener un mago de verdad entre sus amigos.

-No bromeéis, Arturo. Yo no tuve nada que ver con ello o, en todo caso, no con la curación. Lo otro... -Merlín agitó las manos desdeñosamente. Como el rey no contestara, prosiguió lleno de inquietud-: La copa... esto que tenéis en las manos... cura las heridas. -Tragó saliva-. Os hará inmortal.

El rey miró fijamente la copa, que parecía actuar a través de su cuerpo. Sus párpados aletearon.

-Está caliente -dijo quedamente.

-Lleva en sí el don de la vida -dijo Merlín-. La vida etema. Os ruego que no dudéis de mis palabras, Arturo.

Arturo vio cómo desaparecía una magulladura que tenía en la muñeca.

-No dudo de lo que me decís -susurró, y a continuación, respirando profundamente, apartó los ojos de la copa y se la devolvió a Merlín-. Utilizadla bien -dijo.

-¡Es vuestra! -gritó Merlín, consternado-. ¡La robé para vos!

-Pero yo no la quiero -contestó el rey tranquilamente.

-¡No la queréis!

-Santo Cielo, si seguís gritando así vendrán los criados y me darán con el bastón -aseguró Arturo.

-Pero... pero... -Merlín sacudía la cabeza como un perro mojado. Se esforzó por serenarse-. Sois el más grande rey que este país ha conocido -dijo con voz queda-. Vuestra vida es importante.

-Sí. -Los ojos del rey relampaguearon-. Mi vida es importante, para mí. Porque es corta, y preciosa. Porque cada día puede ser el último. Porque si no saco de ella hasta la última gota de esplendor, tanto como me sea posible, me veré para siempre empequeñecido. Por eso soy un buen rey, Merlín. Por eso merece la pena vivir la vida. ¿Creéis que podría soportar vivir siglos y siglos de días sin fin sabiendo que nada de cuanto hiciera era urgente? ¡Diantre, sería peor que el infierno eterno!

-Ésas son consideraciones personales. Pensad en Britania.

-Pienso en Britania, en cada instante. Britania necesita muchas cosas, pero hay algo que no necesita, y es un déspota mantenido con vida eternamente por un acto de brujería y que gobierne a placer siguiendo los caprichos de momento.

-Vos no haríais eso, Arturo.

-Ah, ¿no? No durante los primeros cien años, tal vez. Los doscientos... ¿Cuánto tiempo me daríais, de todos modos -Merlín hizo un gesto de desdén-. Un día yo me doblaría, Merlín, como le ocurriría a cualquiera. -Habla en voz muy baja-. Y seguiría doblándome y doblándome hasta que mi alma estuviera tan retorcida y corrupta como un árbol muerto. No. No la quiero.

-Pero vuestros planes...

-Están en marcha. La Tabla Redonda es parte de mi plan. Nadie tiene ahí la cabeza más alta que el otro. Todos pueden hablar y ser escuchados. A nadie se castiga por sus ideas, sino sólo por sus acciones.

-Pero eso es poca cosa. Es algo pasajero.

-Es una idea, Merlín. Y ni siquiera la idea más insignificante es pasajera. A veces las ideas tardan años, incluso siglos, en hacerse realidad, pero nunca mueren. Habrá después de mí hombres que comprendan y sigan adelante con mi idea.

-¿Quiénes? -preguntó Merlín en tono beligerante-. No tenéis heredero.

No era su intención ser tan directo. El tema de la esterilidad de la reina era difícil para casi todo el mundo y estaba exacerbado por los rumores de la existencia de un hijo bastardo del rey en algún lugar del norte. Arturo callaba.

-Esperaba no tener que defenderme en ese sentido frente a vos -dijo finalmente.

Merlín no supo si el rey se refería a su negativa a repudiar a la reina o a su repetido alegato de la inexistencia del hijo bastardo.

En verdad, Merlín se sentía inclinado a creer a Arturo, por las austeras costumbres personales del rey y también porque en este punto, incluso tener un hijo bastardo le sería más útil que no tener descendencia alguna. Y, sin embargo, Arturo seguía negando la acusación. Decía que la madre del niño -una pariente lejana- había tenido dificultades para explicar la procedencia del bebé a su esposo, con quien aquél no guardaba el menor parecido. A fin de salvar la situación, había dado el nombre del rey como verdadero padre del niño, ya que el esposo difícilmente iba a matar al hijo del rey ni tampoco a la madre de este hijo.

-Yo sólo pienso en vuestro futuro, y en el futuro de Britania -dijo Merlín-. Si morís antes de que sea vuestra hora, la pérdida será muy grande.

Arturo se limitó a sonreír. Esta vez no era aquella mueca infantil sino una sonrisa triste, llena de madurez y conocimiento.

-Cuando muera, será mi hora -dijo.

-Os habéis convertido en un auténtico cristiano -añadió finalmente Merlín después de un momento de desconcierto.

Arturo se echó a reír.

-Tal vez. No obstante, si me veo en verdadero peligro de muerte, probablemente os llamaré para que pongáis remedio a la situación.

No, no lo haréis, pensó Merlín. No engañaréis a la muerte como lo he hecho yo. Moriréis valientemente, y todos lo lamentaremos.

Pero no dijo nada de todo esto.

-Mis dioses y el vuestro os acompañen en vuestro viaje -susurró al tiempo que salían juntos de los aposentos, Arturo con el yelmo y dispuesto para el combate.

Detrás de la rendija de su visera, los ojos de Arturo brillaban de gozo.

Merlín se despidió del rey a primeras horas de la mañana. No aguardó en el castillo a que los caballeros partieran, con Arturo en medio y seguidos por las mujeres y a continuación las carretas y los servidores, sino que montó guardia en las peñas que se alzaban sobre las cuevas de cristales.

Algunos de los miembros del séquito apartaron sus ojos de la vista del viejo hechicero, quien, a la luz del sol, parecía flotar por encima de las rocas. Otros, en cambio, estaban como hipnotizados. Varios de los servidores hicieron la señal de la cruz para protegerse de su poder.

Arturo no sentía más que tristeza. Merlín era su mentor y, a pesar de la diferencia de edad, el mejor amigo que había tenido. Dejarle atrás era decir adiós al último vestigio de su propia juventud. Y sin embargo, peor que su tristeza era la pena que sentía por el anciano.

Que él supiera, Merlín jamás había conocido a una mujer. El tema no había surgido nunca en sus conversaciones, pues al viejo no le habría sentado bien que Arturo fiseoneara en su vida personal. Pero el rey sabía que su viejo maestro era un hombre solitario. Pocos eran los que se atrevían a acercarse a un hechicero y, a estas alturas, incluso los druidas que sabían algo del poder de Merlín habían desaparecido. Este estaba todo lo solo en el mundo que podía estar un hombre. Y ahora, con su nuevo juguete, tenía asegurada la soledad eterna.

Arturo no dudaba de que la esfera metálica tuviese el poder que Merlín le atribuía. Él mismo lo había sentido, era un poder casi irresistible. Ésta era la razón por la que la había rechazado. Él no era un hombre sabio: tal vez por ello era rey. Había ocasiones en que no convenía ver todos los aspectos de una cuestión. Había ocasiones en que era preciso ver sólo lo blanco y lo negro, lo bueno y lo malo, la supervivencia y la muerte. Merlín nunca volvería a ver con claridad estas distinciones.

Alzó el brazo en señal de despedida. Y a lo lejos, a través de la nube de polvo que levantaba la lenta caravana, vio la mano de Merlín alzada en señal de saludo.

El rey se volvió entonces y siguió su camino. El pasado era el pasado, y el tiempo precioso.

El viento se llevó los últimos rastros de polvo. Ahora, el camino surcado se extendía, vacío, por sobre las lejanas colinas. Merlín bajó de la peña y sintió un pinchazo en la cadera.

La copa se ocuparía de esto, pensó con amargura, pero divertido. Jamás volvería a sufrir un dolor o una molestia. El rey había rechazado su regalo de vida eterna, pero él seguiría adelante mucho después de que los huesos de su protegido se hubieran convertido en polvo.

Arturo la ha rechazado. Era esto algo que el anciano no se esperaba. ¿Qué hombre rechazaría vivir eternamente? Sólo de pensarlo, Merlín se enfurecía. Arturo nunca había prestando gran atención al futuro, pero despreciar esto...

Volvió renqueando hacia el castillo, y el caminar iba eliminando la rigidez de sus articulaciones. Recordó ahora que el castillo estaba desierto, salvo el reducido personal de servicio ocupado en la limpieza de la confusión y la suciedad causadas por la presencia de la corte durante todo el invierno. Seguro que no les haría mucha gracia tener a un hechicero rondando por allí.

La cabaña junto al lago estaba a sólo unos kilómetros. El día anterior había trasladado a ella la mayor parte de sus pertenencias. Las pocas cosas que quedaban estaban cargadas en las alforjas de su caballo y su mula.

Volvió la mirada hacia la cueva de cristales de roca. Si no hubiera cargado ya el caballo, podría pasar aquí el resto de la mañana. La cueva era oscura y fresca y, una vez partido Arturo, no había nada que deseara hacer ni en su nueva casa ni en ninguna otra parte.

Su caballo relinchó.

-Bueno, bueno -dijo.

Iría a la cabaña. Descargaría sus cosas. Echaría un vistazo al jardincito de detrás de la casa. Y luego, suponía aguardaría la muerte. Aguardaría la muerte durante los próximos mil años.

-Ya era hora.

Merlín alzó los ojos, sorprendido por la voz. Mayor fue su sorpresa cuando vio a Nimué a horcajadas sobre la mula.

-¿Qué estás haciendo aquí? -preguntó.

-Acompañarte, anciano. Y sería mejor para tu salud que no pusieras esa cara.

-Mi salud es excelente -dijo Merlín de mal humor esperando disimular el latido acelerado de su corazón y el temblor de sus dedos-. No necesito compañía.

-Lástima -respondió la muchacha alegremente- Porque he decidido pasar el día contigo.

-Creía que no pensabas volver a aparecer hasta que aprendiera a confiar en ti.

-¿Y has aprendido?

-No.

La muchacha se encogió de hombros.

-Como quieras.-Alzó una pierna por encima de la mula.

-Espera -dijo él-. Dime, ¿importa mucho que confíe en ti o no?

-A mí me da exactamente igual -dijo ella, sentándose en una posición más cómoda-. Pero no me gusta que estés temiendo por tu vida cada vez que hablo contigo.

-¿Te han enviado para que me mates?

-Estaría loca si intentara matar a un mago –respondió ella sacudiendo la cabeza-. Cualquiera sabe qué harías tú en respuesta. Convertirme en un gusano. Transformar mis ojos en polvo. -Se estremeció.

Merlín profirió un gruñido.

-Bueno, procura no olvidarlo -añadió, montando en su caballo.

Esta muchacha era la persona más extraña que había conocido. Tenía una buena dicción, casi culta, y sin embargo no parecía mostrar el menor interés en comportarse como una dama. Repetidas veces, durante el breve recorrido, se le ocurrió que Nimué quizá fuera en realidad una ninfa del bosque, algo que él había jurado era imposible, pero una y otra vez descartó la idea.

Una vez llegados a la cabaña, la muchacha se mostró muy hábil en descargar la mula y ocuparse de las monturas. Nimué parecía poseer un don natural para los animales. Merlín le preguntó a qué se debía, pero ella dijo tan sólo que estaba acostumbrada a comunicarse con ellos.

El viejo llevaba algunas provisiones en las alforjas, y Nimue comió con el apetito de un soldado. Luego desapareció durante media hora y volvió con un saco lleno de ranas, que desmembró con facilidad mientras Merlín observaba con aire desdichado.

-Podemos freírlas, si tienes con qué -dijo ella.

-No como carne -contestó Merlín.

-¿Cómo? Vaya, no es de extrañar entonces que seas un viejecito tan frágil. Estas ancas de rana son precisamente lo que necesitas.

Merlín declinó cortésmente, pero observó fascinado cómo la muchacha devoraba la sartén entera.

-Perfecto -dijo ella, lamiéndose los dedos.

-¿Dónde vives, niña? -dijo Merlín con una sonrisa.

Nimué miró a su alrededor.

-¿Qué tal aquí?

-Bueno, no creo que... -balbuceó el viejo parpadeando.

--No seas bobo. Yo cocinaré y haré la limpieza... aunque limpiar no se me da muy bien. Y tú puedes enseñarme tus cosas de magia.

-Me temo que eso no es tan fácil -dijo Merlín.

-¿Por qué no? La gente hace las cosas más difíciles de lo que son. Yo soy joven y fuerte...

-Y yo viejo y varón -añadió Merlín.

-Sí. -Nimué sonrió-. No es mala combinación.

Merlín sacudió la cabeza y, sin querer, sonrió. Estaba convencido de que la había enviado alguien, pero era incapaz de buscar una explicación.

-¿Por qué has venido? -preguntó tranquilamente. La muchacha se sacudió la cabellera y empezó a hablar, pero él levantó la mano-. No me vengas con una de tus respuestas preparadas, por favor. Necesito oír la verdad.

Algo en la actitud de Merlín hizo que la muchacha se desinflara.

-No puedo decirte toda la verdad -contestó, ya amansada-. Lo he prometido.

-Ah, pero es verdad que alguien te ha enviado, ¿para qué?

-¿No te gusta?

-Creo que eres maravillosa.

-Entonces, ¿por qué haces tantas preguntas? -Merlín miró los grandes ojos azules y no dijo nada-. Mi misión es hacer que te enamores de mí -dijo ella finalmente. Sonreía de manera incierta-. ¿Lo he conseguido?

El viejo se echó a reír.

-Me tienes a tus pies, niña.

La sonrisa incierta se ensanchó.

-Bien. Entonces me quedo. -Chupó un hueso de rana.

-No tan de prisa.

-Pero, ¿qué otra cosa importa?

-Me gustaría saber para qué tengo que caer bajo tu hechizo.

-¿Mi hechizo? -La muchacha rió entre dientes-. El hechicero eres tú. -Extrajo lo que quedaba del tuétano y se lo zampó-. No sé por qué me ha hecho venir. Pero no era para que te matara. Yo no lo habría hecho.

-Vaya, eso ya es algo -dijo Merlín l nguidamente.

-Ni él te mataría tampoco.

-Ah. ¿Qué te hace estar tan segura?

-¿Quién puede matar a un mago? -preguntó ella riendo.

-Supongo que se puede -dijo él con sequedad-. ¿Conoces bien a ese hombre?

La muchacha apartó la mirada.

-Lo bastante -y, rápidamente, añadió-. Pero soy virgen. Si deseas, puedes comprobarlo

Merlín carraspeó.

-No es necesario -consiguió decir-. Pero, ¿es amigo tuyo ese individuo?

-Bueno, amigo exactamente no. -Merlín esperó a que la muchacha prosiguiera-. Me ha conseguido este bonito vestido. -Merlín, impertérrito, seguía esperando-. Me ha enseñado a hablar. Bueno, yo sabía hablar, pero había perdido la costumbre de tener conversaciones. No conocía a nadie.

-¿A nadie... en absoluto? -preguntó Merlín.

-No. ¿Verdad que es extraño? Después de que mataran a mi madre, tenía demasiado miedo de la gente y no quería que me vieran. Pero los animales sí me quieren. Siempre me han querido.

Y la única persona a quien ha permitido entrar en su vida es Saladino, pensó Merlín con tristeza. Sabía perfectamente quién era el amo sin nombre de Nimué. Y Saladino no era un hombre que amara fácilmente.

-Niña... -empezó, pero Nimué se había ya puesto en pie de un salto.

-¿Hago correr al caballo? Monto mucho mejor que tú.

Esperaba ansiosa la respuesta, una niña deseando salir al exterior a jugar.

-Claro -contestó él finalmente.

Saladino la estaba utilizando, no cabía duda. Pero ese hombre tenía una mente sutil, que los muchos y muchos años habían aguzado. Merlín no podía elucidar qué estaría maquinando su recalcitrante enemigo, pero, de algún modo, la muchacha tenía que ver con ello. Y también la copa, naturalmente. La copa de Arturo.

Cuando ella se hubo ido con el caballo, Merlín salió y enterró la copa en el bosque, detrás de la casa.

Llegó abril y Nimué y Merlín eran ya inseparables. Con la partida de Arturo, un hombre ahora, los libros del mago se habían cubierto de polvo por la falta de uso. Los sacó para Nimué.

Nimué aprendía de prisa, ansiosa por saberlo todo, pero le interesaba de manera especial el conocimiento que poseía Merlín de las plantas y los animales. No era poco lo que la joven mujer sabía acerca de la flora y fauna del lugar, pero interrogaba constantemente al viejo acerca de la más pequeña información que él le ofreciera.

Nimué empezó a llevar calzones de hombre y una vieja camisa. Estas prendas resultaban mucho más prácticas que las ropas de seda para vagabundear por el bosque en busca de setas o explorar las cuevas.

-Aquí es donde me viste por primera vez -dijo ella cuando entraban en la cueva de cristales de roca.

Merlín arrancó un trozo de cuarzo violeta, largo como un dedo.

-Yo ya venía aquí antes, vine durante mucho tiempo -añadió.

Desde que Nimué se trasladó a la cabaña junto al lago, él no había sacado a relucir el tema de Saladino o de sus intenciones.

Fueran éstas cuales fueran, Merlín no tenía miedo. Había vivido una vida larga y rica; no temía la muerte, si es que ésta le era ahora posible. Y, en verdad, incluso ese espectro había empezado a desvanecerse. Habían pasado ocho semanas; si Saladino hubiera planeado matarle, sin duda lo habría intentado ya. Ese hombre seguía siendo un misterio para él.

No sabía qué esperaba conseguir Saladino enviándole a la muchacha, pero de todos modos la cosa no había dado resultado. Nimué no era una mujer seductora por naturaleza y, por supuesto, Merlín no tenía intención de convertirla. La chica le gustaba tal como era, salvaje y luminosa como una amapola. Vivían como vivirían un padre excéntrico con su hija igualmente excéntrica, experimentaban con nuevas y extrañas comidas, iban tirando en una casa de cuyo aseo ninguno de los dos se ocupaba mucho. En todo caso, la casa era sólo para dormir. Durante el día ambos vivían al aire libre, siempre cabalgando y andando, charlando, riendo, enseñando, aprendiendo, recogiendo flores, cogiendo peces, estudiando insectos, leyendo y dejando que sus pensamientos salieran al exterior.

Merlín no había sido tan feliz desde que Arturo era un muchacho, y tal vez, pensaba a veces, quizá fuera ahora incluso más feliz. Arturo era una delicia, pero Merlín conocía el destino del chico aun antes de que lo conociera el mismo Arturo. Nunca había adivinado que aquel mozo fuera a devenir rey en un momento de magia deslumbrante, pero sí sabía que Arturo gobernaría algún día. Esto hizo que fuera circunspecto en ciertos sentidos. La educación de Arturo estuvo encaminada a su destino como rey. Merlín le enseñaba filosofía, navegación, latín, geografía y, sobre todo, historia.

No había necesidad de tales cuidados en el caso de Nimué. Merlín le enseñaba todo cuanto despertaba el interés de la muchacha. Había aprendido a tocar el arpa, y Merlín le enseñaba las viejas baladas que él había cantado durante sus años de vivir errabundo. Con ella no hablaba nunca en latín, así que no lo estudiaban. Merlín le recitaba, eso sí, largos poemas en celta antiguo, que ella repetía saboreando los extraños sonidos e instando para que se le explicara su significado. Se le daban muy bien las matemáticas y la geometría, siempre que tuvieran relación con su propia vida, pero estaba negada para las aplicaciones abstractas.

-¿Qué me importa a mí lo lejos que estén las estrellas? -se mofaba-. Nunca voy a ir allí. - Miró fijamente el cielo nocturno-. Vuelve a hablarme de Perseo, Medusa y Pegaso - susurró.

Y Merlín le repetía, noche tras noche, las antiguas historias griegas de los héroes, monstruos y amantes desdichados que brillaban eternamente sobre ellos.

-¿Tú crees que nos convertimos en estrellas cuando morimos? -preguntó la muchacha.

-Es posible. Es una teoría tan buena como cualquier otra, supongo.

-¿Dónde estarás tú, Merlín?

-¿Cómo dices?

-Cuando mueras. Dime dónde te gustaría estar, y yo te buscaré allí. Pensaré un deseo y te encontraré todas las noches.

Merlín sonrió con tristeza.

-No creo que yo vaya a ser una estrella, Nimué. No tengo la suficiente fe.

-Y apuesto a que tampoco vas a morir.

Esta declaración hizo al viejo estremecerse.

-¿Por qué dices eso?

-Eres un mago. Un mago de verdad. Yo misma lo he visto. Sabes leer mi pensamiento.

-Eso no es ninguna hazaña, Nimué. Tú eres la persona más transparente de la Tierra.

Desde un árbol cercano al lago relucieron, fantasmagóricos, los ojos redondos y amarillos de una lechuza. Nimué imitó los sonidos del pájaro y éste se lanzó a la luz de las estrellas.

-La has asustado -dijo Merlín.

Pasados unos minutos, la lechuza dejó caer un ratón muerto sobre su regazo. Él abrió la boca sobresaltado y se puso en pie, maldiciendo y quitándose aquella cosa de la túnica. Nimué se echó a reír.

-¡Por Mithras, sabes mucho más de magia que yo! -dijo él, turbado.

-No, no es verdad. Y cuando muera estaré ahí, en el centro de ese león. -Señaló un grupo de estrellas próximo al lado occidental de la luna.

-¿De qué león hablas? Yo no veo ningún león.

-Eso es porque careces de imaginación. Pero el león está ahí, y yo seré su corazón.

Merlín miró a Nimué, contempló su piel reluciente como una perla bajo la luz de la luna llena. Sí, pensó, tú tienes que ser el corazón del león. Se sintió de pronto abrumado por un sentimiento de tristeza.

-Tienes que casarte, Nimué -dijo quedamente-. No puedes seguir viviendo esta vida tan poco interesante conmigo.

-Tú me gustas -contestó ella-. Me casaré contigo si lo deseas.

-Gracias por la oferta -exclamó Merlín sonriendo- pero me temo que yo ya estoy por encima de esas cosas.

-¿Ya no te gustan las mujeres?

-No como me gustaron. Febrilmente, te digo. Pero yo ya no estoy para esos trotes.

-¿Has amado alguna vez a una mujer?

Fue un alivio para Merlín que Nimué no pudiera ver cómo se sonrojaba. Pero el caso era que no le importaba hablar con ella de estas cosas. Nimué había tenido demasiada poca experiencia con seres humanos como para juzgar sus acciones, si no era basándose en el más primitivo nivel de bondad o crueldad. Como criatura del bosque que era, lo aceptaba todo de sus semejantes con serena ecuanimidad. Merlín sentía que podía contarle lo que fuera.

-A unas cuantas -contestó-. Nunca he tenido un gran amor, de no ser la magia. He deseado tanto esa magia que nunca he podido dedicar todo mi pensamiento al amor de una mujer. Y sin embargo, ha habido unas cuantas.

-Pero la magia la tienes.

-Sí.

-Eso ya es algo. -Merlín sonrió y pensó cuánto la amaba ya-. Me gustaría casarme -dijo Nimué pasado un momento.

-Él no va a casarse contigo.

Nimué se cubrió el rostro con las manos.

-Ya estás leyéndome el pensamiento otra vez.

-Lo más probable es que no se acuerde de ti.

-¡No es cierto!

-Escucha, Nimué. -Suavemente, Merlín apartó las manos de la muchacha-. El hombre a quien esperas no es un caballero corriente.

-Supongo que es extranjero -admitió ella-. Pero, ¿y qué? Apuesto a que es casi tan instruido como tú.

-No, no me refiero a eso. Me refiero... -Merlín luchaba por hallar las palabras adecuadas y no podía encontrarlas-. El no puede amarte, niña. Ha vivido demasiado tiempo. Eso no significa nada para él. Se parece mucho a mí, sólo que mil veces más amargado, más temeroso. Mil veces más viejo, si quieres. Debes creerme, Nimué. No serías feliz con él.

Nimué se puso en pie, los ojos encendidos.

-¿Qué sabes tú? ¿A quién has hecho tú feliz? ¿A esas damas de las que huiste para hacer magia? -Merlín no podía responder a esta muchacha que se estremecía, la larga cabellera ondulada oscura contra la luminosidad de la luna-. Seguro que te equivocas -dijo ella-. Seguro.

-Nimué...

-Sólo os tengo a vosotros dos en el mundo. Si tú no me quieres, y si él no me quiere... - Arrancó de pronto a sollozar y se alejó corriendo en la noche.

Al principio, Merlín pensaba dejarla llorar cuanto quisiera en privado, pero algo atrajo su atención. Oía acercarse desde la distancia el ruido de los cascos de un caballo.

-¿Nimué? -llamó sin certeza. Escuchó de nuevo. No era su caballo, el sonido no le era familiar.

El caballo se detuvo bruscamente y una mujer gritó.

-¡Nimué! -llamó Merlín, corriendo a marchas forzadas hacia el camino oscuro.

No había nadie montado en el caballo. Sobre la colina que dominaba el camino, iluminadas por la luz de la luna, dos figuras peleaban.

-¡Parad! ¡Parad, os digo! -gritó Merlín en vano.

Nimué se defendía con coraje, se retorció y pateaba, pero era evidente que no podía con el hombre que la tenía clavada al suelo. Merlín cogió una piedra, la única posible arma que tenía a mano, deseando haber sido el brujo hechicero por quien le tenían las gentes del lugar. Sería mucho más satisfactorio convertir a este malandrín en un árbol que aplastarle la cabeza. Pero el caso era que tenía que hacer algo. Se acercó furtivamente, esperando con fervor que Nimué pudiera retener al individuo hasta que él lo tuviera a tiro.

-No os atreváis a golpearme con esa piedra -dijo una voz de hombre.

-Santo Cielo, es Arturo -susurró Merlín soltando la piedra al instante.

Arturo se enderezó, con Nimué agarrada por los cabellos.

-He encontrado a esta mujer rondando por vuestra propiedad -dijo. Nimué se lanzó sobre él con ambos puños, pero Arturo le aferró las dos manos con una suya-. Y seguro que es una ladrona de cuidado.

-Parad ya, Arturo -ordenó Merlín, aturdido. Con los ojos muy abiertos, el rey se quedó mirándole.

-¿La conocéis?

-Ah... Majestad, permitidme que os presente... -Intentó pensar en un título adecuado para la muchacha, o si acaso en un apellido. No tenía conocimiento ni del uno ni del otro-. Nimué -dijo finalmente-. Nimué es mi... mi pupila. -Arturo soltó el cabello de la muchacha y miró fijamente a Merlín-. Nimué -dijo éste-, os presento a Arturo, Alto Rey de Britania.

Nimué se puso en pie resollando y ofreció su mano al rey. Éste la cogió y ella le levantó del suelo.

-Me alegro de que hayáis intentado proteger a este hombre -dijo Nimué-. Espero no haberos hecho daño.

Merlín dio un respingo y Arturo, una vez recobrada la compostura, soltó una enorme carcajada.

-¡Vuestra pupila, decís! -dijo dando a la muchacha una palmada en la espalda-. Yo también fui pupilo de Merlín.

-Entrad en la casa, por favor -ofreció Merlín.

-No, de veras -protestó el rey.

-No iréis a suponer que nos habéis interrumpido en medio de una inconveniencia -dijo Merlín, enfurruñado-. Podéis ver que la muchacha es lo bastante joven como para ser mi nieta. Pero decidme, ¿qué os trae de vuelta por aquí?

-Me había perdido -mintió Arturo-. Ahora que sé donde estoy, debo ponerme en camino.

-Va, callad -dijo el viejo-. Entrad, por favor. Y no se hable más del asunto, Arturo. Quiero decir Alteza.

Se dirigió a trompicones hacia la cabaña, sin parar mientes en que caminaba delante del rey y demasiado enfadado como para que esto le importara.

Merlín ya no se sentía tan mortificado una vez hubo llevado al rey a la cabaña, aunque sí estaba molesto por la sonrisa socarrona de Arturo.

-No es lo que pensáis -insistía el viejo mientras encendía el fuego. Nimué había ido a buscar algo de comer y beber para el rey.

-No hay necesidad de explicaciones, Merlín. Sois lo bastante mayorcito como para hacer lo que os plazca.

-Aquellos años están muy lejos. Lo único que puedo hacer ahora es pensar como me plazca. Y vos no sois tampoco tan viejo, guardaos pues vuestros comentarios.

-Como queráis -dijo Arturo con ligereza-. Pero es muy guapa. -Merlín arrugó la nariz-. ¿Cuida bien de vos?

-Por todos los diablos, ¡yo no necesito que nadie cuide de mí! ¿Creéis que me he convertido en un viejo chocho?

-Acabáis de decir que sois demasiado viejo para hacer otra cosa que no sea pensar.

-Sí. Y cuando tampoco pueda hacer eso, os lo haré saber.

-Qué bien veros de nuevo, viejo amigo -rió Arturo.

La expresión de Merlín se suavizó.

-Sí. Sí, Arturo, qué bien veros también a vos de nuevo. Ha sido un invierno muy frío.--El rey asintió con la cabeza-. No hay heredero. -Merlín quedó sorprendido ante sus propias palabras. No era su intención pronunciar las palabras que le habían venido a la mente-. Perdonad -musitó.

-No importa -dijo Arturo-. Nunca he podido esconderos nada. De todos modos, no hay motivo de preocupación.

El viejo mantuvo ahora bajo control las imágenes que irrumpían en su mente, pero éstas bailaban y entraban en él, agitadas como bestias salvajes. Sabía que estos pensamientos procedían de Arturo. Habían pasado tanto tiempo juntos que Merlín ni siquiera habría llamado ya a este fenómeno leer el pensamiento. Los pensamientos de Arturo llegaban casi al instante hasta Merlín, con una intensidad tal que casi borraban el pensamiento del mago.

No hay heredero. Una reina estéril o un rey sin buena simiente. En cualquier caso, significaba el final de la dinastía Pendragón y probablemente también el final de los planes de Arturo. Lancelot... rabia... culpa... los pequeños reyes amenazando con rebelarse... todo giraba a velocidad de vértigo. La mente del rey se hallaba en un estado lamentable. La cabeza de Merlín empezaba a latir por el esfuerzo que representaba intentar hacerse cargo de semejante agitación mental.

-Arturo -dijo. Sentía náuseas. Si el rey no era capaz de controlar este bombardeo de visiones terribles y cargadas de emoción, Merlín tendría que abandonar la casa. Necesitaba distancia para poder comprender lo que ocurría tras los ojos reservados de Arturo-. Arturo, parad, por favor.

Y luego vino la imagen, que cayó con fuerza como un martillo y obliteró todas las otras, permitiendo a Merlín, finalmente, comprender el caldero en ebullición que era la mente de Arturo.

-Oh, no -añadió-. La reina.

Arturo se tapó los ojos con la mano.

-La he repudiado -dijo.

El silencio pareció llenar la estancia.

-Lo lamento -manifestó Merlín finalmente.

-He tenido que hacerlo, por los jefes de las tribus -dijo Arturo, con voz llena de desdicha-. Varios de ellos han amenazado con la secesión a menos que nombre a uno de ellos mi heredero. Naturalmente, eso significaría el fin del reino. La lucha entre facciones sería tan cruenta como antes.. antes...

Antes del milagro de la espada y la piedra, pensó Merlín. El acto que había demostrado sin lugar a dudas el derecho de Arturo a gobernar.

-No se les puede acusar -dijo Merlín suavemente-. La mayoría de ellos no vieron aquello con sus propios ojos. Han surgido ya muchas leyendas con respecto a vos. Quizá crean que el milagro no fue más real que las otras historias.

-Los sajones ganan terreno.

Merlín intentó rodearle con el brazo, pero el rey se levantó para librarse de él. Arturo no deseaba consuelo. Estaba ojeroso, con el aspecto cansado de haber pasado muchas noches sin dormir.

-No saquéis conclusiones apresuradas, Arturo. Los sajones son bárbaros con armas primitivas. Tienen que cruzar el canal en barcas burdas...

-¡Se están apoderando de nuestro país! -gritó el rey-. Sí, de vez en cuando atajamos una pandilla, cuando los vemos. Pero son demasiados, desembarcan por toda la costa. Me sobrevivirán, y los pequeños reyes lo saben.

-O sea que los reyes piden de vos un heredero.

-¡Piden! -Arturo echó atrás bruscamente la cabeza y rió con amargura--. Algunos se han comprometido a apoyar al llamado príncipe bastardo del norte. Su nombre, creo, es Mordred. ¡Por el amor de Dios, si tiene doce años!

Merlín frunció el ceño.

-¿Por qué hacen eso?

-Debido al revuelo que está armando el ladino del padre... perdonad, guardián es el título que se da a sí mismo, ya que por lo visto el padre de ese rapaz soy yo.

-El rey Lot de Rheged -añadió Merlín-. Siempre ha sido un hombre ambicioso.

-Exacto. Si puede conseguir el suficiente apoyo para que el chico se haga con el Alto Reino después de mi muerte, quien gobernará ser Lot. Y dejar Britania esquilada de una punta a la otra para su propio beneficio.

-Pero, por supuesto, los pequeños reyes saben eso.

-Claro. Pero algunos sacarán partido de una alianza con Lot. Ésos son los que se están pasando a su bando.

-¿Y los otros?

-Los otros permanecerán leales... siempre que yo les de un heredero legítimo.

-Entiendo -dijo Merlín.

Entendía más de lo que habría deseado, pues veía en el pensamiento del rey el recuerdo de la reina Ginebra, pálida y temblorosa, conducida por los caballeros hasta el convento donde permanecería recluida el resto de su vida.

-Lancelot me odia -dijo el rey tranquilamente-. Sabéis que era el paladín de la reina, y cristiano. Opina que he quebrantado mis votos con el Señor doblegándome ante los jefes. - Volvió a sentarse-. Y supongo que así es.

-Gobernar no es nunca tarea fácil -dijo Merlín, consciente de lo vacías que sonaban sus palabras.

-Las últimas palabras de Lancelot fueron que no podía seguir más a un rey al que no respetaba. Se fue al día siguiente.

Entró Nimué y Arturo cambió inmediatamente de tema. Se esforzó por hablar con voz ligera y animosa.

-Pero tenemos un nuevo caballero, y éste, creo, podrá muy bien ocupar el Sitial del Peligro.

-¿Cómo se llama? -preguntó Merlín.

-Galahad. Es realmente excepcional, Merlín. No lo hay mejor. Me vigila como un perrazo, no me pierde de vista. Más o menos como hacía Lancelot. -Rió entre dientes con acritud-. Naturalmente, ahora se rumorea que es hijo de Lancelot. Por Dios, ¿habrá alguien en esta isla al que otro no llame bastardo?

Nimué colocó una barrica de vino, pan y carne sobre la mesa, pero, dándose cuenta del pesar del rey, no dijo nada y salió de la cabaña inmediatamente. Fue una consideración que Merlín apreció.

-Bebed de este vino -dijo Merlín, entregando un vaso a Arturo-. Es vino de diente de león. Lo hice yo mismo el verano pasado.

-Es el romano que lleváis dentro -respondió Arturo con una sonrisa-. Nunca os entusiasmó el aguamiel -Bebió un sorbo-. ¿Dónde está la muchacha?

-Se ha ido.

-Lo siento. He venido a molestar. Estará enfadada.

-No -dijo Merlín-. Nimué no desea importunar y por eso se ha ido.

-Murmurará -musitó Arturo. Merlín negó con la cabeza- ¿La amáis?

-En cierto modo. Como un padre. Como os quiero a vos, Arturo. -El rey apretó los labios-. Sí, ojalá yo también volviera a tener su edad -dijo Merlín dulcemente-. ¿Adónde ha ido Lancelot?

Arturo bebió su vino.

-Ha vuelto a la Galia, supongo. No me lo dijo. Pero ya han empezado los rumores. Que se ha ido a los bosques a vivir como ermitaño. Que ha muerto de pena por amor a la reina. La historia más popular, creo, es la de que Lancelot y la reina eran amantes. Estoy seguro de que ésta la han inventado mis propios partidarios. Me da un motivo para repudiar a Ginebra, entiendes -dijo con amargura-. Si era infiel, entonces yo tenía perfecto derecho moral a repudiarla. La mentira ha sido tan bien recibida, que algunos clanes me están pidiendo que quemé a la reina en la hoguera. -Intentó reír pero, con gran consternación de Merlín, se puso en cambio a llorar-. ¿Verdad que eso tiene gracia? Ginebra escarnecida porque yo he roto mis votos de matrimonio con ella. -Cerró los ojos y permaneció en silencio unos minutos-. Estoy cansado, Merlín. Diantre, qué cansado estoy.

Merlín puso la mano sobre el hombro del rey. Esta vez, Arturo no le rechazó.

-Me gustaría que os quedarais a pasar la noche -dijo.

-No puedo -asintió Arturo con un suspiro-. Si lo hiciera, quizá no volvería allí.

-Volveréis -respondió Merlín-. Sois el rey.

Arturo respiró hondo. Sus ojos se cerraban debido al agotamiento.

-Nunca creí que sería yo quien sacrificara su alma para conservar el poder -añadió con cansancio.

-Ya hemos hablado de eso, sire -le recordó Merlín-. Todavía tengo la copa del Cristo. Sólo tenéis que pronunciar la palabra.

-Ya he pronunciado la palabra -dijo Arturo con sequedad-. La palabra sigue siendo no.

-Entonces, no penséis ni por un momento que volvéis para aferraros al poder. Volvéis porque es vuestro deber -asintió Merlín.

-¿Para con quién? ¿Britania? Britania será un país sajón dentro de cincuenta años. Y tampoco para con Dios, por supuesto. No después de lo que le he hecho a mi esposa.

-Para con la historia, quizá -dijo Merlín quedamente.

-Para con la historia. -Los labios de Arturo se curvaron en un débil esbozo de sonrisa-. Eso ya no importa, de todos modos. -Se secó la frente con el dorso de la mano-. He cabalgado todo el día.

-Descansad, Arturo.

El rey se recostó en el mullido cojín de paja, el vaso todavía en la mano. Merlín cogió el vaso, olió el poso del vino y salió.

-Nimué -dijo en voz baja. La muchacha apareció de detrás de un árbol- ¿Qué has echado en el vino del rey?

-Necesitaba dormir. Además, no es perjudicial. No le habría afectado si no estuviera rendido.-Se volvió para mirar por el ventanuco al hombre dormido.

-Probablemente haya sido un acierto -resolvió Merlín-. No obstante, no te tomes libertades con el rey.

La muchacha no le oyó. Miraba a Arturo.

-¿Ha sido siempre así de triste?

-No -contestó Merlín-. Siempre fue un chico feliz. Serio, pero feliz. -Alzó los ojos hacia la luna-. Nunca he visto a un rey feliz.

-Entonces, ¿por qué permitiste que fuera rey?

-Yo no tuve nada que ver con eso.

-Habrías podido impedirlo.

El viejo pensó una vez más en aquel muchacho que había arrancado la antigua espada de la piedra. ¿Qué habría sido de su vida de no haberse producido el milagro? ¿Habría sido más feliz?

-Yo no tenía ningún derecho a impedirle cumplir su destino -dijo Merlín.

Nimué entró en la estancia, aflojó los zapatos del rey y a continuación le tapó con una delgada manta.

-Acuéstate, Merlín. Yo velaré su sueño.

Así lo hizo, se pasó toda la noche alimentando el fuego cada vez que éste disminuía y con la mirada clavada en el hombre de cabeza cobriza que dormía, como si éste fuera el único modo de escapar de los demonios que le acosaban.

Éste es el león, pensó Nimué. Seguro que, cuando muriera, este hombre brillaría a través de la oscuridad de la noche.

Sintió que se deshacía su corazón. Tal vez todos los hombres fueran así, pensó. Desde su niñez sólo había conocido a tres personas en el mundo, y las amaba a las tres. ¿Eran todas tan maravillosas como estas tres?

Nimué oyó un gran suspiro que escapaba de sus propios labios. Qué cosa tan maravillosa era la vida.

Cuando Arturo despertó, Nimué estaba allí, sonriente. Y antes de que sus penas pudieran irrumpir a través de la barrera del sueño para hacerle daño, antes incluso de que pudiera mirar a su alrededor extraño en el momento de desorientación previo a la conciencia de que había dormido en otra cama que la suya, el rey sonrió también a la gozosa muchacha.

-No despiertes a Merlín -dijo él.

A la difusa luz que precedía al amanecer, el rey ensilló su caballo y montó. Sin decir nada, Nimué le dio una hogaza de pan para el camino.

-Cuidate -dijo Arturo.

Nimué asintió. Instantes después, el rey corría al galope por el camino de tierra.

Nimué le siguió con la mirada y vio a un caballero salir del bosque y tomar el camino para ir detrás de Arturo. El caballero -un joven de rostro angelical- había pasado la noche montado en su caballo, vigilando la cabaña de Merlín.

Éste debía de ser el Galahad del que había oído al rey hablar brevemente la noche anterior. Qué maravilla que alguien te quisiera tanto como para velar constantemente por tu seguridad.

¿No era maravilloso?

Observó hasta que Arturo desapareció en el cielo todavía oscuro del oeste.

-Adiós, mi señor -dijo quedamente. Había conocido al rey de Britania, y no se cambiaría por él ni por todo el oro del mundo.

Los primeros rayos de sol aparecieron a su espalda e hicieron relucir el rocío de la hierba. Nimué respiró hondo. Era éste su momento favorito, cuando el nuevo día rompía y bañaba las tierras. Al lado de la cabaña, el pequeño lago tenía un fulgor de plata. La hierba húmeda cosquilleaba sus pies desnudos mientras se dirigía hacia él, primero despacio y luego corriendo. Se encaramó a un montón de rocas que servían de atalaya para las barcas. Luego, de un salto, se zambullió en las vigorizantes aguas.

Salió a la superficie al otro lado del lago, cerca de las cuevas rodeadas de flores silvestres y hierba alta. Una cierva y un corzo pastaban cerca de las peñas. A lo lejos, las altas torres de Camelot se alzaban hacia el rosado cielo matinal. Le parecía a Nimué una escena de cuento de hadas. Se apartó el cabello mojado de la frente y aspiró la fragancia de la limpia brisa primaveral.

Mientras se dirigía hacia las cuevas, los venados levantaron la mirada, sobresaltados, y se alejaron veloces meneando las colas blancas. Nimué frunció el ceño. Ningún animal salvaje se había asustado nunca ante su presencia. ¿Vivir en el mundo de los hombres habría puesto fin a su capacidad para vivir entre los animales? ¿Sabrían éstos, acaso, que había pasado a ser uno de ellos, el enemigo?

Los llamó. La gran cierva se detuvo por un instante y la miró también, luego se volvió y se introdujo veloz en el bosque.

-Soy yo quien la ha asustado, no tú -dijo una voz detrás de ella.

Nimué giró en redondo, la boca muy abierta.

-¡Saladino!

-Pensaba que tal vez me habrías olvidado -dijo él sonriendo con tristeza.

-¿Olvidarte? ¡Jamás! -Le rodeó con sus brazos, pero él no respondió al abrazo. Turbada, Nimué retrocedió-. ¿Estabas esperándome?

-Todos los días desde hace más de una semana.

-Lo siento. El tiempo pasa muy de prisa.

Saladino sonrió, pero no había alegría en su sonrisa.

-Sí -dijo-. Lo sé.

Era un momento difícil.

-¿Dónde has estado? -preguntó por fin Nimué para aligerar la tensión.

-Viajando -contestó Saladino. Parecía más viejo, aunque sólo habían pasado dos meses desde su separación-. Volví a Roma. Allí ya no queda nada. Las fuentes están llenas de algas y esqueletos hinchados de perros. -Miró fijamente por un instante a un punto indefinible, luego cerró los ojos e inhaló profundamente-. ¿Has hecho lo que te pedí?

Nimué frunció el entrecejo, intrigada.

-He ido a vivir con Merlín -dijo.

-Bien.

-Pero no está enamorado de mí. -Nimué sonrió-. En realidad, es como un padre para mí.

-Eso también está bien -dijo Saladino. El gran garañón salió de entre la espesura- Llama al mago.

La muchacha miró atrás, a la cabaña al otro lado del lago.

-Creo que todavía duerme. Podemos ir allí.

-¿A la casa de un mago? No.

-Oh, no, no es como tú crees -dijo Nimué alegremente-. Es sólo una persona corriente, de veras...

-¡Llámale! -exigió Saladino. La muchacha pudo percibir un nuevo tono en su voz-. Quédate sobre la roca. Desde allí podrá verte.

La condujo hasta el gran promontorio encima de las cuevas, luego subió detrás de ella.

-¿Merlín? -llamó Nimué, titubeante. No hubo respuesta-. Puedo ir allí y traerle -ofreció-. Voy nadando..

Pero Saladino no estaba dispuesto a seguir prolongando la conversación. Sacó un gran puñal de su cinturón y, con un golpe veloz como la mordedura de una víbora, le rajó la cara.

-¡Llámale!

Nimué estaba demasiado aturdida para gritar. La sangre caía sobre sus ropas mojadas mientras Saladino le llevaba los brazos a la espalda.

-¡Merlín! -gritó él, y el eco de su voz resonó al otro lado del agua-. ¡Venid a ver lo que tengo, brujo!

El viejo salió de la cabaña y se quedó de piedra.

-Traed la copa -ordenó Saladino-. Estoy dispuesto a negociar.

A los pocos minutos llegaba Merlín a lomos de su caballo. Su expresión era sombría

-Va a morir desangrada -dijo.

-Una herida facial nunca es tan grave como parece -contestó Saladino. Subió más los brazos de Nimué, que ésta tenía a la espalda, y la muchacha dio un respingo.

-¿Por qué me haces esto? -preguntó con voz quejumbrosa.

-No tiene nada que ver contigo -dijo Merlín-. Tu amigo quiere algo que está en mi poder. Está utilizando tu vida para negociar.

Nimué intentó mirar hacia atrás, al hombre que la había devuelto al mundo.

-¿Es cierto? -preguntó.

Saladino no dijo nada.

-Es cierto -confirmó Merlín-. Por eso te hizo venir hasta mí. Sabía que yo te amaría. - Quedamente, añadió:- Y te amo.

Sacó de entre los pliegues de su túnica la pequeña esfera metálica. Saladino respiró hondo.

-¿Sorprendido de que la tenga? -dijo Merlín, sosteniéndola en alto para que incidieran en ella los rayos del sol.

-Vaya, ni siquiera se la habéis dado al rey -exclamó Saladino con una sonrisa.

-Se la ofrecí. Le rogué que la tomara. Pero Arturo no la quiso. Sabía, mejor que yo, en qué puede convertir a un hombre. Pero ahora, mirándoos, veo con mis ojos qué tipo de monstruo pueden fabricar nuestros sueños. -Cerró los dedos sobre la bola-. Soltad a Nimué y esta condenada copa será vuestra.

Saladino alejó de sí a la muchacha, pero siguió apuntando a Nimué con el puñal mientras ella caía lentamente sobre las rocas.

-¡Dádmela! -susurró con voz crispada.

Merlín lanzó la copa a las rocas.

-¡Vete! -siseó a Nimué.

La muchacha se puso en pie de un salto. Pero, en lugar de bajar de la roca, se volvió, se agachó y cogió la copa.

-¿Qué haces? -gritó Merlín. Nimué no le prestaba atención.

-Tu codicia te ha costado la vida, niña -dijo tranquilamente Saladino al tiempo que levantaba el puñal sobre la espalda de la muchacha.

Merlín corrió hacia ella, gritando, mientras Saladino asestaba un golpe salvaje.

El puñal golpeó la roca.

Por un instante, los dos hombres se quedaron petrificados, asombrados, Saladino puñal en mano, Merlín con los brazos extendidos. No había nadie. La muchacha había desaparecido.

Merlín fue el primero en ver el pequeño arbusto que se movía junto al lugar de donde Nimué se había esfumado. Recordó: El agujero. Cuando Nimué huyó de él en la cueva de cristales, escapó a través de una abertura en las rocas. Ésta era la abertura.

-¿Qué brujería le habéis enseñado, mago? -exigió Saladino con voz ronca.

-¿Quién podría enseñarle nada? -dijo Merlín, sonriente y en voz baja.

-Os perseguiré hasta el fin del mundo, viejo -dijo Saladino-. Y cuando ya no estéis, la mataré a ella. Y a vuestro rey. Y a todos cuantos hay en esta isla, si fuera preciso Pero tendré lo que quiero.

Merlín sabía que las palabras del hombre eran ciertas.

-¿Tanto significa para vos la vida? -preguntó tranquilamente.

-No me vengáis con filosofías tontas, Merlín. Vos harías lo mismo por conservar la copa. Y la chica, vuestra... protegida, o lo que sea, se ha ido. Ahora que posee el tesoro de la vida, no volveréis a verla.

En ese instante, Nimué brotó de la boca de la cueva como un pájaro en vuelo. Con una risa ronca, saltó sobre el garañón de Saladino y partió al galope.

-¡Cógeme si puedes, traidor! -gritó a Saladino.

Éste bajó gateando de las rocas, olvidada su dignidad. La muchacha cabalgaba hacia el lago, hacia la orilla cubierta de peñascos. Incluso un buen caballo -y no había otro como el garañón de Saladino- tendría que aminorar la marcha hasta un paso muy lento. Saladino tendría tiempo de darle alcance. Y cuando la tuviera, saborearía cada uno de los instantes que tardara en matarla.

También Merlín vio el peligro.

-¡Nimué! -gritó-. ¡Sal de las rocas! ¡Dirígete hacia el bosque!

Pero, con gran pesar por su parte, la muchacha siguió adelante hasta que el caballo estuvo en precario equilibrio sobre un montón de cascotes de piedra. Se detuvo entonces por completo.

-¡Al agua! -aulló Merlín, desesperado-. ¡Cruza con el caballo!

Nimué no parecía haberlo oído ni tampoco haber observado que Saladino, peligrosamente, se acercaba cada vez más. Seguía teniendo el puñal en la mano. No vacilaría en matar al animal, Merlín lo sabía, para llegar hasta la muchacha y el precioso objeto que ella mostraba ahora.

Tenía las dos manos en alto por encima de la cabeza, palmas arriba, como ofreciendo la copa al sol. Una serie de chillidos fuertes y agudos salían de sus labios.

Esto es alguna forma de encantamiento, entendió Merlín con asombro. Uno de sus sonidos animales. Pero, ¿a quién llamaba? Había en el bosque algún que otro lobo, pero los sonidos que la muchacha profería no se parecían en nada al aullido del lobo. Además, sabía con toda seguridad que la presencia de un predador haría que el caballo se desbocara y cayera sobre las resbaladizas rocas.

Saladino la había ya casi alcanzado. El garañón percibió la rabia de su amo y se deslizó un poco, pero Nimué lo mantuvo firme con las piernas sin dejar de gorjear sus extraños sonidos.

Y entonces, Merlín los vio: una bandada de pájaros, densa como una nube, bajaba de los árboles en medio de un ruido ensordecedor. Había pájaros de todas las especies, desde

pequeños abadejos pardos a brillantes cardenales colorados. Había cuervos y gorriones y los evasivos azulejos que rara vez abandonaban la oscura seguridad del bosque. Había tanagras escarlata, y pinzones de bosque, y gayos, y todos ellos convergían en un mismo punto al lado del lago.

Todo cuanto pudo hacer Merlín fue contemplar asombrado su llegada, el estruendoso batir de alas y los chillidos mezclándose hasta formar un solo grito, fuerte, penetrante, aterrador.

Algunos picotearon a Saladino. Éste intentó sacárselos de encima, dejó caer el puñal y se cubrió el rostro. Pero la mayoría volaron directamente hacia Nimué. La cubrieron por un momento con sus ligeros cuerpos en movimiento y luego se alzaron hacia el cielo por encima del lago, en un rápido vuelo.

Saladino miró por encima de la manga rasgada de su túnica. Nimué tenía los ojos cerrados. Sus labios, callados, estaban separados en una dulce sonrisa. Y sus manos estaban vacías.

En lo alto, en medio de la bandada de pájaros, un destello de luz salió reflejado de un objeto metálico.

-¡No! -gritó Saladino-. ¡Vuelve!

Nimué rió.

-Tu tesoro estará allí donde vayan los pájaros salvajes -dijo.

-Y ¿dónde será eso, bruja? cspeté Saladino.

-No se lo he preguntado. -Y, diciendo esto, la muchacha hizo que el garañón se alzara sobre las patas traseras. Éste soltó los cascos hacia Saladino, quien dio un paso atrás y cayó-. Fuera éste cual fuera, dudo de que el premio pudiera proporcionarte nada más grande que el amor de una verdadera amiga -dijo Nimué-. Eso lo has perdido al perderme a mí, Saladino. No volverás a encontrar una amiga igual.

Volvió con el caballo desde la orilla hasta donde se hallaba Merlín.

-Sube a tu caballo, hombre -dijo-, y viaja conmigo. Porque no me apartaré de tu lado, ni ahora ni nunca, y te querré hasta el fin de mis días.

Saladino corrió los cortinajes para cerrar el paso al fuerte sol.

-¿Quién habría podido creer que aquella criatura fuera capaz de tanta lealtad? -pensó en voz alta.

Nimué había cumplido su palabra. Permaneció junto a Merlín hasta la muerte de éste -o lo que se creyó era su muerte-, hasta que una llamada alertara el espíritu de Merlín para decirle que Arturo estaba de regreso después de casi diecisiete siglos.

¿Cómo sería despertar después de tanto tiempo?, se preguntaba. ¿Cómo sería vivir sabiendo que todos aquellos a quienes habías conocido y amado en el pasado habían muerto hacía tiempo y que sus huesos se habían convertido en nada?

¿Cómo sería? Pero, naturalmente, Saladino sabía. Él los había sobrevivido a todos. A todos los habitantes de la Tierra, a los grandes y a los pequeños. A los sumerios, a los egipcios, a los griegos, a los macedonios, a los romanos, incluso a los invencibles persas a cuyo frente estuvo él mismo durante el siglo doce, en uno de los reinados más magníficos de la Tierra: los había sobrevivido a todos. Había sido rey, mendigo, mercader, artista, médico, y había hecho todo tipo de cosas para pasar sus interminables días. Había visto cómo la historia se desarrollaba y reformaba y repetía una y otra vez, porque los seres humanos nunca aprendían de sus breves pasados. Había conocido a millones de personas, tantas que eran sólo manchas borrosas en su recuerdo, como puntos de color en una girándula. Algunos permanecían, enteros e intactos, en su recuerdo: Kanna y Merlín; el tonto del posadero de Jerusalén; el bello Alejandro de Macedonia; y Nimué...

Habría podido ser mía, pensó, y la visión de su rostro provocó en él un dolor físico real. En todos sus años de vida, sólo Nimué le había amado de verdad.

Nimué. La Dama del Lago. Cuando Merlín murió, ella depositó su cuerpo en la cueva de cristales y la mandó sellar. Al instante surgieron las leyendas, naturalmente, porque todo cuanto tuviera relación con Arturo alcanzaba pronto el terreno del mito. Los habitantes del lugar, quienes creían al gran mago Merlín incapaz de un acto tan vulgar como morir, decían que Nimué había robado la magia del viejo y la había utilizado para tenerle encerrado.

Siendo ya anciana, las gentes corrientes acudían a Nimué para que curara sus fiebres y erupciones purulentas, aunque nunca le perdonaron del todo que hubiera hecho desaparecer al mago del rey.

Sólo décadas después de la muerte de Arturo algunos, los más imaginativos, empezaron a tomar conciencia del papel de Nimué en toda esta fantástica historia: la mujer había preservado a Merlín para el día del regreso del Gran Rey. Porque, de entre todas las leyendas, la más persistente y universal era la de que Arturo volvería para reinar de nuevo. El rey de antes y de siempre, le llamaban; Arturo, el hombre al que ni siquiera la muerte podía destruir.

-Y aquí estás -dijo Saladino tocando ligeramente el pelo rojizo del niño-. Es verdad que has vuelto.

Arthur Blessing dormía desde hacía horas. Varias veces los sirvientes se habían asomado por la puerta, preocupados por su amo, que había velado horas y horas al muchacho sumido en la inconsciencia, pero cada vez Saladino les hacía un gesto impaciente con la mano para que se fueran. El niño que yacía ante sus ojos era un milagro viviente, del mismo modo que había estado llena de milagros su otra vida, y deseaba estar a solas con él.

Qué extraño, pensó. Sólo dos hombres en toda la historia de la Humanidad el judío llamado Jesús que había salido de su propia tumba y este chico que, de algún modo, había

sido devuelto a su idéntico yo del pasado -habían vencido el carácter definitivo de la muerte. Y ambos habían rechazado la copa de la inmortalidad.

-¿Por qué no la cogiste cuando podías? -susurró Saladino.

Finalmente, Arturo cayó a manos de un muchacho sin experiencia, el títere de un pequeño tirano ambicioso. Su muerte fue penosa, humillante. Más de la mitad de sus partidarios le dejaron solo cuando se negó a tomar otra esposa. De aquellos que siguieron siéndole leales, sólo un puñado habían estado presentes en la batalla en que la espada de Mordred le infligió la herida mortal. Los demás, lo mejor de la Tabla Redonda, habían partido en busca de la copa.

El Grial, la llamaban por aquel entonces, la copa sagrada de Cristo. Algunos de los caballeros decían haber recibido instrucciones para hallarla de boca del espíritu del mismo Merlín. Personalmente, Saladino creía que Arturo debió de hablar a algunos de los caballeros más viejos acerca de las propiedades milagrosas de la esfera una vez ésta estuvo de verdad perdida, y, para muchos de ellos, la Gran Búsqueda fue sólo la búsqueda personal de un tesoro, que terminó en lugares lejanos mucho antes de la muerte de Arturo.

De todos estos caballeros, sólo uno prosiguió con tesón la Búsqueda durante los doce años en que la copa estuvo perdida: Galahad, el caballero más joven, de quien se decía que era hijo de Lancelot y que, según los rumores, había recibido permiso para ocupar el Sitial del Peligro.

Al principio, no fue intención de Saladino seguir al joven caballero. Pero ocurría que, fuera donde fuera con sus investigaciones, se encontraba con que otro había estado allí justo antes que él buscando las mismas respuestas. Parecía, fue su conclusión, que la mente de Galahad funcionaba al unísono con la suya. Durante los últimos años se vieron con frecuencia, aunque nunca hablaron. Galahad oyó por primera vez la voz de Saladino cuando el Sarraceno le dio las gracias por llevarle hasta la copa, un momento antes de asestarle un tajo en el cuello.

Incluso entonces, recordaba Saladino con irritación, los mitos brotaron como malas hierbas. Al ver el Grial, decían las leyendas, el espíritu de Galahad había sido llevado al cielo por una hueste de ángeles.

No por los ángeles, sino por la hoja de mi sable, pensó Saladino de mal humor. ¿Por qué era que todo lo relacionado con Arturo adquiría proporciones de grandeza? Cualquier pequeño hecho en relación con su vida quedaba de tal modo entrelazado con el tejido de la historia que jamás se olvidaba.

Y sin embargo, ¿qué había hecho Arturo, en realidad? La nación sobre la que gobernaba era salvaje y escasamente poblada. No le había dado gloria ni había mejorado la pobre suerte de sus habitantes. A la larga, ni siquiera fue capaz de atajar la marea de los invasores sajones, quienes acabaron ocupando Britania.

Mordred, el dudoso heredero de la dinastía Pendragón, fue muerto en la misma batalla en que murió Arturo, por la propia espada de Arturo según las leyendas. Los pequeños reyes

que habían combatido tantos años entre si fueron todos eliminados o desplazados en el plazo de una década o dos por los sajones. El mismo Camelot fue tomado y convertido en fuerte sajón. Nada que hubiera podido conseguir Arturo, rey de los britanos, duró mucho después de su muerte.

Y, sin embargo, las leyendas se transmitían una y otra vez.

-Volverá -decían-. El rey vendrá de nuevo.

-¿Cuál era tu destino? -susurró Saladino. ¿Cuál era el imperativo tan abrumador por el que este rey fallido no pudo pasar a la oscuridad?

Saladino había pensado a veces en la magia que rodeó a Arturo durante siglos. Por un tiempo, también él fue rey. Su reinado había sido más largo, y sus hazañas más gloriosas que ninguno de los logros de Arturo. Y sin embargo, a él no se le recordaba como se recordaba a Arturo. Nunca había sido considerado inmortal.

Y ahora, Arturo estaba aquí de nuevo. Para intentarlo otra vez, para cumplir la misión interrumpida hacía tanto tiempo por su muerte.

-Ojalá no tuviera que matarte -dijo Saladino.

Pero le mataría, desde luego. Al niño, a su tía, al americano... Todos ellos tenían que morir, antes de que el mundo entero se enterara de la existencia de la copa.

Era una lástima. Saladino acarició la frente del niño.

-Habrías podido ser un rey glorioso -añadió.

EL REY

En el puesto de policía del pueblo de Wilson-on-Hamble no habían conocido nada tan apasionante desde el día en que Davey McGuinness, el veterinario del lugar, fue a la vieja granja de Eamon Carpenter para ver a dos vacas lecheras enfermas y se encontró con que habían sido envenenadas.

-Una cayó en redondo y murió delante mismo de Davey -explicaba el policía jefe James Nubbit mientras escoltaba a Hal y Emily hasta el coche.

Si bien el chico que se había encontrado con Hal en el prado llamó a la policía inmediatamente e informó de que un hombre estaba desangrándose y medio muerto cerca de Lakeshire Tor, Nubbit no pudo acudir al lugar hasta que volvió su ayudante con el único vehículo policial del pueblo. Cuando llegó, Emily ya había localizado al doctor, quien cosió y vendó el hombro de Hal.

Se encontraron con Nubbit al salir. Junto con éste se hallaba el joven agente que había interrogado a los pasajeros del autocar el día anterior, mientras Nubbit estaba pescando. Pesqué un trucha manchada de cinco kilos, les dijo con orgullo antes de lanzarse a narrar la saga de la vaca muerta del señor Carpenter. Nubbit era un hombre gordezuelo y colorado, con la nariz del color de la remolacha, floridas y redondas mejillas y una calva quemada por el sol. Su expresión era la de un perrillo faldero ansioso por que le hicieran cosquillas en el cuello. Su compañero permanecía de pie impassible detrás de él, mientras Nubbit obsequiaba a Hal y Emily con la historia criminal de Wilson-on-Hamble. Hal se daba cuenta de la desesperación de Eily mientras aparcaba el coche prestado delante del albergue. El coche patrulla paró con un estertor a su lado.

-Encontraremos a Arthur -dijo Hal.

-Ya han pasado más de dos horas -dijo Emily, desalentada.

-Ah, la Taberna del Halcón -exclamó el policía Nubbit al tiempo que se cerraban con estrépito las cuatro portezuelas-. Buena elección. Katie Sloan siempre ha hecho una magnífica tarta de manzana. ¿Conocen ustedes a la señora Sloan?

-Me ha prestado su coche -contestó Emily con un suspiro.

-Bueno, así es ella. La sal de la tierra, se lo digo a ustedes. Sí, cuando la vaca del viejo Carpenter se le murió Davey McGuinness (oh, algo espantoso, qué manera de vomitar), fue Katie la que hizo ir a su esposo, que en paz descanse, para que ayudara a limpiar todo aquello. Hubo:que enterrar a la vaca, ¿saben? No se puede enviar una vaca envenenada al matarife. Si vieran el hoyo que hubo que cavar para aquel animal, era... ;

-Disculpe, agente -interrumpió Hal-. Un niño ha sido secuestrado, y los culpables van armados.

-Sí, claro -dijo Nubbit, con la cara más roja de lo habitual, mientras sacaba su bloc de notas de la guerrera de uniforme-. Blessing. Arthur, ¿no es eso?

-Sí. -Emily suspiró, cansada. Y

Habían comentado ya los datos más importantes del caso con Nubbit, pero parecía que estuvieran imponiendo esta información a un hombre que tenía en la cabeza cosas muchísimo más importantes.

-El chaval que llamó dijo que estaba usted herido.

-Nada grave -asintió Hal.

-¿Herida de bala?

-No. Llevaban sables.

-¿Sables, dice usted?

-Exacto. Seis hombres a caballo. Arabes, diría yo. Vestían una ropa muy especial: pantalones bombachos, turbantes, esas cosas. Y armados con sables.

-No hay armas de fuego -dijo Nubbit, tomando nota cuidadosamente-. Bueno, al menos podemos dar gracias por eso.

-¿Qué? ¿Porque no llevaban armas de fuego? ¡Por el amor de Dios, llevaban sables!

-Bueno, bueno, señor Blessing, ya nos damos cuenta de que ha pasado usted por un mal percance...

-Me llamo Woczniak. El chico es sobrino de la señorita Blessing.

-¿Me lo deletrea, por favor? -Tenía el lápiz con la punta sobre el bloc de notas.

-¿Qué van a hacer para localizar a Arthur? -intervino Emily, exasperada.

Nubbit se cuadró como si estuviera haciendo un examen oral en la escuela.

-Procedemos bajo el supuesto de que el hombre que ayer intentó matar al pequeño Blessing en el autocar está de algún modo relacionado con los hechos de hoy.-Hal gruñó sarcásticamente-. Como sea que el hombre del autocar ha sido identificado como árabe por varios testigos presenciales distintos, hemos enviado sus huellas dactilares y una fotografía del cadáver al cuartel general de la Policía Metropolitana. Todavía no han recibido el material...

-Por supuesto que no -rezongó Hal.

Nubbit carraspeó.

-Sin embargo, he hablado personalmente con los muchachos de Londres. Scotland Yard va a enviar las huellas y la fotografía a Inmigración y a la Interpol.-Echó un vistazo a sus notas-. Y además, hemos hablado con residentes de la zona.

-¿Acerca de qué? ¿De un hombre que venía en un autocar procedente de Londres? -Hal sentía cómo su irritación se iba acercando al paroxismo-. ¿Qué cree usted que pueden decirle las gentes del lugar acerca de ese hombre?

-Bueno, yo... -Nubbit sacudió la papada. El joven agente que estaba a su lado dirigió una mirada agria a Hal y musitó a su superior:

-¿No le decía yo?

-Señor, le aseguro que estamos haciendo todo lo que podemos -exclamó Nubbit, indignado-. Quizá le resulte a usted difícil de entender, pero generalmente estos casos se resuelven porque alguien ha visto algo. Ahora volveremos a hablar con los residentes de la zona y les preguntaremos...

-Estábamos solos -dijo Hal en voz muy alta-. Era al amanecer. No ha habido testigos presenciales.

Nubbit ladeó la cabeza y miró a Hal de reojo.

-Parece estar usted muy seguro de muchas cosas.

Hal levantó los puños hasta la altura del pecho. Este imbécil no me cree, pensó. Con un esfuerzo, abrió las manos. Golpear al poli encargado de la investigación no iba a ayudar mucho. Fuera, asomaban las nubes oscuras de una tormenta. La lluvia estaba en camino.

-Creo que debería sacar unos vaciados de las pisadas de esos caballos antes de que se ponga a llover -dijo con la mayor tranquilidad posible.

-¿Vaciados de huellas de caballo? ¿En un prado, en el campo?

-Las huellas estarán frescas -dijo Hal, y sus palabras salieron forzadas pero mecánicas-. Cierre la zona. Luego, una vez haya sacado los vaciados, compruebe en los establos del lugar, criadores, silleros, almacenes de pienso... cualquiera que haya podido tener contacto con esa gente. Consulte a las compañías de alquiler de camiones. A menos que los secuestradores se hayan paseado montados en esos caballos por las calles, habrán traído a los animales en algún tipo de furgoneta o camión, o bien los tenían en un establo. Registre el terreno donde nos han agredido. A lo mejor, a alguno de los jinetes se le ha caído algo...

Nubbit, sonriente, alzó las manos.

-Bueno, bueno, señor, todo está pero que muy bien, no olvide usted sin embargo que el nuestro es un pequeño puesto de policía.

-Entonces, pida ayuda -dijo Hal con frialdad-. Sabe Dios que la necesita.

-Ya le he dicho que nuestro informe ha sido enviado a Scotland Yard.

-¿Van a enviar a alguien?

-Yo opino que eso es cosa de ellos -dijo Nubbit, desafiante-. Pero, como ya le he dicho, estamos deseosos de hacer cuanto podamos por recuperar al niño.

La mujer que llevaba el albergue se asomó a la salita donde estaban de pie Hal, Emily y los dos policías.

-¿Quiere alguien una taza de té? -preguntó.

Nubbit se volvió hacia ella con una cálida sonrisa.

-Sí, Katie Sloan, bueno, ya que lo preguntas...

-Fuera de aquí, Nubbit -dijo Hal tranquilamente. La redonda cabeza del policía se volvió hacia él como movida por un resorte. Su rojez casi relucía-. Ya me ha oído.

-Señor Woczniak -se interpuso la hospedera. Hal hizo caso omiso de ella y se dirigió directamente al policía Nubbit.

-No puedo obligarle a que cumpla con su trabajo -dijo-. Pero como me llamo Hal Woczniak que no voy a permitir que se sienta usted tan pancho mientras una pandilla de asesinos se largan con un niño de diez años. Y ahora, salga de aquí antes de que le eche yo. -El joven agente flexionó los hombros-. Y eso va también por usted, Einstein -añadió Hal.

Los dos policías salieron apresuradamente pero con gran dignidad. Cuando se hubieron ido, la señora Sloan sacudió la cabeza.

-Ya me han contado lo que les ha ocurrido en Lakeshire Tor -dijo-. Ojalá tuviéramos una fuerza policial mejor que ofrecerles.

-Sí, ojalá -dijo Hal con calma-. ¿Puedo hablar por teléfono? Es larga distancia, pero pagaré la llamada.

-Naturalmente. -La mujer sacó un teléfono negro con disco giratorio de una alacena y lo colocó sobre una mesita al lado de uno de los sofás-. Si desean un té o alguna cosita para picar, no tienen más que decírmelo.

Emily asintió con la cabeza mientras la mujer salía de la estancia.

-Quiero llamar a los Estados Unidos -habló Hal por el aparato-. Washington, D.C. Oficina Federal de Investigación Director Adjunto Fred Koehler. Mi nombre es Hal Woczniak -Deletreó el apellido, dio las gracias a la telefonista y colgó.

Emily estaba sentada en una sencilla silla mirando fijamente con ojos vacíos al otro lado de la estancia. Hal le puso una mano sobre el hombro y la mantuvo ahí hasta que ella, como sorprendida de verlo, alzó la cabeza bruscamente.

-Lo encontraremos -dijo él quedamente.

Emily asintió con la cabeza, un ligero movimiento, el gesto de alguien que no cree lo que acaba de oír y que no quiere seguir hablando de ello. Luego, sus ojos se apartaron de Hal y miraron de nuevo hacia la ventana.

Cuando sonó el teléfono, Hal cruzó la estancia de dos zancadas y descolgó el aparato.

-¿Sí?

-¿Señor Woczniak? Un momento, por favor, en seguida le pongo.

Pasados unos instantes, otra voz graznó al otro lado de la línea.

-¿Hal? ¿Eres tú?

-En efecto, jefe. Llamo desde un lugar del sur de Inglaterra.

-¿Qué demonios estás haciendo ahí?

-Te hablaré de eso algún día. En este momento necesito un favor. -Hubo silencio al otro extremo de la línea-. Estoy sereno, jefe -añadió Hal.

Otro silencio.

-Entonces, escucho -dijo finalmente el jefe.

Llegó el inspector Brian Candy de Scotland Yard con un traje de tweed, un par de calcetines que no hacían juego, dos ayudantes, una camioneta gris llena de equipo y un talante eficiente de persona del oficio que a Hal le resultó familiar y reconfortante.

Candy subió los tres tramos de escalera que llevaban hasta la habitación de Hal en el piso superior del albergue y llegó sin haberse quedado sin resuello. Toda una hazaña, ponderó Hal viendo el tamaño del hombre. El inspector, que medía más de un metro noventa y tenía el corpachón de un toro, casi llenaba la estancia con su volumen y su tranquila energía.

-El agente Nubbit me ha puesto ya al corriente de casi todo... de lo que sabe -dijo Candy con elegancia.

-¿Acerca de este caso? -se mofó Hal-. ¿No ha seguido disertando sobre la vaca muerta de Eamon Carpenter?

Candy escondió la cabeza y esbozó una sonrisa.

-Nubbit ha tenido la amabilidad de ir a recibirnos en el camino. Mis hombres han ido al prado para sacar los vaciados que usted ha sugerido.

Hal miró por la ventana.

-Cuarenta minutos ya, y sigue lloviendo -dijo tranquilamente.

-Sí que es una lástima -dijo Candy apretando los labios-. De todos modos, quizá encuentren algo.

Al menos no miente, pensó Hal.

-Gracias por venir -fue lo que dijo.

-No hay de qué darlas. Cuando mi superintendente recibe una llamada de uno de sus viejos amigos del FBI y me dice: En marcha, yo sólo pregunto adónde hay que ir. Y ahora, ¿por qué no me dice qué está pasando?

Hal asintió. Estaba encaramado en el alféizar de la ventana y vio cómo Candy sacaba no uno, sino tres bolígrafos del bolsillo de su chaqueta y los dejaba encima de la mesa que tenía delante, al tiempo que abría un gran bloc de notas con espiral y miraba a Hal como alguien que tuviera todo el tiempo del mundo.

Mientras narraba los detalles de lo ocurrido por la mañana, Hal estudiaba el rostro de Candy. Le gustaba instintivamente este rostro, metido en carnes y duro, con un espeso bigote y una cabellera cobriza que, adivinaba Hal, le debía de haber ganado en la infancia el apodo de Rojo. Daba una impresión de la más seria competencia, y era fácil para Hal ver en él a un miembro de un equipo de boxeo del regimiento, probablemente un peso medio en aquellos tiempos, con un estilo machacón y técnicamente correcto que -a diferencia de los espectaculares numeritos de los boxeadores estadounidenses- le amontonaba poco a poco puntos y le ganaba los asaltos por decisión del árbitro.

Lo único que contradecía esta impresión eran los ojos del inspector. Eran oscuros y se movían veloces, los ojos de un jefe de casino viendo trabajar a un nuevo croupier.

Hal no le andaría con cuentos a un hombre con unos ojos así. De todos modos, no estaba dispuesto a hablar a nadie, y menos a un agente de la policía, de la visita al Camelot de las leyendas ni de la desaparición del mago Merlín en una nube de humo teniendo en sus manos el Santo Grial. Había cosas que debía guardarse para sí si quería conseguir algo de cooperación por parte de las autoridades.

Contó pues una historia verdadera, pero cuidando de no contar toda la verdad. Describió su encuentro con Taliesin y con el pequeño Arthur Blessing y su tía Emily en el autocar en que viajaban. Sin darle mayor importancia, habló del modo en que había desarmado al hombre que intentaba matar a Arthur.

Candy levantó los ojos con viveza, y Woczniak supo por qué. Si había alguien detenido que había intervenido un intento de asesinar al chico, el misterio estaba prácticamente resuelto. Pero Hal movió la cabeza

-Me temo que no hay supervivientes –dijo- le hincó el diente a una píldora de cianuro antes de que los polis pudieran interrogarle.

En los ojos del inspector se hizo una luz.

-Eso es -confirmó-. He leído los informes esta mañana. No me daba cuenta de que hablaba usted de ese chico. Han enviado a la oficina central fotografías pero todavía no han llegado.

--Por supuesto que no -espetó Hal-. Las ha mandado el agente Nubbit

-Las huellas ser n identificadas mañana. Me harán llegar los resultados en cuanto los tengan. Trabajaré aparte del puesto de policía local.

-¿Puede mantener a las gentes de por aquí fuera del asunto?

-Creo que sí -contestó Candy con una sonrisa y comprobó sus notas-. El chico ha heredado esa propiedad de su madre, dice usted. ¿Su madre era británica?

Se volvió hacia Emily, pero ésta seguía mirando fijamente al frente. No había abierto la boca desde la llegada del policía

-¿Emily? -la instó Hal con amabilidad.

Los ojos de Emily reflejaron terror, y a continuación enfocaron al detective de Scotland Yard.

-Disculpe -dijo.

Candy movió la cabeza en un gesto de comprensión y repitió la pregunta.

-No, era estadounidense -respondió Emily-. Dilys Blessing... fue incluida en el testamento del padre de Arthur. Pero como había muerto cuando ocurrió fallecimiento de ese hombre, la propiedad pasó a él. Estaba estipulado así en el testamento.

Candy escribía sin parar, pero no quitaba los ojos de Emily.

-¿Cómo se llamaba el padre? -preguntó.

El rostro de Emily se desencajó. Finalmente, recuperó suficientemente la compostura como para contestar.

-Abbot. Sir Bradford Welles Abbot. No estaba casado con mi hermana.

-Entiendo -dijo él sin hacer ningún comentario-. Usted no ha visto nada del episodio de esta mañana, ¿no es así?

Emily sacudió la cabeza desmadejadamente.

-He ido al prado para ver por qué tardaban tanto. He llegado demasiado tarde.

-Igual ha sido mejor así -dijo Candy tranquilamente, y luego se volvió de nuevo hacia Hal.

Es bueno, pensó Hal con admiración. Candy se había dado cuenta de que Emily caminaba por una cuerda muy delgada y no quería empujarla demasiado. Acabaría consiguiendo más de ella de este modo, Hal lo sabía.

-¿Y el viejo que estaba con ustedes? -preguntó el inspector-. Taliesin. Un nombre raro. Galés. ¿Dónde está?

-Se ha ido -dijo Hal.

-¿Se ha ido?

-Los secuestradores se han ido con el pequeño Arthur, y él tras ellos.

-¿A pie?

-Exacto.

-¿Podría ser que estuviera de acuerdo con los secuestradores?

-No. Ellos...-*Le han cortado la cabeza*- Le han herido. Estaba herido.

-¿De gravedad?

-No. No creo.

-¿Cuál es su nombre de pila?

-No sé -mintió Hal. Lo que menos deseaba era que Scotland Yard se pusiera a perseguir al viejo. Sería derrochar el poco tiempo que quedaba para hallar a Arthur-. Le conocí en el autocar.

-¿Sabe algo de él? ¿Como por ejemplo dónde trabajaba, dónde vivía?

Hal sacudió la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho en un gesto inconsciente de desafío. Candy miró a Emily, pero ésta no prestaba la menor atención ni al inspector ni a sus preguntas.

-Disculpen -dijo Candy-. Tengo que hacer una llamada.

Cuando el inspector hubo salido de la habitación, Hal suspiró despacio, aliviado. Avistó ahora la cerveza en un viejo cubo de metal, junto a la mesita a la que se había sentado Candy. La señora Sloan debía de haberla puesto ahí previendo la llegada del inspector. Había incluso hielo en el cubo.

Lentamente, Hal se acercó a la mesita. Había tres botellas. Sacó dos. Había estado deseando beber algo todo el día, y ahora lo deseaba de manera especial. La botella estaba fría, perlada. Podía imaginar el sabor de la cerveza en su garganta seca por los cigarrillos.

-¿Quieres una cerveza? -preguntó a Emily, pero ésta no le oyó.

Suspiró y volvió a poner las dos botellas en el cubo. Era un riesgo que no podía correr mientras la mujer se hallara en ese estado. ¿Qué era lo que decían de los borrachos? Que una copa era demasiado y mil insuficientes. Si tomaba una ahora tomaría mil más, lo sabía. Y cuando despertara, apestando y perdido, Arthur estaría muerto y Emily en el manicomio. No, no iba a tomarla. Todavía no. No por el momento.

Pronto oyó las fuertes pisadas de Candy que volvía a subir la escalera.

-Esperaba que en Scotland Yard hubieran sacado algo en claro de las huellas del muerto, pero todavía no tienen nada -dijo-. Pero siguen trabajando. Si ese individuo ha sido alguna vez arrestado y fichado en algún lugar de Gran Bretaña o del continente, lo sabremos.

¿Y si no tiene antecedentes?, pensó Hal. Pero conocía ya la respuesta.

-¿Por qué no pasamos a los secuestradores? -sugirió el inspector-. ¿Dice que eran árabes?

-Eso me han parecido. Pero quizá fuera sólo por la ropa.

-Ropa de cuento de hadas -dijo Candy sin más.

-Turbantes, pantalones de harén bombachos... -añadió Hal asintiendo con la cabeza-. Como salidos de Las Mily una Noches.

-¿Por qué cree que irían vestidos de esa manera tan extraña?

-No tengo ni idea, la verdad -contestó Hal.

Candy tomaba nota.

-¿Ha dicho algo alguno de ellos? ¿Ha gritado un nombre, quizá?

-El único que ha hablado ha sido... -De pronto, Hal recordó la exclamación de Taliesin-. Hay un nombre. Saladino.

-Y ése, ¿cuál de ellos era?

-El jefe.

-El alto.

-Al menos dos metros -aseguró Hal-. Tenía cara de diablo y unos ojos increíbles, negrísimos. Era blanco de piel, pero no como es normalmente la piel blanca. Tenía un aspecto enfermizo, como de un hombre moreno al que no le ha dado el sol durante años. En los Estados Unidos, lo llamamos palidez carcelaria. Y llevaba perilla. -Hal miró hacia Candy y vio que el inspector de Scotland Yard le miraba también fijamente-. ¿Qué pasa?

-Nada.

-No me diga eso. Lo ha reconocido por mi descripción, ¿verdad?

-No. No conozco a ningún Saladino -dijo Candy, crispado-. Su descripción me ha recordado a alguien, pero no es el hombre de quien estamos hablando.

-¿Cómo lo sabe?

-Está muerto. -Un estruendoso trueno sacudió las ventanas-. Santo cielo, esto se está poniendo feo.

Todos se volvieron para ver a la señora Sloan en el umbral. Jadeaba y le costaba respirar después de subir tantos escalones.

-Perdonen que interrumpa, pero hay una llamada para el inspector Candy abajo. -Se golpeó el corpiño del vestido casero para calmarse-. Qué bochorno, Dios mío.

-Algo tienen de bueno esos moteles cuadraditos que tienen ustedes los yanquis -dijo Candy poniéndose en pie-. Teléfono en las habitaciones.

La señora Sloan rió.

-Espero que el ejercicio le siente bien.

El inspector sonrió pesaroso y bajó la escalera con ella. Hal y Emily permanecieron callados mientras la lluvia golpeaba los cristales. Él sabía el motivo de la llamada de Candy.

-¿Se ha interrumpido la búsqueda? -preguntó cuando el inspector estuvo de vuelta.

-Demasiada lluvia. Pero han podido sacar unos vaciados. Y también han recogido unos trocitos de tela. Parece seda. -Luciendo una sonrisa esperanzada, se dirigió a la mesita y cerró el bloc con brío-. Si se le ocurre alguna otra cosa, déme un telefonazo. -Volvió a meterse los tres bolígrafos en el bolsillo, saludó con la cabeza y se encaminó pesadamente hacia la puerta.

-¿Inspector? -Candy se detuvo junto a la puerta-. Ha dicho que mi descripción le ha recordado a alguien. ¿A quién?

-Un asesino. Un psicópata. Yo participé en su detención.

-¿Cómo se llamaba? -preguntó Hal.

Candy torció la boca.

-Nadie lo supo nunca. El tipo no se lo quiso decir a nadie, y carecía de identificación.

-Un paria.

-No, al contrario. Vivía como un rey. Pero no tenía cuentas bancarias, ni tarjetas de crédito, ni permiso de conducir.

-¿Y el sitio donde vivía? -preguntó Hal con curiosidad profesional.

-Alquilado. Firmó el contrato con una X. -Candy rió entre dientes-. Así es cómo se le llamó en la prensa durante el juicio. El señor X.

-Un momento. Alguien tenía que saber quién era. Los vecinos...

-Sólo sirvientes. Docenas de sirvientes.

-¿Y bien?

-Ninguno de ellos quiso hablar. Ni una palabra. Todos han cumplido penas por desacato. Y sin embargo, ni uno solo cantó.

-Debía de haberles pagado bien. -Hal miró a Candy. El inspector se mordisqueaba el interior del labio-. ¿Quiere que le diga una cosa?

Candy se encogió de hombros.

-¿El qué?

-Eran todos árabes, ¿verdad?

El inspector le miró fijamente, por un instante, y movió la cabeza afirmativamente.

-Me han dicho que era usted muy bueno en su trabajo. Pero se equivoca en ese punto. Ese hombre murió.

-¿Cómo?

-Incendio. El psiquiátrico donde el señor X cumplía una condena a cadena perpetua ardió por los cuatro costados hace un mes. Se encontró su cuerpo.

-¿Quién lo identificó?

Candy sonrió y sacudió la cabeza.

-Está muerto, señor Woczniak.

-Hal. ¿Quién fue a recoger el cuerpo? ¿Los criados?

-No fue nadie -dijo Candy con un suspiro-. El cuerpo medía dos metros. Lo encontraron en la celda del señor X, en el sótano de Maplebrook. Era el único preso que estaba encerrado allí abajo.

-¿Se hizo identificación dental? -insistió Hal.

Candy frunció el ceño. Estaba pensando, Hal lo sabía. El inspector empezaba a dudar.

-Supongo que se hizo -dijo, pero su expresión seguía siendo preocupada.

-¿Puede comprobarlo?

Los dos hombres se miraron por un instante cara a cara.

-Lo comprobaré -aseguró finalmente Candy.

Cuando el inspector Candy se hubo ido, Hal acompañó a Emily hasta el pequeño bar de la planta baja.

-Una gaseosa te sentará bien -asintió, encaminándola hacia uno de los taburetes de la barra vacía.

Eran ellos los únicos parroquianos, y no se veía a la señora Sloan por ninguna parte.

Emily miraba al frente con ojos vacíos. La aventura de la huida de Chicago y los repetidos intentos de acabar con su vida y con la de Arthur habían hecho mella en la mujer ya antes de este último golpe, el más terrible. En el autocar, tenía los nervios destrozados. Ahora, el resto de cordura a la que había conseguido aferrarse hasta esta mañana se había evaporado. Estaba sentada, mirando fijamente, como una muñeca de porcelana a la que hubiesen vestido de maestra de escuela. Pero eso pasaría, pensaba Hal. Había visto a personas salir de estupores emocionales más profundos que el de Emily. El suyo mismo había sido peor, era consciente de ello, y había salido de él sólo para poder llegar a rastras hasta una botella.

Ansiaba enormemente beber algo. Ver todas aquellas botellas alineadas y relucientes en el armario ahora abierto era mucho más duro de lo que habría creído posible en los tiempos en que pensaba poder dejar la bebida en cuanto quisiera.

-¡Señora Sloan! -llamó finalmente. Pasado un minuto, la patrona se asomó por la puerta de la cocina.

-Oh, Santo Cielo, están ustedes ahí -exclamó, limpiándose las manos en el delantal-. Estaba haciendo la sopa para esta noche.

-Perdone que la moleste, pero quería devolverle las llaves del coche. Y gracias.

-No hay de qué. -Las cogió y las echó en una trasteada caja metálica para el dinero que estaba justo debajo de las botellas de licor-. Bueno, ¿qué desean beber? -Se metió pesadamente detrás de la barra, parecía un acorazado en un canal.

-Tomaré un...-Hal se detuvo, incapaz de proferir la palabras-. Quizá sólo un refresco -pudo decir finalmente-. Para los dos.

-Perfecto. -La mujer se dirigió a un gran refrigerador situado en el extremo de la barra y sacó una botella llena de un líquido anaranjado de aspecto espeluznante con una etiqueta que Hal no había visto jamás- ¿Le parece bien esto?

-Estupendo -contesto Hal.

-¿Está la policía avanzando en la búsqueda del pequeño? -preguntó solícita.

-Siguen buscándole.

-De veras que me apena mucho lo sucedido -dijo la señora Sloan, y en los rasgos toscos y desdibujados de su rostro pudo verse que era sincera-. Qué mundo éste.

-Sée... -asintió Hal.

Emily se echó a llorar. Estaba sentada, inmóvil como una piedra, delante de la bebida intacta, los brazos colgando a sus costados y sollozando quedamente.

-Cúanto, cuánto lo siento, señora. -La mujer le ofreció dos servilletas de papel. Como Emily no hiciera ningún movimiento para cogerlas, la señora Sloan se las metió debajo de la nariz y ordenó:- Suénese.

Emily obedeció, y dejó luego que la mujer le limpiara la cara.

-Verá cómo al niño no le pasa nada. ¿No ha venido acaso un inspector de Scotland Yard personalmente? Seguro que ellos le encuentran.

La suave autoridad de la señora Sloan tenía maravillado a Hal. Apuesto a que ha criado a diez hijos, pensó.

La mujer cogió unas cuantas servilletas más y las metió; la fuerza en la mano de Emily.

-La señora no se sentiría tan abatida si al menos no hubieran tenido ustedes que toparse con ese cabeza de chorlito de Nubbit -dijo con voz de fastidio.

-Es curioso -añadió Hal con una sonrisa-. Ese policía parece apreciarla mucho a usted.

-Ja, ja. Ése siempre me va detrás para que le dé una tarta de manzana gratis. Mi santo esposo tuvo la desgracia de ser primo suyo desde que nació, pero yo no le pondría a buscar ni a un gatito perdido.

-No sé. Tengo entendido que es un genio en los casos importantes donde hay vacas envenenadas.

-Ah, se lo ha contado, ¿verdad? Ése fue su momento de gloria. El único crimen importante en que ha intervenido. Aquello fue hace diez años y todavía está buscando al culpable del envenenamiento, y, si usted le pregunta cómo va, se pone muy serio y, con voz de ministro de justicia, dice: El caso sigue abierto. Seguimos investigando.

Era una imitación tan excelente que Hal soltó una carcajada. Con gran sorpresa por su parte, también Emily sonrió.

Hal bebió un sorbo del espantoso brebaje. Caliente, además.

-Oh, seguro que quiere usted hielo -se apresuró a decir la señora Sloan, dirigiéndose de nuevo velozmente hacia el refrigerador.

-No, está bien así. Señora Sloan, ¿hace mucho tiempo que vive usted aquí?

-Toda mi vida. Nací justo donde está el colmado de Albert Carson, cuando en toda aquella parte del pueblo no había más que granjas con ovejas.

-¿Sabe usted algo de un hospital psiquiátrico llamado Maplebrook?

-¿El asilo? Sí, claro. Aquí lo llamábamos Las Torres. Se llamaba así, sabe usted, antes de que lo modernizaran. Pero por dentro seguía igual. -Se estremeció-. Un lugar espantoso.

-Tengo entendido que hubo un incendio.

-Sí, y no tienen ni idea de quién pudo ser.

-¿Fue provocado?

-Llámelo usted como quiera, pero le aseguro que no fue un accidente.

-¿Quién iba a incendiar un asilo para locos? -preguntó esperanzado

Distraídamente, la señora Sloan limpiaba un vaso.

-Los fantasmas, a lo mejor -dijo como si tal cosa. Hal sonrió, incrédulo, y ella se dio cuenta-. Oh, ustedes los yanquis se creen muy listos porque vienen de un país tan nuevo. Pero es porque no han visto lo que hemos visto nosotros. No han visto cómo el castillo se alzaba saliendo de la bruma matinal ni han oído los cascos de los caballos fantasmas al cabalgar.

-¿El castillo? -Hal sintió que su corazón se aceleraba-. ¿Usted lo ha visto?

-Cuando era niña. Todos lo hemos visto, en un momento u otro. Pero no fue ayer. -Sonrió-. Parece que; ocurre como con las hadas. Cuando dejas de creer en ellas, ya no se te aparecen.

Yo no estaría tan seguro, pensó Hal.

-¿Está lejos de aquí el asilo? -preguntó.

-A no más de treinta kilómetros. No es mucho lo que ha quedado de él, y mejor que sea así, pienso yo. Vaya, se está derramando la sopa. -Se volvió y, con cierta elegancia de rinoceronte, se metió de nuevo en su cocina.

Hal se inclinó sobre la barra y volcó el resto de la bebida anaranjada en el fregadero. Luego se dirigió a la puerta. La lluvia parecía estar remitiendo y el cielo un poco más despejado.

-Ya está -dijo la señora Sloan, abriendo de sopetón la puerta abisagrada con mano fuerte--. Sopa de puerros y patatas. ¿Se quedarán los dos a cenar?

-Creo que sí. Pero primero me gustaría ir a dar un paseo. ¿Hay por aquí cerca algún sitio donde pueda alquilar un coche?

-Bueno, Wilson-on-Hamble es demasiado pequeño para ese tipo de cosas. ¿Van a ir muy lejos?

-No muy lejos -contesto Hal, evasivo-. Sólo a dar una vuelta por el campo.

-En tal caso, pueden coger el mío. -Sacó las llaves de la caja del dinero y se las lanzó a Hal-. Pero no se metan ahora en más líos con el coche.

-No, no puedo... debería pagarle por las molestias, en todo caso.

La mujer rió.

-Por todos los santos, pagara usted lo que pagara sería más de lo que vale. Llene el depósito cuando vuelva. Eso será un buen trato para los dos.

-Hecho -dijo Hal cogiendo las llaves.

Se levantó y ayudó a Emily a bajar del taburete. Ésta le miró intrigada, pero no preguntó a dónde iban. Hal supuso que, en realidad, no le importaba pero no quería quedarse sola.

-Gracias -dijo él a la señora Sloan.

-Vaya hacia el sur -informó la mujer mientras limpiaba la barra-. Gire a la izquierda al salir del terreno de aparcamiento y siga los letreros que indican a Lymington -añadió sin levantar la vista.

-¿Cómo dice?

-Maplebrook.

El pequeño Morris Minor se arrastró pesadamente por la empinada cuesta, pareció cobrar fuerzas al llegar a lo alto a continuación inició un largo y fácil descenso hacia un valle de exuberante verdor. Entonces, a la izquierda del punto donde el camino se volvía llano, ya en el valle, Hal vio los restos del hospital Maplebrook, apartado unos centenares de metros del camino.

El edificio había sufrido enormes daños, mayores incluso de lo que él esperaba. El tejado se había venido abajo; tres de los cuatro muros exteriores se habían desmoronado por completo. El interior de la única pared que quedaba parcialmente en pie era un confuso amasijo de señales dejadas por el fuego, escaleras arrancadas y trozos de piso.

Esto no ha sido un incendio accidental, pensó Hal. Se preguntaba por qué no le habría dicho el inspector Candy que el psiquiátrico había sido destruido intencionadamente

Aminoró la marcha a llegar al pie de la larga cuesta, entró en un camino pavimentado con un letrero pequeño y discreto que decía: -

HOSPITAL MAPLEBROOK
LOS VISITANTES Y MIEMBROS DEL PERSONAL
DEBEN MOSTRAR SU IDENTIFICACION EN LA VERJA DE ENTRADA

Según Candy, el incendio había tenido lugar hacía tan sólo un mes, pero el camino ya estaba cubierto por la áspera hierba salvaje que parecía prosperar indefectiblemente en el húmedo clima de Inglaterra. Los neumáticos gastados del coche de la señora Sloan patinaron varias veces por el largo y serpenteante camino que llevaba hasta la alta verja de hierro forjado y la caseta abandonada.

La verja estaba ahora abierta. Había sido abierta de par en par para que pasaran los coches de bomberos y de la policía y nadie la había cerrado. Era lógico, pensó Hal. Podía verse muy bien que no quedaba aquí nada que saquear o destruir. Siguió conduciendo hasta que el camino estuvo demasiado estropeado como para seguir adelante, y paró el coche.

-Aquí estamos -dijo.

-¿Qué es este sitio? -quiso saber Emily.

-Sólo un viejo edificio en el que quiero curiosear un poco.

Hal abrió el maletero y sacó un largo rollo de cuerda y una linterna muy potente con asa que había comprado en una tienda de equipo por el camino.

-¿Para qué es todo eso? -preguntó Emily.

-Por precaución. No te preocupes. No corremos ningún peligro, creeme.

El pavimento del paseo estaba cuarteado y faltaban grandes trozos de asfalto. Hal se agachó y cogió un trozo.

-El pavimento explotó -dijo-. Debí de ser un incendio terrible.

El montón de escombros que rodeaban el muro era enorme, aunque no de especial interés: trozos de pizarra del tejado, yeso de los techos, piedras, fragmentos de las vigas de madera. Evidentemente, la policía había escudriñado todo esto buscando efectos personales o registros de las oficinas. Pero Hal no buscaba nada tan obvio.

Cogió un trozo de madera carbonizada de un metro de largo y atizó con él por entre los cascotes, cuidando de dónde ponía el pie. Por aquí debajo estaba el sótano, y el suelo no se había hundido del todo sobre él. Cuando el palo de madera se hundió por entre los escombros, Hal se puso a atizar y a golpear con el pie hasta que se abrió un agujero del tamaño de un hombre.

A continuación, sostuvo un extremo del palo de madera y golpeó con él en el suelo con todas sus fuerzas. No se partió.

-Esto quizá sirva -dijo.

Utilizando un bloque de piedra clavó el palo en el suelo y a continuación ató a él la cuerda.

-¿Vas a bajar ahí? -preguntó Emily.

-Si, señora.

-Hal, no...

-Tú intenta aguantarlo fuerte mientras sostenga mi peso. ¿Podrás hacerlo?--Ella le miró y luego, titubeante asintió-. Estupendo. -Hal la rodeó con el brazo y le dio un apretón-. Así me gusta, que estés mejor. -Emily se dirigió al palo y lo afianzó con ambas manos-. Perfecto -Hal lanzó la cuerda por el agujero-. Voy a bajar.

A continuación, cogió el asa de la linterna con los dientes y descendió por la abertura hasta el sótano.

-Ya he llegado -gritó con todas sus fuerzas, cuando sus pies tocaron fondo.

Hacía fresco aquí, casi frío. El aire olía a humo. No conseguía permanecer de pie debido al entramado de vigas de madera retorcidas y quemadas que tenía encima. En el haz de luz de la linterna pudo ver montones de yeso desprendido desde los pisos superiores.

¿Qué demonios estoy haciendo?, pensó. Un estornudo y cinco pisos de porquería van caerme encima. Miró a lo alto, por entre las vigas y el yeso destrozado, al cielo gris, antes de introducirse en el laberíntico caos del sótano.

Oyó crujir uno de los maderos al frotarse con otro. Se estremeció y, a gachas, intentó abrirse camino hacia una de las paredes interiores que todavía quedaban de la estructura subterránea. El viento silbaba por entre los escombros que le rodeaban, aquella erizada confusión que parecía una jaula construida por un loco.

Llegó hasta la pared. Había espacio para desplazarse a lo largo de ella. A pesar de los maderos apoyados contra la pared, parecía quedar un pequeño paso posible si avanzaba agachado.

Tocó con la mano algo metálico en la pared. Cuando dirigió allí el haz de luz de la linterna, pudo ver que había tocado una toma de corriente. La pared era de yeso blanco, pero había señales negras chamuscadas alrededor del enchufe. El yeso se deshacía en su mano. Escarbó con las puntas de los dedos en torno al enchufe.

Los hilos eléctricos que llevaban hasta el enchufe estaban quemados, pero por lo demás intactos. Era evidente, sin embargo, que se había producido alguna especie de fogonazo dentro de la pared, cerca de la salida de corriente. Metió la mano cuanto pudo y tocó una sustancia áspera y seca, la extrajo y la examinó a la luz de la linterna.

Parecía masilla seca, pero, cuando se la llevó a la punta de lengua, percibió el distintivo sabor a éter del explosivo plástico. Se metió el trocito de plástico, en forma de guisante, en el bolsillo y siguió recorriendo la pared.

Tuvo que doblarse para poder escurrirse por debajo de una viga comprimida contra la pared y, cuando intentó deslizarse, sintió cómo el madero crujía y bajaba unos centímetros.

Sal de aquí, Hal, ordenó una voz en su interior, pero la apartó de su mente. No podía abandonar ahora.

Había otra salida de corriente a unos quince metros. También en este caso, el aplique metálico se había soltado de la pared a la que estaba sujeto. Otra explosión.

Se dio cuenta de que habían metido explosivo plástico en todos los enchufes. En todos. Esto bastaría para derribar una estructura tan enorme como la de Maplebrook.

Alguien había saboteado el lugar. Alguien que disponía de tiempo suficiente como para conectar todos y cada uno de los enchufes de pared del edificio.

Unos metros más allá, el pasadizo se torcía en ángulo recto. El techo estaba aquí un poco más alto, y Hal casi podía andar erguido. Pero, detrás de él, los maderos seguían desplazándose ligeramente, crujendo. No creía que fuera a poder volver por donde había venido sin que algunas vigas se desprendieran y le cayeran encima.

Y con una sola bastaría para dejarme imposibilitado y encerrado aquí para siempre, pensó.

Otro madero se movió, éste más cerca, a juzgar por el sonido. Con vergüenza, recordó las palabras de los instructores sobre incendios provocados de Quantico, quienes no se cansaban de imbuir en los futuros agentes el axioma de que un edificio destruido por el fuego nunca cesaba de venirse abajo. Después del incendio, seguía desmoronándose por sí mismo durante semanas e incluso meses. Sólo mediante equipo pesado podía arreglarse la cosa de modo que las ruinas dejaran de desplazarse solitas.

Como si el edificio le hubiera leído el pensamiento, una lluvia de yeso y cemento cayó del techo a menos de tres metros detrás de él. Acto seguido, un enorme madero crujió y cedió con un tremendo estrépito. Hal se lanzó de cabeza al túnel y se arrastró al tiempo que una avalancha de escombros se precipitaba sobre el lugar donde había estado hacía un instante.

Eres un caso, Woczniak.

En algún punto por encima de él pudo oír el grito de Emily, pero era incapaz de responder. La nube de polvo ocasionada por el madero al caer era tan densa que apenas podía respirar. Se deslizó por el suelo de piedra boca abajo, manteniendo el rayo de luz de la linterna ante sí aun cuando tenía los ojos llorosos y cegados.

Mientras se arrastraba, su hombro herido topó con algo duro. Boqueó de dolor y tosió con fuerza. No podría permanecer por mucho tiempo más aquí abajo, lo sabía.

Pasó entonces el haz de luz sobre el objeto con el que había chocado. El polvo se posaba y pudo ver el perfil de unos barrotos.

Barrotes. Una celda.

El señor X estaba prisionero en este sótano. El único recluso.

Siempre agachado, corrió por el pasadizo, barriendo con la luz al pasar cada una de las celdas quemadas y vacías, hasta llegar a una cuya puerta estaba abierta.

Se detuvo. El catre de la celda tenía encima una sábana y una manta cuidadosamente doblada, con uno de los bordes ennegrecidos, a los pies.

Aquí estaba ese hombre.

Atentamente, Hal estudió la celda desnuda a la luz de la linterna. No había nada pegado a las paredes, no había fotografías ni letras, no había colillas de cigarrillo, nada que indicara que el lugar había estado ocupado por un ser humano. Comprobó el conducto de detrás del wáter. Aquí no habían tocado nada.

Movió la cabeza. Jamás había visto una celda tan limpia, tan totalmente desprovista de señales de la personalidad de su ocupante. Entonces, en el suelo, cerca de la cama, vio una serie de manchas oscuras. Se arrodilló con la linterna para mirarlas. Parecían manchas de sangre, que el tiempo había secado y ennegrecido. Las siguió de rodillas hasta la puerta, el rastro llevaba fuera de la celda, al pasillo.

Hal suspiró. De modo que el hombre había muerto aquí dentro y lo habían sacado... aNo, espera un momento. El inspector Candy no había mencionado nada de que el señor X muriera por heridas. Había perecido en el incendio, junto con el resto de los reclusos. Por asfixia, probablemente, teniendo en cuenta el estado relativamente intacto de la celda.

La mente de Hal funcionaba a ritmo frenético. Era posible que, presa del pánico, el señor X hubiera golpeado los barrotes con la cabeza... Pero había un solo rastro de gotas de sangre, y éste conducía al exterior de la celda. Volvió a seguirlas, ahora al revés, hasta el interior. Había manchas al lado de la cama, pero no en la sábana. Cogió entonces la dura almohada y le dio la vuelta. Una gran mancha de sangre seca casi cubría todo este lado.

Era desconcertante. El rastro era claro, desde el pasillo hasta el suelo de la celda y luego hasta la almohada. Y sin embargo, el señor X no había muerto por heridas. Siguió de nuevo las gotitas de sangre. Desde el pasillo hasta la celda...

De repente, giró en redondo. Claro, pensó, el señor X no había sido transportado desde la celda hasta el pasillo, la cosa había sido al revés. Las manchas de sangre conducen de fuera adentro. Se puso otra vez de rodillas para examinarlas de nuevo. Entre las gotitas de sangre seca podía verse todavía una mancha borrosa, que se extendía en dirección a la celda.

Alguien había arrastrado a un hombre herido hasta la celda, había esperado a que muriera y luego había dado la vuelta a la almohada para ocultar la sangre.

Pero, ¿por qué no habían limpiado la sangre del suelo? ¿Por qué no habían cambiado la almohada? La respuesta fue como una ola impetuosa: Porque sabían que iba a haber un incendio.

Y, quien fuera que había muerto en esta celda, no era el señor X.

Hal se dirigió a grandes pasos hasta la cama y destripó la almohada. Brotaron de ellas bolas de espuma endurecida. A continuación, arrancó la sábana de la cama. Abrió la manta doblada y levantó el delgado colchón.

Debajo, sobre los frágiles muelles, había un libro.

Hal lo cogió y pasó las hojas. Ningún papel suelto. Por la tarjeta del bolsillo de la portada, parecía un libro de biblioteca. Estaba escrito en un idioma que Hal no entendía. Se lo metió bajo la cintura de los pantalones y siguió registrando el cuarto, pero apenas había nada más en él que pudiera ocultar algo. Deseaba haber traído consigo una navaja para rajarse el colchón, pero tuvo que optar por comprobar las costuras. Parecían intactas, y en su interior no había bultos duros.

Justo cuando terminaba, se oyó otro bramido procedente del pasillo. Hal miró y vio el polvo que se alzaba desde otro trozo de techo desplomado. Después de la intensa lluvia caída el peso del yeso, que había perdido solidez y estaba ahora empapado de agua, era demasiado para que pudiera soportarlo la frágil estructura dañada por el incendio. Dentro de nada se vendría todo abajo y, si no tenía suerte, Hal también.

Salió de la celda y siguió el pasillo dando la vuelta a otra esquina para encontrarse con que terminaba en lo que parecía una barrera impenetrable de cascotes, madera retorcida, yeso, listones y trozos afilados de pizarra del tejado. Tenía el camino bloqueado, pero, a su izquierda, los escombros formaban una pendiente de cuarenta y cinco grados. No veía el cielo al final de esta rampa, pero si llegaba hasta arriba quizá consiguiera abrirse camino al exterior a través de los escombros.

Clavó las manos por entre los trozos de yeso y pizarra y empezó a subir a gatas por la pendiente. Parecía deslizarse para atrás en la misma medida y con la misma rapidez con que avanzaba y podía oír a su alrededor el crujir de planchas y maderos, como irritados porque hubieran venido a molestarles.

Intentando tragarse el pánico, Hal se izó con más fuerza, clavando los pies en los móviles cascotes para poder tomar impulso. Sentía cómo le sangraban los dedos mientras los introducía como podía por entre los escombros sueltos.

Pero avanzaba. Subía.

Y de pronto estuvo en lo alto de la rampa y no pudo subir más. Algo sólido bloqueaba la ruta de escape.

Torció el cuerpo hasta quedar encajonado en el pequeño espacio, sentado y sostenido por su espalda y sus piernas, y luego levantó los brazos por encima de la cabeza e intentó quitar aquello que le obstruía el paso.

Era un gran trozo de pared enyesada, demasiado pesada para moverla. De nuevo estaba atrapado.

Hizo una pausa y respiró hondo.

No tan de prisa, demonios. Miró a su alrededor y encontró un trozo de madera de un metro de largo, probablemente partido de un saliente de pared.

Lo sostuvo con ambas manos y se puso a golpear con él la obstrucción enyesada. Primero, el revestimiento se rajó y le envió una nube de polvo al rostro, casi asfixiándole. Escupió el polvo, cerró los ojos con fuerza y siguió martilleando el yeso que tenía encima de la cabeza.

De repente, el palo de madera abrió un boquete. Los ojos irritados de Hal, que se habían adaptado a la oscuridad, quedaron deslumbrados por la luz gris del cielo nublado.

-¡Emily! -gritó.

-¿Hal?

-Estoy aquí.

Antes de que Hal pudiera decirle que se apartara, Emily había introducido las manos en el agujero y aferraban las piedras sueltas de arriba.

-Cuidado. Vas a caer dentro.

-¡No soy tan tonta como tú, demonios! -gritó ella.

Hal sonrió. El shock producido por la desaparición de Arthur daba ahora paso a la ira. Bien. La ira era soportable. Cuando estaban furiosas con el mundo, las personas no se arrugaban y morían como gusanos al sol. La mujer iba salir de ésta, Hal lo sabía.

-Bueno, despeja la zona un momento, a ver si puedo soltar más porquería de ésta -le gritó.

Aporreó la superficie blanca de la pared desplomada hasta arrancar otro pedazo.

-¿Todo despejado? -gritó, y aparecieron de nuevo las manos de Emily, sangrando pero esforzándose frenéticas sobre él mientras Hal hacía caer abajo el yeso suelto.

-Otra vez -dijo él.

-Espera, yanqui -le contestó otra voz-. Sal si puedes.

-¿Candy?

El enorme inglés respondió con un gruñido al tiempo que alzaba un enorme pedazo de piedra y lo lanzaba cual un gigantesco disco a la hierba. Hal se protegía la cabeza con las manos mientras caía sobre él una lluvia de cascotes. Cuando éstos dejaron de caer, la abertura era lo bastante grande como para que su cuerpo pasara por ella.

Emily le echó los brazos al cuello.

-Gracias a Dios que estás bien -exclamó.

-Lo mismo estaba pensando yo sobre ti -dijo Hal con una sonrisa.

-Y yo estaba pensando que estás hecho un pedazo de burro -añadió Candy sacudiéndose el polvo del traje.

Emily rió. Era la primera vez que Hal la oía reír.

Era un sonido estupendo.

También el inspector reía.

-Te pareces a Blanquito el muñeco de nieve -dijo.

-¿Cuándo has llegado? -Hal jadeaba, intentando recuperar el resuello.

-En el momento justo para verte enterrado vivo. Lamento no haber podido hacer más, pero no me habías dicho que ibas a hacer espeleología. He vuelto al albergue, pero ya no estabais. Afortunadamente la señora Sloan, muy perspicaz, ha adivinado vuestro destino.

Hal vio que la portezuela del Ford de Candy estaba abierta. Seguramente había venido a toda marcha. Hal habría sentido cierta gratitud hacia este hombre de no estar tan molesto con él.

-¿Por qué no me dijiste que esto fue un acto de sabotaje? -añadió en tono acusador. Sacó el pedazo de plástico del bolsillo y se lo metió a Candy en la mano.

-¿Habría cambiado algo?

-Quizá habríamos sabido desde el principio a quién nos enfrentamos. Este edificio fue destruido desde el interior. Por un interno. El señor X no murió en el incendio. -Habló a Candy de las manchas de sangre que había encontrado en la celda-. Alguien metió a un hombre de dos metros de estatura en la celda y le mató allí. Lo que no entiendo es: ¿por qué nadie se dio cuenta de que el cadáver había recibido un disparo o una puñalada?

-No fue así cómo murió -dijo el inspector-. Murió de asfixia. Según el informe, el cadáver mostraba todas las señales de haber muerto de asfixia.

-Entonces, ¿qué hacía toda esa sangre en la almohada?

-Tenía los dientes rotos -dijo Candy mirando al suelo.

-¿Los dientes?

Candy asintió y dijo:

-Después de irte tú he llamado al cuartel general para que comprobaran el informe del depósito de cadáveres. Parece que el tío tenía todos los dientes rotos.

-Eso fue para que no pudieran identificarlo.

-Dudo de que se hubiera dedicado mayor atención a ese caso de todos modos -añadió el inspector con un suspiro-. Sólo había un recluso en el sótano, y media dos metros. Se recuperó un cuerpo de dos metros de la celda cerrada de ese recluso. Yo creo que, teniendo en cuenta las circunstancias, eso era más que suficiente.

-¿Nadie se fijó en la sangre que llevaba hasta la celda?

Candy movió la cabeza negativamente.

-Cuando se sacaron los cuerpos, el lugar estaba lleno de humo.

-¿Y a nadie de Scotland Yard se le ocurrió bajar al sótano después del incendio? -preguntó Hal, irritado.

-Nosotros no somos un cuerpo de policía nacional -dijo Candy tranquilamente-. Generalmente, sólo intervenimos en los casos en que se nos pide colaboración. Al parecer, los investigadores de aquí no vieron la necesidad.

Había querido dejar bien claro que él no había intervenido personalmente en la investigación, de esto Hal se había dado cuenta.

-Pues habrían debido verla.

Candy parecía avergonzado, como si cualquier error de juicio por parte de cualquier miembro del pueblo británico influyera negativamente en su reputación personal.

-He encontrado esto debajo del colchón -informó Hal entregándole a Candy el libro.

El inspector lo hojeó, intrigado y con el ceño fruncido.

-Es de la librería de Bournemouth. La ciudad más próxima. Pero, ¿qué diantre de idioma es éste?

-Urdu -dijo Emily.

Ambos hombres se volvieron hacia ella al mismo tiempo. Casi habían olvidado su presencia.

-¿Cómo dices? -preguntó Candy.

-Urdu -repitió Emily-. Es un dialecto del hindi, con una gramática esencialmente idéntica, pero que se escribe de derecha a izquierda a la manera persoarábiga, mientras que, naturalmente, el hindi se escribe de izquierda a derecha al estilo devaganari...

-Perdone, señorita Blessing -interrumpió Candy-. ¿Usted puede leer esto?

-Eso creo -dijo Emily-. Es uno de los idiomas que estudié en la escuela para graduados. - Hizo una mueca al ver el título-. Movimientos sociales en el Punjab durante finales del siglo XIX. Esto es lo que dice más o menos, traducido.

Los dos hombres se miraron.

-Nos servirá -observó Candy entregándole el libro a Emily.

-Perfecto -dijo Hal-. Ahora que estamos oficialmente involucrados en esta investigación, me gustaría ver una foto del señor X. ¿La tienes?

-Podríamos tratar de conseguir una. En cuanto a que tú participes en la investigación...

-¿Prefieres tratar con el policía Nubbit? Vamos, yo ya no pertenezco al cuerpo, pero sabes que tengo preparación. Puedo ser útil. Y voy a participar en esto, contigo o sin ti. ¿No sería más lógico que trabajáramos juntos?

Candy se quedó por un momento pensativo.

-Supongo que podrías participar en el caso -asintió finalmente.

-De acuerdo.

-Mientras no olvides quién está al mando aquí.

-Tú eres el jefe, inspector.

Emily cerró el libro y levantó los ojos para mirarlos.

-Encontrad a Arthur -rogó escuetamente.

Arthur despertó cuando el sol de atardecer le daba de lleno en el rostro. Un hombre alto, delgado y anguloso como una araña, estaba de pie junto a la ventana mirando al exterior. El niño se levantó de un salto del sofá, parpadeando con fuerza. El hombre alto se volvió, sonrió y volvió a mirar por la ventana.

-¡Qué bonitas son las puestas de sol en Inglaterra! -comentó.

-¿Quién eres? -exigió Arthur.

-Un viejo amigo -respondió Saladino tocando el borde de encaje de los cortinajes-. Sin duda no te acuerdas de mí.

Arthur fue corriendo hacia la puerta, pero ésta estaba cerrada.

-¿Por qué me has traído aquí? ¿Dónde está Hal? ¿Le habéis matado también, igual que al señor Taliesin?

-¿Taliesin? ¿Es así como se llama ahora ese viejo zorro? -Rió divertido.

Se le ocurrió a Arthur que este loco, que le había agarrado y le había subido al caballo, debía de confundirle con otra persona.

-Mira, yo me llamo Arthur Blessing. Soy de Chicago...

-Sí, sí -concedió Saladino-. Sé exactamente quién eres. ¿Necesitas ir al lavabo? Si es así, está allí. -Señaló hacia un rincón de la estancia amplia y elegantemente decorada-. Si no, haz el favor de calmarte. Te aseguro que no tienes ningún modo de salir de esta habitación.

Arthur se sentó. De repente, su cabeza parecía estar dolorosamente atestada de recuerdos: los jinetes en el prado, el reluciente sable que hendía la cabeza del viejo, el estallido del relámpago que se lo llevó todo en medio de una luz deslumbrante y pareció llevarse al mismo tiempo a Taliesin...

Y vinieron luego los otros recuerdos, la pesadilla del hombre del autocar, y aquellos que habían seguido a Arthur y Emily desde Illinois. Y todo por la copa. Emily le había insistido en que renunciara a ella, pero él no había querido desprenderse de su copa. Y ahora el viejo había muerto, y probablemente también Hal y Emily.

-No la tengo -dijo tranquilamente.

-No murmures, Arthur.

Esta observación hizo que Arthur frunciera el ceño, pero habló con claridad:

-La copa. La bola de metal. No la tengo.

-Sí, ya estoy al corriente. La tiene el hombre a quien tú llamas Taliesin.

-Está muerto -dijo Arthur furioso-. Vosotros le habéis matado.

Saladino se limitó a sonreír y dijo:

-No se mata a un mago, chico. Especialmente a ése. Volverá.

-¿Un mago? ¿El señor Taliesin?

-Aciano -dijo Saladino.

-¿Cómo?

-El color de tus ojos. Ya casi lo había olvidado. Son azules como el aciano.-Suspiró-. Hace tanto tiempo...

-Estás loco.

Saladino se sentó delante de él, en una silla de respaldo recto.

-Supongo que debo de parecerlo. Pero comprenderás. Tenemos tiempo.

-¿Tiempo antes de qué? -preguntó Arthur con la actitud más desagradable que era capaz de mostrar.

-Preferiría no hablar de eso en este momento, Arthur -contestó el hombre alto encogiéndose de hombros-. Dime, ¿cuándo conociste a ese señor Taliesin?

Arthur le miró de reojo. No quería dar la impresión de que estaba dispuesto a mostrarse cordial con el hombre que le había secuestrado.

-¿Hace mucho? -le instó Saladino.

-Ayer -dijo Arthur con expresión hosca-. En el autocar.

-Ah. Y ¿te recordaba a alguna otra persona?

-No. Bueno... -Arthur titubeaba.

-¿A quién? -Saladino, sentado en su silla, se inclinó hacia delante.

-Sólo al señor Goldberg. A veces. -El hombre alto se repantigó en su asiento-. Vivía en mi mismo edificio allí en Riverside. En realidad no se parecía al señor Taliesin, ni tampoco hablaba como él. Pero a veces el señor Taliesin me lo recordaba. No sé por qué. El señor Goldberg era judío. Creo que nació en Alemania...

-No me interesa el señor Goldberg -le interrumpió Saladino con acritud-. ¿No había nada familiar en ese viejo tonto? ¿Nada que... te hiciera acudir a él?

Arthur frunció el entrecejo.

-¿Por qué iba a hacerme acudir a él? Le conocí y nada más.

-Fascinante -murmuró Saladino-. Eres una persona totalmente nueva. Y sin embargo, pareces exactamente el mismo.

-¿El mismo que quién?

-El mismo que eras, ¡so asno! No tienes ni idea de quién has sido, ¿verdad?

Por un instante Arthur se esforzó por comprender, pero renunció.

-Chiflado -musitó.

Fuera, el sol se había escondido hasta crear una cálida línea roja en el horizonte, casi llano con la excepción de una colina en lontananza sobre la que un trozo de muro se alzaba entre montones de piedras. El corazón de Arthur empezó a latir con fuerza.

El castillo. Así que estos bandidos no se lo habían llevado lejos. Si pudiera escapar, iría andando hasta el castillo y desde allí encontraría el camino de vuelta al albergue.

El hombre alto se dirigió hacia la puerta y habló con alguien que estaba en el pasillo.

Ha mandado vigilar la habitación, pensó Arthur. Quizá no fuera tan fácil escapar.

-¿Tienes hambre? -preguntó Saladino.

-No -mintió Arthur, desfallecido.

Saladino rió y dijo:

-Quizá podrías esforzarte.

-Yo no apostaría.

Pasados unos minutos apareció un criado con una bandeja. Arthur se sobresaltó al ver los ojos de éste. Eran iguales a los del hombre alto. Y hallaron ahora su sitio todos los recuerdos.

Todos aquellos hombres tenían los mismos ojos. Todos los hombres que les habían perseguido a él y a Emily y que tantas veces habían intentado acabar con sus vidas.

-¿Qué quieres de mí? -preguntó tranquilamente.

-¿De ti? Nada. -El hombre hizo una seña al criado para que destapara la bandeja. Había en ella un bistec, un montón de patatas fritas, lonchas de tomate, unos espárragos verdes, un panecillo, un vaso de leche y un enorme pedazo de tarta de chocolate-. Por favor -dijo Saladino indicando la bandeja.

-Quiero saber por qué me habéis traído aquí.

-Por la copa, naturalmente. Me pertenece y tengo la intención de recuperarla.

-Ya te he dicho que yo no la tengo. Desapareció con el señor Taliesin.

-Y volverá a aparecer con él cuando venga a canjearla por ti.

-¿Cómo estás tan seguro de que no ha muerto? -quiso saber Arthur.

-Eso sería difícil de explicar en estos momentos. Pero puedo asegurarte que sigue con vida. Come, Arthur, por favor. Repón fuerzas.

Arthur olfateó el aroma del humeante bistec.

-No quiero esto -dijo.

-Siempre fuiste cabezota -dijo Saladino con una sonrisa-. De acuerdo.

Se puso en pie y llamó a la puerta. Apareció inmediatamente el mismo criado para llevarse la bandeja. Arthur sentía ganas de llorar cuando vio desaparecer la comida, pero su rostro permaneció impassible.

-¿Y si no viene? -preguntó el niño-. Yo no le conocía hasta ayer...

-¿Y seguramente habrá adivinado los poderes de la copa? -terminó Saladino por él. De mala gana, Arthur asintió con la cabeza-. ¿Sabes de verdad cuáles son esos poderes, Arthur?

-Puede curar heridas.

-Y por lo tanto... -hizo un ademán a Arthur para que éste prosiguiera.

¿Y por lo tanto, qué?

-Aquel que la posea no sufrirá nunca daños.

-¿Y?

-¿Y que? No sé adónde quieres ir a parar.

-¿No? ¿De veras no lo sabes? -El chico le miraba fijamente, intrigado-. Ven, Arthur. - Saladino le condujo hasta una mesita con un tablero de ajedrez incrustado, de ónice y madreperla, sobre el que estaban plantados dos ejércitos uno de piezas de plata y el otro de oro oscuro-. ¿Juegas?

Arthur permaneció un instante en silencio y, a continuación, cogió una silla y se sentó.

-Lo suponía -dijo Saladino. Se sentó enfrente del chico, en el lado de las piezas de oro.

-¿Qué ocurrirá si no recuperas la copa? -preguntó Arthur al tiempo que avanzaba un peón.

Saladino atajó el movimiento de Arthur y, con voz agradable, dijo:

-Te mataré.

Hal dejó a Emily en el albergue, donde ésta podría concentrarse en la traducción del libro, y acompañó al inspector Candy hasta la oficina del policía Nubbit. El equipo de Scotland Yard había instalado su propio cuartel general, utilizando para ello la oficina y una gran camioneta poco sospechosa aparcada detrás del puesto de policía. Como deferencia al agente Nubbit, los dos ayudantes de Candy intentaban realizar casi toda su labor a partir de la unidad móvil.

Se llamaban Higgins y Chastain. Higgins era un tipo joven de aspecto estudioso con el cabello despeinado, mandíbula aristocrática y unas enormes gafas eternamente sucias. Hal se preguntaba cómo podría ver algo a través de unos cristales casi opacos. Por otro lado, Chastain iba atildado y limpio como una muñequita de porcelana. Había pasado ya hacía tiempo de la edad de retiro para los polizontes, pero, evidentemente, seguía haciendo este trabajo gracias a que era el mejor analista del cuerpo sobre el terreno. Tenía el aire abstracto de quien ha dejado hace mucho tiempo de tener nada que ver con el mundo de cada día.

Ninguno de los dos le parecían a Hal muy profesionales. Apenas si parpadearon cuando Candy anunció que el señor Woczniak, ex agente del FBI y testigo principal en el secuestro del niño Blessing, iba a colaborar estrechamente con ellos. La mayoría de policías que Hal conocía habrían montado en cólera y se habrían quejado inmediatamente de que un extraño se inmiscuyera en su labor, pero estos dos parecían estar por encima de todo eso. Viendo su equipo, Hal adivinaba por qué. La mayor parte del material con el que trabajaban era demasiado exótico para que Hal le diera un nombre o, mucho menos, se atreviera con él. Eran como seres de otro planeta, contentos con observar las pruebas inanimadas de una especie llamada seres humanos, sudorosos, dolientes y mortales, desde los confines de su diminuta célula tecnológica.

Ello hizo a Hal pensar en los cambios que se habían producido en los modos de trabajar de la policía desde su entrada en el campo de entrenamiento de la Oficina. Pero, pensó, ¿por qué no? En cualquier otra profesión el personal estaba así de especializado. Ciertamente, Higgins y Chastain no daban la impresión de poder darle al lado ancho de un granero con un montón de metrallas entre los dos, pero los aparatos, las sustancias químicas y las herramientas de precisión que utilizaban con un dominio tan grande estaban mucho más allá de la comprensión de la mayoría de investigadores de campo, incluido él y probablemente también Brian Candy.

Mientras el inspector hablaba por teléfono con la Oficina Central Metropolitana, Higgins entregó a Hal un pesado objeto blanco que parecía una escultura postmodernista.

-Antes de que la lluvia arreciara hemos podido sacar vaciados en yeso de los cascos de dos de los caballos que estuvieron por allí -dijo.

Hablaba en voz tan baja que Hal tuvo que esforzarse para poder oírle. Probablemente lo hacía para no perturbar la escucha telefónica de su superior, esto lo sabía; y sin embargo, parecía al mismo tiempo algo connatural en Higgins, como si se pasara la vida dentro de la atmósfera enrarecida de un laboratorio móvil y casi nunca tuviera que alzar la voz hasta un nivel auditivo normal.

Hal dio la vuelta al objeto y pudo discernir la huella de un caso de caballo.

Chastain, el otro técnico, ni siquiera se molestó en hablar. Se limitó a ponerle delante otro vaciado en yeso con una expresión de tranquilo triunfo en el rostro. Hal sonrió sin fuerza.

-¿Han sacado mucho en claro de todo esto?-preguntó finalmente imaginando que, puesto que su ignorancia en relación con la labor esotérica de estos hombres iba a hacerse patente antes o después, no había por qué demorar la verdad.

-Oh, sí -dijo Chastain sonriendo con aire paternal.

No parecía muy predispuesto a seguir hablando. Afortunadamente, Higgins tomó el relevo.

-Una cosa sabemos, y es que la huella que tiene usted en las manos procede de un caballo muy grande -dijo en el semisusurro tan natural en él-. Grande pero delicado, a juzgar por la poca profundidad de la huella y la extensión del casco. Criado para la arena. Probablemente árabe. Y no fue herrado aquí.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó Hal.

-Por las cabezas de los clavos -susurró Higgins-. Hemos hecho comprobaciones en los establos y las herrerías de por aquí. En esta zona lo normal es utilizar clavos redondos, ¿entiende? Y, si mira atentamente, verá que las cabezas de estos clavos son triangulares. - Alzó una ceja que quería decir mucho.

También Chastain. La misma ceja. Hal extrajo de ello la conclusión de que ambos vaciados mostraban la misma anomalía.

-Y supongo que son de distintos caballos -dijo Hal.

El ayudante de mayor edad frunció el ceño con intensidad y asintió.

-Casi dos milímetros de diferencia en el tamaño -explicó Higgins-, y también variaciones en la distribución del peso.

-Distintos jinetes -añadió Chastain aumentando la información.

-Vaya, entonces, si no los herraron aquí, ¿dónde?

-Tenemos eso muy en cuenta -dijo Higgins-. Si alguien en cualquier departamento de Gran Bretaña conoce a un herrero que utilice este tipo de clavos, lo sabremos.

Hal asintió con la cabeza. Odiaba tener que hacer preguntas obvias, pero alguien debía hacerlo.

-¿Y si no han sido herrados en Gran Bretaña? -Higgins se limitó a mirarle fijamente a través de una gran huella de dedo pulgar. Chastain se encogió de hombros-. Claro -dijo Hal-. Supongo que nadie vería a los caballos pasar por el pueblo.

Mientras negaba con la cabeza, Chastain cogió el vaciado de manos de Hal.

-No -dijo Higgins-. Pero hemos encontrado rodaduras de neumático al otro lado del bosque, cerca de la muestra de actividad equina. Las huellas pertenecen a un camión con un peso probable de doce mil kilogramos o más.

-Lo bastante grande para seis caballos -dijo Hal.

Chastain bajó los párpados y asintió.

-Pero no han quedado huellas, por desgracia -prosiguió Higgins-. Podemos hacer conjeturas acerca del peso del vehículo porque... por una serie de factores. Pero la lluvia se ha llevado la mayor parte de la huella antes de que pudiéramos sacar el vaciado. Sin embargo, tenemos fotografías. Se están revelando.

Como atendiendo a una señal, Chastain abrió una puer tecita parecida a la entrada de un lavabo de avión y apareció un momento después con la fotografía todavía mojada de una rodadura de neumático.

Hal pudo ver que se trataba de una rueda grande, con una señal larga que la cruzaba en sentido diagonal.

-No he podido reconocer del todo el tipo del neumático -se disculpó Higgins.

-Michelin -agregó Chastain, aligerando diestramente a Hal del peso de la fotografía.

-De acuerdo. Ya es algo. ¿Ha vendido alguien grandes cantidades de heno o pastillas para caballos o algo así?

Ambos hombres parpadearon.

-¿Pastillas para caballos? -preguntó Higgins lleno de asombro.

-Bueno, tendrán que comer, ¿o no?

-Claro -dijo Higgins . No, nada de ese tipo.

-En verano, los caballos comen hierba -sugirió Chastain. Había sido su frase más larga hasta este momento.

El inspector Candy ahorró a Hal seguir con esta incomoda conversación colgando el teléfono.

-Lo siento, Hal -dijo-. No encuentran las huellas del hombre muerto en el autocar. Hemos hecho también comprobaciones con la Interpol y el contraespionaje israelí, por si ese tío era alguna especie de terrorista, pero nadie nos puede aclarar nada.

-Entonces, era un tipo sin historia. -Hal suspiró.

-Y tampoco hemos localizado el cuerpo del viejo.

-¿Quién?

-Taliesin. Dijiste que estaba herido cuando se introdujo en el bosque detrás de los jinetes.

-Ah, sí -asintió Hal.

-Entonces, a lo mejor sigue con vida.

Ah, sí, pensó Hal. Tal vez no en una forma que estos dos genios del laboratorio pudieran identificar, pero, desde luego, ese viejo embrollador está vivo y bien vivo.

El caso era: ¿dónde? El castillo había desaparecido. ¿A dónde irían los espíritus sin cuerpo cuando los lugares por donde rondaban se esfumaban en el aire?

-¿Quieres un té? -preguntó Candy.

Chastain sonrió. Higgins había perdido ya todo interés por el visitante y miraba por el microscopio un hilo procedente de una prenda de ropa embarrada.

-No.

-No, gracias -dijo Hal-. Parece que habéis hecho todo lo posible.

Era difícil no mostrar su decepción. Al fin y al cabo, los científicos habían realizado una excelente labor teniendo en cuenta el material que tenían para investigar. Lo que ocurría es que era muy poco.

-Los archivos de Maplebrook estarán aquí dentro de unas horas -dijo Candy comprendiendo el desespero de Hal-. Si quieres, puedes pasarte por aquí más tarde.

-De acuerdo -contestó Hal con un gesto afirmativo de la cabeza-. Voy a ver hasta dónde ha llegado Emily en la traducción de ese libro. Gracias a todos por la información y la atención.

Candy asintió también. Chastain no le oyó. Estaba al lado de Higgins, la cabeza inclinada. Mediante una mezcla de palabras con gruñidos, gestos faciales y notas por escrito, se regocijaban ante el tesoro que tenían bajo el microscopio.

Hal bajó de la furgoneta y volvió al albergue en el Morris de la señora Sloan. Cruzó la puerta justo a tiempo de oír gritar a Emily.

-Señor de los cielos, ¿qué pasa? -La señora Sloan, que estaba sentada en un taburete detrás de la barra, se levantó de un salto cuando el penetrante grito llenó el albergue-. La señora acaba de subir no hace ni un minuto.

-Llame al inspector Candy -dijo Hal mientras subía la escalera.

Emily estaba sobre la cama, agazapada en un rincón. Tenía el rostro contraído por el terror.

-Ha venido alguien -murmuró, con voz estremecida.

Hal se dirigió a la ventana abierta. Cuidando de no tocar ni el alféizar ni el marco, se inclinó y miró al exterior. Era ya de noche y no podía ver más que el tejado de pizarra, más bajo, del viejo edificio del albergue. La hilera del tejado estaba a sólo un metro por debajo de la ventana de la habitación. Pero no había señales de la presencia de nadie en ella. Quienquiera que fuera, probablemente se había deslizado por la pizarra, de pendiente pronunciada, y luego había saltado los tres metros que había hasta el suelo.

Hal escuchaba atentamente. A lo lejos, el zumbido de una motocicleta iba desvaneciéndose gradualmente.

-He bajado para tomar el té con la señora Sloan. Cuando he vuelto, ese hombre estaba en la habitación. Me ha lanzado sobre la cama. Yo creía que iba a matarme, pero se ha vuelto y ha saltado por la ventana.

-¿Qué aspecto tenía?

-Se parecía mucho al hombre del autocar. Como dos hermanos.

Sobre la pequeña mesa donde Candy había tomado sus notas, yacía boca abajo el libro de la biblioteca y, al lado, una postal. Hal la cogió por los bordes. Era la fotografía en color desvaído de un parque de atracciones dominado por una rueda mágica llena de gente vestida con ropa anticuada, de los años sesenta. En primer plano, un hombre con patillas y una mujer vestida con aire francés empujaban un cochecito de niño hacia el carrusel.

¡Todos los días esfiesta en Heatherzwood!., decía la leyenda del pie en letras rojas. En el dorso, alguien había escrito un mensaje con la tinta negra de una estilográfica:

El niño está bien. Esperen mis noticias. Cuando las reciban, traigan la copa.

-¿Qué es? -dijo Emily acercándose a la mesa.

-No la toques. Puede haber huellas. Es la nota para el rescate. Canjearán a Arthur por la copa.

Los hombros de Emily se vinieron abajo.

-¿Dónde está, Hal? Arthur la llevaba siempre consigo. Si él no la tiene... Tenemos que volver al castillo y mirar por allí.

-No está allí -dijo Hal.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -preguntó Emily.

Porque sé donde está, pensó Hal. Demonios, está en otra dimensión con un brujo que se ha esfumado. Pero no podía decírselo.

-Mañana iré y volveré a mirar -dijo.

Emily permaneció en silencio unos momentos.

-Se atenderán al trato, ¿verdad? -preguntó-. Han enviado la nota... si podemos entregarles la copa...

Hal sabía adónde quería ir a parar Emily, pero no tenía la respuesta.

-Claro que respetarán el trato -dijo-. No tienen ningún motivo para quedarse a Arthur.

Ella se mordió el labio y asintió. Necesitaba creer esto tanto como Hal.

-Ojalá... -Hizo una mueca para no llorar-. Ojalá hubiera sido más buena con él.

-Emily...

-Siempre he tratado a Arthur como si fuera un estorbo en mi vida -susurró ella-. Pero mi vida no habría sido nada de no ser por él. Arthur ha sido el único calor humano que yo he conocido, y yo siempre alejándole de mí...

-No seas tan dura contigo misma -dijo Hal cogiéndole la mano-. Ese niño es duro. Tú le has ayudado a hacerse fuerte. Superará esto.

Candy llamó a la puerta y entró impetuosamente.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-Emily ha tenido una visita. Esto es lo que ha dejado -dijo Hal señalando la postal.

Candy la cogió con cuidado y la leyó.

-¿Ha dicho algo?

-No -contestó Emily-. Ha entrado por la ventana. Me lo he encontrado de sopetón.

-¿Ha intentado hacerte daño?

-Me ha derribado sobre la cama, pero creo que era sólo para que no le estorbara.

-Dice que era igual que el hombre de ayer -aclaró pensativo Hal.

Candy asentía con la cabeza mientras leía una y otra vez la nota.

-¿Qué copa es ésa?

-Una cosa que se trajo Arthur de los Estados Unidos -respondió Hal encogiéndose de hombros-. Un amuleto. -Describió la esfera hueca-. Por lo que me ha contado, es de un metal extrañísimo.

-¿Extrañísimo? ¿En qué sentido?

-No lo sabemos -contestó Emily levantando los ojos-. Hice unas pruebas con ella. Yo no había visto nunca nada parecido.

-¿Es valioso? -preguntó Candy.

-Si fuera realmente un nuevo elemento, desde luego lo sería. Su valor científico sería inmenso. Pero no he hecho ni mucho menos las pruebas suficientes como para afirmar eso.

-Al parecer, a alguien le parece lo bastante valiosa como para llevarse al niño para conseguirla.-Candy les miró a ambos fijamente al tiempo que resoplaba como un toro-. ¿Por qué no me habéis hablado de esto antes? -Ninguno de los dos contestó-. Y bien, ¿dónde está?

-Ha desaparecido -dijo Hal con franqueza.

-¿Dónde desapareció? ¿En el prado?

Hal asintió.

-Quizás a Arthur se le cayera -apuntó.

-Es posible -dijo Candy-. Y poco probable que Higgins y Chastain no vieran algo así en su búsqueda. -Dio un paso atrás y clavó una mirada terrorífica en Hal y Emily-. A menos que vosotros la tengáis y no queráis entregarla.

-¡No! -chilló Emily-. ¡Yo no cambiaría a Arthur por un trozo de metal!

Los ojos de Candy dejaron de mirar a Emily y se posaron con aire maligno sobre Hal.

-¿Y a ti, yanqui? ¿Cuántas piezas de plata te parecerían bien?

Hal apretó la mandíbula. El inspector sabía que él no decía toda la verdad, pero Hal no podía contarle lo ocurrido, como tampoco podía contárselo a Emily, ni a nadie. También a él le costaba trabajo creer todo aquello, aunque hubiera visto el cuenco y al viejo desaparecer ante sus ojos.

-Yo no la tengo -señaló.

El inspector asintió con la cabeza, sin mucha convicción. Si cabía esperar una buena relación entre ellos, esta posibilidad había desaparecido, Hal lo sabía. Candy no podría ya confiar en él.

-¿Tienes idea de por qué ha escogido esta postal? -El inspector mostraba la foto del parque de atracciones.

-Parece vieja -contestó Hal moviendo la cabeza- Quizá la tenía por allí.

Candy gruñó en señal de aprobación. Iba a marcharse, pero se volvió y se dirigió a Emily.

-¿Hasta dónde has llegado del libro?

-He echado un vistazo a casi la mitad. Parece que es un tratado sobre los últimos días de gobierno inglés en el Punjab, antes de que éste se convirtiera en Pakistán. Un material muy árido, en realidad.

-¿Has averiguado algo acerca del libro? -preguntó Hal.

-Salió de Bournemouth -contestó Candy encogiéndose de hombros.

-¿A quién se le prestó?

-En realidad, al mismo bibliotecario.

-Y ¿quién es? ¿Has hablado con él?

-Yo creo que eso debería usted dejárnoslo a nosotros, señor Woczniak

-Dame el nombre, ¿no?

Esta mezcla de intimidación y súplica hizo que el inspector suspirara. Por último, abrió su bloc de notas.

-Laghouat.

-¿Cómo?

-Se llama Hamid Laghouat. -Cerró el bloc secamente y levantó la mano-. Sí, parece árabe. Ya andamos tras él.

-¿Que andáis tras él? ¿Ha desaparecido?

-Exacto. Unos días antes del incendio.

-¿Adónde fue?

-Desapareció sin dejar rastro -contestó Candy, saliendo de la estancia.

-Vamos -dijo Hal cogiendo a Emily del brazo.

-¿Adónde vamos?

-Abajo, a cenar. Es absurdo preocuparse y tener el estómago vacío.

Hal cogió el libro y se dirigieron al bar. La señora Sloan abrazó a Emily.

-Vaya, me alegro de verla tan bien -dijo-. Haré poner una reja en esa ventana mañana.

-No es necesario -advirtió Hal-. Quienquiera que haya sido sólo quería que supiéramos que pueden entrar. Si hubiera habido una reja, habrían entrado por otro sitio.

-¿Preferiría otra habitación, señorita?

Emily movió la cabeza negativamente.

-No, gracias. Ya está bien así.

-Muy bien. ¿Van a tomar sopa?

-Sopa y lo que tenga -dijo Hal.

-Estupendo -contestó la señora Sloan, riendo.

Tomaron asiento junto a una pequeña mesa. Inmediatamente, Hal se puso a echar un vistazo al libro hoja por hoja.

-¿Qué estás buscando? -preguntó Emily.

-No sé. Es posible que ese tipo dejara algo. Esto estaba escondido debajo del colchón.

Emily se frotó la cara con las manos.

-Si es lo que piensas, si Arthur está en manos de un perturbado mental que huyó...

-Si es lo que pienso, tenemos alguien a quien buscar -le dijo a Emily en tono neutro-. Y eso significa que podemos encontrarle.

-Pero nadie sabe cómo se llama.

-Sólo Saladino. Así es cómo le llamó Taliesin.

-¿Tú crees que se conocían?

-Sí -contestó Hal-. No sé de qué, pero desde luego el viejo le reconoció. Estaba asustado.

Emily sacudió la cabeza.

-Pobre hombre -dijo-. ¿Qué le haría meterse corriendo en el bosque detrás de seis hombres a caballo?

Hal no contestó, y permanecieron los dos en silencio por un momento.

-No creo que de verdad se llame Saladino -dijo Emily de repente.

-¿Por qué no?

-Bueno, has dicho que medía más de dos metros.

-Pues que el verdadero Saladino medía dos metros de estatura. Creo que el señor X, o está copiando al rey Saladino o tiene delirios graves.

-¿Quién era el rey Saladino?

Emily bebió agua del vaso con delicadeza.

-En el siglo XII, un kurdo llamado Saladino conquistó Egipto para los sirios, luego se instaló en el trono egipcio y se volvió contra ellos. Por lo que se sabe fue un gran gobernante, pero sin lealtades. Un hombre sin país.

-Una especie de faraón a sueldo -añadió Hal

-Exacto. No ha habido nadie igual en la historia.

-Supongo que destacaría por su altura en medio de una multitud.

-En realidad, su estatura no era tan rara por aquel entonces. Todos los nobles persas eran muy altos. También Darío, que combatió a Alejandro Magno, medía dos metros.

-¿Qué más sabes de Saladino? ¿Cómo murió?

La señora Sloan trajo la sopa junto con un cesto de panecillos y algo tan incongruente como dos naranjas

-Espero que con esto se sientan mejor -dijo.

-Seguro.

Hal mordió uno de los panecillos. No era consciente de que tuviera tanta hambre, y ahora tuvo que hacer un esfuerzo para no comérselo entero.

-De muerte natural, creo -dijo Emily con la boca llena.

-¿Qué? -La mente de Hal estaba totalmente volcada hacia sus actividades digestivas.

-Creo que Saladino murió de muerte natural. Puedo consultarlo mañana si encuentro una biblioteca o una buena enciclopedia.

Hal asintió y volvió a abrir el libro, pero no era capaz de dejar de comer. Dio otro mordisco al panecillo, las páginas del libro se cerraron solas y se encontró mirando fijamente la bolsita del interior de la tapa. De repente, dejó el panecillo y volvió a abrir el libro.

-Mira esto. -Dio la vuelta al libro para que Emily pudiera leer lo que ponía en la bolsita-. La fecha. La fecha de salida del libro.

-Primero de junio -leyó Emily.

-Exacto. Pero eso fue después de que el asilo ardiera. -Emily miró a Hal, confusa. Hal volvió las manos con las palmas hacia arriba como buscando una respuesta en ellas-. ¿Por qué iba a poner ese bibliotecario, Laghouat o como se llame, una fecha equivocada en el libro?

La miró de nuevo y musitó para sí mismo:

-Primero de junio. Uno de junio. Sexto mes. 6,1. ¡Seis uno! Página 61.

Emily abrió el libro, buscando la página 61 estaba llena de señales.

-Son sólo puntos hechos a lápiz -dijo.

-Son señales, puestas ahí ex profeso. ¿Cuáles son palabras que hay debajo de esos puntos?

Emily rebuscó en su bolso un pedazo de papel y bolígrafo.

-Si tuviera un diccionario de urdu -apuntó.

-Pues la verdad, no creo que vayamos a encontrarlo en este bar. Tú haz lo que puedas.

Emily empezó a escribir, y de vez en cuando miraba al vacío cuando la traducción se le escapaba. Finalmente cerró el bolígrafo.

-Quizá me equivoque -dijo-. No tiene mucho sentido.

-¿Qué dice?

Empujó el pedazo de papel hacia Hal.

-Dice: Todo está en su sitio.

El instinto policial de Hal bullió y salió a la superficie. El recluso había tramado un plan para su huida y, de acuerdo con este plan, había que destruir el edificio donde se hallaba y a todos los que en él estaban. Este mensaje era el equivalente del final de la cuenta atrás.

-¿Qué es eso que pone debajo? -Hal bizqueaba para leer la escritura torcida de Emily.

-Esta parte es lo que no tiene sentido. Parece algo así: Bendito sea tu nombre.

Saladino ganaba la partida de ajedrez. El muchacho había mostrado ser un oponente de muchos recursos, algo que él no esperaba, pero poco a poco, acumulando una serie de pequeñas ventajas, Saladino había llegado a una posición de ganador y pronto iba a acabar con Arthur.

Apartó la mirada del tablero cuando uno de sus hombres entró en la sala de estar y se quedó de pie junto a la puerta, esperando.

-¿Sí? -dijo Saladino, irritado- ¿Habéis entregado el mensaje?

El criado inclinó la cabeza.

-Muy bien. -Saladino hizo un gesto con la cabeza para indicarle que podía irse.

-¿Qué mensaje? -preguntó Arthur.

-Eso no te concierne. -Miró el tablero-. Deberías abandonar. La partida está decidida.

-Todavía no -respondió Arthur. Tenía sed pero no iba a dar a su carcelero la ventaja de saberlo.

-No hay nada más aburrido que un final de partida mecánico -apuntó Saladino con un suspiro.

-No abandono.

Arthur se inclinó más sobre el tablero, de tal modo que Saladino sólo podía ver el cabello rojizo del chico. Entonces, el muchacho movió y sacrificó un alfil.

-Es muy tonto eso que has hecho -dijo Saladino tomando rápidamente la pieza.

Arthur permaneció callado. En el siguiente movimiento sacrificó otra pieza, y luego otra. Saladino puso los ojos en blanco. Era la acción irreflexiva de un niño cansado y terco. Sin pensar, fue capturando cada una de las piezas a medida que Arthur se las ofrecía, hasta que éste se quedó con sólo la reina y el rey frente a las diez piezas que tenía Saladino.

De repente, Arthur puso la reina cerca del rey de Saladino y dijo:

-Jaque.

La respuesta era sencilla. Saladino no tenía más que tomar la reina con su propia reina y dejar indefenso al rey de Arthur. Naturalmente, si no tomaba la reina de Arthur y se limitaba a alejar su propio rey, Arthur jugaría reina por reina, con la posibilidad de ganar.

Saladino miró el tablero, forzando los ojos, y estudió la jugada. Era evidente que el chico, confundido y hambriento, había pasado por alto el hecho de que Saladino podía simplemente tomar su reina. Desplazó la reina hacia el lado y, con un desprecio desapasionado, quitó la reina de Arthur del tablero.

Arthur se recostó entonces en su silla y dobló los brazos sobre el pecho.

-Ahogado -anunció.

Los ojos de Saladino se dirigieron como un rayo al tablero. Era cierto. El rey de Arthur estaba a salvo en la casilla que ahora ocupaba, pero si lo movía a cualquier otra casilla, pondría su rey en peligro. Esto daba una situación de tablas. Ninguno de los dos podía ganar.

-Ahogado -susurró Saladino, incrédulo. ¡Con un niño de diez años! No era posible. Escudriñó el tablero, buscando una salida, pero no la había-. Increíble -exclamó.

-La próxima vez no me conformaré con tablas -anunció el chico majestuosamente.

Saladino miró a Arthur, airado, sin poderlo creer. ¡Vaya insolencia la de este cachorrillo! En todos sus siglos nadie le había hablado de este modo. Pero Arthur le miraba a los ojos tranquilamente, exactamente como el rey que un día fue, hacía mucho tiempo, en otra vida que ni él mismo podía recordar.

-Te gusta ganar -dijo Saladino.

Arthur no contestó. Sus jóvenes ojos azules sólo mostraban diversión.

Esta expresión no le pasó inadvertida a Saladino. Estaba claro que al muchacho le encantaba el dulce sabor de la victoria. Ni siquiera las limitaciones que imponía su actual situación eran capaces de asustarle y hacer que tuviera otra actitud. Y, ¿por qué no? Era un guerrero, por sus venas corría la sangre de la batalla.

Un chico así es digno de ti, observó Saladino para sí mismo. Como hombre, habría podido ser magnífico.

-Es tarde y tengo cosas a las que atender -anunció, poniéndose en pie-. Mis criados te prepararán una cama aquí.

-No tengo sueño.

-Oh, claro. Es comprensible.

Batió palmas dos veces, y se abrió la puerta. Saladino se fue por un momento y volvió con dos hombres de gran estatura que se dirigieron directamente a Arthur y le cogieron por los hombros.

-¡Dejadme! -gritó el niño. Pateaba y se retorció, pero Saladino, sin prestarle la menor atención, llenó una jeringuilla con un líquido de color claro-. ¡No! -aulló Arthur, y mordió a uno de los hombres que le sostenían.

-No hay necesidad de hacer tanto teatro -exclamó Saladino, introduciendo la aguja en el brazo de Arthur-. Sólo es algo para que duermas. Ya te lo han inyectado antes.

-¡Te mataré! -gritó Arthur- ¡Juro que te mataré! -Masculló algo más, pero tenía la boca como una esponja y parecía que sus miembros fueran a hundirse en el suelo.

-Eso está muy bien, Arthur -dijo Saladino con suavidad-. Me desagradan los niños con poco espíritu. Tienes posibilidades.

Fueron las últimas palabras que oyó Arthur antes de que la oscuridad le envolviera de nuevo.

En la habitación de Emily en el albergue, Hal se aseguró de que todas las ventanas estuvieran cerradas herméticamente.

-No dejes entrar a nadie si no viene conmigo -advirtió.

Emily estaba de pie en medio de la estancia, releendo por décima vez la página sesenta y uno del libro.

-Bendito sea tu nombre -musitó-. Lo he repasado una y otra vez y no creo que la traducción esté mal. Pero ¿quién puede haber escrito una cosa así?

Hal sacudió la cabeza.

-Eso se lo dejaremos a Candy y sus ayudantes. Podría; ser un código.

-¿Quieres decir que las palabras en urdu podrían ser un código para otro mensaje?

-Podría ser. O la traducción inglesa. O la traducción en francés, o en italiano, o en swahili... Perderíamos el tiempo intentando aclarar eso. Candy hará que alguien lo meta en

el ordenador en Scotland Yard.

-De acuerdo. -Emily dejó el libro.

-¿Crees que vas a poder dormir? -preguntó Hal.

-Sí, pero... no te vayas todavía, Hal. -Se volvió y se sentó en el borde de la cama.

-¿Qué pasa?

La mujer se encogió los hombros con aire fatigado y se quitó las gafas.

-Que no quiero quedarme sola todavía. -Miró a Hal como disculpándose-. Es decir, si no te importa.

-No me importa -contestó Hal sonriendo.

-He estado pensando en la copa. -Al tiempo que hablaba, Emily se quitó unos alfileres del pelo y éste se soltó. Hal quedó atónito al ver que le llegaba a la cintura.

Vaya, es guapísima, pensó. Nunca hasta ahora había conocido a una mujer que se esforzara por tener un aspecto espantoso, y sin embargo, no sabía por qué, era lo que hacía Emily todos y cada uno de los días.

-Pareces otra persona -inquirió.

-¿Cómo? Oh. -Emily se sonrojó-. Es que estoy cansada, supongo.

Era un comentario extraño, casi una disculpa. Hal supuso que no estaría demasiado acostumbrada a recibir cumplidos.

-¿Qué me dices acerca de la copa? -la instó.

Emily suspiró.

-Nos fuimos de Chicago porque vinieron unos hombres por ella. Arthur no estaba en casa, pero yo sí. Me dispararon y me dieron por muerta. Cuando Arthur volvió, me tocó accidentalmente con la copa y...

-Y quedaste curada, sin ninguna señal.

-Exacto -respondió ella pestañeando.

-Arthur me mostró lo que puede hacer esa copa.

-Pero eso no es todo -añadió Emily inclinándose hacia delante. Se apartó el cabello de la cara-. Todo ha ido tan rápido desde el día en que empezamos a huir que no he tenido tiempo de pensar. Pero esta noche, cuando nos hemos puesto a hablar de ese hombre llamado Saladino, se ha disparado algo en mi cabeza en relación con esa copa.-Hizo una mueca.

-Adelante.

-Esto te va a parecer una locura -dijo ella-, pero si puede reconstruir tejidos dañados, curar heridas, entonces podrá también impedir que las bacterias u otras materias extrañas destruyan células normales. Dicho de otro modo, podrá impedir la enfermedad. ¿No parece esto lógico?

Hal asintió, pero se había dado cuenta justo antes de que Emily empezara a hablar de lo que iba a decir.

-Por lo tanto, si esa copa puede curar heridas y evitar enfermedades, quienquiera que la posea estará en todo momento en un estado físico perfecto. Jamás envejecerá.

-Ni morirá -añadió Hal tranquilamente.

-¿Es eso concebible? -preguntó Emily mordiéndose el labio. Hal no contestó-. Los resultados de las pruebas que hice con ella no se parecían a nada que yo haya visto nunca. Se rajaba en una curva. No mostraba respuesta magnética. Es distinto de todo cuanto hay sobre la Tierra.

Lentamente, su expresión pasó de la excitación a un temor oscuro.

-Oh, Dios mío -dijo-. Y nadie está enterado. Sólo esos hombres y nosotros. -Sus ojos se llenaron de lágrimas-. No van a soltar a Arthur -añadió quedamente.

-Le encontraremos -dijo Hal-. El inspector Candy está sobre la pista. Sus ayudantes tienen muchas...

-No digas mentiras, Hal. La policía no tiene la menor idea de dónde está Arthur. Y sería igual aunque la tuvieran. ¿No entiendes? Para guardar el secreto de algo tan importante como esa copa, tienen que matar a Arthur. Nos van a matar a todos, y a Arthur el primero.

Emily sollozaba ahora y se aferraba con todas sus fuerzas a Hal, pero éste no tenía nada que ofrecerle. Y, por su puesto, ella tenía razón. Hal sabía desde el momento del secuestro de Arthur que sus raptores no iban a soltarle por las buenas.

De pronto, vino a su mente la imagen del niño pelirrojo atado a la silla en el desván de aquella casa de Queens. El niño pelirrojo, muerto ya, y la risa del maníaco asesino resonando en los oídos de Hal.

Hal empezó a temblar de angustia. Otro niño muerto... otro fracaso...

Eras el mejor, chico. Hal contuvo el grito que amenazaba con salir de sus labios y cogió a Emily, sintiéndose tan impotente como ella y deseando sobre todas las cosas haber muerto en el hospital y no tener ahora que hacer frente a lo que le esperaba.

Y de repente, febriles y violentos, los labios de Emily se posaron sobre los suyos y Hal sintió sus lágrimas ardientes sobre la piel.

- No pienses -dijo ella con voz rota-. Yo no quiero pensar más. -Se tumbó sobre la cama y atrajo a Hal hacia sí.- Haz el amor conmigo, Hal. Por favor.

Sus dedos tentaron torpemente las ropas de Hal. No tenía gran experiencia en la seducción, esto lo sabía Hal. Pero sabía también que ahora lo necesitaba, que necesitaba tener el cuerpo de Hal sobre el suyo y dentro del suyo, como si esta unión temporal pudiera hacer que su mundo, totalmente destrozado, volviera a recomponerse. Y él también la necesitaba.

Desabrochó la blusa y le besó los senos. Emily se arqueó hacia atrás, la blanca garganta al descubierto y la larga cabellera oscura desparramada sobre la almohada.

Hal se perdió en ella. La llenó con su cuerpo y la conmovió con su pasión. Y, por unos momentos robados, no hubo miedo ni culpa ni preocupación ni muerte. No hubo más que la pura sensación del placer y la liberación de algo pequeño pero luminoso. Algo que era casi como la esperanza.

Cuando el momento hubo pasado, Hal yació jadeante y cubierto de sudor. Emily movió la mano para tocarle, pero en seguida la retiró y se volvió de lado, como apartándose de él.

-Lo siento -dijo.

-¿Por qué?

-Porque primero habríamos debido amarnos.

-No siempre ocurre así -explicó Hal sonriendo.

Las lágrimas relucían en los ojos de ella.

-Habría podido ser. Al menos, yo habría podido.

-Hay tiempo.

Emily negó con la cabeza mientras las lágrimas bajaban rodando por su rostro.

-No, no lo hay. Es demasiado tarde para nosotros. Demasiado tarde para todo.

Volvió la cara. Hal se inclinó sobre ella y besó su mejilla.

No se tardaba mucho en envejecer, pensó.

Saladino estaba sentado a oscuras, esperando a que sus ojos se adaptaran a la ausencia de luz. Ya antes había trabajado así, cuando pintaba la tumba del faraón Akhenatón. Era poco más que un niño cuando le condujeron con los ojos vendados por el laberinto de la pirámide junto con los otros artistas, para luego permanecer en el interior de la tumba con sólo la luz de las velas y pan por alimento, hasta que el trabajo estuvo terminado.

¡Qué orgulloso se sintió de que le hubieran elegido! El mismo Akhenatón vio sus obras y le eligió a él. Saladino no sabía que su recompensa por pintar la tumba iba a ser la muerte.

El proceso fue lento. Primero, se dio a los artistas oro y otros regalos por su labor. Luego desaparecieron uno a uno en el desierto, donde los hombres del faraón los enterraron en la arena.

-Es el precio que se paga por saber demasiado -le dijo con tristeza uno de los soldados.

Y le bajaron a la arena seca y móvil con su amuleto, aquella copa de color pardo grisáceo que lo protegería en el más allá.

-Por saber demasiado -repitió ahora con calma.

También Arturo sabía demasiado, y debía morir por ello. Pensando en esto, Saladino se puso de mal humor. En cuatro mil años sólo había visto regresar a un ser humano, y ahora tenía que matarle.

Encendió una cerilla y, por un instante, la gran piedra negra que tenía al lado se hizo visible al igual que el conjunto de pinturas y pinceles dispuestos a sus pies.

No, no sólo uno. Tres eran las personas que habían vuelto, aunque Merlín difícilmente podía ser considerado un ser humano, antes o ahora. Un espíritu capaz de desaparecer a voluntad no constituía en modo alguno, en opinión de Saladino, un hombre real. Sólo Arturo y el otro eran reales.

Claro que lo había reconocido. A trompicones por el prado, intentando luchar contra seis hombres armados a caballo sin nada en las manos, aquel tonto había dicho claramente quién era antes incluso de que Saladino viera su rostro.

Y era el mismo rostro, desde luego, aunque con algunos años más. El caballero que con tanta gallardía -y estupidez- había conducido a Saladino hasta la copa estaba aquí de nuevo para defender a su rey.

Saladino casi soltó una carcajada. ¿Por qué él, precisamente? Ese hombre había sido un fracaso en aquella vida como sin duda lo era en ésta. Lancelot habría sido mucho mejor como paladín. Era mejor luchador, y también más inteligente. Era mejor en todos los sentidos. Y sin embargo, Arturo -Saladino estaba seguro de que, de algún modo, había sido decisión del rey- había escogido a Galahad como paladín.

La cerilla le quemaba los dedos. La dejó caer con una maldición y la luz se fue.

Pero Lancelot abandonó al rey, pensó Saladino. Galahad habría seguido a Arturo hasta el mismísimo infierno. Hasta tal punto era idiota ese hombre.

Para ti, mi rey.

Éstas fueron las últimas palabras que se formaron en la mente de Galahad, y Saladino las había oído.

El caballero no dijo nada, las palabras que Saladino oyó no eran más que un pensamiento. Pero Saladino había leído ya muchos pensamientos de Galahad.

Esta capacidad para entrar en la mente de otro era un regalo que sin querer le había hecho Merlín. Por supuesto, Saladino no sabía leer el pensamiento de cualquiera, como Merlín. Para el hechicero, éste era un don de nacimiento. Saladino había practicado durante años a fin de desarrollar sus limitadas facultades extrasensoriales.

Todo empezó con Galahad. Durante los doce años en que Saladino persiguió al joven caballero en busca de la copa, había hecho de Galahad el blanco de sus pensamientos. Estudiaba a aquel hombre, se concentraba en él, se lo imaginaba mentalmente cuando Galahad no estaba presente, le devoraba con los ojos en cuanto le veía. Había descubierto muy pronto que ambos pensaban del mismo modo, pero Saladino se hizo el propósito de adivinar el pensamiento de Galahad en el momento en que éste se producía.

Tal vez fuera una actividad inútil. Esto era lo que a menudo pensaba Saladino cuando, después de intentarlo durante años, vio que no recibía ningún mensaje mental del lejano caballero, quien rara vez hablaba y siempre viajaba solo. Pero doce años pasan despacio cuando no se tienen ni hogar ni amigos. No había libros que leer en su viaje, y eran pocas las aventuras que hicieran salir a la superficie el gozo de la vida. Estaba sólo en la Búsqueda, con la conciencia de que cada día se hacía más viejo y la presencia enigmática del joven caballero que había jurado pasar el resto de su vida buscando el Grial para llevárselo a su rey.

Era mentira, decidió Saladino pasados los primeros años. Nadie buscaría durante tanto tiempo un tesoro para entregárselo a otra persona.

Una vez supo con certeza que Galahad estaba motivado por la ambición, Saladino se sintió más cómodo con él. Más cerca de él, en cierto sentido. Y cuando sintió el primer pensamiento del caballero, el ansia de agua en una tierra asolada por la sequía, Saladino casi gritó de júbilo.

Hubo otros momentos, aunque nunca tan completos como aquella primera e intensa imagen de sed: pensamientos dispersos, partes de imágenes, el rostro de una anciana, una ventana con el cristal de colores en la que se veía a Cristo en la Cruz. Hasta que Galahad encontró la copa.

Para ti, mi rey.

Santo cielo, pues era cierto, pensó Saladino con desprecio. No la quería para sí mismo, después de todo. Este pobre hombre había hecho todo aquel viaje para nada.

Y cuando blandió el sable hacia el cuello de Galahad, lo que vio en los ojos del caballero no fue miedo sino tan sólo decepción por su propio fracaso.

Así que te ha vuelto a la vida con él, pensó Saladino al tiempo que encendía otra cerilla. La llevó hasta la gruesa vela que había traído consigo. La llama ardía firmemente, sin titubear. Saladino la miraba fascinado. *Ahora sabré encontrarte. He tenido dieciséis siglos para practicar.*

En su mente, apareció enfocada la cara del hombre. El cabello castaño, la mandíbula ancha, los hermosos rasgos que en esta vida estaban marcados por una cicatriz y los estragos de demasiados años de mala vida. Porque también este Galahad estaba inmerso en una especie de búsqueda, pero sin la ventaja de saber qué era lo que buscaba. Con toda probabilidad, ponderaba Saladino, ese bobo ni siquiera se daba cuenta de que por fin lo había encontrado.

La mente de Saladino enfocaba la imagen, buscaba y llamaba. *Hal. Se llama Hal. Es policía. Le gusta emborracharse. Está en brazos de una mujer. Tiene miedo. Había un niño pelirrojo...*

Eres el mejor, chico.

Saladino sonrió. A la luz de la vela, mezcló algunos colores en una paleta. Luego, volviéndose hacia la piedra negra, empezó a pintar.

Hal salió de puntillas de la habitación de Emily y fue en el Morris hasta el emplazamiento de las ruinas del castillo.

El tiempo estaba totalmente despejado y la luna brillaba como un farol sobre las antiguas piedras.

-Merlín -llamó Hal.

Las piedras musgosas le devolvieron el eco de su voz.

-¡Merlín, ven aquí! -gritó. Nada.

-¿Cómo voy a ayudarlo? ¡Si no sé dónde está, por el amor de Dios! No tengo la copa por la que canjearlo. ¡Ni siquiera tengo pistola!

Encima de él, un murciélago se lanzó en picado. Cerca, un coro de grillos se pusieron a cantar al mismo tiempo.

-Demonios, ¿no ves que va a morir? -Se le quebraba la voz-. Le van a matar, ¡y no sé cómo impedirlo!

Cayó al suelo y sollozó. Y por toda respuesta, a su alrededor, se oyó el silencio de la noche.

-Las únicas huellas que había en las ventanas eran las tuyas -dijo el inspector Candy.

Estaba de pie junto a la portezuela de la furgoneta de la policía y los primeros rayos de sol le hacían bizquear. No invitó a Hal a subir.

-Entonces, ese tipo debía de llevar guantes -dijo Hal. Candy encogió los hombros con indiferencia-. ¿Cómo habéis conseguido mis huellas?

-Hemos cubierto con una capa el vaciado en yeso que tuviste en la mano.

Hal suspiró. Así que también él era sospechoso. De todos modos, pensó, él habría hecho lo mismo en esta situación.

-Buen trabajo -fue todo lo que dijo.

Candy asintió con la cabeza.

-Ahora, ya nos disculparás, Hal, señor Woczniak...

-Mira, ya sé que estás mosqueado porque no te habíamos dicho nada de la copa. Pero, en realidad, la situación sigue siendo la misma. El niño ha desaparecido.

-Hemos cooperado plenamente contigo -dijo Candy, colorado el amplio rostro-. No teníamos por qué hacerlo. Ha sido sólo una cortesía que se le concedía a un colega. Y esperábamos también a cambio tu plena cooperación.

-De acuerdo, de acuerdo. Te seré franco. No había dicho nada de la copa porque me parecía que no ibas a creerme, y sabía que no me permitirías intervenir en la investigación si opinabas que era un chalado.

Candy cambió un poco de actitud.

-Bueno, eso de un metal nuevo sí suena un poco estrambótico.

Menos estrambótico que la historia entera, pensó Hal.

-Además, ni siquiera sabíamos si era un metal nuevo o no. La señorita Blessing se limitó a realizar algunas pruebas con la copa. Sólo cuando vio que querían matarla a ella y al niño llegó a la conclusión de que debía de tener un gran valor.

-¿Por qué no fueron a las autoridades en ese momento?

-¿Qué habría podido hacer la poli? -Hal se contestó a sí mismo-: Esperar el siguiente ataque, y nada más. Tenían miedo y huyeron.

-Entonces, ¿esos hombres vienen siguiendo a la señorita Blessing y al chico desde antes del incidente ocurrido en el autocar?

-Mucho antes, por lo que me han contado. Mira, lamento no haberte contado toda la historia antes, pero es que yo la conocía sólo de segunda mano. Emily... la señorita Blessing ya no está tan hecha polvo como ayer. Puedes hablar con ella. Ha descubierto una especie de código en el libro del asilo.

-¿Está en el albergue?

Hal asintió y extendió la mano.

-¿Sin rencor?

-Supongo -contestó Candy de mala gana al tiempo que le estrechaba la mano.

-Bueno, ahora me gustaría ver el dossier sobre el señor X. ¿Ha llegado?

Candy sonrió.

-Ha llegado -dijo abriendo la portezuela-. Por favor, enseñen al señor Woczniak el dossier recibido de la oficina central -ordenó a sus ayudantes. A continuación, hizo señas a Hal para que entrara en la furgoneta-. Considérate mi invitado.

Higgins y Chastain estaban ya absortos en su trabajo dentro de la furgoneta sin ventanillas, con aire acondicionado. Igual que topos que nunca ven la luz del sol, pensó Hal. Sin pronunciar palabra, Chastain le entregó el grueso dossier y le indicó una mesita donde podía leerlo sin estorbar.

El primer documento del dossier era un dibujo a lápiz del señor X en el juicio.

-Es él -dijo Hal en voz alta, y sus palabras sonaron con una gran fuerza en el silencioso espacio cerrado.- Es el tipo que vi en el prado. El jefe de la partida de hombres a caballo.

Higgins se acercó, los ojos apenas visibles detrás de sus gafas tiznadas.

-¿Está seguro? -susurró-. Quizá sería mejor que viera una foto. Hay una aquí. -Rebuscó por entre los papeles del dossier y extrajo una fotografía brillante que estaba casi debajo. Era una foto de la policía en la que se veía al acusado de frente y de perfil por ambos lados. Higgins la colocó encima del montón de papeles-. ¿Está seguro, el mismo hombre?

Hal abrió la boca. Era el mismo hombre, desde luego, pero el detalle de la fotografía destacaba algo que no había observado ni en el dibujo a lápiz ni en el rostro del hombre del prado.

-¿Qué es? -instó Higgins, nervioso. Incluso Chastain se había vuelto para mirar.

-Son los ojos. Los... ojos...

Hal había empezado a sudar. Aquellos ojos reían, pero del mismo modo en que reían cuando el sable hendió el aire con un silbido.

Gracias, había dicho el Caballero Sarraceno. El cáliz de plata cayó de altar de la abadía y el alto forastero lo cogió mientras la sangre se derramaba por la reluciente superficie de la armadura de Hal.

Para ti, mi rey.

Y ni siquiera había sentido el dolor de la herida, pues mayor era la pena por su fracaso.

Yo sabía que tú, de entre todos los lacayos del Alto Rey, eras quien la encontraría.

Y en los ojos del caballero de negro bailaba la risa. Como dos luces malignas en la oscuridad, siguieron a Hal, triunfantes y burlones, mientras éste caía en la vorágine del vacío.

Mi rey...

Mi rey...

Higgins le acercaba un vaso de agua a los labios. Chastain había cogido el dossier, temiendo que Hal pudiera estropearlo con el sudor que caía de su rostro.

-Quizá debería darle un poco el aire -sugirió Higgins.

Evidentemente, ninguno de los dos deseaba la presencia de un hombre enfermo en su terreno. Chastain se tapaba la boca y la nariz con un filtro de papel para defenderse de los microbios.

-Estoy bien -dijo Hal. Bebió el agua y añadió:- déme el dossier. -De mala gana, Chastain se lo dio de nuevo. Estaban los dos hombres uno al lado del otro vigilando al visitante-. ¿No tienen ustedes nada que hacer? -espetó irritado Hal.

Con un diálogo mudo, meneando las cejas, arrugando la nariz y contrayendo los labios, los dos analistas volvieron a su trabajo.

Hal, todavía tembloroso, hizo un esfuerzo para apartar de su mente la imagen del hombre de la fotografía y leyó el dossier sobre este individuo sin nombre que había creado obras de arte con los cuerpos de sus víctimas asesinadas. Cuando hubo terminado, cerró el dossier y se pasó la mano por el rostro pegajoso de sudor. Sólo había un pensamiento en su mente:

Cielo santo, tiene a Arthur.

En el preciso momento en que volvió Hal, Candy abandonaba el albergue Llevaba el libro que había traducido Emily.

-¿Algo nuevo? -preguntó.

-Es el mismo hombre -dijo Hal-. Creo que es el autor del incendio de Maplebrook.

-He presentado una solicitud de exhumación del cadáver que encontraron en su celda -añadió Candy con aire avergonzado.

-Pusieron a ese hombre allí para despistar. -Candy asintió con la cabeza-. ¿Qué hacemos ahora? -preguntó Hal.

-Entregar la copa a los secuestradores.

-Ya te he dicho que no la tenemos.

-Entonces, búscadla -exclamó Candy con acritud-. O algo que se le parezca. No podemos hacer otra cosa en este momento. La detención se llevará a cabo en el momento del canje.

-¿Tú y quién más? ¿El agente Nubbit? ¿O acaso cuentas con que esos dos técnicos que son tal para cual derriben al maníaco al suelo?

-He pedido refuerzos. Dispondremos de muchos efectivos.

Hal estuvo un momento pensativo.

-No le cogemos por sorpresa -dijo.

-Tal vez. Pero, de todos modos, no se puede hacer nada mejor.

Hal intentaba luchar contra la sensación de desespero que empezaba a embargarle. Cualquiera capaz de realizar una operación de la envergadura de la explosión de Maplebrook podía darla con queso a un puñado de polis, esto él lo sabía. Y no era difícil matar a un niño de diez años.

-Intentaremos encontrarles antes de llegar a eso -añadió Candy.

-Sí, muy bien. -Hal se alejó del inspector y entró a trompicones en el albergue. Tenía que poder hacer algo, tenía que haber algún lugar donde buscar...

-Hal.

Era Emily. Llevaba un luminoso vestido amarillo, y la larga cabellera echada hacia atrás y sujeta con una cinta. Se había pintado los labios. A pesar de estar tan agitado, el cambio le hizo sonreír.

-¿Cómo te ha ido con el inspector? -preguntó ella.

-No le he contado mi teoría de que la esfera conserva la vida eternamente.

-Bien.

-Pero lo creo ahora más que nunca. Esta mañana he ido a la pequeña biblioteca del pueblo.

-¿Sola? -preguntó Hal-. Oyeme, ya te he dicho...

-Nos queda poco tiempo, Hal. No puedo permanecer encerrada en esa habitación para estar a salvo mientras la vida de Arthur está en peligro.

-De acuerdo -concedió Hal-. Y ¿qué has encontrado?

-La historia de Saladino.

-El rey que quiso ser faraón.

-Eso es. ¿Sabes?, eso en sí ya es extraño -dijo ella, los ojos vagando mientras pensaba-. Que un persa se convirtiera en faraón, como si el antiguo Egipto le fuera de algún modo familiar...

-¿Adónde quieres ir a parar? -preguntó Hal un tanto irritado. No quería pasarse el día charlando inútilmente, ni siquiera con Emily.

-A la manera en que murió -respondió ella-. O más bien, el modo en que se supuso que había muerto. Fue todo muy misterioso.

-¿Qué quieres decir? ¿No dijiste que murió de muerte natural?

-Sí. A la edad de cincuenta y cinco años.

-Vaya, no muy viejo -dijo Hal-. ¿Cuál fue esa causa natural?

-Ésa es la parte misteriosa de la historia -añadió Emily encogiéndose de hombros-. No parecía haber ningún síntoma de enfermedad. Y lo más extraño es que todos cuantos estuvieron junto a su lecho de muerte dijeron que parecía treinta años más joven, nada menos. No sé, pero el caso es que la mayoría de la gente al morir parece mucho más vieja de lo que es. Y sin embargo, Saladino aparentaba una salud magnífica cuando le llevaron a su cripta

Permanecieron un momento sentados en silencio.

-¿Qué es lo que quieres decir? -preguntó finalmente Hal-. ¿Crees que no murió?

-Eso es exactamente lo que quiero decir. Un hombre que nunca envejece acabaría provocando sospechas más tarde o más temprano. Lo que yo pienso es que, después de tres décadas de gobierno, Saladino parecía demasiado joven para su edad. Y así, antes que permitir que el secreto de la copa se conociera, decidió fingir su propia muerte.

-¿Que abandonó el trono... por las buenas?

-¿Por qué no? Si lo que creo acerca de la copa es correcto, poseía algo mucho más valioso.

Hal consideró la cuestión.

-Me alegro de que hayas decidido no decirle nada a Candy -inquirió.

-No lo entendería. Pero, de este modo, todo encaja. Bendito sea tu nombre. ¿Te das cuenta? Así es como alguien se dirige a un rey.

Hal debía admitir que las palabras de Emily tenían sentido, aun cuando la idea de que se pudiera gozar de vida eterna gracias a los poderes de una bola de metal no lo tuviera. De todos modos, pocas de las cosas ocurridas en las últimas dos semanas tenían mucho sentido. La aparición y desaparición de Taliesin, la presencia del castillo en el prado, su propia e inexplicable entrada en el recuerdo de otro hombre nada que pudiera archivar en un cajón de Scotland Yard

Pero una cosa era cierta: Arthur estaba cautivo en manos de un asesino declarado, y Hal tenía que liberarle.

-Les he traído un poco de té -dijo la señora Sloan colocando dos tazas delante de ellos.

-Gracias -respondió Hal-. Y gracias también por el coche.

-Oh, no tiene importancia -replicó la mujer-. A lo mejor les gustaría ir a ver la feria, si tienen tiempo. Abre hoy precisamente, en los terrenos junto al viejo parque de atracciones.

-No, no creo... -empezó Emily.

-¿Cómo ha dicho? -interrumpió Hal.

-¿Lo de la feria?

-Lo del parque de atracciones.

-Bueno, ya no hay gran cosa allí -explicó la señora Sloan-. Está abandonado desde 1971, porque el propietario se fugó a no sé dónde con la hija del carnicero... y era sólo una niña de catorce años. -Profirió un sonido de desaprobación-. El pueblo liquidó las instalaciones para pagar los impuestos, pero nadie se ha puesto nunca a limpiar aquello. Una ofensa para la vista, créame. Lo que pasa es que el lugar está justo en la línea divisoria entre los condados de Dorset y Somerset y ni unos ni otros están dispuestos a tomarse la molestia de limpiarlo. Aquel hombre no tenía parientes, ¿saben? Los condados llevan años discutiendo la cuestión.

-¿Se llamaba Heatherwood?

-Heatherwood, sí señor. Yo llevaba allí a mis hijos cuando eran unos críos.

-¿Dónde están esos terrenos?

La mujer se lo dijo.

-Pero no esperen encontrar gran cosa -les previno.

-Disculpe por el té, señora Sloan -espetó Hal poniéndose en pie-. Vamos.

-¡Hal! -llamó Emily, intentando seguirle en cuanto salió lanzado hacia la puerta. El motor del Morris estaba ya en marcha cuando le dio alcance-. ¿A qué viene todo esto?

Hal arrancó y salió del camino que llevaba al albergue.

-La nota de rescate. La escribieron en una vieja postal de un parque de atracciones.

-Oh, Dios mío. ¿Crees que es allí donde tienen a Arthur?

Hal no contestó, pero supo en cuanto llegaron al lugar que Arthur no estaba allí. En primer lugar, podía accederse a los terrenos por tres caminos importantes. En segundo lugar, las

instalaciones de la feria estaban a sólo unos centenares de metros de distancia. Era imposible ocultar caballos o personas en las construcciones esparcidas y semiderruidas que quedaban.

Bajaron del coche y fueron andando hasta aquellos restos. Había hoyos profundos en el terreno, allí donde habían arrancado las instalaciones del parque de atracciones como si fueran dientes podridos. Estaba todavía el trozo de carril de una montaña rusa para niños oxidándose al sol, y la silueta en contrachapado de un payaso se alzaba sobre lo que había sido la Casa de la Risa.

-Cómo se ve que no estamos en América -exclamó Hal.

-¿Por qué lo dices?

-Porque este lugar cerró hace más de veinte años y sigue todavía en pie. Allí, los gamberros se habrían llevado ya hasta los clavos.

--Lo único que yo puedo decirte es que tú eres de Nueva York -dijo Emily, pero Hal no la oyó. Miraba el cartel del payaso. En la base, en letras descoloridas y encima de la entrada a la Casa de la Risa, había estas palabras escritas:

FANTASMARAMA
VIAJE A LA OSCURIDAD

El aspecto era siniestro. Había algo en esta combinación entre lo divertido y lo maligno que siempre le había dado repeluzno a Hal. A todo el mundo le pasaba igual, suponía. Por ello aparecían payasos en tantas películas de terror.

Saladino se ha llevado al niño a un lugar de oscuridad. Un lugar temible para ti. Un lugar que recordarás.

Las palabras del viejo volvieron a él como el rayo. ¿Un lugar temible para él? Tal vez, Pero entre sus recuerdos no figuraba este parque de atracciones.

A menos que fuera el recuerdo de la fotografía de la postal. ¿Podría ser ésta la referencia?

-Voy a entrar -dijo Hal.

-Esto no parece mucho más resistente que el asilo -exclamó Emily con aprensión.

-Tú no vienes. Espera en el coche.

-¿Y si esta vez el techo se te viene encima?

-Pues te vas a la feria.

-¿A pedir ayuda?

-No. A comprarte un algodón de caramelo. -Hal le besó la punta de la nariz.

La acompañó hasta el coche, sacó su linterna de la guantera y le pasó el brazo alrededor del cuello.

-¿Hal? -Emily se había sonrojado-. Me alegro de que las cosas entre nosotros no estén muy difíciles... por lo de anoche -añadió.

Hal le tocó el cabello. Deseaba decirle cuán feliz se había sentido al ver su rostro al despertar, cuánto tiempo hacía que no se sentía a gusto en presencia de una mujer. Pero recordaba también el llanto desdichado de ella después del momento de amor. Era demasiado tarde para ella, había dicho. Demasiado tarde para ellos.

Y quizá fuera así.

-Me alegro de que ocurriera así -aseguró él quedamente. Podía sentir el aroma limpio de su cabello-. Estás muy guapa.

Ella miró al suelo.

-Vuelvo en seguida -dijo Hal.

Cuando se volvió para entrar en la Casa de la Risa, sentía todavía el olor de Emily.

Un lugar de oscuridad, pensó Hal. Bueno, el nombre de Fantasmarama le sentaba que ni pintado al lugar. A pesar del deterioro del edificio, no penetraba en él ningún haz de luz.

Ni tampoco aire, al parecer. Dentro reinaba el calor de un horno. Hal levantó el brazo y golpeó con la linterna el techo bajo y abovedado. La estructura en forma de túnel reverberó con un fuerte sonido, hueco y metálico. Aluminio ondulado. Con razón la temperatura allí dentro era tan elevada. Probablemente, durante los años en que el parque estuvo en funcionamiento, la Casa de la Risa se hallaba relativamente bien aireada, con ventiladores que insuflaban aire por los conductos, pero sin duda los ventiladores habían sido vendidos al cerrarse las instalaciones.

Metió el brazo por una espesa masa de telarañas y tocó el borde de un esqueleto de cartón pintado de color verde fosforescente. Estaba unido mediante alambre a un muelle retráctil, pero el alambre estaba oxidado e inutilizado desde hacía tiempo. Ahora el esqueleto yacía, plano y destrozado, con los ojos inyectados en sangre cubiertos de polvo.

Los pies de Hal tocaron algo blando. La vieja sensación de pisar el cuerpo de un muerto, recordó con un sentimiento de nostalgia su juventud. En este punto, si se encendía la electricidad, una palanca situada debajo de la fila de cadáveres de espuma pondría en marcha un ruido ensordecedor y provocaría la súbita aparición de varias lámparas profusamente iluminadas. Éste era el punto en que la chica que venía contigo hacía ver que se asustaba y lanzaba un grito casi auténtico. Era la señal de que tenías permiso para rodearla con el brazo, siempre que no le agarraras las tetas. Por supuesto, en la Casa de la Risa no se agarraban las tetas. Esto era más tarde, en el Túnel del Amor, aunque en realidad Hal nunca había estado en una atracción que se llamara el Túnel del Amor. Les ponían nombres tales como el Viaje de Simbad o el Barco de los Sueños, pero servía al mismo fin: te movías sobre una cinta transportadora cubierta de plástico y cinco centímetros de agua y salías con una erección capaz de derribar un poste de teléfonos.

Al tropezar con el tercer cadáver, un estridente coro de gritos chillones le hizo dar un salto. Bajó el rayo de luz hacia el suelo y pudo ver un enjambre de ratas que partían en todas direcciones abandonando el refugio del relleno de espuma. Una muy gorda pasó correteando por encima de su pie.

Dio un paso atrás, lleno de repugnancia, y pensó en marcharse. Arthur no estaba aquí. Cualquiera que hubiera estado aquí antes habría ahuyentado a las ratas. Miró atrás por un instante. Le llegó entonces desde el exterior, desde delante y no desde atrás, el tartamudeo de una motocicleta, y supo así que había recorrido más de la mitad del Fantasmarama. Decidió encaminarse hacia la salida.

Saltó por encima del cojín infestado de ratas y se puso a andar apresuradamente, escudriñando ambos lados del retorcido túnel con la luz. Nada, pensó. Intentó recordarse a sí mismo que la fotografía de la postal era, desde el primer momento, una pista oscura en el mejor de los casos.

Lo malo era que se trataba de la única pista. Y no llevaba a ninguna parte. ¿Cuánto tiempo le quedaba? ¿Cuánto le quedaba a Arthur? ¿Debía medir ahora la vida del niño en días, o en horas? ¿O en minutos? ¿O habría muerto ya?

Andaba tan de prisa que casi la pasó por alto. Una pintura en la pared, de colores brillantes y una forma de realismo que no solía hallarse en las atracciones de este tipo. Parecía más bien la clase de retrato que la familia colgaba en la sala de estar, el retrato de un niño pelirrojo...

El círculo de luz se detuvo en seco sobre el rostro del chico. Era Arthur, inconfundible y captado a la perfección, sin olvidar los ojos de color azul claro y las pecas manchándole la nariz. La pintura era en sí exquisita, de gran calidad pero había en ella algo terriblemente inquietante

Los ojos, decidió Hal. Algo les pasaba a estos ojos. No había en ellos animación, ni vida, casi como si el personaje del retrato estuviera....

Hal se tragó el aliento. El niño de la pintura estaba sentado en una silla de madera con respaldo de barrotes horizontales. Sólo se veía una esquina superior de la silla. En esto ya se había fijado Hal. Lo que hasta este momento no había observado eran las cuerdas que parecían brotar del pie de la pintura. El niño estaba atado a la silla.

(Un respaldo de barrotes horizontales, ¿era una silla de madera la que había en la habitación del desv n? Oh Jeff, oh no, oh Dios mío...).

Sabía que sí. Y luego estaba el fondo de la pintura, aquellos preciosos rizos grises que tan bien quedaban, que eran humo porque la casa estaba en llamas, oh cielos oh cielos, y los ojos de Arthur tenían ese aspecto tan extraño porque estaban muertos, igual que los de Jeff Brown.

Inconscientemente, Hal retrocedió alejándose de la pintura hasta golpear la pared opuesta. Boqueó y la linterna cayó al suelo.

No, no, dejadme en paz, oh, socorro, no...

Y oyó entonces el disparo procedente del exterior, y su miedo se volcó hacia el exterior. Emily estaba en el coche. Hal echó a correr hacia la salida con el instinto de un policía.

Cuando Hal hubo salido de la Casa de la Risa, habían sonado ya otros dos disparos. Entre uno y otro, había podido oír los gritos de terror de Emily.

Todavía está con vida. Fue éste el único pensamiento que registró la mente de Hal mientras él corría como un bólido por el tenebroso túnel. Cuando finalmente llegó al exterior, el pistolero daba vueltas alrededor del coche montado en su motocicleta y disparando al azar contra el parabrisas. Vio a Hal, le disparó un tiro a los pies y se alejó a toda marcha.

Hal memorizó el número de matrícula de la motocicleta mientras iba corriendo hacia Emily. Ésta estaba agazapada en el suelo del Morris, las manos sobre el rostro y chillando descontroladamente.

-Ya se ha ido, Emily. ¡Emily! -La cogió por los hombros y la sacudió-. Soy Hal. ¡Escúchame, Emily!

Poco a poco, los gritos remitieron y Hal pudo apartarle las manos del rostro.

-Quería matarme -musitó Emily con voz ronca.

Hal miró el parabrisas acribillado. Habían disparado cuatro tiros casi a bocajarro, y ninguno de ellos había tocado a Emily.

-No, no quería matarte -dijo Hal-. Sólo era una táctica para aterrorizar

-Bueno, pues lo ha conseguido -exclamó ella al tiempo que bajaba del coche casi a cuatro patas.

Varias personas venían corriendo desde los terrenos de la feria hacia el punto de donde habían surgido los disparos.

-Vuelve a subir -advirtió Hal-; si no, nos va a tocar estar aquí horas y horas aguantando al agente Nubbit. Quiero que Candy sepa esto.

Puso en marcha el motor. A pesar de los visibles daños, el coche funcionaba a la perfección. Presionó con los dedos la red de finas rayas blancas en que se había convertido el parabrisas y éste cedió.

Volvieron al pueblo en medio de un océano de trocitos de cristal del tamaño de guijarros y se dirigieron directamente a la furgoneta de Scotland Yard.

-Maldita sea, ya sabía yo que era un error dejar que intervinieras en este asunto -farfulló el inspector-. Habrían podido mataros a los dos.

-Ese hombre no quería matar a nadie -explicó Hal, y a continuación habló de lo que había descubierto en el Fanstasmarama.

-¿Estás seguro de que era un retrato de Arthur?

-Segurísimo.

-Y dices que estaba muerto. -Candy hablaba en voz baja para que Emily no pudiera oír sus palabras. Hal apretó los labios-. Si es el mismo hombre que yo detuve hace cuatro años, es artista además de asesino -dijo Candy-. Debemos aceptar la posibilidad de que...

-No era a Arthur a quien pintaba -barboteó Hal.

-Me parecía que habías dicho...

-La cara era la de Arthur. El resto era...-¿Qué? ¿Un recuerdo mío? ¿Una pesadilla que tengo desde hace un año?

-¿Qué pasa?

Hal respiró hondo.

-La silla, las cuerdas, el fuego... eso sucedió antes, en otro caso que llevé yo. Mi último caso. -Habló con voz monótona acerca del secuestro y asesinato de Jeff Brown.

-Entonces, tú crees que los secuestradores de Arthur saben algo acerca de ti -dijo Candy, intentando que su voz no reflejara la lástima que sentía por este ex agente del FBI.

-Puede ser.

-¿Es posible que andemos detrás del zorro que no es? -preguntó Candy-. ¿Podría estar implicado el secuestrador de ese chico, de ese Brown?

-No -contestó Hal-. Murió. Saltó por los aires haciendo explotar una granada.

-¿Un socio suyo, quizás?

Hal se encogió de hombros. *Un hombre que lee el pensamiento. Un hombre que ha vivido siempre y que tiene poder para hacer cuanto se le antoje.*

-Veré si puedo averiguar algo -dijo Candy.

-No hay tiempo. Saladino va a venir pronto por la copa. Y no la tengo.

-Eso es lo de menos.

Hal sabía lo que quería decir el policía. Si no podían tener a los secuestradores antes del canje, Arthur moriría tuvieran o no la copa.

-¿Y los refuerzos? -preguntó Hal.

-En la oficina central opinan que éste es un caso en que es mejor colaborar con las autoridades locales.

Hal gruñó, lleno de incredulidad y desaliento.

-¿Me tomas el pelo? ¿Vas a dejar esta operación en manos de percebes como el agente Nubitt?

-No han abandonado el país con el niño -explicó Candy-. Por lo que sabemos, ni siquiera han salido del condado de Dorset. Los agentes del lugar conocen la zona mejor que ningún equipo de Londres, y avisándoles con poco tiempo pueden ponerse a funcionar. -Dio una palmadita a Hal en el hombro-. No te preocupes. Yo estaré al mando de la operación, y tú estarás conmigo. Esos guardias sólo estarán presentes como demostración de efectivos.

-¿Cuándo llegarán?

-Yo daré la señal en cuanto recibas la nota de rescate definitiva. Están preparados. En veinte minutos habrá cincuenta hombres de uniforme rodeando el lugar.

-De acuerdo -dijo Hal, de mala gana y con un suspiro.

-Llévate a la señora al albergue -añadió Candy-. Y que se quede allí. Es posible que los secuestradores intenten ponerse en contacto con ella.

Hal asintió.

-¿Cuándo vais a comprobar quién es el hombre de la motocicleta?

-Ya lo tenemos -susurró Higgins, sacando una hoja de papel del fax-. En cuanto usted nos ha dado el número me he tomado la libertad de meterlo en el ordenador de la oficina central inmediatamente. Acaba de llegar. El nombre del individuo es Hafiz Chagla.

-¿Significa algo para ustedes ese nombre?

Chastain se encogió de hombros de manera exagerada.

-No es más que un nombre. Pero también he pedido al ordenador que nos dé todos los datos que se tengan de ese hombre. Están llegando ahora.

Hal y Candy aguardaron mientras Higgins sacaba la segunda hoja del aparato.

-Dirección: 22 Abelard Street, Wilson-on-Hamble -leyó-. Ocupación, electricista... -Miró a Chastain antes de proseguir-. Hospital Maplebrook, Lymington.

-Haré una comprobación en esa dirección -dijo Hal.

-No hagas nada de eso. Si quieres echar una mano, puedes ir al ayuntamiento.

-¿Para qué?

-Para averiguar quién es el propietario del 22 de Abelard Street.

Por primera vez en dos días, Hal sintió algo parecido al alivio. Candy sabía lo que se hacía.

-Voy para allá, jefe -dijo Hal.

Resultó que en Wilson-on-Hamble no había edificio del ayuntamiento. De hecho, el recaudador de impuestos, el secretario del ayuntamiento y el encargado del registro de fincas eran todos la misma persona, una mujer de setenta años llamada Matilda Grimes que había vivido toda su vida en Wilson-on-Hamble y llevaba los modestísimos asuntos del pueblo desde una mesa instalada en su salita.

Cuando Hal llegó, la mujer estaba ocupada preparando una especie de gachas en la cocina. Invitó a Hal a comer, pero éste declinó la invitación diciendo que estaba allí por un asunto urgente.

-¿Urgente, dice usted? Entonces ser mejor que busque los libros usted mismo. Yo no puedo dejar que se queme la cuajada. -Le condujo hasta el breve salón que unía dos dormitorios, ambos adornados con muñecas vestidas con voluminosas ropas de ganchillo, y bajó una desvencijada escalera del techo-. Estarán ahí arriba, ordenados por años -añadió.

Hal le dio las gracias y subió al altillo. Todo estaba aquí, escrituras, registros fiscales, todas las operaciones registradas en el pueblo desde comienzos de la década de 1850. Cogió tantos como le era posible llevar en brazos y bajó dispuesto a pasar una larga sesión de estudio, pero la señorita Grimes conocía el lugar por el que él se interesaba.

-¿Abelard Street? Ah, sí, claro. Ese sitio ha cambiado de dueño lo menos una docena de veces en los últimos diez años. Y nunca para nada que valiera la pena, que yo sepa. Simplemente pasa del uno al otro. -Vertió la cuajada en pequeños tazones y los colocó cuidadosamente en el interior de un cubito refrigerador.

-¿Ha pasado a alguien que usted conozca?

La mujer movió la cabeza de manera enfática.

-Todos extranjeros. Inglaterra es La Meca para esa gente, ya sabe -añadió en un susurro de tono conspirador-. Normalmente van a Londres, claro, pero están por todas partes.

-¿Quiénes?

-Bueno, los orientales -contestó la mujer, severa y desdeñosa.

-¿Árabes?

Matilda asintió, los labios fruncidos.

-Bueno, yo estoy convencida de que son buena gente, aunque sean negros. Aquí no tenemos esos problemas raciales que tienen ustedes en América.

-No, por supuesto -dijo Hal, intentando mostrarse agradable aun cuando le resultaba difícil considerar negros a los árabes.

-Pero sí que tiene su miga que un sitio como Wilson-on-Hamble sea vendido a intereses extranjeros.

-¿Quién es ahora el propietario de la casa, señorita Grimes?

Se puso unas gafas con una montura extravagantemente ridícula y empezó a pasar expertamente las páginas de uno de los libros. Hal casi soltó una carcajada. Si una estrella del rock llevara unas gafas así, constituirían, sin duda, un éxito de la moda radical.

-Aquí está. Mustafá Aziz.

-¿Aziz? -preguntó Hal, decepcionado-. ¿No se llama Chagla?

-¿Chagla? No, no.

-Pero tengo entendido que vive allí un hombre llamado Hafiz Chagla.

-Es posible -dijo Matilda-. Es un edificio de apartamentos.

-Ah exclamó Hal.

-Ese tal Aziz compró la propiedad hace seis meses.

-Y ¿quién se la vendió?

La señorita Grimes dio la vuelta a la hoja del registro.

-Vinod Abad -dijo con voz neutra-. ¿Ve lo que le decía?

-No sé. ¿Quién era el anterior propietario?

La mujer recorrió la página con el dedo.

-Ah, éste la tuvo cuatro años. Debió de enamorarse de la casa.

-¿Cómo se llamaba?

Matilda forzó la vista para ver el nombre.

-Laghout -pronunció con dificultad-. Eso es lo que llamo un nombre raro, incluso para ser árabe.

-¿La goo?

-Hamid Laghouat. Lo he pronunciado en francés. Mire -dijo, señalando el registro.

-Hamid Laghouat -repitió Hal intentando recordar en qué le hacía pensar este nombre-. ¡Hostia, el bibliotecario! -exclamó de pronto. Hamid Laghouat era el nombre del bibliotecario que había entregado el libro en urdu para el asilo psiquiátrico.

-No me interesa demasiado lo profano, señor...

-Woczniak -dijo Hal-. Disculpe.

-¿Woczniak? ¿De dónde es ese nombre?

-No sé. Mis padres lo cambiaron. ¿Tiene usted la dirección de ese Laghouat?

La señorita Grimes miró a Hal con cara avinagrada y luego se inclinó para mirar la página.

-Un apartado de correos en Londres.

-Eso encaja -apuntó Hal-. ¿Qué otras propiedades tiene por aquí?

-Bueno, eso tendría que buscarlo en otro libro. -Era evidente por el tono de voz que a la señorita Grimes no le apetecía en absoluto hacerlo.

-Por favor -rogó Hal, esforzándose por congraciarse con ella-. Es muy importante. Asunto policial.

La vieja husmeó el aire con desdén, pero se puso a rebuscar por entre el montón de libros hasta encontrar el que quería.

-Tendrá usted que volver a ponerlos en su sitio, ¿sabe?

-Ya entiendo -respondió Hal.

-Bueno, aquí hay una propiedad a su nombre. Anexa al viejo parque de atracciones.

Hal cerró los ojos. Había encontrado una mina de oro

-¿Hay alguna construcción en ella?

-Sí, una residencia... ah, sí, ya sé. -Levantó la mirada del libro-. Una mansión señorial del siglo dieciocho. Cuando yo era niña era una finca preciosa. Los propietarios eran una pareja de Londres. Miembros de la nobleza. -Movié la cabeza con nostalgia-. La utilizaban como residencia de verano.

-¿Vive alguien allí ahora?

-Qué va, lo dudo mucho. Los londinenses dejaron de venir en los años cuarenta, durante la guerra. Desde entonces ha estado vacía. -Empezaba a hallar su lugar como encargada del registro-. ¿Ve usted? Perteneció al mismo propietario durante cuarenta y seis años hasta que ese Laghouat la compró. ¿Es bibliotecario, dice usted?

-Lo era. En Bournemouth. Creo que se fue.

-Qué raro. Nunca había oído ese nombre. Es muy raro que alguien con el suficiente dinero como para comprar esa propiedad sea completamente desconocido en la zona. Qué se le va a hacer, yo no los conozco a todos.

-A casi todos -aventuró Hal.

-A la mayoría, supongo -respondió la mujer con franqueza-. Y ¿qué hacía ese hombre trabajando de bibliotecario?

-No creo que sea él el verdadero propietario.

-En todo caso, es el propietario legal -dijo la señorita Grimes con aire oficial-. Si tu nombre figura en el papel, la propiedad es tuya.

Y si el viejo Hamid hace un solo movimiento sin la aprobación de Saladino, se convierte en una estatua con un hacha clavada.

-¿Así que esa finca está abandonada?

-Seguramente. Verá usted, está en un terreno muy poco corriente, no tiene acceso por carretera. La casa fue construida en los tiempos en que todo el mundo iba en carruajes. Pero ha estado vacía durante tanto tiempo que el camino de acceso, que tiene más de un kilómetro de largo, no crea usted, ha quedado cubierto por la maleza. Ya ni siquiera se ve. Ni tampoco la casa, con tanta mala hierba. -Se bajó las gafas hasta la punta de la nariz-. Si es que alguien vive allí, no se ocupa mucho de la finca.

-¿Puede enseñarme en el mapa donde estaba el camino que llevaba hasta la casa?

La mujer trazó una línea imaginaria con el dedo.

-Estaba aquí mismo, justo detrás del parque de atracciones, a través de este bosque -indicó. Claro que la casa estaba ahí mucho antes que el parque. Los terrenos donde se construyó Heatherwood pertenecían a la finca.

-Gracias, señorita Grimes -dijo Hal poniéndose en pie-. Voy a poner los libros en su sitio.

-Procure hacerlo como Dios inanda -añadió la mujer, y volvió a entrar sigilosamente en la cocina.

Era tarde cuando Arthur despertó. La gran estancia victoriana estaba ya caldeada y con el aire enrarecido debido al calor veraniego. El chico tenía los ojos pegados y la lengua no le cabía en la boca, igual que se le ponía a veces cuando era más pequeño y tenía que tomarse la medicina para la infección del oído.

Debía de ser la droga, pensó, dirigiéndose a trompicones hacia el cuarto de baño. Aquel gigante le había inyectado dos veces en un día. Puso la cabeza bajo el chorro de agua del lavabo y, a continuación, bebió en abundancia haciendo cuenco con las manos. Disminuyó así un tanto su sed, pero la sensación de lengua de trapo persistió.

Cuando hubo terminado se quedó quieto, pestañeando e intentando afianzarse. Tenía retortijones en el estómago. Hacía más de un día entero que no comía. Recordó el enorme pedazo de tarta de chocolate que el hombre alto le había ofrecido y pensó en lo idiota que había sido al rechazarlo. Un pedazo de tarta no le hace daño a nadie, pensó, lloroso, y se dio cuenta entonces de que la droga había disparado sus emociones en barrena. A veces, después de tomar el Seconal que le administraba Emily para el insomnio, despertaba al borde de las lágrimas. Esto era lo mismo, pensó. Nada por lo que llorar, nada.

Y sin embargo, no le era fácil contenerse. Estaba solo en esta casa, con un hombre decidido a asesinarle a menos que consiguiera echarle mano a la copa.

Y la copa había desaparecido, él la había visto desvanecerse con sus propios ojos.

Arthur sintió que las lágrimas estaban a punto de brotar. ¿Por qué no la había dejado en el apartamento cuando él y Emily salieron huyendo de Chicago? Habrían podido entregarla al Instituto Katzenbaum. Habrían podido contar la historia a los estudios de televisión. Éstos se habrían encargado de que todo el mundo se enterara. De haberlo hecho, Arthur no estaría aquí ahora.

Pero, ¿en manos de quién estaría la copa?

Se secó las lágrimas. Más tarde o más temprano, alguien la utilizaría. En algún lugar habría un bebé muriéndose, o le habrían pegado un tiro al presidente de algún país, o un terremoto habría producido miles de víctimas. La copa constituiría un milagro, por un tiempo. Y luego, un país u otro reclamaría su propiedad. O bien alguien la robaría y la vendería al mejor postor.

O se la quedaría, y se convertiría gracias a ella en algo así como el rey del mundo.

Esta idea le impresionó. ¿Qué ocurriría si una persona nunca sufría daño alguno, nunca enfermaba, nunca tenía una magulladura ni rozaduras en la rodilla?

¿Sabes de verdad cuáles son sus poderes, Arthur? Esto le había preguntado el hombre alto. Curaba las heridas. Nunca te ponías enfermo. Y... ¿qué más? ¿Vivías eternamente?

Se sentía mareado. Bebió otro poco de agua y luego volvió a la habitación donde había pasado la noche.

Había una bandeja con comida esperándole: panqueques con mermelada, un bol de fruta fresca y un vaso de leche. Arthur lo devoró todo como un lobo hambriento.

-Me alegro de ver que por fin comes -dijo una voz profunda detrás de él.

Arthur se pasó la lengua por el labio superior para quitarse la leche del bigote.

-¿La has envenenado? -preguntó.

-No -contestó el hombre alto, riendo-. ¿Has dormido bien?

-¿Quién eres tú en realidad? -quiso saber Arthur.

-Ya te lo he dicho. Un viejo amigo.

-Tú no eres amigo mío. ¿Cómo te llamas?

-Saladino.

-Jamás he oído ese nombre.

-Entonces eres poco culto, además de grosero.

Arthur miró la bandeja vacía y dijo:

-Gracias por el desayuno.

-Eso está mejor. Ahora, ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Bajaron juntos varios tramos de escalera, pasaron por delante de un ala de dormitorios, atravesaron un pasillo que conducía a un enorme salón y una amplia cocina con tres fregaderos y, por último, descendieron otro tramo hasta una gran estancia revestida de oloroso cedro. Las paredes estaban cubiertas de estantes y vitrinas de exposición, y en ellos había un asombroso despliegue de objetos, joyas, vestidos y armas.

Arthur miró a su alrededor, pasmado.

-¿Qué es esto? ¿Un museo?

-Más o menos -dijo Saladino-. Yo lo considero más bien una sala de trofeos. En realidad, hacía tiempo que no la veía. Y no suelo vivir aquí, pero ésta es la casa más segura que tengo para este tipo de cosas.

Todo estaba en perfecto estado, las vitrinas inmaculadamente limpias. Había pinturas, esculturas, incluso armaduras al alcance de la mano, sin cuerdas u otros dispositivos para mantener alejados a los curiosos.

El chico no pudo resistir la tentación. Fue corriendo a contemplar una vitrina que contenía cuatro espadones, apoyados en una especie de atriles. A la altura de los ojos había un sable de acero bruñido con una serpiente tallada en la empuñadura de bronce.

-¿De dónde has sacado esto? -preguntó.

-Igual que tú, yo escojo los sables primero. -Abrió el cristal de la vitrina-. Este perteneció a un rey guerrero macedonio. Se llamaba Alejandro.

-¿Alejandro Magno? -preguntó el chico, escéptico, mirando al hombre de reojo.

Saladino asintió.

-En realidad, Alejandro era poco más que un muchacho. Tocaba el arpa en secreto, temiendo que sus hombres se mofaran de él. Y su rostro era hermoso como el de una mujer.

-¿Me tomas el pelo? -preguntó Arthur, sabiendo que era así pero atraído de todos modos por el tono de franqueza y el talante campechano de la voz del hombre.

-No -dijo Saladino quedamente-. Yo suministré caballos a su ejército durante la marcha a través de la India. Por las noches solíamos compartir un pellejo de vino y hablar de las maravillas de Oriente. Era encantadoramente ingenuo. La primera vez que vio a un sultán indio, casi soltó una carcajada. Se teñían la barba de verde, ¿sabes?, y montaban en elefantes. A Alejandro le parecía todo enormemente divertido. Tuve que interceder por él para impedir que el sultán atacara a sus tropas.

Arthur escuchaba, fascinado, y de repente frunció el ceño.

-Te burlas de mí -dijo.

Saladino sonrió levemente y sacudió la cabeza.

-Alejandro Magno vivió trescientos años antes de ahora.

-Antes de Cristo, querrás decir.

-Exacto. Tú no pudiste estar allí.-El hombre alto suspiró-. Pero yo sí. Y ya era viejo, más viejo que las piedras de la Tierra. -Sacó el sable-. Me dio rubíes a cambio de los caballos -añadió-. Alejandro no amaba la riqueza, lo que ansiaba era la aventura. Por lo tanto, cuando me fui me llevé su sable. Era parte de su alma.

Casi inconscientemente, Arthur alargó el brazo y tocó la reluciente hoja.

-Yo iba a matarle mientras dormía. Era hermoso cuando dormía, y yo sentía debilidad por él.

Arthur había oído hablar de hombres que sentían este tipo de debilidades. Retrocedió, apartándose del sable. Saladino no pareció apercibirse.

-Murió joven, como yo sabía que iba a ocurrir. Habría podido protegerle con la copa, pero no me lo permitió. Y ahora sus huesos son cenizas en el viento.

Acarició amorosamente la larga hoja del sable y luego volvió a colocarlo en la vitrina.

-La copa -dijo Arthur, comprendiendo por fin-. Te conserva la vida.

-Naturalmente. ¿Has visto esto?-Saladino cogió una especie de escudo decorado con un ave de estilizado dibujo geométrico en oro puro y con dos esmeraldas por ojos-. El peto de Ramsés el Grande. Y éste es el cuchillo con el que Bruto mató a Julio César. Ah. -Anduvo unos pasos hasta una mesita cubierta con una tela de terciopelo. Encima de ella había una alta corona de oro con tres picos delante-. La corona de Carlomagno. -La colocó sobre la

cabeza de Arthur-. Es una pieza sencilla, pero a ti te sienta bien. Aunque nunca te interesaron mucho los ornamentos.

El chico se quitó la corona y la contempló atentamente, maravillado. Era pesada, casi bárbara. Y la había llevado un hombre, un rey.

-¿Qué decías de mí?

Saladino se quedó un momento mirando al niño con la enorme corona en las manos y sonrió.

-Nada -dijo Se llevó la corona y cogió un pequeño cuchillo curvo- Éste era mío -dijo, lanzándolo al aire y cogiéndolo por la empuñadura vendada-. Era una herramienta de zapatero.-Las franjas de gasa, que el tiempo había vuelto fr giles, se desprendieron cuando las tocó. Saladino miró los trozos que tenía en la mano-. Mira, todavía hay sangre.

A pesar de su confusión y de lo terriblemente siniestro del hombre, Arthur se inclinó hacia delante para ver. El interior del vendaje estaba cubierto por una sustancia negra y seca que se deshacía al tocarla.

-¿Cómo es que hay sangre? -preguntó Arthur, presionando con el dedo.

-La utilicé para matar a alguien. A unos cuantos, en realidad. Mujeres todas.

Arthur retiró la mano de golpe.

El hombre alto sostuvo la hoja en forma de media luna hacia la luz.

-Esto debe de ser de la primera -musitó, pensativo- Hubo mucha sangre. Después de esa primera vez envolvía siempre la empuñadura.

-¿A cuántas... a cuántas personas has matado?

-Oh, qué sé yo, te aseguro que no me acuerdo -dijo Saladino, riendo. Miró el instrumento ennegrecido, y la risa bailaba en sus ojos-. Pero, sin embargo, ésta fue una mujer más. Es curioso cuánto nos cuesta superar los tabúes de nuestra educación. Mi familia creía que matar a las mujeres no era digno de un hombre. Eso no tendría sentido hoy en día, claro, en especial en tu país. Constantemente asesinan a mujeres por un puñado de calderilla. Pero para mi generación era una perversidad inexplicable. Supongo que por eso tuve que hacerlo.

-¿Quién era?

-Una vendedora, o una ramera -contestó, encogiéndose de hombros con desdén-. Qué importa eso. Naturalmente, luego los periódicos armaron mucho ruido y dijeron que eran todas prostitutas, pero eso era una tontería. Yo no las mataba por su profesión. Se trataba simplemente de las que estaban a mano. En aquellos tiempos, las damas no se aventuraban solas por la noche por las calles de White Chapel.

-Hablas de... -Arthur hizo una pausa y tragó saliva- Jack el Destripador.

-Un nombre muy feo, sí. -Saladino dio un respingo-. Los periódicos, como siempre. De no ser por ellos, el Londres de la reina Victoria habría sido un lugar maravilloso. Tan adecuado y tan oculto. El crimen impresionaba mucho entonces.

Suspiró.

-Donde siempre me ha gustado más matar es en Inglaterra. Aquí, matar tiene sentido. En Hong Kong o en Nueva York... bueno, es lo mismo que tirar papeles al suelo o escupir en la acera. Hay poca diferencia entre un crimen y otro. Pero aquí en Inglaterra, quitarle la vida a alguien se considera todavía... odioso. -Mientras hablaba, Arthur había ido retrocediendo hasta llegar casi a la escalera.

-No te preocupes, niño. No voy a matarte aquí. Y, por supuesto, no vas a conseguir escapar por la escalera.

-Estás loco de remate -susurró Arthur.

-No. -Saladino dejó el cuchillo curvo-. Tal vez me aburro un poco a veces, pero no estoy loco. Verás, una vida tan larga como la mía puede ser bastante monótona. Se convierte en un hábito, como fumar cigarrillos, sólo que más difícil de abandonar. Una y otra vez tiendes a refugiarte en tonterías, en emociones baratas.

Se paseó por la estancia, tocando diversos objetos y cogiendo de vez en cuando uno para luego volver a dejarlo.

-A veces creo que he vivido demasiado tiempo. -De repente, miró a Arthur-. Has jurado que me matarías. ¿Lo harías? Si tuvieras la posibilidad, ¿me... digamos, me cortarías el cuello?

El chico se encontró con su mirada y bajó los ojos.

-No sé -dijo.

Los ojos de Saladino se iluminaron.

-¿Por qué no lo intentas, Arthur? A lo mejor le tomas el gusto. -Se acercó al niño-. La muerte es algo impresionante, es lo que te da el poder definitivo sobre otra persona. ¿Has matado alguna vez?

-No.

-Pero lo harás. Forma parte de tu naturaleza. -Arthur no sabía de qué estaba hablando este hombre, pero guardó silencio-. Matar a los enemigos -prosiguió Saladino-. Es el principio básico de todo gobernante sobre la Tierra. Humillarlos, degradarlos, convertirlos en ejemplo para aquellos que pudieran atreverse a dudar de tu poder.

-Tengo ganas de irme ya -dijo Arthur

-Tienes miedo porque estás de acuerdo con lo que digo. Sacrificar la vida insignificante por la importante, al derrotado por el conquistador, al débil por el fuerte. Todos los grandes reyes de la historia han comprendido esta idea. Todas las grandes civilizaciones han surgido de ella.

-El poder hace el derecho -dijo Arthur.

-Simplista, pero no está mal. Ya he dicho que eras un niño inteligente. Después de todo, es posible que la tuya sea una de las vidas importantes.

-Y tú eres más tonto conmigo que con el ajedrez -dijo Arthur, furioso-. ¿Quién puede decidir qué vida es importante y cuál no?

Saladino se encogió de hombros.

-El destino, la voluntad, las circunstancias. ¿Quién puede saber qué es lo que interviene en la creación de un gran hombre?

-Como tú -dijo Arthur, caústico.

-Desde luego, mi vida puede considerarse como algo fuera de lo corriente -dijo Saladino con modestia-. Pero jamás me he considerado un gran hombre. Fui rey durante un tiempo. Fui un buen gobernante. Pero aquello se volvió fatigoso. Yo nunca fui Alejandro. -Tocó ligeramente el cabello del muchacho-. Nunca fui como tú -Habló ahora quedamente- ¿Sigues sin recordar, Arturo?

Sacó un cuadro de detrás de un alto armario de cerezo. Era el retrato a tamaño natural de un hombre con el cabello de color oro rojizo, y sobre él una delgada corona de oro. Vestía sencillamente, de negro, pero en su mano derecha había una espada tan magnífica que parecía querer salir del cuadro al mundo real.

-¿Le reconoces?

-Se parece a mí -dijo el niño.

-Es Arturo de Inglaterra.

El muchacho permaneció transportado delante del cuadro durante sus buenos cinco minutos, inmóvil y sin apenas respirar.

-Lo pinté de memoria el día en que me enteré de su muerte. Utilicé cristal en lugar de tela, para que durara eternamente. Es el cristal lo que da vida a la espada.

-Mientes -dijo Arthur, los ojos todavía posados en el cuadro.

-Sabes que no. ¿De veras no sientes nada? ¿Ni siquiera la herida que te mató por haberte negado a aceptar la copa?

Arthur profirió un débil sonido. Sí la sentía, sentía aquel dolor agudo y penetrante que empezaba en el costado y subía ardiendo por su cuerpo hasta el corazón. Se llevó la mano al costado. Sus pies vacilaron.

-Fuiste tonto -dijo Saladino en voz queda-. O simplemente eras joven, como Alejandro. Merlín quería que tuvieras la copa. Lo deseaba tanto que volvió de la tumba para cuidar de que esta vez sí la tuvieras. Él la tiene ahora.

-Oh... -El muchacho cayó al suelo y sus piernas se contrajeron.

-No quiero pasar otro milenio solo, Arturo. Tienes un gran destino ante ti, yo me ocuparé de que lo cumplas. Juntos, podremos vivir eternamente. Tú gobernarás, y no habrá habido un rey semejante en todos los días de la Tierra.

Su voz era convincente, casi seductora.

-Merlín la ha escondido para que tú no la tengas -dijo-. ¿No comprendes? Sabe que tu puesto está a mi lado, y preferiría morir antes que renunciar a su autoridad sobre ti.

-No...

-Sabe que él, personalmente, es demasiado débil para gobernar. Te utilizará para alcanzar el poder y luego te lo arrebatará. Eso es lo que me hizo a mí. -Despacio, Saladino se lamió el sudor que le cubría el labio mientras observaba al niño que se retorció de dolor en el suelo-. Pero tú puedes controlar a ese hombre. ¡Escúchame!

Tocó con un dedo el pecho de Arthur, y el niño gritó de dolor.

-Puedes hacer que Merlín te traiga la copa.

Arthur abrió mucho los ojos.

-¿Co... cómo?

-Llámale. Tiene que contestar a su rey. -Saladino se agachó al lado del niño y susurró:- Llámale con el pensamiento, Arturo. Llama al mago. Insiste. Él vendrá con la copa.

Arthur luchaba por enderezarse.

-Llámale. Es tu hora. El mundo es tuyo.

--Qué clase de mundo... será? -gimió el chico.

La boca de Saladino se curvó en una débil sonrisa triunfal.

-Será como tú decidas que sea. Conmigo, con la copa, tu poder no tendrá límites. ¿Entiendes lo que digo, Arturo? No tendrá límites.

Arthur cerró los ojos. Por un momento, creyó estar muriendo. Otra vez.

Sí, comprendía. Había vuelto. Se le había dado una segunda oportunidad para que enderezara lo que había hecho mal. Pero ahora moría, y no era más que un niño.

Intentó esforzarse por mantener la conciencia, pero la oscuridad le abrumaba. Cayó girando hacia el fondo, a un lugar tan profundo que no había en él recuerdos. Y en esta oscuridad empezó a ver las primeras imágenes vagas, como filtradas, de un hombre caminando a lo largo de un largo salón de piedra. Su rostro reflejaba consuelo y compasión e irradiaba de él una luz semejante al calor del sol, y sus brazos estaban tendidos como queriendo coger el objeto que flotaba en el aire delante de él.

Era un cáliz, un cáliz de plata y oro, sin duda un gran tesoro, y cerca de él una voz, la voz de Merlín, ¡oh, amigo!, la voz de Merlín gritaba: *¡Tómala, Arturo! ¡Tómala!*. Y Arthur fue a coger la magnífica copa pero, de pronto, la luz desapareció del rostro del extraño. El rostro de Cristo, que moría sin la luz, el cuerpo de Cristo que se desvanecía poco a poco en la oscuridad. Pero el Cáliz seguía allí, sin la luz de Jesús sobre él, flotando y acercándose más y más...

-Tómala. ..

Volvió en sí un instante después de haber perdido la conciencia. Cuanto pudiera haber visto no tenía sentido para él, ningún sentido, pero recordaba el rostro de Cristo, sin luz, que desaparecía. Y cuando vio a Saladino, que esperaba expectante con ojos de predador, supo que miraba el rostro del demonio.

Se enderezó hasta quedar sentado y cuadró los estrechos hombros, intentando ahuyentar de sí el dolor.

-Tú no entras en mis planes -dijo.

Los ojos oscuros relampaguearon. Saladino se puso en pie. Se dirigió al extremo opuesto de la estancia, apretando los dientes. Finalmente, se volvió para mirar a Arthur.

-Acabas de... arruinar tu vida -dijo con voz ronca.

Un estremecimiento de terror recorrió en ondas la espina dorsal de Arthur. Pronto iba a morir, lo sabía. Y Saladino se iba a ocupar de que no fuera una muerte sin dolor.

-Adiós, Saladino -dijo tranquilamente.

Se encaminó hacia la escalera, sufriendo de dolor con cada uno de sus pasos, pero mantuvo la espalda tan recta como la del rey del cuadro, el rey que él fue un día.

Pasó un buen rato antes de que Hal volviera al albergue. Después de la fructífera visita a Matilda Grimes, fue a ver al inspector Candy para hablarle de la mansión próxima al parque de atracciones, pero Candy no estaba en la furgoneta de la policía. Higgins y Chastain no tenían ni idea de dónde podía estar su superior, y estaban francamente sorprendidos de que se pudiera esperar de ellos que lo supieran.

-¿Y si los secuestradores quieren hacer el canje pronto? -preguntó Hal quejumbrosamente-. Si no está Candy, ¿quién va a ir detrás de esos maníacos, ustedes?

-Tranquilo, señor Woczniak, tranquilo -musitó Higgins.

-Son seis hombres. ¿Saben ustedes al menos disparar?

Chastain se limitó a sonreír, y Higgins dijo:

-Nosotros no utilizamos armas.

-Ah, fantástico. Eso sí que es una maravilla.

-No se preocupe excesivamente, señor. El inspector Candy estará pronto de vuelta, estoy seguro.

-¿Y esos refuerzos de los que ha hablado? ¿Los ha pedido?

-Lo hará. Cuando sean necesarios. -Higgins volvía a entrar subrepticamente en la furgoneta como temiendo la exposición a la luz del sol y al aire sin procesar.

Hal dejó que se fuera. Si llegaba el caso de una confrontación con Saladino y sus hombres, estos dos serían aproximadamente tan útiles como unos juanetes en los pies. Esto lo sabía Hal. Quitó más cristales rotos del asiento delantero del Morris y volvió al albergue.

La señora Sloan estaba barriendo los peldaños de la entrada cuando Hal llegó en el coche. Éste había preparado una disculpa en toda regla, pero la mujer no dejó que prosiguiera.

-Nada, mozo, ni hablar -dijo, sin dejar ni un milímetro sin barrer-. Yo de lo que me alegro es de que la señora no haya sufrido daños. Me lo ha contado todo y me ha dado un cheque para pagar la rotura, además.

-Gracias -agregó Hal-. Entonces, ¿Emily está bien?

-Sí, muy bien. Las mujeres son así. Cuando son ellas las que reciben los golpes, se lo toman como si nada. Es cuando los niños lo pasan mal, que ellas no pueden hacer más que preocuparse que venirse abajo.

De hecho, Emily no mostraba indicio alguno de la lasitud que se había apoderado de ella al producirse el rapto de Arthur. Se levantó de un salto de la silla donde estaba sentada en el bar, los ojos muy abiertos y un sobre en las manos.

-Esto ha llegado una hora después de que yo volviera -explicó-. Ha venido con el correo de la tarde. El cartero no sabía cómo es que estaba en su cartera.

El sobre era de papel de hilo de gran calidad, probablemente artesanal. No llevaba franqueo. Delante estaba escrito el nombre de Emily Blessing con letra fluida, y Hal reconoció en ella la misma escritura de la postal. Dentro, una hoja de papel conteniendo una sola palabra: Medianoche.

-El canje es esta noche -dijo Hal.

-Pero, ¿dónde? No sabemos dónde va a ser.

-No quieren que lo sepamos todavía. Espera aquí un segundo. Tengo que comunicarle esto a Candy.

Fue a toda prisa hasta la mesa y marcó el número del teléfono móvil de la furgoneta. Contestó Higgins con voz cauta, como si desconfiara de los teléfonos y de su empleo.

-No, el inspector Candy no ha vuelto todavía -contestó con su voz inaudible.

-¿No les llama a ustedes para decirles dónde está? -gritó Hal por el aparato.

Se produjo una pausa mientras Higgins meditaba la cuestión a fondo.

-Normalmente -dijo.

-Bien, pues tenemos la segunda nota de los secuestradores. El canje se hará a la medianoche de hoy. Todavía no sé dónde.

-Comunicaré el mensaje al inspector -aseguró Higgins.

-Son ya casi las cinco.

-Sí -asintió Higgins.

-Si Candy no se pone en contacto conmigo dentro de una hora, voy a encargarme yo mismo que vengan los polis que hacen falta.

-Oh, eso sí que es totalmente imposible, señor Woczniak. Verá...

-Una hora. -Y colgó.

Casi colisionó con la imponente señora Sloan cuando entraba de nuevo en el bar. Ella entraba también en este instante desde la calle, secándose la frente con el borde del delantal.

-Esta noche tendremos calor otra vez -dijo la mujer, y en seguida, viendo la cara de Hal, añadió:- Las cosas no van muy bien, ¿verdad?

-¿Puedo entrar en la cocina con usted? -preguntó Hal con toda la cortesía que le era posible.

-Supongo que sí. Mientras no se le ocurra cocinar. Una cosa es el coche, pero no me gusta que trasteen con mis ollas y sartenes, en especial los hombres.

-Necesito un bol -dijo Hal.

-¿Muy grande?

-Pequeño. -Indicó las dimensiones con las manos-. Más o menos como una taza, pero sin asa. ¿Puede prestarme uno?

La mujer dejó la escoba en un rincón.

-Bueno, veamos lo que tengo por aquí.

-No van a morder el anzuelo -apuntó Emily-. Una copa falsa no servirá.

-No, pero tampoco podemos ir allí con las manos vacías. A lo mejor, esto nos abre la puerta.

Una vez en la cocina, pequeña y sofocante, la señora Sloan abrió un armario de encima de los hornillos de hierro y sacó docenas de tazones, todos bastante usados y en diferentes grados de deterioro.

-Esto es más o menos lo que necesito -dijo Hal, cogiendo una pequeña taza de metal para medir con el fondo redondeado y un asa medio rota. Miró a la mujer con aire implorante.

La señora Sloan le dirigió una mirada exasperada, le arrancó la copa de las manos y la golpeó contra la cocina hasta que el asa se desprendió.

-Supongo que es esto lo que quiere.

-Es usted un tesoro -dijo Hal.

-Pero me la devuelve, con asa o sin ella.

-Sí señora. ¿Tiene papel de envolver y cinta adhesiva?

La mujer agarró unos periódicos del montón que tenía en un rincón de la cocina y se los metió en las manos. A continuación, indicó el camino de vuelta a la salita.

-En la mesa del teléfono -dijo.

-Gracias. Muchas gracias.

La respuesta de la señora Sloan fue un gruñido.

Arriba en la habitación de Emily, Hal envolvió el bol con el papel de periódico y luego sujetó el paquete con cinta adhesiva.

-Hal. . .

Él sostuvo en alto el objeto redondo, de aspecto misterioso.

-¿Te parece que vamos a poder cruzar la primera línea?

-Creo que no deberías ir, Hal.

-¿Qué dices?

-La nota está dirigida a mí. Si te ven, quizá le hagan algo a Arthur.

Y si te cogen a ti con esta copa de pacotilla, te liquidan, pensó él.

-Hablaemos de eso más tarde. A lo mejor ni siquiera hay canje, si consigo localizar al Hombre Invisible de Scotland Yard.

-¿El inspector Candy? ¿No sabes dónde está ?

-La última vez que le vi iba a hacer una comprobación en una casa en Abelard Street. Eso fue hace horas.

-¿Por qué no vamos a echar un vistazo? Quizá esté metido en algún lío.

Hal movió la cabeza afirmativamente.

-Iré yo. Tú te quedas aquí. Va a llegar otro mensaje en cualquier momento.

Fatigado, subió de nuevo al Morris y se dirigió al pueblo.

Cuando el inspector Candy aparcó su coche cerca del túnel del Fantasmarama, lo primero que observó fueron los largos rastros de rodadura de motocicleta que iban y venían del bosque. Por primera vez desde el comienzo de la investigación, se sentía un tanto optimista.

La visita a la casa de Abelard Street había sido una pérdida de tiempo, igual que todas las otras pistas que había seguido hasta ahora. Estaba vacía, sin inquilinos, y cerrada a cal y canto. Algunos vecinos recordaban a un hombre joven de pelo oscuro con una motocicleta, pero al parecer se había ido hacía más de un mes y desde entonces la casa estaba vacía.

Siguiendo una corazonada, Candy se dirigió a los terrenos del viejo parque de atracciones donde habían agredido a Emily Blessing. El suelo estaba todavía húmedo por el chubasco del día anterior, y Candy no esperaba encontrar más que unas señales del paso de neumáticos como las que encontró. Pero era más de lo que esperaba, teniendo en cuenta la longitud y la claridad de la rodadura.

Después de echar un rápido vistazo a la Casa de la Risa, siguió el rastro de la rodadura a pie. Llevaba a través del bosque hacia un prado alto y ondulado a aproximadamente un kilómetro de distancia. Al llegar a lo alto de la cuesta, vio debajo de él un verde valle en cuyo centro, también a un kilómetro de distancia más o menos, se alzaba una vieja y destartalada mansión de piedra. La casa parecía haber sido construida por etapas, ya que tenía cuatro niveles distintos que seguían el contorno natural del terreno. Un gran sauce estaba plantado delante de la casa en medio del estanque de pececillos de colores con su paredón de piedra, vacío ahora con excepción de los montones de hojas putrefactas. No había luces encendidas ni coches aparcados cerca de la entrada principal.

Tenía que ser aquí, pensó Candy. No había otras construcciones cerca, salvo un gran granero. Candy se acercó un poco más a él. Encontró excrementos de caballo recientes y oyó relinchos procedentes del interior.

Ya los tenía. Aun cuando no se hallara aquí ninguno de los secuestradores, podría llevarse al niño. Esto esperaba, al menos. Uno contra seis no era la proporción idónea. Cuando llamara a los agentes de refuerzo, ellos se ocuparían de estos hombres. Lo que importaba ahora era el niño.

Dio la vuelta al granero y esperó detrás a que alguien saliera de la casa, pero no salió nadie. O bien le habían divisado en medio de la hierba alta y descuidada o no había nadie en casa. Bien. Había una posibilidad. La casa seguramente estaría cerrada, pero ya vería el modo de entrar. Confiaba tan sólo en que el niño siguiera con vida.

Candy avanzó con precaución por la grava. Estaba muy cerca de la casa cuando oyó abrirse de par en par las puertas del granero y vio a dos hombres montados en garañones árabes que salían al galope, profiriendo un lamento agudo y potente. Se lanzaron sobre él a la carga, y desenvainaron unos largos sables curvos mientras los caballos se acercaban.

-¡Policía! -gritó el inspector, yendo a sacar su placa de identificación.

Los hombres no se detuvieron. Candy sintió que rompía a sudar a medida que se acercaban retumbando los animales. Veía cómo se hinchaban sus ollares y los ojos de los jinetes vestidos de negro que blandían aquellas extrañas armas en el aire por encima de la cabeza, preparados para golpear.

En el último instante, el valor de Candy se vino abajo. Se tiró al suelo y rodó justo cuando los cascos del caballo pisaban el lugar donde se hallaba él antes. Mientras los caballistas tiraban de las riendas para arremeter de nuevo contra él, Candy vio, en una ventana superior de la casa, el rostro de un hombre alto y delgado con el cabello negro como la pez y barbita, y reconoció en él al maníaco que había detenido cuatro años antes y enviado a Maplebrook.

-Hijo de puta -susurró, y el hombre contestó con una ligera inclinación de cabeza. Sus ojos sonreían.

Candy echó a correr, pero no había a donde ir. No había recorrido más que unos pasos cuando tuvo de nuevo encima a los jinetes. El primer golpe le produjo un profundo corte en la garganta. Candy sintió un dolor lacerante y lanzó la cabeza hacia atrás violentamente. Pudo incluso ver aquel increíble chorro de sangre que manaba de su cuello antes de que el segundo sable le golpeará en un lado de la cabeza partiéndole el delgado hueso de la sien derecha.

Se desplomó al suelo, y antes de que su cuerpo tocara la grava había muerto.

El dolor del costado de Arthur acabó desapareciendo. Habían vuelto a trasladarle desde el sótano a la sala de estar del piso superior donde había pasado la noche; el hombre alto había ordenado que quitaran al chico de su vista después de que éste le mostrara su rechazo. Había aguardado allí, pensando en el extraño fenómeno del que había sido testigo.

Había ocupado el lugar de otra persona, había vivido en verdad como vivió otra persona hacía mucho, mucho tiempo, y por un momento -un brevísimo espacio de tiempo, aquel sueño de vigilia sin sentido que se había abatido sobre él en su imaginario dolor- había recordado aquella vida lejana.

Fui Arturo de Inglaterra, pensó. Si esto le hubiera ocurrido a otra persona se habría echado a reír, pensó. A todo el mundo le habría gustado ser rey, cierto. Incluso a las chicas. Pero su reminiscencia no había sido la de un rey, sino la de un hombre al borde de la muerte. Recordaba tan sólo el dolor y la visión delirante de un Cristo que desaparecía mientras él sentía cómo la vida abandonaba su cuerpo.

Ahora ya no era un rey, ni siquiera un hombre. Era sólo un niño de diez años asustado. Se abrazó las rodillas para protegerse del miedo, pero éste no hizo más que crecer.

Habrías podido acceder, dijo una voz en su interior. Habrías podido decirle que estabas de su parte. Te habría convertido en rey, o al menos en alguien importante...

No. No, jamás habría podido aceptar. Después de haber visto el rostro de la visión, estaba perfectamente claro quién era Saladino.

Cierto. Desde allí, si el mapa era exacto, se estaba lo bastante cerca de los restos del castillo como para poder atacar fácilmente a través del bosque. Fue en el coche hasta el lugar donde Higgins y Chastain habían encontrado las huellas del caballo y luego cruzó a pie el trecho de dos kilómetros por entre árboles y matorrales. Más allá había un ondulado prado, con la forma de un enorme cuenco, que rodeaba la casa. El parque de atracciones debía de estar al oeste, pensó, detrás de otra barrera de árboles.

No se veía a nadie en la casa, pero sí había dos grandes caballos pastando en el prado. Hal intentó adivinar si eran los mismos caballos con los que había sido atacado en los terrenos del castillo, pero no sabía lo suficiente acerca de caballos como para distinguirlos.

Esperó casi media hora tumbado boca abajo a que alguien saliera de la casa. No salió nadie, y Hal no estaba dispuesto a acercarse al lugar solo y desarmado. Finalmente, recorrió el camino de vuelta hasta el coche y volvió al albergue

-Creo que sé dónde están los secuestradores -decía suplicante a Higgins por teléfono-. Con diez o quince hombres de Scotland Yard o del SAS podríamos asaltar la casa antes de que se efectuara el canje.

Higgins casi se ahogó.

-¿El Servicio Aéreo Especial? No hablará en serio, señor Woczniak.

-¡Esos hombres son peligrosos, demonios!

-Le aseguro que el inspector Candy tiene la situación bajo control.

-¡Candy no aparece! -gritó Hal por el aparato-. Todo parece indicar que está metido en algún lío. Podría incluso hallarse en la casa con Arthur.

-Eso parece poco probable -respondió Higgins secamente.

Hal, consciente de que se estaba acogiendo a cosas poco sustanciales, intentó mostrarse más razonable.

-De acuerdo, es posible -dijo-. Pero, esté donde esté, no podemos seguir esperándole. Scotland Yard podría mandar aquí a algunos hombres en helicóptero...

-El inspector en ningún momento ha tenido la intención de pedir hombres de la Metropolitana -le corrigió Higgins-. Se utilizará a agentes de los puestos de policía locales. Es decir, eso si el inspector considera necesario recurrir a ayuda externa. Pero no da la impresión de que sea ése el caso.

-¿Qué? -Hal no daba crédito a sus oídos.

-Esa casa que dice usted haber localizado. ¿Ha estado?

-Sí. Y había caballos.

-¿Qué tipo de caballos?

-No lo sé, por el amor de Dios. Caballos grandes.

Higgins suspiró.

-Caballos grandes -repitió-. ¿Ha visto a alguno de los hombres que le agredieron en el prado cerca del fuerte?

Hal no sabía que decir.

-No -dijo finalmente-. Seguramente estaban todos dentro de la casa.

-Sea razonable, señor Woczniak, por favor. En esta zona viven otras personas además de los secuestradores. Y tienen caballos. Caballos grandes.

Hal estaba a punto de reventar.

-Mire -dijo-. Necesitamos policías armados para sacar a Arthur de ese sitio. Si no me dan ustedes los policías, denme al menos un arma para que pueda entrar allí yo personalmente.

-Eso sería una total imprudencia.

-Quiero un arma -insistió Hal.

-Nosotros no utilizamos armas, señor Woczniak. Ya se lo he dicho. Y, suponiendo que las utilizáramos, difícilmente íbamos a entregárselas a civiles descontrolados.

-¿Y Candy? ¿Ni siquiera están preocupados por él?

-No, yo no -dijo Higgins. Evidentemente, estaba al borde de perder la paciencia, puesto que hablaba ahora casi lo bastante alto como para que sus palabras resultaran audibles-. Sin duda el inspector se ha encontrado con una pista más viable que la de usted y va detrás de ella.

-Exacto. O puede que esté muerto -dijo Hal.

-Señor Woczniak...

-Que le den por el saco. -Hal colgó bruscamente el aparato.

A continuación, llamó a Scotland Yard. Después de pasarse un cuarto de hora yendo de una voz sin rostro a otra, se le aconsejó de nuevo, suavemente pero con firmeza, que no se inmiscuyera en los asuntos del inspector Candy.

Presa casi del pánico, intentó llamar a las oficinas del FBI en Washington. Al fin y al cabo, era el jefe quien había metido a Scotland Yard en el asunto; el jefe podría ahora darles un toque para que actuaran.

El jefe se hallaba a bordo de un avión camino de California.

Desesperado, colgó el auricular. Sólo había otro hombre que tal vez pudiera conseguir que acudieran las suficientes fuerzas policiales como para asaltar la guarida de los secuestradores.

-Agente Nubbit, le pido que considere la posibilidad de que le haya ocurrido algo al inspector Candy -dijo Hal con la mayor humildad posible.

Nubbit rió entre dientes.

-Es usted un tipo extraño. Gracioso. Gracioso de veras.

-¿Puedo preguntar por qué mi petición de efectivos adicionales le resulta tan divertida? -preguntó Hal, sintiendo que el aire se calentaba dentro de su nariz.

Nubbit se inclinó hacia delante, muy serio.

-Señor, Scotland Yard ya ha denegado su petición. Yo no puedo saltar por encima de ellos.

-Eso que hay en esa furgoneta no es Scotland Yard. Son dos científicos que no sabrían detener a una pandilla de secuestradores ni con un obús.

-Los agentes Higgins y Chastain son detectives de la Policía Metropolitana -dijo el policía, taimado-. Y, además, unos chicos excelentes.

-¿Y qué me dice de Candy? -gritó Hal, incapaz de seguir controlándose. A nadie parecía interesarle el hecho de que el principal agente involucrado en el caso llevaba varias horas desaparecido.

-No he llegado a conocerle tan bien como a los otros -confesó Nubbit-. Pero parece un buen tipo. Los calcetines no hacen juego. En este tipo de trabajo uno se fija en cositas de ese tipo, ¿sabe usted?

-¡Por Dios! -Tenía ganas de estrangular a ese hombre-. Lo que yo digo es que quizá Candy no esté en situación de pedir los agentes adicionales que vamos a necesitar.

-Oh, yo no sacaría conclusiones apresuradas, señor... ¿cómo dijo que se llamaba?

-Woczniak -contestó Hal cerrando los ojos.

-Difícil de pronunciar, ese nombre.

-Si el inspector no estuviera en dificultades, habría llamado.

-Oh, no, no. No forzosamente.

-¡Son más de las nueve! Los secuestradores quieren que me encuentre con ellos a medianoche. Agente Nubbit, lo que yo digo es que, con Candy o sin él, vamos a tener que reunir algunos policías si no queremos que esos hombres maten al niño. ¿Puede comunicarlo a los otros pueblos y ciudades de la zona?

-Oh, no, ni pensarlo. -Nubbit sacudió la cabeza vivamente-. Yo no soy más que un jefe de policía. No soy quien para pasar por encima de Scotland Yard.

-Pero ya le he explicado...-Hal se interrumpió. Era inútil. Había ya hecho el círculo completo con este hombre. Por algún motivo, el cerebro de Nubbit era incapaz de tolerar la menor desviación de la rutina normal-. Gracias -dijo Hal con cansancio, y se puso en pie.

-Me alegro de serle útil -gritó Nubbit cuando Hal salía del puesto de policía.

Emily no había tenido noticias de los secuestradores.

-¿Por qué tardarán tanto?--preguntó.

-No lo sé -exclamó Hal repantigándose en una silla excesivamente mullida de la habitación. Estaba terriblemente cansado. Cansado, asqueado y desesperado-. He hablado con todo el mundo, incluso con ese zoquete del puesto de policía. Si pudiera...

En ese preciso instante, se rompió el cristal de la ventana y algo entró volando en la habitación y aterrizó con un ruido sordo en medio de la alfombra.

Hal se puso en pie de un salto y corrió inmediatamente hacia la ventana. Una motocicleta se alejaba zumbando por la calle. No necesitaba comprobar la matrícula para saber que se trataba del mismo hombre que había destrozado el parabrisas del Morris.

-No lo toques -gritó.

Se quedaron los dos mirando el extraño envoltorio. Era vagamente esférico. El grueso papel marrón había sido envuelto en torno a él apresuradamente.

-Hay... hay sangre -dijo Emily mudando de color.

Un lado del paquete estaba manchado de rojo. La mancha crecía y se extendía por la alfombra.

-Será mejor que salgas de aquí -dijo Hal, pero Emily permaneció petrificada donde estaba.

-Abrelo -susurró.

Hal se arrodilló junto al paquete, arrancó un trozo de cinta adhesiva y a continuación miró a Emily. Ésta asintió con la cabeza.

-Podría ser... algo de Arthur -dijo Hal intentando prepararla para lo peor.

-Abrelo. -La voz de Emily era dura y áspera-. Abrelo, por Dios, o lo abro yo.

Respirando hondo, Hal hizo a un lado el papel marrón empapado.

Era la cabeza del inspector Candy.

-¡Oh, santo cielo! -exclamó Hal.

Fuera debido al shock o al alivio, Emily se desmayó y cayó al suelo, y su cabeza produjo un gran ruido al golpear el suelo. Rápidamente, Hal se puso a envolver de nuevo aquella cosa tan espeluznante, pero observó entonces que había algo escrito en el interior del papel.

*Venga solo al molino de harina de Pembroke Lane, siete kilómetros al sur.
No más policía, por favor, o encontrar la cabeza del niño en el siguiente paquete.
Se habrá dado cuenta de que hablo muy en serio.*

La firma era una S larga y florida.

Hal refrescó la cara de Emily con una toalla empapada en agua fría. Luego, cuando ella empezaba a volver en sí, pero antes de que hubiera recuperado plenamente la consciencia, le hizo tragar una de las tabletas de Seconal de Arthur. Sabía que, si estaba despierta, insistiría en acudir personalmente a la cita con Saladino, y él no estaba dispuesto a permitirlo.

La tendió sobre la cama con la cabeza apoyada en la almohada. Se dirigió luego a su propia habitación para coger aquella hoja donde Arthur había anotado sus ingeniosas instrucciones destinadas a asegurar a Emily una vida sin percances en caso de que él muriera.

Hal unió su propia nota a la de Arthur.

Emily,

No esperes a que nos encuentren. Limitate a seguir estas instrucciones y estarás a salvo. Es lo que Arthur deseaba de corazón para ti. Y yo también lo deseo.

Hal

Quería decirle algo más. Quería decirle que la echaba de menos ya y que, por un instante, le había parecido haber encontrado por fin un propósito en su vida. Que quizá, en alguna parte, existiera la felicidad, y que tal vez, sólo tal vez, podrían hallarla, juntos los tres.

Pero sabía que Emily tenía razón. Era demasiado tarde para todo eso. Por unas palabras no cambiaba nada. Miró su reloj. Las 10.30. Acudiría andando a la cita. No cabría en todo caso la posibilidad de utilizar un coche para escapar.

El mensaje de Saladino decía siete kilómetros al sur. ¿Al sur de qué? ¿Del pueblo? ¿Del castillo?

No, no era eso. Saladino se refería al albergue. Sabía con exactitud dónde estaba Hal. Se había enterado de las actividades de Candy, y sabía probablemente que, sin el inspector, Hal no conseguiría reunir efectivos suficientes para combatirlo.

Él moriría, por supuesto. Saladino jamás le permitiría seguir con vida después de todo lo que sabía. Y también Arthur moriría, si no había muerto ya. Después de esta noche, sólo a Emily le quedaría la posibilidad de seguir con vida. Era una lástima, una lástima para el crío, pero, ¿qué se podía esperar cuando intervenía Hal Woczniak? Había fracasado de nuevo. A lo más que podía aspirar era a llevarse con él a unos cuantos de aquellos cerdos.

Pero ya era algo. Lo haría por Brian Candy. Y por Arthur.

Llamó a la puerta de la señora Sloan y la despertó.

-Por Dios, hijo, ¿qué pasa ahora?

-Perdone que la moleste, pero tengo que pedirle otro favor. El último, se lo prometo.

La mujer se pasó los dedos por el cabello.

-Bueno, venga ya, si es que no piensa tenerme despierta toda la noche hablando.

Hal le entregó trescientos billetes de una libra. Era cuanto tenía.

-Me gustaría que se quedara usted con la mitad y le diera el resto a Emily dentro de tres horas. Está durmiendo, pero quiero que la despierte. Déle mucho café y luego llévela en el coche hasta la estación de tren más próxima, y que coja un tren para Londres. Hay una nota en un sobre dirigido a ella encima del escritorio. Métaselo en el bolsillo, por favor. Estar atontada y a lo mejor se olvida de cogerlo.

-Por todos los santos, muchacho...

-No puedo explicarle nada más. Pero si alguien viniera y preguntara por ella, usted les dice que desapareció una noche. Es también por la seguridad de usted, señora Sloan.

La mujer miraba aturdida, hasta que finalmente asintió.

-De acuerdo. Sé que usted no la dejaría así si no fuera por algún motivo de peso.

-Gracias. -Hal se volvió para marcharse.

-Lamento mucho todo lo que les ha pasado, a los dos.

-Sée -respondió Hal.

De vuelta en su habitación, Hal cogió la taza de medir envuelta en papel de periódico y bajó la escalera. También tomó prestado un cuchillo largo de un cajón de la cocina y se lo metió debajo del cinturón, en la espalda.

Había llegado la hora de batallar una vez más contra el Caballero Sarraceno, aunque sabía cuál sería el resultado, el mismo de hacía cien vidas.

El camino que llevaba a Pembroke Lane pasaba por las ruinas del castillo. El castillo de Arturo, pensó Hal. Camelot, donde se habían congregado los caballeros de la Tabla Redonda para servir al más grande rey de la historia.

Abandonó el camino y subió las cuestas oscuras y silenciosas por última vez. Seguían allí las piedras, inmóviles y cubiertas de musgo, en los mismos lugares donde habían caído hacía siglos. Mentalmente, lo imaginaba todo como había sido en los primeros años gloriosos: la majestuosa explanada exterior, con sus torrecillas y sus altas murallas; el patio interior donde los sirvientes atendían a los animales y cuidaban de los jardines y los caballeros practicaban las artes de la guerra; las fortificaciones interiores al otro lado del foso, que no era ahora más que una zanja insignificante; y el magnífico torreón, tan alto que parecía tocar las mismísimas estrellas, tan inexpugnable que ninguna fuerza enemiga podría jamás penetrar en él. Así lo creían ellos entonces, cuando eran el nuevo orden del mundo.

Todo había desaparecido. Sólo estaba el mismo Arturo, que había vuelto para gobernar un reino ya inexistente acompañado de un protector cuyas limitaciones habían condenado a ambos a la muerte.

-Dios mío, ¿por qué me escogiste a mí? -susurró.

-¿Cómo dice, señor? -trinó una voz joven.

Hal giró en redondo. Encaramado en el bajo muro que tenía detrás estaba aquel mismo niño que apareció por el prado la mañana en que se llevaron a Arthur.

-No... no te había visto -exclamó Hal.

-Vengo a oír los caballos -contestó el chico. Hal le miró sin comprender-. Es la víspera de San Juan, señor Esta noche cabalgan los caballeros. Si escucha usted, les oirá venir desde aquí mismo, buscando a su rey hasta que se haga de día.

Lentamente, Hal miró en torno a él a las ruinas.

-Los jinetes fantasma -dijo tranquilamente-. He oído hablar de ellos.

-Son reales, créame. Yo vengo aquí todos los años. ¡Y cómo resuenan los cascos, como el trueno! -El muchacho miró al cielo estrellado-. Pero nunca encuentran al rey. Supongo que Arturo habrá muerto ya.

Hal tragó saliva.

-Mira, niño, ser mejor que te vayas a tu casa -dijo de mal humor-. Los polis están buscando a unos criminales armados por aquí. Este no es sitio para ti.

-Pero los caballeros de la Tabla Redonda...

-Vamos, vete de aquí.

Empujó al chico en dirección al camino y luego le acompañó hasta que estuvieron fuera de las ruinas del castillo. El chico corrió un breve trecho para no caer, luego se volvió y miró a Hal.

-¡Vete a casa te he dicho! -gritó Hal.

El chico se adentró en la noche y Hal siguió andando hacia Pembroke Lane.

Llegó al molino a las 11.20. No quedaba gran cosa de la explotación, salvo los restos esqueléticos de una noria y algunas tablas desprendidas. No había aquí donde ocultarse, pero qué importaba: Hal ya no se escondía.

Al poco rato, oyó el ruido de los cascos. Se acercaba un caballo. No, había más de uno. Podía ver sus flancos relucientes a la luz de la luna. Iba montado en uno de ellos un jinete vestido de negro que sostenía las riendas del otro animal. Se detuvo a cierta distancia e hizo señas a Hal para que se acercara.

-No sé montar -dijo Hal cuando el hombre de negro le lanzó las riendas.

El hombre no respondió. El caballo sin jinete se movió hacia Hal, relinchando suavemente.

Aferrando con torpeza la taza envuelta en papel de periódico de la alacena de la señora Sloan, Hal se subió a la silla y tomó las riendas.

-Muy bien -dijo con resignación-. ¿Adónde?

El jinete dio media vuelta y se alejó al trote corto. El caballo de Hal iba detrás. Salieron del camino y cabalgaron por breve tiempo a través del bosque hasta salir a un amplio descampado, donde las monturas apresuraron la marcha.

Hal se aferró con desespero a las riendas hasta que estuvieron en lo alto de una loma. Debajo de ésta, bañada por la luz de la luna, se alzaba la vieja mansión de piedra que ya había visto. Una de las habitaciones superiores estaba iluminada. El resto de la casa estaba a oscuras.

Sabía que era aquí, pensó Hal, asqueado.

Los había localizado, todo era correcto. Y sin embargo, nadie había creído lo bastante en sus palabras como para enviar siquiera un pequeño contingente de hombres al rescate de Arthur.

Y era demasiado tarde ya. Demasiado tarde.

Arthur le vio llegar.

Oyó un ruido en el prado y corrió a la ventana igual que había hecho montones de veces desde el anochecer.

La ventana estaba cerrada herméticamente. Había intentado más de una vez romper el cristal, pero éste era de doble espesor, aislante, y, además, entre la ventana y el suelo situado diez metros más abajo sólo había un estrecho alero de pizarra.

Aparte del hombre que había ido a sellar la ventana, Arthur no había recibido ninguna visita desde el paseo de la mañana con Saladino por la estancia del sótano. Ni visitas, ni comida, ni siquiera las temidas inyecciones. Era como si Arthur hubiera dejado de pronto de existir para los hombres que ocupaban el viejo caserón de piedra.

Era un alivio. Sin las drogas, podía al menos permanecer despierto. Sabía que eso era necesario.

Saladino le había dado la posibilidad de vivir y él la había rechazado. Lo que fuera que se hubiera planeado iba a ocurrir esta noche, y Arthur sabía que debía estar alerta. De ello dependía su vida.

Al acercarse a la ventana pudo oír con toda claridad el ruido de los cascos. Vio a los dos jinetes y su corazón empezó a latir con fuerza. Uno de ellos era Hal. Lo supo aun antes de que la luna iluminara el cabello castaño grisáceo y la piel clara de Hal. -.

Pensó que lo había sabido en todo momento. Hal vendría. Cuando necesitara un paladín, Hal vendría.

Rápidamente, se alejó de la ventana para comprobar los hilos de la lámpara. Un cortocircuito no era gran cosa, pero quizá le diera un minuto o dos a Hal.

Volvió luego a la ventana para ver desmontar a los dos hombres. No había nadie más por allí. Ningún policía. Desde su punto de observación, Arthur habría divisado cualquier posible actividad que se hubiera desarrollado en el bosque durante el día. No había visto nada. Hal venía solo y, además, probablemente estaba prisionero.

Pero había venido.

-¡Hal! ¡Estoy aquí, Hal! -gritó, golpeando el grueso cristal.

Hal miró hacia arriba, de donde salía la voz, un instante antes de que el otro hombre le hiciera entrar a empujones por la puerta abierta.

Momentos más tarde, el hombre corpulento que estaba de pie junto a la puerta desde que le habían conducido a la casa entró en su habitación con un rollo de cuerda. Arthur intentó esquivarlo, pero el hombre le atrapó con facilidad y le metió una mordaza de tela de algodón en la boca. Casi en un mismo movimiento, sentó a Arthur en una silla de madera de respaldo recto y a continuación le ató a ella con la cuerda por el pecho y los tobillos.

Después de inspeccionar su labor, el hombre se fue.

Arthur miró el cordón apañado de la lmpara. Sin su ayuda, Hal no tendría ni siquiera ese minuto.

Hal casi lloró de alivio al ver la cara de Arthur. Si el crío no había muerto, quedaba una posibilidad. No importaba que ellos fueran tantos y que él fuera desarmado. No importaba que no tuviera la copa con que tratar con Saladino ni que la policía no tuviera interés en ayudarlo. Arthur vivía, y Hal lucharía con todas las fuerzas de que fuera capaz para proteger su vida.

Cuando el silencioso acompañante le derribó al suelo de la habitación a oscuras, Hal se dio la vuelta y extrajo el cuchillo de su cinturón. Luego, poniéndose en pie como movido por un resorte, se abalanzó sobre el hombre. El cuchillo dio en la carne, luego en el hueso y luego en algo interior blando. Oyó al hombre boquear mientras luchaba. Se encendieron entonces las luces y en este único instante cegador le pareció verse cubierto por un enjambre de cuerpos.

Cuando de nuevo pudo ver, el cuchillo ensangrentado estaba en el suelo al lado del hombre muerto. La copa envuelta en periódico se había deslizado hasta debajo de la mesa. Y él yacía boca abajo, clavado a la alfombra por tres hombres de negro.

Apenas podía respirar. Uno de los asaltantes tenía puesta la rodilla sobre el cuello de Hal. Con el movimiento adecuado los pequeños huesos se partirían como cáscaras de cacahuete, y este hombre sabía cómo ejecutar ese movimiento, Hal estaba seguro.

-Soltadle -atronó una voz profunda.

Inmediatamente, los tres hombres obedecieron.

El hombre que había hablado estaba de pie en el centro de la estancia, los brazos cruzados sobre el pecho. También él vestía de negro. Su tremenda estatura le daba el aspecto de una gigantesca ave de presa en reposo, las alas plegadas y las garras escondidas. Sólo tuvo que mirar de reojo la copa para que uno de los hombres se apresurara a cogerla.

Pero Saladino no tenía ninguna prisa por verla. Miró en cambio a Hal, y había en sus ojos un brillo divertido.

-Sabes matar -dijo, con auténtica admiración en la voz-. La mayoría de hombres se lo habrían pensado dos veces antes de matar al mensajero en un canje.

-Esto no es ningún canje, y tú lo sabes -dijo Hal-. Ahora sois uno menos.

Saladino se encogió ligeramente de hombros, asintiendo, y luego tendió la mano para que le dieran la copa. El otro hombre se la entregó, todavía envuelta.

El rostro del hombre alto se ensombreció.

-¿Qué mentira es ésta? -bramó arrojando la copa al suelo.

-No esperarías que trajera conmigo la auténtica copa, ¿verdad? -se mofó Hal-. ¿Con todos estos terroristas aquí esperando para hacerme picadillo? -Intentó desesperadamente hacer que sus palabras sonaran convincentes-. Mira, ese crío no significa nada para mí. Yo no le conocía de nada hasta anteayer. Pero es absurdo que le mates. Deja que vuelva con su tía y yo te llevaré hasta la copa. Tú y yo solos. Un acuerdo entre caballeros. ¿Te parece?

Saladino le miró fijamente por un instante. Luego, sus ojos se ablandaron y sonrió.

-Tú no tienes la copa -dijo quedamente.

-Claro que la tengo. ¿Iba yo a ofrecértela...?

-Sabes que voy a matarte. Y desearías dar tu vida por la del chico. -Meneó la cabeza-. Sigues siendo el mismo.

-Mira, no sé de que me hablas. Te estoy dando la posibilidad de recuperar lo que más quieres.

Saladino cruzó la estancia. Y, al tiempo que salía por la puerta, dijo:

-Matadle.

Debía poder hacer algo. La lámpara no estaba lejos y, aunque tenía las manos atadas, sus dedos estaban libres. Sin una herramienta, provocar un cortocircuito en los cables significaría una fuerte sacudida, tal vez fatal. Pero no había tiempo para buscar una herramienta.

Vacilantemente, Arthur empezó a balancearse sobre la silla de madera hasta que ésta se bamboleó precariamente. En el último segundo intentó mantener el equilibrio sobre las puntas de los pies, pero supo en cuanto inició este intento que no iba a salir bien. Cayó hacia delante, aunque consiguió volverse lo suficiente y dar en el suelo con el hombro y no con la cara.

Yació así un momento, sudando por el esfuerzo y el dolor. Luego, despacio, empezó a moverse poco a poco hacia el cordón de la lámpara.

Más de prisa, pensó, gruñendo mientras se arrastraba por la estancia de costado como un gusano gravado por el peso de la silla. Si Hal estaba intentando librarse de esos hombres, no había tiempo que perder. Se movió con gran rapidez, haciendo caso omiso del palpitante dolor del hombro.

Llegó por fin a la lámpara. Tardó unos minutos más en colocarse en una posición desde la que pudiera manipular los hilos con las manos atadas a la espalda.

Esto es una locura, se dijo a sí mismo. Te vas a matar.

Con cuidado, sabiendo que el extremo de la clavija tenía electricidad, cogió el otro extremo del hilo y lo dirigió de espaldas hacia el enchufe.

Pero ¿y si esto no servía? ¿Y si la súbita oscuridad perjudicaba a Hal en lugar de ayudarlo? Al fin y al cabo, Hal no contaba con ello. ¿Y si Hal se había abierto ya paso hasta la escalera y se dirigía a su habitación? A oscuras, no la encontraría. Y él jamás saldría de aquí.

Entonces, lo mismo da que me electrocute ya, pensó.

Se afianzó en la idea y, sin más, metió la clavija en el enchufe.

Un fogonazo acompañado de una llamarada azul brotó de la clavija de metal. La fuerza del impacto eléctrico derribó a Arthur hacia delante como un puño invisible, lanzándole al otro lado de la estancia con la silla a sus espaldas como si fuera el caparazón de una tortuga. La silla se balanceó por un instante sobre una pata antes de quedar apoyada, de lado, contra el brazo del sofá.

Dios mío, sigo con vida, pensó, viendo como se contraían los músculos de su rodilla. No le quedaban fuerzas suficientes como para intentar enderezar la silla, por lo que ésta permaneció tal como estaba, balanceándose sobre una pata.

Oía gritos procedentes de la estancia tres pisos más bajo.

-De rechupete -dijo débilmente.

Arthur inclinó la cabeza y sonrió.

Si Hal hubiera creído en los milagros, habría atribuido sin duda la repentina oscuridad de la habitación a un acto divino. Los tres hombres de Saladino se abalanzaban sobre él cuando, inexplicablemente, la luz se fue.

Hal reaccionó al instante dejándose caer al suelo y moviéndose en silencio, muy agachado, hacia la puerta. Pudo distinguir en la oscuridad las formas borrosas que buscaban en el lugar donde él estaba antes mientras los hombres lanzaban imprecaciones en un idioma incomprensible para él.

Puso la mano sobre el pomo de la puerta y la abrió con tal ímpetu que ésta chocó ruidosamente con el tope. Inmediatamente, con un acompañamiento de gritos guturales, se desparramaron por la oscuridad. Una, dos, tres formas negras.

Pero en el prado había seis, pensó brevemente Hal. Estaba seguro. Saladino y otros cinco. Sólo había matado a uno, o sea que quedaban cuatro. Y sin embargo, sólo había visto a tres hombres en la casa además de Saladino. ¿Dónde estaba el cuarto hombre?

Apartó el pensamiento de su mente. Ese hombre igual había muerto. Tal vez Candy lo hubiera matado en la pelea que le había costado la vida. O tal vez él no se acordara bien. No era algo por lo que debiera preocuparse.

Satisfecho, cerró la puerta tras los hombres y puso el cerrojo, y a continuación se volvió hacia la escalera que recordaba haber visto.

Habría subido una media docena de escalones cuando una mano le aferró el tobillo. El cuarto hombre. Hal cayó sobre los peldaños y golpeó la piedra con la cabeza. Instintivamente, se dio la vuelta para quedar tumbado de espaldas al tiempo que el hombre arremetía contra él.

En la oscuridad, Hal no distinguía más que la silueta desdibujada de una figura, pero era una figura corpulenta. El hombre levantó el brazo por encima de la cabeza y asestó un golpe a Hal en la cara. Al sentir el impacto, Hal se estremeció de arriba abajo. Vino a continuación un nuevo golpe.

La copa. Este hombre le estaba machacando la cara con la copa de acero que Saladino no había querido. La visión de Hal se veía enturbiada por ondas de luz roja. Intentó alcanzar el cuchillo, creyendo que lo tenía detrás, y se dio cuenta de que éste había quedado en el suelo al pie de la escalera. Estaba ahora totalmente desarmado.

La copa bajó ahora de nuevo y golpeó a Hal en la frente. Haciendo un esfuerzo para no perder el sentido, Hal lanzó los brazos hacia arriba y propinó un golpe con ambos puños a la barbilla del hombre.

Fue un potente impacto. Con un grito agudo, la figura en sombras que se alzaba sobre él dio un traspiés hacia atrás. Hal le atizó con el codo en la garganta. El hombre corpulento bajó rodando por la escalera. Hal no necesitó ir tras él. Supo por el ruido que hizo la cabeza del hombre al chocar con el rellano que éste había muerto. Se apoyó por un instante contra la pared al tiempo que se limpiaba la sangre de los ojos con la manga. Se volvió entonces y empezó a subir a gatas la escalera.

Se derrumbó antes de llegar al rellano.

-Ha puesto el cerrojo por dentro -dijo uno de los hombres-. Está ahí dentro.

Saladino estudió la casa.

-Sí, supongo que está ahí.

Después de una larga pausa, el hombre preguntó:

-¿Entramos por él?

-No -contestó Saladino negando con la cabeza-, sé un modo mejor de acabar con ese desdichado. -Señaló el granero-. Trae el queroseno.

El hombre miró a Saladino con aire de incredulidad, pero éste no vio la expresión de su rostro. Pensaba en la sala del tesoro del sótano, con los recuerdos de cinco mil años cuidadosamente conservados. ¿De qué le servían ahora sin la copa? En última instancia, una vida que duraba milenios era igual de inútil que cualquier otra.

Escupió, pero no desapareció la amargura que sentía en la boca.

-Prendedle fuego -gritó.

Hal despertó cuando se puso a toser. El sabor del humo, de tan funesto recuerdo, estaba en su garganta y pendía intenso en el aire. Por la ventana del rellano, vio las llamas que lamían el costado de la casa. Bajó como un rayo la escalera, tropezó con el cuerpo sin vida del cuartohombre, se arrastró luego por encima del primero que había matado y siguió corriendo hacia la puerta, corriendo.... corriendo hacia la salvación.

Espera un minuto, Jeff, tú aguanta, ya voy

Derribó la puerta, sollozando.

No, no es posible, otra vez no, por favor, Dios mío no..

Los cortinajes estaban en llamas. Los bordes de la alfombra de lana se estaban también quemando y despedían volutas de humo negro.

Hal cerró los ojos. Arthur había muerto. No podía ser de otro modo. Así era, igual que en la pesadilla, como tenía que ser. Estaría atado a la silla, los ojos azules vidriados y su corta vida truncada. Ah, sí. Al final, esto era lo que había ocurrido. Y Saladino lo sabía desde el principio. Esto era lo que le decía en el cuadro que dejó destinado a él en la Casa de la Risa. Una muerte especial para un tonto especial. Cerró los ojos.

-Cerdo asqueroso -dijo.

Luego, limpios los ojos de sus lágrimas de terror, se volvió y subió la escalera a toda prisa.

El pánico sacudía a Arthur en oleadas. Parecía que todos sus sentidos se hubiesen disparado a la vez. Le picaban los ojos debido al humo que penetraba por el conducto de ventilación a rachas negras. El calor reinante en la habitación cerrada había hecho que rompiera a sudar a mares. Sentía cómo su corazón palpitaba con más rapidez y más fuerza. En sus oídos resonaba un gemido potente, fantasmagórico.

Pero el pánico lo sentía principalmente en la garganta. Cuando intentaba tragar saliva, sentía náuseas. El humo le llenaba la nariz y los pulmones, pero cuando su cuerpo intentaba expulsarlo tosiendo la mordaza de trapo se introducía aún más en su garganta.

Pronto sólo pudo respirar quedándose lo más quieto posible, inmóvil, con el cuello estirado hacia la parte más densa del humo. Seguía tosiendo y, a cada acceso de tos, la mordaza se hundía más y más. Sentía sus propios ojos desorbitados y las venas del cuello y las sienes a punto de reventar. Lo que más ansiaba era poder quitarse de la boca aquel odioso trapo hinchado. Presionó sobre él con la lengua hasta dolerle la mandíbula, pero no consiguió moverlo. Y, a cada esfuerzo que hacía, se ahogaba.

La sensación de ahogo era especialmente aterradora. Pasados unos momentos, la náusea constante hizo que el estómago se le revolviera. Sabía que moriría si vomitaba. Intentó pues no hacer caso de las señales extremas que le enviaba el cuerpo y procuró permanecer en calma, respirando el aire negro. Pero no se podía engañar al cuerpo. Era un incendio, se estaba asfixiando, y cada una de las células de su organismo lo sabía. Un fluido repugnante, avinagrado, subió desde su estómago hasta la nariz, llenándola. Gritó. Este sonido no fue más que un susurro metálico y apagado. Intentó luego llenar de nuevo sus pulmones, pero no pudo.

No había ya aire alguno. Arthur sentía cómo su cuerpo se ponía rígido y se contraía. Intentó luchar, pero no podía hacer nada. Las oleadas de pánico llegaron a su punto máximo y luego empezaron a remitir, rápidas, suaves, ligeras olas. Un viaje fácil.

Fácil. Sí. No se molestó en cerrar los ojos. El humo ya no les hacía nada a sus ojos. La cabeza cayó hacia atrás y Arthur flotó.

Agua, tal vez.

Un viaje fácil.

Si se mantenía en la zona alta estaba el humo, que se metía en los pulmones cortando el oxígeno y paralizando el corazón.

Si se quedaba en la zona baja estaban las llamas que herían la carne perforándola como puntas de cuchillo.

Hal optó por las llamas.

Se echó a cuatro patas en el rellano antes del último tramo de escaleras y subió los peldaños agazapado como un conejo. Subía tropezando con los peldaños sin ver delante de él más que a una distancia de pocos centímetros.

Casi había llegado al piso de arriba cuando tuvo lugar la explosión.

Al principio, oyó tan sólo el ruido que hace el cristal al romperse. El calor había hecho estallar las ventanas, una a una, como palomitas de maíz en gran escala. Se oyó luego un crujido chirriante y el ruido de madera al astillarse, y el estampido como de un trueno al tiempo que algo venía lanzado desde la oscuridad hacia él. Bajó deslizándose boca abajo casi todo el tramo de escaleras mientras el objeto se paraba con un golpe ensordecedor.

Su tamaño era tal que llenaba toda la caja de la escalera. Palpándolo, vio que se trataba de una puerta, sólida, de cinco centímetros de grosor. Probablemente había salido volando de

una de las habitaciones del piso superior, había golpeado la pared opuesta y luego, de rebote, había ido a parar a la escalera. Al rebotar había disminuido su velocidad y su potencia, de otro modo Hal no se habría podido mover a tiempo para huir del golpe.

Hal se encaramó sobre ella y se movió con precaución, sintiendo cómo las astillas se le clavaban en las palmas de las manos y en las rodillas. Cuando llegó arriba, se volvió hacia la derecha y tocó la pared. Ésta estaba caliente como la pared de un horno. Primero reculó, pero luego se forzó a sí mismo a moverse a lo largo de la pared palpando en busca de una abertura. La encontró. Dentro, debido a la brisa que corría entre la ventana rota y la puerta abierta, las llamas eran aún más terribles que las del pasillo, pero el aire estaba más despejado. Lo bastante despejado como para ver al niño atado a una silla con respaldo de barrotes horizontales, la cabeza echada hacia atrás, los ojos abiertos y el cuerpo inmóvil.

Hal lanzó un gemido.

Eres el mejor, chico. No hay otro como tú.

Quedó petrificado. Lentamente, mientras él miraba presa del terror y sin pensar, el rostro del niño se contorsionó y estiró hasta convertirse en una desagradable máscara. De sus miembros salían escamas y garras. Se formó una cola, y su extremo puntiagudo azotaba el aire perezosamente. El largo hocico escupía un humo apestoso. En sus ojos, oscuros y burlones, bailaba la risa.

Ven a por mí, Hal, decía. Llevo mucho tiempo esperándote. Tanto... tanto tiempo...

Y entonces rió, con la espantosa risa hueca de cien noches empapadas en sudor.

Vamos, Hal, eras el mejor, chico, el mejor, siempre llegas demasiado tarde y es demasiado tarde porque en eso eres el mejor EL MEJOR.

Con un grito, Hal se lanzó hacia la criatura y la abrazó, le sacó la mordaza hinchada, arrancó las cuerdas y le aplicó la boca mientras corría con ella en brazos hacia la ventana abierta.

Quitó de una patada los trozos de cristal afilados que quedaban en el marco y depositó el cuerpo inmóvil en el alero de pizarra, tirando tras él de la cuerda. Aunque habían salido al exterior, Hal apenas podía ver debido al humo que pasaba como un volcán en torno a ellos procedente de la habitación.

No sentía el latido. Hal presionó cinco veces sobre el pecho escamoso y, a continuación, introdujo una bocanada de aire en la boca del monstruo. Cinco veces más. Otra bocanada.

-Respira, Arturo -suplicó. *Oh, Dios mío, haz que viva.*

Cinco veces más.

Para ti, mi rey.

Una ráfaga de viento alejó de ellos la columna de humo negro que salía por la ventana. Con ella volaron las escamas del dragón, las garras y la cola puntiaguda. Desaparecieron en el resplandor de la noche ardiente igual que gotitas de agua.

La criatura se había ido. Hal oprimió el rostro contra el pecho de Arturo. Oyó un latido.

Para ti...

Tendió al niño sobre el tejado caliente y, con un brazo sobre el pequeño cuerpo para retenerlo en su sitio y aferrándose con la otra mano al marco de la ventana erizado de cristales, le dio una y otra vez a Arturo el aire de sus propios pulmones.

-Respira, por favor -susurró.

Otra bocanada.

Otra.

Una vez más.

Adquirieron entonces color los labios azules. Una fina arruga se formó en la frente de Arthur y fue haciéndose más profunda. Tosió con una tos seca y dura. Boqueó.

-Arthur. Arthur, soy Hal. Vuelve.

Los ojos del niño se abrieron.

-Hal -dijo, y era un sonido ahogado. Tosió de nuevo y sonrió.

Hal le devolvió la sonrisa.

Eres el mej...

La voz burlona, débil ya, se alejaba.

... chico...

Desaparecía, como la criatura-dragón, como todos sus fantasmas.

El mej...

Un susurro levisimo, que se dispersaba y se alejaba de él para siempre.

Y se fue.

-¿Qué tal si nos largamos de aquí? -preguntó quedamente.

-Yo estoy listo si tú lo estás -contestó Arthur restregándose los ojos para quitarse el hollín.

Hal le miró por un instante, le atrajo hacia sí y le abrazó. No hizo nada por contener las lágrimas que caían sobre el cabello del niño, lágrimas saladas, sucias de hollín, llenas de amor y gratitud.

-Vamos -dijo.

s

Pasó la cuerda por debajo de los sobacos de Arthur, se afianzó en el marco de la ventana y, lentamente, bajó al chico. Cuando Arthur estuvo a salvo en el suelo, Hal ató la cuerda al marco de la ventana y descendió también él.

Al otro lado del edificio, cerca de la entrada principal, estaba Saladino, los ojos clavados en el espectro de la mansión en llamas.

-Mi señor, el fuego se acerca al granero. Los caballos...

-Que ardan.

Gritad.

Necesitaba oírlos con sus propios oídos. Este hombre, un donnadie, y un niño arrogante le habían arrebatado la vida. Una vida tan cuidadosamente trabajada, tejida cual un magnífico tapiz a lo largo de milenios, se había desvanecido en un instante. Envejecería. Conocería la enfermedad y el dolor. Y una noche, quejumbrosos los huesos, se tendería y no volvería a levantarse.

Por ello, oiría sus gritos mientras morían.

-Por favor, sire. Seguro que han muerto ya asfixiados por el humo.

Saladino le mandó callar con un ademán airado de la mano.

Probablemente tenía razón. Habían muerto ya. Pero, ¿por qué había tenido que acabar así?

Dos eran los que habían vuelto a través del tiempo para reunirse con él. Sólo dos, en su interminable y solitario viaje a través del tiempo.

Y los había matado a ambos.

¿Era el asesinato lo único que quedaba, la última calle retorcida y torturada en el laberinto de su vida singular?

Jamás había amado. Jamás había padecido ni la pasión ni el remordimiento. Jamás había conocido la bondad de un amigo, salvo una tarde hacía mucho tiempo en que un viejo le enseñó unas piedras medicinales.

Este fue su gran error. Jamás habría debido trabar amistad con el mago. Si no hubiera cedido, en un momento de abandono autoindulgente, el secreto de la copa por salvar la miserable vida de Merlín, no estaría él muriendo ahora.

Pero en fin de cuentas, pensó con tristeza, una tarde de amistad tal vez fuera el único verdadero placer que había conocido. Una tarde en cincuenta siglos.

Cerró los ojos. Se estaba volviendo blando. Pensar en la muerte tenía este efecto. Le volvía a uno sentimental y ridículo. Hacía que se arrepintiera de cosas.

Yo no quería matarte, Arturo.

Yo quería una nueva vida, un nuevo orden. Un hombre grande al frente del mundo. Un rey. Un compañero. Un amigo.

Yo quería Camelot.

-¡Gritad, malditos! -La voz de Saladino resonó por encima del fragor del incendio-.
¡Gritad!

-¡Sire!

Saladino giró en redondo para enfrentarse al hombre que había osado interrumpir de nuevo sus pensamientos, dispuesto a abatirlo. Pero el hombre se limitó a señalar las lejanas colinas, hacia el granero.

Las puertas estaban abiertas, Y en la ladera de la colina, más allá de las llamas danzantes, dos jinetes a caballo iban camino del bosque. Saladino rechinó de dientes.

-Traed los caballos -aulló.

Hal iba inclinado sobre su montura, intentando mantener el paso del galope firme de Arthur.

-¿Dónde?... -Dio un respingo cuando el cuerno de la silla se le clavó en el pecho... aprendiste... a montar así? -gritó.

-¡Nunca había montado antes! -rió Arthur.

-¿Qué?

-¡Que nunca había ido a caballo!

-No lo hubiera dicho -musitó Hal. Este chico era un caso, cabalgaba como si se hubiera pasado la vida a lomos de un caballo.

Como un antiguo rey, pensó.

Miró atrás por encima del hombro, a la casa en llamas de la hondonada. Tres hombres salían a caballo del granero. Llevaban un cuarto caballo, el garañón de Saladino, mientras el propietario de éste esperaba y su negra silueta se recortaba contra las llamas anaranjadas.

-Vienen tras nosotros -dijo Hal.

-Sí, que vengan.

-Quizá deberíamos ir hacia el pueblo. Hay dos polis

Arthur negó con la cabeza.

-Esos no sirven.

-Tienes razón... Entonces, ¿adónde vamos?

El muchacho volvió hacia él el rostro tiznado y cubierto de ampollas. No era ya la cara de un niño. Los ojos claros eran comedidos y decididos, la boca firme.

-Nos vamos a casa.

Arthur refrenó su caballo poco antes de llegar al muro que rodeaba las ruinas del castillo y desmontó.

-No sé si esto será buena idea -dijo Hal mirando a su alrededor, al prado descubierto-. Aquí van a localizarnos en seguida.

-Yo no me escondo más -dijo Arthur-. Vamos a luchar.

-¿Aquí? ¿Bromeas? -Hal habló en voz tan alta que su caballo dio un respingo. Se agarró con fuerza a las crines del animal para no caer.- No hay donde cubrirse. Ni siquiera tenemos armas, cabeza de chorlito.

-¡Merlín! -llamó Arthur.

-¿Qué haces?

-Saladino dijo que el mago vendría si le llamaba. -Probó de nuevo-. ¡Merlín!

Silencio.

-¡Merlín! ¡Señor Taliesin!

Oyeron el débil sonido de cascos de caballos que se acercaban.

-Olvidalo, niño. Yo también probé. No sé donde estará ese viejo, pero no te oye. -Hal creyó sentir que se le partía el corazón-. No hay magia que valga. Estamos aquí solos.

-Pero dijo....

Se volvieron ambos hacia el lugar de donde procedía el ruido de los cascos. Cuatro jinetes surgieron de entre los árboles y vinieron galopando hacia ellos a través del descampado. Alzadas por encima de su cabeza, las cimitarras relucían a la luz de la luna.

-Entonces, lucharemos solos -dijo Arthur tranquilamente.

Hal observó cómo se acercaban los jinetes. Cuatro hombres, armados y avezados al combate, contra un hombre y un niño sin nada en las manos.

-Perderemos -dijo.

-Quizá. Pero, en todo caso, lucharemos.

Los ojos del chico tenían un brillo acerado. Hal consideró la posibilidad de levantarlo a pulso y sentarlo sobre uno de los caballos, pero se daba cuenta de que esto no iba a servir de nada. Saladino y sus hombres les darían alcance en seguida y les matarían como a insectos.

Arthur tenía razón. Era mejor luchar y morir.

-No se pierde nada con probar -dijo Hal intentando parecer menos pesimista de lo que se sentía.

Desmontó y dio una palmada a los animales para que se alejaran. Ir a caballo no representaría ninguna ventaja para alguien que no sabía montar. Divisó una zona pedregosa al pie de una cuesta.

-Me parece que eso es lo mejor que tenemos a mano -dijo señalando las piedras-. Coge todas las que puedas. A lo mejor tenemos suerte y le damos a uno de esos cretinos entre ceja y ceja.

A oscuras. Claro. Y a lo mejor le atravesamos a uno el corazón con un palo de nogal, por qué no.

Empezaron a buscar piedras mientras los jinetes se acercaban.

-Espera a que estén cerca.

-Ésta es la piedra que cayó -dijo Arthur-. El falso peñasco con la inscripción. -Echó un vistazo al costado del peñasco y tocó la larga grieta que la recorría de arriba abajo.

-Agáchate.

Hal lo empujó bruscamente detrás del peñasco, luego se enderezó y lanzó una pesada piedra del tamaño de una pelota de béisbol al tiempo que los jinetes arremetían contra ellos.

Acertó a uno de los atacantes en el hombro cuando éste iba a asestar un golpe mortífero.

El impacto del golpe le lanzó hacia atrás, perdido el control del arma, y ésta descendió sin tino. No dio a Hal pero sí golpeó el peñasco artificial delante de Arthur, con tanta fuerza que el sable se partió por la empuñadura.

Al tiempo que los jinetes pasaban por su lado, Hal vio cómo la reluciente hoja volaba por los aires y aterrizaba casi a sus pies.

-Madre de Dios, ¿tú has visto eso? -dijo recogiéndola.

Había sido una suerte impensable. Estudió por un instante la media luna de acero rota, se la colocó en la mano a modo de bumerang y la arrojó. La hoja fue a parar justo en medio del pecho de otro de los jinetes. Con un fuerte gemido, el hombre cayó del caballo. Hal profirió un grito de alegría.

Observó cómo los hombres de Saladino daban media vuelta y se reunían en torno a su jefe, probablemente para hablar de la estrategia a seguir. No era una situación que requiriese prisa. Estaba claro que iban a abatir a este desvergonzado intruso. Pero no esperaban que luchara con tanta osadía.

Los hombres rezongaban sin hacer el menor caso del camarada caído, el cual estaba tendido en el suelo junto a los cascos inquietos de sus caballos, quejándose y boqueando mientras la sangre manaba de la herida del pecho.

-¡Venid aquí, desalmados! -aulló Hal, jubiloso. Se volvió hacia Arthur-. Tres contra dos. Eso ya está mejor.

-Hal, mira esto -dijo Arthur. Había arrancado un gran pedazo de mortero de la piedra artificial-. El sable de ese tío ha partido la piedra. Hay algo dentro.

Incrustado en el mortero medio deshecho había un cilindro de más de un palmo de longitud, aparentemente de metal, y con piedras pulidas incrustadas que parecían negras a la luz de la luna.

-¿Qué demonios es eso? -preguntó Hal.

Arthur se limitó a gruñir. Estaba tirando por el otro lado, intentando arrancar el trozo de mortero que sujetaba aquello.

-Ayúdame, Hal. Hay una grieta aquí detrás. Se puede abrir la piedra.

Hal alargó el brazo y tiró con brío, creyendo que el mortero serviría como arma. Era un pedazo grande, pero lo bastante ligero como para lanzarlo con precisión. Al ver que la roca no cedía, apartó a Arthur de un codazo, afianzó la roca contra sus rodillas y tiró con ambas manos.

-Olvidalo. No tenemos tiempo para...

Se desprendió finalmente el pedazo en medio de una nubecilla de polvo. Hal levantó el trozo de mortero y se agachó al tiempo que los jinetes iniciaban una segunda pasada.

Esta vez, se habían dividido y arremetían contra Hal y el chico desde tres puntos distintos.

-Hal, es...

-¡Agáchate!

Lanzó el pedazo de mortero al jefe alto que cabalgaba en medio de los otros dos, pero Saladino era muy buen jinete. En el último instante, antes de que la piedra le diera, tiró de la rienda y desvió su montura. El mortero pasó volando por su lado, y él reanudó la carga.

Estaba tan cerca que Hal pudo ver la espantosa sonrisa del hombre antes de sentir el filo de la hoja. El primer golpe le hizo a Hal un tajo en diagonal, desde el lado derecho del pecho hasta el cuello.

Hal abrió la boca, los ojos momentáneamente transfigurados por la herida. La vista del borbotón de sangre le había dejado asombrado. Brotaba del cuerpo de Hal como agua de un aspersor, vibrando con cada latido del corazón. Antes de que pudiera reaccionar, Saladino hizo al garañón levantarse sobre las patas traseras y dar la vuelta en un círculo, y de nuevo hirió a Hal, esta vez un largo corte vertical en el costado del brazo derecho.

Saladino detuvo su caballo y miró a Hal. Sus cejas se arquearon y en los ojos negros se reflejó algo así como la alegría. Golpeó ahora de nuevo y la tercera herida fue de hombro a hombro.

Quiere ver cómo muero desangrado, pensó Hal brumosamente. Saladino había tenido ocasión de asestar un golpe profundo y mortal y, en cambio, había optado por mortificar a Hal y hacerle rabiar de dolor.

En la distancia, por encima de la conmoción que se apoderaba de él, oyó a Arthur gritar.

¡Arthur! Fuera como fuera, tenía que salvar a Arthur.

Hal se forzó a sí mismo a conservar la lucidez por otro instante, el tiempo suficiente para ver cómo la gigantesca hoja curva de la cimitarra de Saladino venía hacia él por cuarta vez. Esperó hasta que el hombre alto estuvo cerca, muy cerca. Dio entonces un salto y agarró la hoja con ambas manos.

El dolor recorrió su cuerpo como una sacudida eléctrica. La hoja se había clavado profundamente en las palmas de sus manos. Saladino intentó arrancarla de un tirón, pero Hal la retuvo.

No vas a tenerla a menos que me arranques las manos, pensó. Luego, gritando de dolor, arrebató la hoja de manos de Saladino y se abalanzó sobre el imponente jinete.

La punta del sable se clavó en la pierna del hombre alto, atravesándola hasta tal punto que pinchó la carne del caballo de debajo.

El animal se encabritó. Saladino lo espoleó, lanzándolo al galope, y se batió en retirada por el prado. Tras ellos iba Hal, la punta de la hoja de acero desnuda saliendo de sus manos ensangrentadas, tambaleándose como un pollo descabezado y gritando incoherentemente.

-¡Hal! -llamó Arthur, aterrorizado.

Pero sabía que Hal no podía oírle ahora. Saladino no había huido, sino que había atraído a Hal al descampado, lejos de las piedras que ofrecían la única aunque pobre protección posible. Ahora él y los dos hombres que le quedaban rodeaban a Hal, incitándole a correr tras ellos y riéndose de sus gestos incontrolados de moribundo.

A la luz de la luna, Arthur pudo ver las huellas de borracho del paso de Hal por las líneas negras de sangre sobre la hierba plateada. Las lágrimas rodaban por las mejillas del niño. Inconscientemente, apretó el objeto que tenía en la mano.

Abrió la boca al verla. El cilindro de la roca era de oro. Pestañeando para librarse de las lágrimas, pudo discernir las complicadas tallas en cada extremo de las abrazaderas finamente trabajadas. Era la empuñadura de una espada. Una magnífica espada de oro, piedras preciosas y magia. La espada de un rey.

-Ya voy, Hal -dijo quedamente.

Conteniendo la respiración, metió la mano en la fisura de la roca y cogió la empuñadura de oro con ambas manos. Sintió el poder de la espada, una energía salvaje que pasaba como una música del metal a su cuerpo. Era casi como la copa, fuerte y sobrenatural, que vertía su magia en él, pero infinitamente más poderosa que la copa. Era Excalibur, libre al fin y en manos de su dueño natural. Arthur lo sabía.

Con un grito que arrancó de lo más profundo de su ser, alzó la espada de la piedra. Y, como aliviada de ceder su antiguo tesoro, la roca se partió en dos mitades.

Despacio, el muchacho levantó la reluciente hoja de plata.

Hal permanecía de pie, vacilante, en medio de los tres caballistas. Los dos secuaces de Saladino observaban mientras su amo llevaba la mano a una funda sujeta a su silla de montar y sacaba un largo puñal de doble filo. Un cuchillo para desollar animales de caza. Su caballo dio otro paso medido adelante, hacia Hal.

Todo había terminado, Hal lo sabía. No le quedaban fuerzas para luchar. De nuevo había perdido; le desollarían ahora como a un animalito y luego le dejarían, y él hallaría su vergonzoso santuario en la muerte.

-Venga, terminad ya -espetó por la boca llena de sangre.

Pero Saladino no se movió. Parecía estar petrificado en lo alto de su montura, mirando más allá de Hal, por el prado, hacia las piedras donde se hallaba Arthur. Hizo que el garañón se alejara del moribundo y se enfrentó al muchacho desde el otro lado del prado. Los otros hombres, confundidos, refrenaron también sus caballos.

Viendo una ligerísima posibilidad, Hal intentó una última carga a ciegas contra los jinetes, pero fue inútil. Tropezó y cayó antes de llegar a ellos.

Cuando estuvo en el suelo, la hoja de la cimitarra se desprendió de sus manos. Los pulgares colgaban de sus manos como dos tiras de carne. Su cabeza chocó contra la hierba

cubierta de rocío. Rodó hasta quedar de costado, mirando fijamente, en medio de una bruma, hacia el montón de piedras y el niño al que no había conseguido salvar de la muerte.

Y lo vio también: Arturo, alto y en pie, sosteniendo en la mano la gran espada de los tiempos.

Olvidó a Saladino y a sus jinetes, quietos como estatuas en el prado. Olvidó la sangre que manaba de su propio cuello y los inútiles objetos que otrora habían sido las manos y el dolor que ardía a través de su cuerpo como algo vivo. Olvidó que estaba a punto de morir.

-Mi rey -susurró.

Por un instante, se hizo un silencio total en el campo. Ni un murmullo, ni la más ligera brisa, ni el canto de un solo insecto. Era el silencio del tiempo que volvía atrás. Llegó entonces, resonando por las onduladas colinas, la orden de Arturo, áspera de lágrimas, dolor y pérdida:

-¡A las armas! ¡Vuestro rey os llama a las armas!

El sonido permaneció en el aire, repitiéndose... repitiéndose... Y entonces, débilmente primero, se unió a él otro sonido, el potente retumbar de los cascos de los caballos mientras, ante todos ellos, un gran castillo de piedra empezaba a materializarse saliendo de la nada.

Renacía Camelot.

Al principio parecía hecho de niebla todo él, los muros y las torrecillas y el torreón abovedado que llegaba hasta las estrellas. Pero, ante los hombres que lo contemplaban desde el prado, se fue convirtiendo en algo sólido, tan real como su propia carne. Ondeaban estandartes en las murallas, el sonido de las trompetas llamaba a las armas.

Desde detrás del alto muro llegaba, cada vez con mayor intensidad, el ruido de los cascos, y finalmente, con un penetrante chirriar de metal contra metal, el gran puente levadizo descendió y salieron los caballeros a centenares, ataviados con relucientes cotas de mallas y conducidos por once fieros hombres montados en caballos plenamente blasonados para la batalla con el dragón rojo de su rey, el rey de antes y de siempre, Arturo de Inglaterra.

-Así se hace, chico -dijo Hal.

Y en seguida le pesó tanto la cabeza que tuvo que dejarla caer. La fresca hierba húmeda fue un consuelo.

Los dos restantes lacayos de Saladino se dieron a la fuga, dando alaridos, cuando el castillo de Camelot se alzó de la niebla previa al alba y lanzó al exterior un ejército de guerreros listos para la batalla como si fuera un río de plata. El río fluyó tras ellos, penetrando en el bosque. Todos menos los primeros once, la guardia del rey. Éstos se detuvieron allí donde el alto Sarraceno esperaba a horcajadas sobre su garrón y le rodearon.

Saladino se cruzó de brazos y miró a los caballeros uno por uno.

-Fantasmas -escupió.

Riendo, un corpulento caballero de pelo oscuro le derribó del caballo con el flanco de su espada. Otro, un viejo veterano de pelo cano, ató una cuerda en torno a Saladino y le llevó a rastras hasta Arthur, quien había ido corriendo a arrodillarse al lado de Hal. Pasados unos minutos, regresaron los otros portando los cuerpos despedazados de los hombres de Saladino. Luego, desmontaron todos al mismo tiempo y cayeron sobre una rodilla para rendir homenaje al niño rey.

Los caballeros, armados y arrodillados, ocupaban la mitad del prado. Hal se apoyó en un codo para contemplar la vista.

-Han venido -susurró-. Han venido por ti.

Arthur se inclinó sobre él, sollozando.

-No te mueras, Hal. Por favor, no te mueras.

-A lo mejor no tengo más remedio. -Hal sonrió débilmente-. Pero bueno, ya está bien. Yo he hecho lo que he podido. Lo que queda es cosa tuya.

-¡No, Hal! ¡No, Hal, no me dejes! Hal...

Su voz venía de muy lejos. Hal quería responder, consolarle de algún modo. Quería decirle a Arthur que le iba a ir muy bien sin él, como nunca le había ido a nadie. Pero, en todo caso, esto lo averiguaría el niño por sí mismo algún día.

Hal no lamentaba morir. Al igual que los caballeros perdidos, también él había esperado mil años para hallar a su rey. Y lo había hallado. No habría ya más demonios ocultándose en sus pesadillas, nunca más habría miedo. Era un buen final, mucho mejor de lo que jamás hubiera esperado.

Cerró los ojos y dejó que su cabeza se hundiera hacia atrás, flotando. Una vez más, el Caballero Sarraceno tomaba el cáliz de sus manos. Una vez más, el sable silbaba en el aire, su sangre se derramaba y él moría.

Oh, sí. El pasado era eterno e inmutable. No se podía cambiar ni un instante de él; lo único que cabía hacer era perdonarse a sí mismo.

Para ti, mi rey.

Y para mí.

Y Galahad, el leal caballero que había viajado tan lejos, sonrió e hizo las paces con la muerte.

En el pueblo de Wilson-on-Hamble, muchos habían despertado ya. Algunos habían permanecido levantados toda la noche, otros habían puesto el despertador para levantarse justo antes del amanecer. Era la víspera de San Juan y todos esperaban poder oír el sonido de los caballeros fantasma del rey Arturo que recorrían los campos en busca de su soberano caído.

Para muchos, se trataba de una alucinación o simplemente un fenómeno natural, un curioso engaño auditivo de la naturaleza. Pero daba lo mismo, todos esperaban oír de nuevo a los jinetes, como cada año.

No se vieron decepcionados. Esta vez el ruido de los cascos fue más fuerte, y más nutrida la partida que en ninguna otra ocasión que recordaran. En el pueblo, en todas las calles y callejas y senderos, resonaba el hueco golpeteo. En todos los campos, prados y sotos del bosque se oía el eco del retumbar de la caballería fantasma.

Y de pronto, con la misma rapidez con que había aparecido, el sonido desapareció.

Los aldeanos cerraron los ojos y volvieron a acostarse. Tal vez para soñar con los tiempos en que había caballeros y reyes guerreros y un mundo de justicia y paz luchaba por nacer. Pero este mundo existía sólo en los sueños, todos lo sabían.

Sin embargo, en un ondulado prado sembrado de piedras, separado del pueblo por unos kilómetros y dieciséis siglos, un caballero se encontraba con la muerte que se negaba a atenderle.

La calma profunda y callada que había caído sobre Hal como la nieve, paró de pronto, sustituida por una cálida y zumbante sensación.

-Cálida... caliente... ardiente, Oh, Dios mío, ¿estoy en el infierno?, un calor palpitante, fiero, un fuego de brasas rojas.

No es que él se esforzara, pero sintió que sus ojos se abrían. De rodillas a su lado estaba Merlín, vestido con su túnica azul de mago, y en las manos tenía la copa. Tocaba con ella la mejilla de Hal.

Hal sintió cómo la sangre que antes llenaba su boca hasta ahogarlo empezaba a secarse. Sintió cómo una línea de fuego curador recorría las heridas causadas por la cimitarra de Saladino.

Lentamente, se llevó las manos a los ojos. Los cortes que casi le habían amputado los pulgares habían desaparecido. Sus dedos habían sanado por completo, como si no hubiera sufrido jamás aquellas heridas. Quedaba tan sólo el recuerdo del dolor y éste se disipó ante la visión del rostro de Arthur, tiznado y cansado, que le sonreía radiante.

Se enderezó y sonrió a Merlín con una mueca.

-Has tardado lo tuyo -dijo.

-Ya te lo dije -respondió el mago, apartando los ojos lleno de fastidio-. No podía salir hasta que el mismo rey me llamara.

-Arthur te ha llamado muchas veces.

-No en tanto que rey. -Miró al chico-. Primero, tú tenías que creer. -El viejo respiró hondo y miró atrás, al castillo, con orgullo-. Tú has hecho que todo esto volviera, Arthur. Tú y tu bravo amigo de mollera tan dura.

Arthur le echó los brazos al cuello a Hal, quien rió y se libró del abrazo del muchacho.

-Muy bien, muy bien, ya está bien de cháchara -dijo-. Ocúpate de tus hombres. -Hizo un gesto indicando el campo cubierto de caballeros arrodillados-. Y del Drácula ése.

Saladino, cautivo en el suelo, levantó los ojos hacia ellos. Había en esos ojos una mirada asesina.

-Vete a rondar a tu casa -añadió Hal.

-Está herido. Ocupaos de él -ordenó Arthur a los caballeros que se hallaban más cerca del prisionero.

El corpulento caballero de pelo oscuro se arrancó parte de la túnica, pero, cuando se acercó, Saladino le escupió. El caballero retrocedió echando mano a su espada.

-No, Lancelot -dijo Arthur cogiéndole del brazo.

Lancelot, pensó Hal. Era cierto, el chico le había hablado. Por primera vez, Hal tomaba plena conciencia de que estos hombres no eran fantasmas, no eran las imágenes petrificadas y borrosas que había visto en el castillo de ensueño donde Merlín le indicó su tarea, sino hombres tan reales y vivos como él. A menos de dos metros se hallaba el mismísimo gran Lancelot, sudoroso y resollante con la furia contra el hosco prisionero enrojeciéndole el rostro.

Sin pensar, Hal alargó el brazo para tocar al caballero; en seguida se contuvo y retiró la mano.

Lancelot percibió el movimiento y los airados rasgos de su propio rostro se ablandaron para dejar paso a una sonrisa.

-Ponte en pie, Saladino -dijo Arthur.

El hombre alto se puso en pie tambaleante, las manos atadas a la espalda y la envoltura negra de la pierna mojada con la sangre de su herida.

-Matar a los enemigos -dijo el chico quedamente- ¿Recuerdas? Me dijiste por qué. Humillarlos, degradarlos, hacer de ellos un ejemplo para los demás

La negra mirada de Saladino titubeó por un instante, y a continuación se afirmó y encontróse con la de Arthur.

-Lo recuerdo -dijo.

-Tú me preguntaste si quería matarte. No pude contestarte entonces, pero ahora sí puedo. - Los ojos oscuros pestañearon perezosamente-. Tu vida ha sido una maldición, Saladino. Me he dado cuenta en el tiempo que he pasado a solas en aquella habitación. Yo estaba solo y asustado constantemente, pero sabía que había lugares donde no estaría solo ni asustado, lugares donde la gente me quisiera y deseara mi compañía. Sólo tenía que ir a ellos. Pero para ti no existen esos lugares, ¿verdad? -Se marcaron arrugas en su frente-. En ninguna parte del ancho mundo, en todo el tiempo que has vivido, has hallado tu lugar.

La boca de Saladino se torció hacia abajo con amargura.

-Eres un niño. Esas cuestiones carecen de importancia para mí.

-Ése es el problema, creo yo -asintió Arthur-. Nada tiene importancia para ti. Tú no has tenido ningún motivo para vivir tanto, tanto tiempo. -Se volvió hacia Lancelot-. Desátalo.

Mientras el corpulento caballero soltaba la cuerda que ataba las muñecas de Saladino, Arthur se dirigió lentamente hacia Merlín y tomó la copa en sus manos.

-Voy a hacerte un regalo.

-La copa. -La voz de Saladino temblaba, incrédula.

Pudo oírse el sonido de Merlín al sorberse el aliento.

-Arthur, no te apresures... -Fue él a coger la copa, pero Arthur le contuvo con un gesto.

-No, no temas -dijo-. Aunque he sentido la tentación. Otros cien años de una vida como la tuya sería un castigo suficiente para cualquiera. Pero no quiero castigarte.

Lancelot y Gawain se miraron con aire indignado,

-Sí -dijo Arthur, frunciendo el ceño y dirigiendo sus palabras a sus propios hombres- Si se os diera la posibilidad de vivir eternamente, ni uno sólo de vosotros dejaría de volverse tan retorcido como él. El regalo que te hago es una vida sin esta copa. Una vida de verdad, una vida dolorosa y preciosa como la de cualquiera. -Perforó con la mirada los ojos de su enemigo-. Acepta esa vida, Saladino. Aprende lo que significa vivir.

-Y por lo tanto -se mofó Saladino-, como eres tan grande de corazón, te quedarás la copa para ti. Tu generosidad es conmovedora. -Arthur no respondió-. No podrás esconderla de mi eternamente, deberías saberlo.

El muchacho sonrió y dijo:

-No vas a vivir eternamente.

El hombre alto le dio la espalda. Lentamente, como si fuera en procesión, se abrió paso por entre los caballeros congregados mientras éstos se apartaban.

Hal suspiró, aliviado. Saladino sería siempre Saladino y Hal esperaba sinceramente no volver a verle, pero el niño, el rey, en su sabiduría, había acertado en una cosa: ahora, al menos, Saladino no viviría eternamente.

Y Arturo sí.

De pronto, con la rapidez con que muerde una víbora, Saladino giró al llegar a la altura del viejo y rudo caballero llamado Gawain y le atizó en un lado de la cara con ambas manos. Gawain, cogido de sorpresa, intentó repeler la agresión, pero Saladino le arrancó la espada de las manos en un abrir y cerrar de ojos.

-¡Arthur! ¡Cuidado! -gritó Hal.

Sin apenas esfuerzo, sin vacilar un instante, Saladino blandió la espada por encima de la cabeza y la bajó como una exhalación sobre Arthur.

Hal se lanzó sobre el chico, derribándole y alejándole de la espada. La copa de metal cayó de la mano de Arthur. Cuando Saladino fue a agarrarla, Hal puso el pie para que tropezara.

Saladino cayó al suelo y Hal saltó sobre él. Lucharon, rodaron uno encima del otro mientras los caballeros del rey observaban impotentes, sin poder atacar a uno por miedo de hacer daño al otro.

Finalmente, Saladino se desembarazó de Hal; los hombres del rey le rodearon al instante, las armas desenvainadas.

-Dadle una espada -exigió Saladino, los ojos clavados en Hal-. Si debo morir, quiero que sea honorablemente. Desafío al paladín del rey a un combate a muerte, sólo nosotros dos.

Los caballeros murmuraron entre sí. Un combate sólo entre dos. A pesar de su maldad, el Sarraceno había propuesto un arreglo honorable. Dos hombres, uno contra el otro. Era aceptable.

Algunos de los hombres asintieron con la cabeza en señal de acuerdo. Incluso Gawain, cuya espada estaba en manos de Saladino, se retiró de mala gana del círculo que rodeaba al alto caballero extranjero.

-No lo permitas, Arthur -advirtió Merlín-. Saladino te ha atacado sin vacilar después de que tú le concedieras la libertad. Haz que tus hombres ejecuten ahora mismo a ese demonio de alma tan negra.

Arthur, asustado, miró a Hal.

Los caballeros de la Tabla Redonda se habían alejado de Saladino a fin de dejar espacio para que los dos hombres iniciaran su pelea solos los dos.

-¡Tu amigo no sabe manejar una espada! -gritó Merlín con voz crispada-. ¡Si vas a permitir que luche con ese monstruo, lo mismo da que le mates tú mismo!

También Hal vio a los caballeros. Éstos observaban igualmente a Arthur, pero no era la expresión de sus rostros la misma de Merlín. Esperaban del rey que éste defendiera su honor. Sería una burla para la justicia que once caballeros con cota de mallas atacaran a un solo hombre, fueran cuales fueran las circunstancias, Y era la justicia lo que Arturo había representado en los tiempos en que la injusticia era la ley.

Hal comprendía por fin: era esto lo que había mantenido viva la leyenda del rey de antes y de siempre. No el carisma ni la victoria, sino la justicia, fue la resplandeciente luz que Arturo trajo a la oscuridad del mundo.

-Dadme una espada -dijo Hal.

Rápidamente, Lancelot le entregó su enorme espadón. Era pesado, mucho más pesado de lo que Hal hubiera podido imaginar. Intentó blandirlo con una sola mano, tal como había visto hacerlo a los actores en las películas. El arma se bamboleaba sin ton ni son.

Saladino sonrió.

Los caballeros intercambiaron miradas.

-Arthur, él no sabe... -suplicó de nuevo Merlín.

-¡No te metas en esto! -espetó Hal.

Hablaba al mago, pero dirigió también una mirada llena de furia a Arthur y el chico le respondió con el silencio. Hal intentó afirmar la espada.

Por último, Lancelot se apartó del resto de los caballeros y se plantó detrás de Hal. Suavemente, el corpulento hombre colocó la mano derecha de Hal cerca de la base de la empuñadura y su mano izquierda cerca del pomo.

Hal se sentía humillado. Las palabras de Merlín quemaban en sus oídos. Hal no tenía ni la menor idea de cómo se luchaba con semejante arma. Un hombre de la habilidad de Saladino iba a destrozarle en cosa de minutos.

Naturalmente, Saladino lo había planeado así. Deseaba que la muerte de Hal fuera una broma, como lo había sido casi toda su vida. Le ocurriera lo que le ocurriera luego a Saladino, éste podría saborear su triunfo final.

Sin intercambiar palabra, Lancelot pareció percibir la angustia de Hal. Colocó una mano sobre el hombro de Hal y, cuando éste miró a los claros ojos azules, llenos de compasión, Lancelot comprendió que la muerte no sería una broma para este hombre.

Levantó la enorme espada con ambas manos. Lancelot dio un paso atrás y dejó a Hal solo en el claro con su verdugo. Luego, despacio, bajando la cabeza en imitación de un saludo, Saladino avanzó.

Los primeros quites fueron deliberados y lentos. Saladino tenía la intención de representar un duelo y no un asesinato. Como en las partidas de ajedrez que en su tiempo había jugado

con el doctor en el asilo, dejaba creer a su contrario que tenía la posibilidad de ganar. Se alargaba así el final del juego y la partida era más interesante.

Una, dos veces: golpes perezosos. La respuesta de su contrincante, un cómico frenesí, consistía en atizar con el espadón delante de él como si fuera una porra. En los ojos excitados de Hal se reflejaba el pánico, y sus músculos se estremecían por la tensión. A este paso, estaría agotado en menos de nada.

Saladino iba a jugar con este hombre, iba a torturarlo y a hacer que bailara. Los caballeros no se inmiscuirían. El combate entre dos era la piedra de toque de su pintoresco código. Y, más tarde, una vez hubiera muerto a su enemigo, cuando Saladino tuviera de nuevo al chico al alcance de su espada, estos hombres canjearían la copa por la vida del rey y permitirían a Saladino marcharse libremente. También esto era considerado por los tontos caballeros como una conducta noble.

Si, Hal. Intenta luchar conmigo.

No quiero que esto sea una broma, se lo debo a Arturo. Mi vida por el honor del rey... Arturo, para ti.

Saladino entornó los ojos y respiró hondo. Escuchaba ahora el patético pensamiento del hombre.

El americano sabía que iba a morir.

Ah, sí, Hal, sí. Vas a morir.

Casi podía oler la sangre del cobarde.

Se acercó más mientras la espada se movía sin esfuerzo, balanceándose como un péndulo, más alto, más alto.

Cuidado, Hal. Vas a perder la cabeza.

No podía esperar más. Atizó un golpe con ansia. La espada silbó cerca de la garganta de Hal, y éste dio un traspiés hacia atrás. La espada cayó de nuevo.

Hal se tambaleó hacia atrás violentamente, viendo cómo aquella hoja empuñada por los largos brazos pasaba cada vez más cerca de su cuello e intentado no pensar en la posibilidad de morir a manos de Saladino. El hombre alto tenía la intención de cortarle la cabeza, era evidente. Y, aunque Hal intentaba no pensar, una imagen se quedó fija en su mente: *Sin cabeza, ni siquiera la copa podría salvarle.*

Fue presa del pánico.

Exacto, señor Woczniak. Pero, ¿qué importaría eso, en realidad?

Hal tragó saliva.

Siempre has sido un perdedor, Hal. No pudiste luchar conmigo hace mil seiscientos años y tampoco puedes ahora. Lo único que puedes hacer es morir. Nunca has valido para otra cosa.

Saladino abrió mucho los ojos, unos ojos sonrientes.

¿Mmmm?..

-¡No le escuches! -gritó Merlín desde un punto lejano-. ¡Yo también oigo sus pensamientos, y están llenos de mentiras! ¡Hal! Hal...

Ven a mí, Hal. Será rápido. Sabes que vas a morir. Lo has sabido siempre, ¿verdad? El chico ya no te necesita, tiene al mago. Nadie te necesita. Es la hora, Hal. Ven.

La espalda de Hal chocó con algo duro. Un árbol. Le temblaban las piernas. Y sentía una urgente necesidad de orinar. La espada de Saladino se acercaba, se acercaba tanto que Hal podía sentir su estela junto a la nuez. Profirió un pequeño grito, y el arma que tenía en las manos cayó al suelo. Instintivamente, alzó los brazos para taparse la cara.

-¡Hal!

Era la voz de Arthur, que resonaba por el prado como un clarín. A través de los dedos extendidos vio cómo el chico se zafaba de los brazos de Merlín y corría hacia el, la espada enjogada en sus pequeñas manos.

Saladino, con una juguetona sonrisa en los labios, se volvió ligeramente hacia el niño. El rehén se lanzaba prácticamente a sus pies. Sí, pensó, iba a salir todo a la perfección.

-¡No, Arthur! -gritó Hal-. ¡Vete, demonios! ¡Vete ahora mismo!

El muchacho se paró en seco, pero no así la espada. Doblado casi por el esfuerzo, Arthur alzó la cruz de oro por encima de la cabeza.

Tal vez fuera el viento. La espada habría debido caer al suelo a unos pocos metros. No habría debido salir volando por el aire, girando y girando como una reluciente estrella de plata. No habría debido caer directamente sobre Hal, quien se había resignado una vez más a la muerte, igual que aquella vez hacía tantísimo tiempo.

Pero fue así, y Hal quedó tan maravillado ante el hecho que no lo puso en tela de juicio. Alzó las manos al cielo, como sabía que debía hacer, y recibió en ellas el metal viviente de Excalibur.

Saladino arremetió contra él al instante. Fue un movimiento sutil y mortífero, dirigido al corazón de Hal. Hal vio venir el golpe pero no se esforzó por dominar la espada que sostenía. Esta espada, no. La espada le cantaba, y él escuchaba con el cuerpo su antigua canción y se entregaba a ella.

Excalibur danzaba al son de su propia música. Llena de gracia y poder, empujaba hacia atrás al alto Sarraceno como si de un bloque de madera se tratara y golpeaba la espada

sostenida por los largos brazos, una y otra vez, lanzando chispas de brillante luz en la casi madrugada.

No eres nada. Sigues sin ser nada, a pesar de la brujería del mago. Las palabras de Saladino se insinuaban en la mente de Hal. *Yo puedo sobrevivir a la magia. Puedo sobrevivir a todos.*

De repente, la espada que Hal tenía en las manos cobró peso. La hoja se volvió más torpe. Hal siguió luchando, pero le dolían los hombros a cada movimiento en el vacío del desmañado objeto.

Nunca fue tuya, ¿entiendes? Quizá te la hayas apañado por unos instantes, pero Excalibur pertenece a un rey y no a un borracho indigno.

El sudor manaba a raudales del rostro de Hal. Los músculos de sus antebrazos estaban agarrotados por la fatiga. Finalmente, jadeando, dejó caer la gran espada.

Eso está mejor. La magia no es cosa para ti.

Saladino arremetió dispuesto a asestar el golpe definitivo.

-Vete al diablo -exclamó Hal, y alzó la gran espada para parar el arma de Saladino con tal ímpetu que la espalda del hombre alto se arqueó, los brazos lanzados al aire- Léeme ahora el pensamiento, sucio asqueroso.

Golpeó a Saladino en el vientre, en cruz. Los ojos del hombre de negro quedaron desorbitados por la sorpresa, y él se dobló de pronto hacia delante mientras los brazos, en un reflejo, intentaban tapar la herida abierta.

-La copa... -susurró Saladino.

La sangre salía a borbotones de su boca. El segundo golpe rebanó el cuello de Saladino. La cabeza separada del cuerpo cayó. Tenía todavía los ojos abiertos.

Gracias.

Hal no supo si era la voz de Saladino o la suya propia.

Un gran bramido se alzó de entre los caballeros.

Cansado, Hal recuperó el espadón caído de Lancelot y se lo devolvió al corpulento caballero. A continuación, fue con la espada Excalibur hasta Arthur y se la tendió.

-¿Ha muerto de verdad? -preguntó el niño asombrado por lo que acababa de ver.

-Todo ha terminado -dijo Hal asintiendo con la cabeza. A unos pasos de distancia yacía la copa de metal, olvidada desde el comienzo del combate. Hal la cogió y se la ofreció a Arthur- Ya no volverá a ir detrás de esto.

Arthur la cogió con una mano mientras con la otra sostenía la espada. Alzó la pequeña copa, sintiendo su cálido misterio, y luego, con un suspiro, se la ofreció a Merlín.

-Quiero librarme de esto -dijo.

El mago parpadeó.

-La pondré en un lugar seguro, naturalmente...

-No. No quiero que esté escondida, lo que quiero es que desaparezca. Nadie, ni yo ni tú ni nadie, debe encontrarla.

Merlín le miró boquiabierto.

-No pretenderás...

-¡No la quiero! -La voz del muchacho corrió por encima de las cabezas de los caballeros, ahora silenciosos-. No ha traído más que desdichas a quien haya sabido de su existencia.

-Pero el sueño... -dijo Merlín, con expresión dolida-. Hace mucho tiempo tuve una visión en la que el mismo Cristo te ofrecía la copa...

-No -respondió Arthur-. Yo tuve el mismo sueño. No era un regalo, sino una elección. Y yo la he hecho.

Merlín rogaba en silencio a Hal que interviniera.

-Me... me ha salvado la vida -dijo Hal.

-Sí. Y ahora tienes una segunda oportunidad. Los dos la tenemos. Tomémosla, Hal, para el tiempo que nos quede. Pero no más. Yo no voy a acabar como él. -Hizo un ademán hacia el cuerpo sin cabeza de Saladino-. Y tú tampoco.

El joven rostro estaba ojeroso, pero sus ojos sonreían.

-No estamos preparados para la copa -dijo quedamente-. Ninguno de nosotros lo está. -La acarició amorosamente, como a un animal salvaje de quien se hubiera hecho amigo y que estaba a punto de dejar libre-. Tal vez dentro de mil años la gente sepa cómo manejar algo tan maravilloso. Pero no ahora.

Hubo un largo silencio. Merlín inclinó la cabeza. Finalmente, Hal carraspeó, cogió la copa de la mano del chico y se la lanzó a Merlín como si fuera una pelota de béisbol.

-Ya has oído -dijo-. Líbrate de ella.

Merlín suspiró. Una vez más, había ofrecido al rey un tesoro sin igual. Y, una vez más, él lo había rechazado.

Miró al cielo que empezaba a clarear. Una elección, había dicho él. Una elección entre una vida breve y otra eterna. ¿Qué clase de elección era ésta? ¿Quién en su sano juicio no elegiría vivir eternamente?

El cuarto creciente de la luna se desvanecía. La larga noche había terminado al fin. Cerca de la curva interior, al oeste, había un grupo de difusas estrellas.

El león, pensó Merlín. Por Mithras, habían pasado más de mil años desde aquella noche en que Nimué decidió que la versión griega de la eternidad era la verdadera. El recuerdo le hizo sonreír. Aquel grupo fortuito de estrellas no se parecía en absoluto a un león, ni entonces ni ahora.

Eso es porque careces de imaginación, había dicho ella. *El león está ahí, y yo seré su corazón.*

Nimué.

También ella había elegido rechazar la copa.

Los ojos del viejo mago se humedecieron. ¿Qué pasaba con el alma después de morir? ¿Renacía, como en el caso de Arturo, en el idéntico cuerpo que había ocupado en otra vida? ¿O como la de Hal, que se movía sin descanso de generación en generación buscando algo cuyo nombre desconocía? ¿O bien se desvanecía simplemente en el vasto océano del tiempo?

Nimué, mi viejo amor, ¿acaso no volveré a encontrarte nunca? A través de la fluctuante visión, las estrellas próximas a la luna titilaron y pudo que ver que la del centro, el corazón del león, brillaba con más intensidad que las otras.

Merlín emitió un sonido, medio risa y medio grito.

-¿Merlín? -preguntó Arthur.

El viejo hizo un gesto de desdén con la mano.

-Nada, nada, niño. -Exhaló aire con fuerza, y luego rió de buena gana-. Creo que sé lo que debo hacer.

Se encaramó a una piedra alta situada a cierta distancia. Entonces, desde lo más profundo de la garganta, se puso a llamar. La llamada, que crecía desde su interior, era un chillido silbante como el grito de las águilas. Mantuvo en alto la copa, tendiendo los brazos hacia las estrellas que desaparecían, y llamó y llamó hasta que la esfera de metal pareció relucir.

Los árboles murmuraron. Debajo de ellos, los caballeros miraron a su alrededor con aprensión y temor. Algunos hicieron la señal de la cruz. El mago estaba de nuevo en acción.

Y aparecieron entonces los pájaros.

Llegaban de todos los puntos del cielo, los grandes predadores junto a las diminutas aves picudas. Llegaron hasta que el cielo se volvió negro y la sombra de los pájaros oscureció incluso la luz de las estrellas menguantes. Gritaban y cantaban, y con su batir de alas alisaron la hierba del prado. Llegaron hasta Merlín en busca de la copa y, cuando éste se la hubo entregado, alzaron de nuevo el vuelo y se dispersaron.

Los hombres congregados en el prado miraban a lo alto en silencio. Los pájaros se habían ido. Pronto saldría de nuevo el sol y el día sería cálido, largo y dulce.

Cuando Merlín bajó de la piedra, los caballeros se apartaron de él.

-Sí, sí, ya sé -masculló él, irascible-. Creéis que voy a convertiros a todos en peces.

-Gracias, viejo amigo -dijo Arthur sonriendo.

El mago gruñó.

Luego, fue Hal el primero en romper el silencio.

-Y ¿qué pasa ahora? -preguntó-. Quiero decir que yo sepa, Inglaterra ya tiene monarca, Y no creo que a ella le gustara ver su trono usurpado por un crío de diez años de Chicago.

-Arthur no va usurparle el trono a nadie -dijo Merlín con voz de fastidio.

-Vaya. Y ¿qué es lo que va a hacer?

-¡No lo sé, diantre! Ya te dije en el castillo que él encontraría su propio camino en la vida. Lo único que yo puedo hacer es mantenerle a salvo hasta que esté preparado para empezar lo que sea que vaya a hacer.

-¿Mantenerle a salvo? -Hal se llevó las manos a las caderas-. ¿Eso era lo que tú llamas mantenerle a salvo?

El rostro de Merlín se puso colorado.

-¡Qué descaró! -barboteó-. Sabía desde el principio que... -Respiró profundamente para calmarse-. Quizá tengas razón -dijo suavemente- A veces, las cosas salen mal. Pero no tienes por qué preocuparte más. Arthur permanecerá en el castillo para aguardar el milenio.

-¿Qué? -gritaron Hal y el niño al mismo tiempo.

-Sí, claro. Es el único modo... -Sacudió la cabeza enfáticamente- el único modo, ahora que la copa ya no está, de procurar la seguridad del rey.

-Un momento, un momento -dijo Arthur-. ¿Vas a hacer que me desintegre o algo parecido?

-No, nada de eso -dijo el viejo suavemente-. Podrás verte a ti mismo y ver a los demás. Será Camelot, exactamente igual que era.

Inclinó la cabeza hacia los caballeros. Lancelot asintió.

Arthur contempló la gran espada que tenía en las manos.

-De nuevo en Camelot -dijo con una débil sonrisa.

-Exacto. Podrás hacer todo lo que te guste. La única diferencia será que los demás, es decir, la gente normal, no podrán verte hasta que estés preparado. No tiene nada de extraño, en realidad. Hal ya ha estado allí. Tú sabes lo que quiero decir, ¿verdad, Hal?

-Bueno, yo no diría que fuera extraño -dijo Hal. Todos los caballeros le estaban mirando.

Incluso a los niños corrientes les pasaban cosas. Accidentes de coche, asaltos, locos que andaban sueltos. Había abandonado el FBI porque no podía soportar las cosas que les ocurrían a los críos.

-Ninguna de esas cosas deberá ocurrirle a Arthur -aclaró Merlín tranquilamente.

Hal levantó la mirada, sobresaltado.

-No -Dijo. Vio la cara de confusión de Arthur- Lo que quiero decir es que quizá a mí me pareciera extraño porque, bueno, al fin y al cabo, yo no soy el rey Arturo -dijo con falso convencimiento-. ¿Sabes?, yo creo que será algo fantástico. ¿Tú sabes lo que darían la mayoría de niños por pasar unos años con los caballeros de la Tabla Redonda en Camelot?

-Pero, ¿y tú, Hal? -preguntó Arthur con tristeza-. ¿Vienes tú también?

-¿Yo?

Hal miró a su alrededor, a los caballeros plantados ante los grandes muros almenados de Camelot. El había estado ahí, había estado con sus héroes, en medio de ellos, en un lugar de magia y polvo de luna. Había hecho lo que le habían pedido que hiciera. Había mantenido la fe de un crío de barrio con las dos piernas rotas y la cabeza llena de ensueños y había visto realizados estos sueños. Por un tiempo -un tiempo breve, terrible y magnífico-, había sentido el fuego puro del alma inquieta de Galahad.

Pero Galahad había terminado su labor. Era hora de que Hal Wozniak regresara. Otra noche en el Benny's, otro coche que arreglar para el macarra griego, otra mañana en que despertaría al lado de una mujer con la que no recordaba haberse encontrado. La vida de Hal.

-Nooo -dijo meneando la cabeza-. Esto no es para mí.

Sus ojos y los de Merlín se encontraron, y el viejo comprendió. El futuro pertenecía ahora a Arthur. No había en Camelot lugar para un ex agente del FBI cuya vida estaba en otra parte. Hal sonrió.

-Adelante, niño -dijo-. Tu tía está a estas horas camino de Londres. Nos cree muertos a los dos. Le he dejado instrucciones sobre lo que tiene que hacer. Pero la encontraré y le diré que estás bien.

Arthur movió la cabeza negativamente.

-No la encontrarás -aseguró-. Ésa es la finalidad del plan. Nadie va a encontrarla.

-Tiene que haber algún modo...

-No lo creo. El plan está pensado con mucho cuidado.

Después de un silencio, Hal dijo:

-Lo siento. Yo creía...

-Y tenías razón, Hal. Yo tampoco creía que fuéramos a salir de ésta.-Arthur suspiró-. De todos modos, supongo que es mejor que no se entere de estos últimos acontecimientos. Nadie debe enterarse.

-Pero ella te quiere.

Y yo la quiero a ella.

-Ya lo sé -contestó Arthur despacio-. Quizá por eso sea mejor dejarla sola.

Hal contempló el prado. El chico lo había dicho todo. Emily tenía su trabajo. Sufriría durante algún tiempo, sufriría mucho, pero con los años conseguiría seguir adelante. Y a su tiempo, también, Arthur volvería a ella. Y ninguno de los dos necesitaba ya para nada a Hal Woczniak.

-De acuerdo -dijo Hal tranquilamente. Con un encogimiento de hombros, tendió la mano- Bueno, supongo que esto es una despedida -Las lágrimas acudieron a los ojos de Arthur. Tenía el labio muy apretado entre los dientes- A lo tuyo. Yo no puedo andar por aquí etemamente.

-Arrodíllate -dijo el chico.

-¿Qué?

-Arrodíllate. -Arthur permanecía de pie muy enhiesto, la espada levantada y derecha delante de él.

-Bueno, me parece que... .

Lancelot se acercó y puso su enorme mano sobre el hombro de Hal. Con ojos amables pero firmes, guió suavemente a Hal hasta que éste estuvo sobre una rodilla.

-De acuerdo, ya veo de qué va -dijo Hal. Sintiéndose muy tonto, bajó la cabeza.

Arthur dio un paso hacia él, solemnemente. Luego, tocando a Hal con la espada primero sobre un hombro y luego sobre el otro, habló:

-Sé valiente, caballero y leal; porque eres el más fiel de los hombres y amado por tu rey. -
Dio un paso atrás-. Levántate, sir Hal.

Pero Hal no podía levantarse. No en este momento. El contacto de la espada le había dejado clavado, mientras su pensamiento, siglos de recuerdos, giraba en torno a él. Había estado buscando a su rey en mil vidas distintas. En todas había fracasado; en todas, menos en esta última.

El rey había vuelto. Galahad lo había hecho pero que muy bien.

-Majestad -susurró.

Merlín les detuvo cerca de la piedra donde Arthur había encontrado la espada.

-No puedes pasar de aquí -dijo a Hal-. Naturalmente, si quisieras reconsiderar la oferta de venir con nosotros...

-No, gracias -dijo Hal con una sonrisa-. Probaré suerte aquí fuera.

El viejo asintió con la cabeza.

-Creo que es lo mejor -dijo.

-¿Y bien? ¿Qué os parece si nos ponemos en marcha?

Arthur rodeó la cintura de Hal con los brazos.

-Te echaré de menos -dijo.

-Y yo a ti. -Atusó el pelo del chico y luego lo apartó de sí-. Ve, ve ya. Sé un buen rey, o lo que vayas a ser esta vez. Andando.

Hal cruzó los brazos sobre el pecho y observó a Arthur, que se alejaba bamboleándose, agarrado a la túnica de Merlín con una mano como un niño pequeño mientras con la otra sostenía firmemente la enorme espada. Detrás de ellos, el ejército de caballeros esperaba sobre sus monturas, ansioso por llevar de nuevo al fin a su rey al castillo.

De pronto, en el último instante, cuando llegaban ya al puente levadizo, Arthur dio media vuelta y volvió corriendo donde se encontraba Hal.

-¿Qué es? -preguntó Hal-. ¿Qué pasa?

-No puedo ir, Hal.

-¿De qué hablas? Estarás muy bien ahí dentro. Ése es tu sitio.. .

-¡No, no lo es! -Tenía la cara colorada-. ¿No lo entiendes? Tal vez fuera mi sitio hace mil seiscientos años, pero yo ya no soy ese rey Arturo. Tengo diez años Hal. Haga lo que haga de mi vida, primero tengo que hacerme un hombre.

-¿Y qué? Te harás un hombre en el castillo.

-¿Qué voy a aprender ahí? Todo lo que hay en ese sitio está muerto desde hace más de mil años.

-Es el lugar más seguro para ti.

-¡Pero yo no quiero seguridad! ¡Quiero vivir!

Se miraron fijamente.

-Arthur...

-Voy contigo -dijo el chico.

-Tú... -Hal retrocedió-. No, no, no vienes.

-No voy a causarte problemas, lo prometo. Soy muy mañoso, y aprendo de prisa. Haré lo que tú digas. Llévame contigo. Enséñame lo que tú sabes.

-¿Qué quieres que te enseñe yo? ¡Yo no sé nada! Por el amor de Dios, ¿quieres crecer como yo?

-Sí, Hal -respondió Arthur-. Igual que tú.

-Yo soy un vago.

Lentamente, Arthur sacudió la cabeza.

-No, Hal. Eres el mejor. No hay otro como tú.

Volvió hasta la piedra partida y sostuvo la espada sobre ella.

-¡No! -gritó Merlín al tiempo que corría hacia ellos-. ¡No vuelvas a ponerla ahí! No...

Arthur introdujo de nuevo la espada en la piedra.

Inmediatamente, el castillo empezó a desvanecerse. Una niebla baja cayó sobre él, sobre las torres y las almenas sobre los patios y sobre el foso, y envolvió a los atónitos caballeros, quienes se miraban llenos de asombro mientras también ellos devenían etéreos como susurros. Los caballos relinchaban al tiempo que sus crines se volvían transparentes como telas de araña.

Sólo un hombre no se inmutó. Lancelot, montado como una roca inamovible sobre su corcel, mantenía los ojos puestos firmemente en Hal mientras la niebla le envolvía. Su rostro no reflejaba ningún temor. Por el contrario, pensó Hal, había algo que parecía orgullo en los ojos del alto y fuerte caballero. Mientras los otros a su alrededor desaparecían, Lancelot cerró la mano derecha en un puño y se la llevó al corazón en un mudo juramento.

Al principio, Hal frunció el ceño. Luego comprendió. El caballero pedía la promesa de Hal de proteger a su rey hasta que Camelot volviera a alzarse de la niebla.

Lentamente, se llevó el puño al corazón.

El gran caballero asintió una vez con la cabeza y, acto seguido, se desvaneció en la nada.

-Ojalá no hubieras hecho eso -dijo Merlín.

El prado estaba igual que antes, una ruina de piedras ennegrecidas y cubiertas de musgo rodeadas de hierba húmeda. Sólo una cosa faltaba. Hal forzó los ojos y miró a lo lejos.

-El cuerpo de Saladino -dijo-. No está.

-Claro que no está. Lo mataste cuando el castillo estaba aquí. Eso fue hace siglos, en lo que vosotros llamáis tiempo real. Sus huesos son cenizas a estas alturas.

El rostro de Hal se quedó sin color.

-¿Quieres decir que de verdad... que de verdad estábamos.. .?'

-De vuelta en Camelot. Sí. El rey hizo que Camelot volviera. -Contempló a Arthur con aire malevolente-. Y luego lo ha hecho desaparecer de nuevo.

Hal contempló el campo vacío.

-Y la copa... ¿dónde está?'

-Sólo las aves salvajes lo saben -dijo Merlín, y suspiró-. Pero puede que volvamos a encontrarla. -Arthur miró al viejo con aire crítico-. En el próximo milenio, tal vez -añadió el viejo con una sonrisa.

Hal miró a Merlín de arriba abajo.

-Oye, y ¿cómo es que tú sigues aquí?'

-Yo no hice nada por volver. No puedo estar en dos sitios a la vez, ¿sabes? Mientras vosotros dos andéis dando tumbos por el planeta, alguien tiene que vigilaros.

-Oh, no -dijo Hal-. Yo no he firmado nada de eso. Cuidaré de Arthur hasta que pueda encontrar a su tía, pero no voy a hacerme cargo además de un viejo quisquilloso.

-¿A quién llamas tú quisquilloso? -espetó Merlín. Metió la mano en un bolsillo hondo de su túnica-. Toma esto. Lo necesitaréis. -Sacó un fajo de billetes de cien libras y las entregó a Hal como si se tratara de un puñado de gusanos-. Mala cosa el dinero. Hace que la piel huelga mal. Y no se puede comprar nada con él que realmente se necesite. -Se frotó las manos.

-¿De dónde has sacado esto? -preguntó Hal, receloso.

El viejo cerró los ojos, exasperado.

-Soy un mago, ¿no te acuerdas? Vamos, cógelo. Puedes cambiarlo por billetes de avión y cosas así.

-¿Y tú?

-Tengo que enterrar esa piedra antes de que algún arqueólogo le eche la vista encima. Pero id, id. Yo os atrapo más tarde.

-¿Más tarde, cuándo? ¿Dónde? Si ni siquiera sé adónde vamos.

-Pero yo lo sabré -dijo Merlín con aire ladino.

-Esto no me gusta. Ni pizca.

-En realidad, esto puede resultar divertido -dijo el viejo, sin hacer caso a Hal-. No he participado en una buena aventura durante la mayor parte de dos milenios.

-Tú no vienes -añadió Hal con obstinación.

-Veremos. -El viejo les despidió con un revuelo de las manos.

Mascullando, Hal se volvió y abandonó el prado con el niño corriendo tras él.

-Supongo que hay que ir andando hasta la estación de ferrocarril de Wilson-on-Hamble -gruñó-. Quince kilómetros.

-A mí no me importa -respondió Arthur, gozoso.

-Pues a mí sí. Desde luego, ese viejo fantasma tiene razón sobre una cosa. Con el dinero nunca se consigue lo que realmente se necesita.

-Un amigo, por ejemplo -dijo Arthur.

-Yo más bien estaba pensando en un taxi. Los pies me están matando. -Pisaron la estrecha carretera asfaltada-. ¿He dicho un taxi? Esto está tan aislado que ya sería una suerte encontrar un envoltorio de chicle por aquí.

En ese preciso instante, dos faros llegaron a lo alto de la cuesta que tenían delante y pararon con un chirrido.

-Dígame, jefe -gritó el conductor-. Parece que me he despistado. ¿No sabrá por dónde se va a Wilson-on-Hamble?

Hal miró el distintivo que lucía el coche negro.

-¿Es un taxi? -preguntó.

-Ni más ni menos. Fuera de servicio, pero les llevo si lo necesitan.

Arthur subió al asiento posterior. Cuando iba a sentarse a su lado, Hal miró atrás, por la colina y hacia las ruinas del castillo. Allí estaba el viejo de pie. Alzó el brazo y lo agitó en señal de despedida.

Hal sonrió y sacudió la cabeza.

-Gracias, viejo loco -dijo levantando la mano a modo de silencioso saludo.

Merlín dio un último paseo por entre las antiguas piedras. Después de todo, las cosas no habían salido del todo mal, pensó. Sí, el chico era poco dócil, terco, y no sabía lo que le convenía, pero eso ya se lo esperaba él. Nadie en los viejos tiempos había conseguido jamás decidir por Arturo. Sólo cuando se metió en política dejó de ser él.

Quizá no ocurriera lo mismo esta vez. Al menos, no si el formidable señor Woczniak tenía algo que decir al respecto.

Se sentó sobre una piedra y suspiró. Sí, en conjunto, había sido una buena noche.

Se sobresaltó al ver aparecer súbitamente una carita sucia de detrás de una piedra.

-¿Quién demonios eres tú?

-Tom Rogers, señor -contestó el chico, tembloroso-. Vivo en el pueblo, señor.

-Entonces, ¿qué haces aquí?

-Vengo a oír a los caballeros. Ya sabe, la víspera de San Juan.

-Ah. ¿Y los has oído?

-Claro. Estaban todos aquí. En carne y hueso -dijo el niño, parpadeando-. Y usted en medio de ellos. -Esperaba una respuesta del anciano. Al no haberla prosiguió, como intentando avivar la memoria de Merlín-: Ha habido lucha, un tío que casi se desangra, hecho pedazos, y vuelve como si nada a la vida, sin una señal... -Hablaba tan de prisa que tuvo que limpiarse la saliva de la boca con la manga andrajosa- Y luego ha aparecido el castillo, el castillo de verdad, se lo digo yo. Yo ya lo había visto, eso sí, pero nunca como hoy, con el puente levadizo bajado y todos los caballeros saliendo a la carga, debía de haber al menos un millón, todos con armadura... -Ladeó la cabeza-. Usted lo ha visto, ¿verdad?

Merlín se echó a reír.

-Te aseguro que no sé de qué me hablas, mozo.

-Pero usted estaba ahí... usted...-Apartó la cara y se frotó los ojos-. Ustedes los viejos nunca se acuerdan de nada -dijo lleno de desespero.

Merlín permaneció un momento en silencio.

-Entonces, ¿por qué no haces que nos acordemos? -dijo finalmente.

-¿Qué quiere decir eso? -preguntó el chico con aire beligerante.

-Bueno, pues lo escribes. Escribe todo lo que has visto acerca de los caballeros y el castillo y el... maravilloso mago. Habla de ese muchacho joven que sacó la espada de la piedra y empezó un nuevo mundo. Empieza por el principio, presta atención a medida que te haces mayor y escríbelo. Escríbelo todo, Tom.

El muchacho estaba pasmado.

-¿Que escriba? ¿Yo?

-¿Por qué no? Es un oficio respetable. No es igual que el de bardo, por supuesto. Ésa sí que era una profesión gloriosa. Pero ya te hablaré de eso otro día.

-¿Estará usted aquí cuando vuelva a aparecer el castillo?

-No me sorprendería que así fuera.

El chico dio un paso atrás y se quedó mirándole.

Lentamente, una amplia sonrisa se formó en su rostro.

-Ése sí que era un mago encantador de verdad -dijo.

-Desde luego. ¿Ves?, se te dan bien las palabras. -El viejo se puso en pie-. Ahora corre, chico, y practica. El rey necesitará un cronista.

-Y ¿eso qué es, señor?

-Pregunta -contestó Merlín dándole un empujón.

El chico rió y echó a correr, y su carcajada llenó el aire.

Poco a poco, la risa fue dando paso al sonido de los cascos de los caballos, aquellos caballos fantasma que portaban a sus jinetes en la interminable búsqueda de su rey. Llegaban como el trueno, galopando por el prado y llenando con su presencia todos los lugares que el tiempo había vaciado. Cabalgaban, como siempre en esta noche. Y, cuando hubieron pasado, se hizo de nuevo el silencio, roto tan sólo por la lejana risa del niño.

Escríbelo todo, Tom, pensó Merlín. *Será una buena historia. Una historia encantadora de verdad*